

SEDESOL

SECRETARÍA DE
DESARROLLO SOCIAL



MÁS ALLÁ DEL SUEÑO AMERICANO. JÓVENES MIGRANTES RETORNADOS A LAS MARGARITAS, CHIAPAS

Iván Francisco Porraz Gómez

imjuve
Instituto Mexicano de la Juventud







MÁS ALLÁ DEL SUEÑO AMERICANO

Jóvenes migrantes retornados
a Las Margaritas, Chiapas

Iván Francisco Porraz Gómez

Instituto Mexicano de la Juventud

José Manuel Romero Coello

Director General

Dirección de Investigación y Estudios sobre Juventud

Mónica Valdez González

Directora

JV7408.Y68

P67

2016

Iván Francisco Porraz Gómez

Más allá del sueño americano. Jóvenes migrantes retornados a Las Margaritas, Chiapas

México: Imjuve, Sedesol, Unicach, 2016.

249p.; 22cm.

Primera edición 2016

ISBN Imjuve: 978-607-8232-52-9

ISBN Unicach: 978-607-8410-65-1

1. Juventud rural-Jóvenes mexicanos-Movilidad urbana-Migración humana- Migración de retorno- Chiapas (México)- Estados Unidos. 2. Jóvenes migrantes-Conducta de vida- Vida y costumbres- Interacción social-Relaciones de pareja-Relaciones de familia. 3. Jóvenes migrantes- Identidad cultural-Identidad juvenil- Pertenencia.

D.R. © 2016 Instituto Mexicano de la Juventud

Serapio Rendón, núm. 76

Colonia San Rafael, Delegación Cuauhtémoc

C.P. 06470, México, D.F.

Tel. 1500 1329

www.imjuventud.gob.mx

D.R. © 2016 Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1 Av. Sur Poniente 1460

C.P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

Tel. 961 617 0400

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

Calle Bugambilia 30, Fracc. La Buena Esperanza

C.P. 29243, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

Tel. 967 678 6921

Libro dictaminado por especialistas: Dr. Javier Tun Chim del Instituto Mexicano de la Juventud, Dr. Daniel Villafuerte Solís del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas y Dr. Alfredo Nateras Domínguez de la Universidad Autónoma Metropolitana -Iztapalapa.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización por escrito de los editores en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, de los tratados internacionales aplicables.

PRESENTACIÓN

El Programa Nacional de Juventud 2014-2018 (projuventud) contempla entre sus líneas de acción fomentar y fortalecer la investigación sobre jóvenes, como una forma de contribuir a la estrategia de diseño de políticas que visualicen las condiciones específicas de los jóvenes. El Instituto Mexicano de la Juventud (imjuve) es el principal encargado de promover la implementación del projuventud, en coordinación con los diferentes actores de la sociedad.

En este contexto y como cada dos años desde 2003, el imjuve apoya la realización del Concurso Nacional de Tesis sobre Juventud, llegando a su séptima edición en 2015. Como ya es una tradición, el primer lugar de cada categoría es publicado, como un reconocimiento al aporte de los investigadores sobre juventud.

Este libro es el trabajo ganador en la categoría de doctorado, que forma parte de la colección de estudios sobre juventud JOVENes, la cual es una muestra de la constancia y el esfuerzo que la institución realiza en la promoción de la generación del conocimiento sobre las y los jóvenes en México.

A través del análisis de la vida cotidiana de jóvenes migrantes que retornan a sus comunidades, Ivan Francisco Porraz Gómez aporta al conocimiento de fenómenos y procesos sociales relevantes, como lo son las nuevas trayectorias socioculturales que los jóvenes están experimentando, y con ello nos acerca a una mejor comprensión de estos procesos emergentes. La aportación que este libro hace en su campo de conocimiento, ha sido considerada valiosa no sólo por el imjuve, sino por un jurado integrado por investigadores especialistas en el campo de conocimiento que aborda la obra.

Así pues, desde el instituto celebramos que obras como esta tengan reconocimiento y difusión, seguros que con ello se abona a la mejor comprensión de las juventudes, en beneficio de un mejor diseño de políticas públicas.

JOSÉ MANUEL ROMERO COELLO
DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO MEXICANO DE LA JUVENTUD
Junio, 2016

A María Luisa y Antonio, ya saben por qué.

A Jorgito por llenar la casa de alegría.

A las y los jóvenes migrantes chiapanecos que día tras día
mantienen y construyen sus
sueños y esperanzas...

Agradecimientos

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por haberme otorgado una beca para realizar mis estudios de posgrado. Al equipo de la coordinación de posgrado y de la biblioteca, y a los profesores del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (cesmeca-unicach) por brindarme su apoyo en todo momento. Hago llegar un especial agradecimiento a la directora de este Centro, la Dra. Astrid Pinto Durán, y a la Dra. Flor de María Pérez Robledo, por sus valiosas gestiones y su compromiso con la edición de este libro. Asimismo, a la Lic. María Isabel Rodríguez Ramos, quien se encargó de la edición de este trabajo; sin su apoyo esto no hubiera sido posible.

Al equipo de la Dirección de Investigación y Estudios de la Juventud del Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve) por su apoyo y compromiso en todo momento.

Este libro ha visto la luz gracias al apoyo y guía de mi asesora y cómplice, la Dra. María del Carmen García Aguilar, quien con sus observaciones, sugerencias, sentido crítico y entusiasmo fue uno de los pilares en la construcción de la investigación. También debo un sincero agradecimiento al Dr. Daniel Villafuerte Solís por sus valiosos aportes y apreciaciones críticas para el desarrollo y culminación de este proceso. Ambos me mostraron esos otros rostros contradictorios del Chiapas rural.

Al Dr. Alfredo Nateras Domínguez, de la Universidad Autónoma Metropolitana -Iztapalapa, y al Dr. José Manuel Valenzuela Arce, de El Colegio de la Frontera Norte, por haberme dedicado tiempo y espacio para un acompañamiento crítico y propositivo en un tema tan complejo como el de la juventud. La experiencia de ambos en este campo, que los sitúa como referentes en las ciencias sociales latinoamericanas, es invaluable, y sinceramente les agradezco su apoyo.

Al Dr. Jesús Solís Cruz, por sus certeras observaciones y recomendaciones desde la mirada antropológica, que posibilitaron enriquecer el trabajo de investigación. Al Dr. Mauricio Sepúlveda Gáelas, quien me recibió y comentó este trabajo en mi estancia de investigación en la Universidad Diego Portales, en Santiago de Chile. Al Dr. Luis Rodríguez (CIMSUR-UNAM), por su apoyo en todo momento, y al Dr. José Luis Escalona (CIESAS) por sus constantes sugerencias.

Especial es mi agradecimiento a las distintas personas que me apoyaron en el trabajo de campo. A don Santiago Vázquez, Luis, Ramón y sus familias por brindarme su amistad y apoyo. A los jóvenes margariteños que aceptaron narrarme sus experiencias y relatos sobre sus sueños, desafíos, vulnerabilidades y tensiones vividas en las travesías migratorias y en el retorno a su nicho de origen. Son todos jóvenes, con sueños construidos en un escenario inmerso en la violencia y la exclusión; sus desafíos son esperanza y futuro, y sus silencios ocultan las perplejidades del mundo moderno ido, pero que exigen respuestas y soluciones, las cuales ellos ya han asumido.

A mi familia, por el ánimo que me brindan día tras día y por soportar mis arrebatos. A Yayis Morales por su apoyo incondicional y por brindarme destellos de esperanza, de alegría y de locura en esos caminos inciertos. A Pioja por acompañarme cuando no había nadie. A Juan Carlos Narváez por abrirme las puertas de su casa y por comentar los inicios de esta investigación. A mis amigos del doctorado por brindarme su amistad y solidaridad y por compartir sus experiencias en el proceso. Asimismo, a mis amigos y colegas chiapanecos, yucatecos, tapatíos, norteros, michoacanos, defeños, tijuanaenses, sudamericanos, centroamericanos, caribeños, del sij-unam, de clacso, interesados en los temas de juventud, migración y política, con quienes compartí pequeñas discusiones y debates sobre esta realidad social tan compleja e incierta en la que está sumida América Latina.

Como en todo proceso de investigación, numerosas personas se involucran en ella. A todos ellos les muestro mi agradecimiento, aunque no incluya sus nombres por cuestiones de espacio hacerlo. Todos seguimos compartiendo utopías y soñando en un mundo mejor.



ÍNDICE

Prólogo	13
Introducción	21
Capítulo I. Juventud y migración. Una construcción teórica desde el conjuro situacional	34
1. Del tema al problema: abrir un paréntesis metodológico	35
2. La juventud desde las ciencias sociales: problemas conceptuales y prácticos	37
3. Juventud migrante: las tensiones en su construcción conceptual	44
4. La juventud del sur del sur que emigra al norte: un abanico que se abre y se cierra	50
A. ¿Comunidad vs sociedad? La práctica juvenil en la sociedad rural de Chiapas	56
5. Migración de retorno: aproximaciones teórico-prácticas	60
A. Del retorno a los múltiples retornos	65
6. La vulnerabilidad y el riesgo en el joven retornado. Entre la indefensión y el desafío	67
Capítulo II. Las migraciones contemporáneas en la sociedad chiapaneca: causas y efectos	73
1. Chiapas: breves apuntes estadísticos	74
2. La crisis rural en el estado: problemáticas y manifestaciones	81
3. Del campo a la ciudad: la migración interna en Chiapas	89
4. Dinámica de la migración interestatal	95
5. ¡Vámonos para el norte! La migración internacional de los chiapanecos	100
Capítulo III. Del sur al norte: la migración en Las Margaritas, Chiapas	107
1. Contexto sociohistórico y cultural de Las Margaritas	109
2. Radiografía de los conflictos y nuevos asentamientos en el municipio	116
3. ¡Y se dejaron venir a la cabecera! La migración interna a Las Margaritas	119
4. La migración margariteña a Estados Unidos	124
<u>5. De primer migrante a pollero</u>	<u>129</u>

- 6. Prepararse para el viaje a la otra frontera 133
- 7. Dar el “brinco” a Estados Unidos 137

Capítulo IV. Jóvenes migrantes: la irrupción de nuevas trayectorias socioculturales 141

- 1. ¡Díganle a mi familia que ya estoy en Lamont, California! 144
 - A. El perfil de los jóvenes migrantes margariteños y sus familias
- 2. Vivir en Estados Unidos, ¿en qué se emplean los jóvenes margariteños?
- 3. El tiempo libre: del fútbol a la cerveza y conocer “la hierba”
- 4. Vivir con las “gringas” es otra cosa: las relaciones de pareja en Estados Unidos
- 5. Entre la fascinación y el dolor del billete verde

Capítulo V. ¡Mi vida ya no es la misma, es mejor, no lo sé! Jóvenes migrantes retornados, familia y entorno local

- 1. El retorno en tiempos de globalización y securitización
- 2. “El fin del sueño o despertar a mi realidad”: el retorno desde la biografía de los migrantes
 - A. ¿Por qué se retorna?
 - B. ¿Qué dicen los padres, vecinos y la sociedad margaritense?
 - C. ¿Qué sienten los jóvenes sobre lo que se dice en su familia y comunidad?
- 3. Un intento de comprensión analítica del retorno: comunidad y familia
 - A. Retorno y comunidad
 - B. Retorno y familia
- 4. Lo que está en juego, ¿qué cultura?
 - A. Tatuajes y vestimenta: las nuevas corporalidades
- 5. Vivir en la globalización, o de la vulnerabilidad y el riesgo

Capítulo VI. Pensar la migración de retorno, pensar a los jóvenes migrantes del sur: algunas conclusiones para debatir

Glosario de términos

Referencias bibliográficas

PRÓLOGO

El libro que tienen en sus manos, *Más allá del sueño americano. Jóvenes migrantes retornados a Las Margaritas, Chiapas*, tiene detrás de sí varias circunstancias que le dotan de una particularidad venturosa. La primera se refiere al autor, Iván Francisco Porraz Gómez, un joven chiapaneco que explora un tema sensible en el que se conjugan y se comparten sentimientos, aspiraciones y desafíos propios del ser joven; la segunda es la formación de una generación de jóvenes investigadores e investigadoras locales que se apropian de manera crítica y desafiante del estudio sobre el vivir local/global de los jóvenes del sur del siglo XXI, y la tercera, haber sido la obra comentada premiada por una institución abocada a impulsar el sentido creativo de los jóvenes investigadores: el Instituto Mexicano de la Juventud.

La actividad de investigación es desafiante, y los colegas jóvenes, como quien escribe este libro, asumen tal desafío retando a un pensamiento anclado en la regularidad, la certidumbre y la unidad; no es un desafío propio, pero se lo apropian con naturalidad y soltura, sin el sentido angustioso, salvo excepciones, de las generaciones de investigadores que les anteceden. Con ese sentido de naturalidad también asumen, y asume Iván Francisco Porraz, la incorporación de la esfera de los significados, de los imaginarios y de los sentimientos. La particularidad de estos jóvenes investigadores, insisto, es la identificación generacional entre los sujetos de estudio y quienes los estudian. No es extraño entonces registrar un campo semántico fincado en nociones o conceptos como “desterritorialización” como metáfora de desarraigo, “desespacialización” como construcción y deconstrucción, o la incesante “reterritorialización” de espacios vitales violentados por el poder destructivo de una globalización que para los jóvenes —migrantes— puede ser más que eso.

La investigación, o es situada y contextualizada, o no es investigación. En el trabajo que el lector tiene en sus manos, se observa inevitablemente la humildad y el reconocimiento del carácter de los materiales con los que están contruidos esos miles de jóvenes migrantes del sur, materiales que se traducen en un capital humano individual y social, pero también contextual, referido a las enormes barreras sistémicas cuyos despliegues, concretos y subjetivos, imponen y normalizan lo que los jóvenes “deben ser” en la globalización, no obstante reconocer que el “diablo” es el ser joven, temporal, pero irradia posibilidades de radicalidad.

Inevitablemente, una investigación sobre jóvenes migrantes en el sur registra tensiones, la mayoría de las veces irresolubles. Constatar desde el diálogo directo con los jóvenes migrantes del sur los numerosos déficits que limitan la potencia del significado del ser jóvenes, situándolos en el umbral de un vivir cotidiano siempre precario, deviene en serias interrogantes a la teoría o, mejor, a la metateoría, pues de lo que se trata, en este caso, es de la comprensión de un campo social movidizo cuyo inevitable sentido de certeza o extravío conjuga la fantasía que hace posible la vida, así como la coerción, que la limita y la destruye.

El libro que hoy prologamos invita a incursionar en unas realidades vividas por esos jóvenes migrantes del sur aún ruralizados, aún inocentes y fantasiosos al partir en busca del sueño americano para enfrentar una experiencia en tierras estadounidense. Sin embargo, la mayoría ven truncado el proyecto inicial y para ellos deviene, sin más, el retorno y sus consecuencias, no siempre solidarias y amorosas por parte de la familia y el entorno comunitario. Y es que esa apertura espacial y social entraña otras experiencias, las de vivir el tiempo del ser joven, inexistentes en el nicho primario y sus sociabilidades y reducidas a su mercantilización por un mercado ávido de consumidores.

María del Carmen García Aguilar
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, abril de 2016.

PRESENTACIÓN

Juventudes migratorias: ¿resignificaciones identitarias?

Territorios afectivos de enunciación.

Para mí, es un placer escribir este apartado, aún a pesar de los tiempos arrítmicos en los que se dan, por una parte, los procesos de edición y, por la otra, los espacios y los tiempos en los que se hace y se escribe la academia y la investigación. Por lo común, estas temporalidades espaciales tienen lógicas de sentido diferenciadas: las y los editores y, los funcionarios que les acompañan, están muy atareados en eventos políticos y preocupados por los presupuestos y sus ejercicios en fechas delimitadas por las burocracias institucionales; las y los académicos se la pasan hiper exigidos, e hiper saturados, en participar —por eso de alcanzar las becas, los estímulos y la excelencia al estilo CONACYT— en una gran diversidad de quehaceres y de compromisos internacionales y nacionales, como lo son, por ejemplo, dar conferencias, impartir seminarios, dirigir tesis, asesorar estudiantes, dar clases o escribir este capítulo en formato de prólogo, con los tiempos totalmente agotados y con el anhelo de cumplir, al menos, con algo de decoro académico.

Conocí hace más de 10 años, al maestro, Iván Francisco Porraz Gómez —ahora doctor en ciencias sociales y humanidades, por el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (cesmeca)— cuando su institución y, él mismo, me propusieron que fuera parte del equipo de asesores para acompañar su proceso de investigación con respecto a una de las temáticas más álgidas y poco tratadas en los estudios de las juventudes: los jóvenes migrantes internacionales de las Margaritas, Chiapas, en sus trayectorias migratorias, incluyendo el retorno —de la patria de llegada, los Estados Unidos de América, a la patria de origen, México—. Como sospecharán, mi respuesta fue afirmativa y, en ese sentido, es satisfactorio saber y constatar que estamos ante un joven investigador —aún con sus 33 años— en vías de irse consolidando como tal, máxime de que su tesis *Más allá del Sueño Americano. Jóvenes migrantes retornados a las Margaritas, Chiapas* mereció el primer lugar del Séptimo Concurso Nacional de Tesis sobre Juventud, 2015, en la categoría de doctorado, convocado por el Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve). Logro y distinción muy importante, y nada menor, tanto para el colega como en lo que atañe a la temática tratada. De ese premio, deviene este libro.

Territorios académicos de discusión.

Las y los lectores anónimos están leyendo y tienen en sus manos un texto interesante, vigente y necesario, más que nada por el tema abordado y el trazado del dispositivo teórico-metodológico, desde una perspectiva transdisciplinar -sociología y antropología- que lo lleva a un análisis microsocia y micropolítico, utilizando el método etnográfico, las biografías y las entrevistas a profundidad, a partir de las cuales, el autor construyó el objeto de estudio. Una de sus características importantes es la pertinencia de la investigación, ya que logra articular con fortaleza terminológica-conceptual y con solvencia etnográfica ciertas categorías

y dimensiones de análisis —nada fáciles, ni sencillas— que se entretajan y delimitan las siguientes coordenadas o ejes de discusión: las migraciones internacionales rurales y su retorno, que podríamos llamar comunidades transnacionales; las juventudes indígenas masculinas, su pobreza material y de capital sociocultural; las acciones y las prácticas sociales, como el consumo de drogas ilegales; y sus expresiones culturales, el rediseño de sus estéticas corporales, por ejemplo.

En este sentido, es importante situar que una de las características que definen y se convierten en marcapasos “épocas” que le dan las tics, los rostros y los matices a las juventudes mexicanas y latinoamericanas contemporáneas de finales del siglo pasado y principios de éste es que se construyen a partir de sus contextos locales, en este caso la rebelión zapatista de 1994 —que son textos comprensivos a interpretar—; de los procesos de globalización —que no sólo son económicos sino principalmente culturales—; del uso de las nuevas Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC); de la etnia, la raza, la clase social y el género al que se pertenezcan (Urteaga, 2011); de los procesos inmigratorios-migratorios en los que participan; de las violencias sociales que padecen (Sosa, 2004); y de la vulnerabilidad o precariedad en la que la mayoría de ellos y de ellas se encuentran y, a partir de ahí, hacen sus vidas cotidianas (Valenzuela, 2015, 2012 ; Saraví, 2009, 2015).

Podemos decir entonces, que este libro denominado: *Más allá del sueño americano. Jóvenes migrantes retornados a las Margaritas, Chiapas*, del doctor y colega Iván Francisco Porraz, se centra, o mejor dicho, su centralidad estriba en que toca, trata y da cuenta justamente de diversas cualidades que conllevan lo que hemos referido como: “lo épocal” de estas juventudes mexicanas y latinoamericanas. Además — aspecto muy importante— el autor se define a partir de un posicionamiento como investigador, etnógrafo o científico social, desde las fronteras del Sur-Sur, es decir, por lo que significan y por lo que representan ¡eh! De ahí su valor hermenéutico y simbólico, al investigar y escribir a partir de ese lugar, no sólo desde la periferia de la frontera Sur de nuestro país México, Las Margaritas, Chiapas, sino por lo que implican las periferias del Sur-Sur situadas en el continente Americano en tanto su valor ético y político, de frente a las juventudes indígenas internacionales, en sus mecanismos, en sus procesos y en sus trayectorias migratorias —y de retorno—.

Este posicionamiento y lugar de enunciación (Haraway, 1991) que lleva a cabo Iván Francisco Porraz lo podemos leer y comprender, en relación a que trata y considera su parte subjetiva, es decir, la subjetividad del investigador o del etnógrafo que es algo poco referido y muy olvidado por la mayoría de los científicos sociales. De tal suerte que es muy valioso y significativo que el autor reflexione su situación de joven al mismo tiempo que está trabajando, o reconstruyendo, las subjetividades sociales de los jóvenes migrantes internacionales de las Margaritas, Chiapas. Este autor analiza lo que sus sujetos y sus objetos de indagación le despiertan y le movilizan en su interior, intra psíquicamente. Ya lo decía, por una parte, George Devereux (1994): el dato más importante de la investigación es el investigador, es decir, el autor situado como otra categoría de análisis más. Desde otro lugar de enunciación, Pierre Bourdieu (2003) se pregunta: ¿cómo objetivar la parte

subjetiva del investigador, del sociólogo o del científico social? El maestro Iván Porraz, resuelve atinadamente tal dilema.

Es claro que el autor trabajó con sujetos y actores sociales “estigmatizados”, por su condición de indígenas, migrantes, jóvenes y pobres, que desde la narrativa de la “micro sociología” de Erving Goffman (1963) son catalogados como “identidades deterioradas” o “identidades desacreditadas”, a las cuales se les recarga el estigma y los mecanismos que conllevan discriminación e incluso de criminalización, ya que a partir de que terminó la guerra fría, al menos en los imaginarios colectivos, los enemigos del supuesto nuevo orden mundial mutan y cambian de rostros, ya no es el comunismo y sus “rojos” comunistas junto con sus obreros revoltosos, ahora se configuran en nuevos sujetos y actores sociales, a saber: los pobres, los terroristas, las “pandillas transnacionales” —la Mara Salvatrucha (MS-13), el Barrio 18 (B-18), los cholos, los Latin Kings— y los migrantes, como los más “amenazantes” y “peligrosos”. De tal suerte, que para el capital globalizado y el proyecto de la tecnocracia liberal (el neoliberalismo) tales sujetos y actores sociales no rinden, ni producen ganancias en las lógicas del capital voraz y depredador —en el capitalismo de cuates—, por lo tanto pueden ser desechables en cualquier momento, bajo cualquier pretexto y con toda la impunidad habida y por haber (Martín-Barbero, 1998, Monsiváis, 2007).

Queda claro, como lo señala Iván Francisco Porraz, que una de las estrategias individuales y familiares más urgentes y apremiantes de la condición juvenil en México y, en América Latina, es insertarse en los procesos migratorios internacionales —se calcula que al año más de medio millón de jóvenes en nuestro país migran— como un mecanismo de sobrevivencia económica y cultural, “para ganarse el derecho de vida” y escapar a las violencias sociales —incluyendo las del narcotráfico—. Esta situación de ser migrante parece ser un asunto de hombres, ya que las mujeres jóvenes no aparecen en los circuitos de las migraciones internacionales, aunque sí en las interestatales, en este caso al sector turístico de la Riviera Maya. ¿Acaso esta situación nos está hablando de ser una estrategia de las masculinidades?

Las precarias condiciones materiales de vida conllevan un rostro de vulnerabilidad y de pobreza —nos dice el autor— que se remarcan o se recrudescen en la situación de ser joven, indígena y de las periferias del Sur-Sur del país y del continente americano, por sobre ser joven de lo que queda de la clase media y habitante de las grandes urbes. Además, algo muy importante, e interesante, es que también se migra por la vivencia juvenil del viaje y del viajar, “de la aventura”, “de la experiencia” que favorecen la constitución identitaria juvenil indígena a fin de abonar en el imaginario para ser respetados, adquirir un lugar social y reconocimiento familiar, público, o comunitario. ¿Se trataría de la capacidad de agencia como forma de resistencia cultural? Esta tesis central en el trabajo de Iván Porraz desmonta las narrativas de una parte de los discursos de los estudios antropológicos de la “ruralidad” y del “campesinado” que negaban la etapa o el momento de la juventud en su transición a la vida adulta.

Algo central de este libro es que sitúa y ancla la condición de ser migrante internacional con sus trayectorias de retorno —repatriado— a la nación y a la localidad de origen, en este caso México-Las Margaritas, Chiapas. Aspecto que remarca y lleva “los dispositivos del retorno”: por una parte, la desconfianza y la “criminalización” de la que son objetos a partir de las narrativas —decíamos— de ser considerados unos de los nuevos enemigos del orden mundial y, por la otra, dada su cualidad de repatriado “sin gloria”, es decir, desvalorizados y violentados, sin un lugar social de reconocimiento o de prestigio. Estas situaciones, nos dice el autor, activan los mecanismos de las violencias con la familia y de la comunidad o con el barrio, en coordenadas de tensiones y de conflictos —¿intergeneracionales?—. “[...] el joven retornado trae como suyo ese equipaje cultural; los conflictos con la familia y la comunidad tienen distintas magnitudes e intensidades [...]”.

Algunas de las interrogantes y de las preguntas que podrían hacerse serían las siguientes: ¿cómo se retorna a la patria de origen y a la localidad?, ¿a partir de qué imaginarios?, ¿de qué representaciones sociales?, ¿de qué contenidos culturales? y ¿con qué estados de ánimo y afectivos? Desde estas lógicas, narrativas y *discursividades* a “los retornados” los podríamos catalogar como nuevos sujetos y actores sociales que reconfiguran el espacio público —de la calle, de la comunidad, del barrio, del pueblo— ya que regresan desde otro lugar social y con otros capitales culturales que entran en contradicción con las tradiciones y las costumbres del pueblo y de la comunidad como tal, incluyendo la familia. “[...] la experiencia migratoria de estos jóvenes migrantes está construida con materiales que producen violencias”. Quizás estemos ante la evidencia empírica de los procesos y de los mecanismos de las resignificaciones de las identidades juveniles indígenas, cuya visibilidad o espectacularidad se circunscriben en el territorio del cuerpo o de las “corporalidades” (Muñiz, 2010, Nateras, 2010, 2015). Territorios de disputa por la lucha en la creación de la presencia (Díaz, 2012), donde de lo poco que les queda como espacio de las decisiones relativas de sí son precisamente sus cuerpos, o sus “corporalidades” —lugares de resistencia cultural con valor político— (Muñiz, 2010).

Para terminar de escribir este apartado habría que decir, sin duda alguna, que este libro tendría que estar en las bibliotecas personales de los estudiantes, de los académicos, de los investigadores, de los funcionarios, de uno que otro político, de los públicos interesados y, sobre todo, de las juventudes indígenas migrantes. Además, es un texto para leer y discutir con calma, principalmente con nuestros estudiantes, a partir de los “horizontes” y de las “perspectivas” señaladas y sugeridas por el colega Iván Francisco Porraz para una agenda de investigación a seguir haciendo y construyendo, a saber: el lugar socio-cultural de las mujeres jóvenes indígenas inmigrantes-migrantes; los aspectos de vulnerabilidad y de precariedad en la que se encuentran estas juventudes de las periferias del Sur-Sur de nuestro país y del continente americano; la política y lo político; la perspectiva cultural; las violencias sociales y los dispositivos del retorno; el uso social de drogas y, agregaríamos, de las nuevas Tecnologías de la Comunicación

y de la Información (Tic); el crimen organizado; las pandillas transnacionales; y las afectividades asociadas a los procesos migratorios y al retorno: la nostalgia, la tristeza, la añoranza, la esperanza y la confianza.

Alfredo Nateras Domínguez ¹
Ciudad de México, julio de 2016

Bibliografía.

Boso, R. y Jiménez, M. L. (2012). *Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa*. México: UNAM; CRIM.

Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Devereux, G. (1994). *De la ansiedad al método en las ciencias sociales del comportamiento*. México: Siglo XXI Editores.

Díaz, R. (2002). "La creación de la presencia. Simbolismo y performance en grupos juveniles". En Nateras, A. Jóvenes, Culturas e Identidades Urbanas. México: Miguel Ángel Porrúa; UAM-I.

Goffman, E. (1963). *Estigma. La identidad deteriorada*. Argentina: Amorrortu Editores.

Haraway, D. J. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. España: Ediciones Cátedra; Universitat De València; Instituto de la Mujer.

Martín-Barbero, J. (1998). "Jóvenes: Des-orden cultural y palimpsestos de identidad". En "Viviendo a Toda". Jóvenes, territorios y nuevas sensibilidades. Bogotá: Universidad Central-DIUC; Siglo del Hombre Editores.

Monsiváis, C. (2007). "Los Enigmas de la Mara Salvatrucha (Carta Abierta en Forma de Epílogo)". En Valenzuela, J. M., Nateras, A. y Reguillo R. *Las Maras. Identidades Juveniles al Límite*. México: UAM-I; Juan Pablos Editor; El Colegio de la Frontera Norte.

Muñiz, E. (2010). *Disciplinas y prácticas corporales. Una mirada a las sociedades contemporáneas*. México: ANTHROPOS; UAM-Azacapotzalco.

¹ Doctor en Ciencias Antropológicas. Profesor-Investigador. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I). Coordinador General del Diplomado: Culturas Juveniles. Teoría e Investigación (UAM-I). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Nivel: I. E-mail: tamara2@prodigy.net.mx. www.alfredonateras.com

Nateras, A. (2015). *Vivo por mi madre y muero por mi barrio. Significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha*. México: Tirant Humanidades; uAM-Iztapalapa.

_____. (2010). "Performatividad. Cuerpos juveniles y violencias sociales". En Reguillo, R. *Los Jóvenes en México*. México: Fondo de Cultura Económica; CONACULTA; Biblioteca México.

Saraví, G. A. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: FLACSO; CIESAS.

_____. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: Publicaciones de la Casa Chata; CIESAS.

Sosa, R. (2004). *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

Urteaga, M. (2011). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. México: Juan Pablos Editor; uAM-Iztapalapa.

Valenzuela, J. M. (2015). *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. México: Biblioteca de Infancia y Juventud; NED ediciones; ITESO; El Colegio de la Frontera Norte.

_____. (2012). *Sed de Mal. Feminicidio, jóvenes y exclusión social*. México: El Colegio de la Frontera Norte; Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL).

INTRODUCCIÓN

La experiencia de los jóvenes migrantes retornados puede leerse desde múltiples aristas. Una de ellas es la desterritorialización como metáfora del desarraigo, desarraigo de lo que fue propio, de lo que ya no es igual. Quizá también, parafraseando a Castells, la desespacialización puede interpretarse como construcción y deconstrucción del mundo global que corresponde a las nuevas generaciones: las de los jóvenes del siglo xxi y, entre ellos, los jóvenes migrantes.

La ajenidad del trabajo, de la vida y su sentido es el material que la globalización ofrece a estos jóvenes para orientar y dar significado a su existencia presente y futura; sin embargo, de manera velada o clandestina los jóvenes reterritorializan su espacio vital, dotando su condición social de una identidad construida con los precarios saberes y conocimientos adquiridos que, si bien se antojan frágiles, definen la producción de sentido para encarar, recrear y producir los nuevos imaginarios en oposición. Asimismo, se reapropian de los productos que ofrece la globalización y de su poder destructivo de la vida.

Por ello, resulta estratégico recorrer este mundo vital de los jóvenes migrantes retornados indagando sobre las formas en las que se apropian tanto de los espacios del centro desde donde son explotados o expulsados según el pulso económico, como de las periferias —sus lugares de origen—, en las que se les niega el derecho al trabajo y a la subsistencia, acaso por definírseles superfluos. Esto resulta en una apropiación de formas múltiples que develan resistencias y oposiciones en las que, si bien están en juego los mismos materiales de la cultura moderna global, la puesta en acción de sus capitales —la edad y la fuerza de trabajo— los torna agentes que se movilizan, por lo que ponen en juego su capacidad de agencia y definen, pese a su precariedad, los términos de su disidencia y el tamaño de sus interacciones con agentes e instituciones del entorno más amplio.

La historia, el contexto y las restricciones estructurales definen las trayectorias de vida de todo grupo social. En este sentido, es inevitable reconocer que en los jóvenes que emigran y retornan pesan precarias condiciones materiales de vida y marcos mentales que, al activar lenguajes, discursos y representaciones visuales de los poderes instituidos, minan intencionalmente toda capacidad de agencia y reconocimiento. Asimismo, estos poderes expanden el sentido de precariedad y la capacidad de infringir daño hacia los jóvenes migrantes, que se encuentran sujetos a una lógica perversa de uso, exclusión y desecho. Sin embargo, siguiendo la línea de Foucault, frente a esta “nuda vida” en la que la globalización los coloca, recordemos que el discurso constituye, pero a la vez deconstituye, y abre la resistencia desde lo simbólico que, en tanto discurso, interpela, haciendo del no-lugar la subversión.

Es posible pensar que los jóvenes, sin que ellos mismos se den cuenta, son actores de la construcción de un nuevo nomadismo, como lo expresan Deleuze y Guattari (2008), y de lo que hoy registramos como el desafío a la realidad que el poder, en cualquiera de sus escalas, les impone.

Frente a la vertiente estatal que disciplina los productos y elementos de la globalización —entre ellos las tecnologías de la comunicación— habilitados por la imaginación y el ansia de vivir, hoy se hace posible su contrario: el “indisciplinamiento”, es decir, ese nomadismo que para nuestros autores, si bien significa huida, en paralelo también apunta a la búsqueda de “líneas de fuga” (Deleuze y Parnet, 1980). Siguiendo la reflexión de Bauman (2010), los jóvenes de hoy, y entre ellos los jóvenes migrantes internacionales, no le deben nada al Estado y, siendo más estrictos, tampoco le deben nada a la sociedad como conjunto, ni siquiera la confianza de antaño de certidumbre o esperanza.

Más allá del sueño americano. Jóvenes migrantes retornados a Las Margaritas, Chiapas es una investigación doctoral que tuvo como propósito adentrarse en la vida cotidiana de los jóvenes migrantes internacionales de un municipio aún ruralizado para, desde el campo de la cultura, reconstruir la experiencia vivida en un país que no era el suyo, y en sus lugares de origen después de dicha experiencia tras el retorno.

El interés por el tema de los jóvenes y las migraciones internacionales surge de las exploraciones sobre el cambio social en Chiapas, una entidad federativa de las más subdesarrolladas del país en atención a los indicadores de desarrollo humano y a los índices de marginación que definen dicha medición. Me llamó la atención cómo, frente a las crisis económicas, la precariedad y la pobreza, este estado registra profundas transformaciones en sus esferas social y cultural, ámbitos que habían permanecido sin cambios significativos, lo que se explicaba, dada su funcionalidad, por la perdurabilidad de la llamada economía campesina y su nicho comunitario.

En un trabajo exploratorio me percaté de tres hechos. El primero de ellos fue el cambio mismo en la institución familiar. En este sentido, todos o casi todos los hogares tienen dispositivos de comunicación, particularmente televisión, aparatos de música y celulares. El segundo fue observar la cantidad de jóvenes que vivían en la localidad y que portaban atuendos distintos al del campesino tradicional: algunos de ellos rapados, con pantalones estilo cholo y tenis, con algún tatuaje visible o con aretes pequeños en las orejas o nariz. En otros casos observé que usaban botas y camisas a cuadros estilo norteamericano. Un tercer hecho radica en que prácticamente la totalidad de los jóvenes experimentan una movilidad espacial intensa: emigran porque en la comunidad o municipio simplemente no hay trabajo, lo cual se comprueba porque buena parte de ellos, todos varones, viven la experiencia de la migración internacional. En el trabajo de campo exploratorio no se registró la práctica migratoria internacional en jóvenes mujeres, aunque sí una intensa movilización interestatal con fines laborales a entidades del sur del país, en particular a la llamada Riviera Maya, en donde logran colocarse en el sector del turismo.

Debe decirse también que 1994 implicó un parteaguas en Las Margaritas. La intensidad de las movilizaciones de las personas de comunidades hacia la cabecera municipal y hacia otros municipios propició que la mayoría de los niños, hoy jóvenes, se hayan formado con la fluidez lingüística del español y en mundos de vida mestizos. Aunque ésta no es una condición de todos los jóvenes de Las Mar-

garitas, los que yo entrevisté poseen estas características aun cuando la familia haya retornado a sus localidades de origen. Indudablemente, como se verá con el retorno, el peso de las tradiciones y las normas sociales comunitarias pesan y, por supuesto, se toman en cuenta. Esta decisión no niega la importancia de la cuestión étnica en el fenómeno estudiado, pero está focalizada a comunidades que mantienen una identidad política zapatista.

En la definición de los sujetos de estudio son fundamentales dos premisas: la primera es que el cambio social que experimenta la sociedad chiapaneca, en particular su población rural, es producto de procesos de magnitud macro que se sintetizan en el concepto de “globalización”, por lo que el interés se centraría en las formas en las que la globalización, vía la migración internacional, altera, difumina o trastoca el mundo cotidiano de los jóvenes y su entorno familiar y comunitario; la segunda premisa consiste en que el campo cultural es el privilegiado para el análisis de los jóvenes, sus prácticas y sus construcciones identitarias, amén de que, como señala Martín-Barbero (2010), en la “tardomodernidad [...] la cultura escapa a toda compartimentalización irrigando la vida social entera”.

Definidos el sujeto y el objeto de estudio, la opción metodológica estaba prácticamente definida: se privilegiarían el trabajo etnográfico y las biografías de los jóvenes, lo que no impidió echar mano de otros instrumentos de igual importancia. Los estudios sobre cultura y estilos juveniles ponderan las relaciones presenciales, o cara a cara, que son propias de la antropología y del análisis microsociedad y micropolítico por parte de la sociología. El trabajo etnográfico es complejo; a veces es cuestión de fortuna, de llegar en el momento adecuado y de hacer los primeros contactos con las personas indicadas. Otras veces la parquedad de las respuestas y la experiencia del silencio que suplén el habla como forma de externalizar sentimientos se nos presentan como dificultades insalvables. No obstante, la fortuna de ser joven me permitió ganarme su confianza desde la cabecera municipal, para de ahí acceder a sus comunidades.

Las primeras tensiones que registré se referían a la decisión de emigrar a Estados Unidos. ¿Por qué emigran a dicho país?, ¿cómo lo hacen?, ¿con qué capitales cuentan? Indudablemente tienden a privilegiarse causales como la pobreza, lo que es indiscutible, pero no es el único motivo. De ser cierta la tesis de que los pobres no migran, estos jóvenes no lo harían, pues son pobres, pero la edad y el capital del cuerpo hacen posible la osadía y la capacidad para hacer frente a los desafíos de una experiencia que los vulnera dada la incertidumbre y los riesgos que implica.

Un segundo corpus de tensiones que trae consigo la experiencia migratoria internacional ocurre en el lugar de destino, Estados Unidos, y tiene que ver no sólo con el hecho de que desempeñan los trabajos más difíciles y peor pagados, como migrantes de relevo y móviles, sino con las dificultades, incluso, de ser contratados. Pero el riesgo mayor es que les detengan y les expulsen. Un hecho paradójico para quien investiga es que, frente al reconocimiento del mal trato del que son objeto por los nacionales y los contratistas, los jóvenes migrantes tienen una capacidad subjetiva para sortear esos comportamientos y apropiarse en el tiempo libre de

esos productos culturales particularizados tan propios de la globalización y su sentido de mercadeo. El aprendizaje y la interiorización de elementos culturales desterritorializados e hibridados ocurren en el breve o largo tiempo de estancia en el país norteamericano.

Finalmente, un tercer grupo de tensiones que identifiqué tiene que ver con una paradoja en el comportamiento y las sensibilidades familiar y comunitaria con respecto al joven migrante que retorna: es objeto de alabanzas y a la vez produce temor y miedo, comportamientos derivados de su retorno “glorioso”, es decir, con dólares —remesas enviadas— y con “troca”, o del retorno “sin gloria”, del fracaso de la empresa migratoria, pero también del cambio cultural, que trastoca y desordena lo social y sus tradicionales prácticas de comportamiento. Ésta es una fase que marca y define el presente y el horizonte de futuro de los jóvenes con trayectoria migratoria. El proceso de este comportamiento familiar y comunitario no sólo abre una tensión conflictiva y violenta que se proyecta e interioriza en la conciencia del joven migrante, pues en su límite se llega a una “expulsión silenciosa” del lugar de origen, además de que ese proceso también abre cambios profundos en el seno de las sociabilidades familiar y comunitaria, pues este tercer tipo de tensiones deriva del comportamiento que se asume frente a quien regresa con “gloria”, pero además trayendo consigo prácticas culturales no aceptadas en el contexto, lo que impacta en las relaciones entre la familia del migrante y la comunidad.

De forma sintética podríamos decir que los problemas identificados y las soluciones dadas, o no, no tienen sentido de regularidad y son contingentes, como contingente es el tiempo de la globalización. Pero lo que sí es cierto es que la experiencia migratoria de estos jóvenes está construida con materiales que producen violencias. Son vulnerables, pero esa vulnerabilidad deriva, y es recreada a lo largo de la experiencia migratoria, de una concepción renovada de ser joven en el siglo xxi, tiempo de globalización en el que la visión de guerra define el mundo y sus relaciones. Jóvenes “superfluos” o “imprescindibles”, diría Bauman; “nuda vida”, diría Agamben. Pero esta verdad deliberadamente construida por los poderes imperiales se enfrenta a otra mucho más consistente: la de la “infiltración” ante el fracaso de la “resistencia”, como dijo Kapuscinsky (Cayuela, 2002).

Con estas reflexiones y planteamientos primarios me di a la tarea de revisar el estado de la cuestión conceptual sobre la migración, la juventud y sus expresiones culturales, así como la relación entre estos elementos.

En estos campos temáticos se hizo evidente que no sólo no existe una teoría omnicompreensiva ni teorías que correspondan con exclusividad a una disciplina de las ciencias sociales, sino también que gran parte de la producción teórica está pensada para la realidad de la sociedad moderna del norte. Finalmente, la producción teórica en estos campos guarda una correlación con los contextos históricos, lo que explica que el desarrollo conceptual intenta caminar, al igual que la sociedad y sus transformaciones, aunque otra cuestión es que logre avanzar.

El capítulo I versa sobre este ejercicio de revisión teórica. Digamos, como lo hace Arango (2003), que la naturaleza misma de las migraciones internacionales impide la construcción de una gran teoría y que la producción conceptual exige en paralelo su confrontación o su condicionamiento con el contexto sociohistórico. Sostiene, y estamos de acuerdo con ello, que desde el último cuarto del siglo xx se producen nuevas y viejas-nuevas teorías que intentan explicar y comprender una realidad migratoria internacional que registra cambios profundos.

Sin embargo, el balance que el autor realiza no es optimista. Hace evidente el declive o la incapacidad analítica de las dos grandes teorías: la neoclásica y la de la dependencia. No obstante, reconoce que el desarrollo teórico actual ha tendido a explicar las transformaciones sufridas por las migraciones internacionales y sostiene que se viene trabajando con marcos teóricos que, más que nuevas teorías de la movilidad humana, son “versiones modificadas de líneas de pensamientos anteriores o de adaptaciones de marcos teóricos elaborados con otros objetivos” (Arango, 2003: 10).

En la revisión crítica que Arango hace de este mosaico teórico —la nueva economía de las migraciones laborales, la teoría de los mercados duales, la teoría del sistema mundial, las redes migratorias o el análisis de sistemas aplicados a las migraciones— es visible, diríamos, la parcelación de un fenómeno que exigiría una visión articulada, pues la diversidad de temáticas, que se traduce en la idea de “experto en...”, limita la posibilidad de un pensamiento alternativo en atención al tamaño de los desafíos. Como conclusión, es posible sostener que en las teorías de las migraciones están ausentes dos campos hoy vitales para comprender el fenómeno migratorio: la política y lo político, lo que sugieren éste y otros autores (García y Villafuerte, 2014), pero insistiríamos también en la ausencia de la perspectiva cultural, que hoy registra propuestas complejas y renovadas.

La revisión conceptual sobre los jóvenes y sus expresiones juveniles tiene una historicidad, digamos, más constructivista. A diferencia de las teorías de las migraciones, que tienen un fuerte basamento en la disciplina económica, las teorías sobre los jóvenes no sólo tienen una historia más reciente, sino que nacen desde las problemáticas mismas de ellos, como sujetos sociales y sujetos de representación, en contextos sociohistóricos determinados cuya exigencia conceptual, so pena de parcialidad, exige la interdisciplina.

Los primeros aspectos problemáticos desarrollados sintéticamente en el capítulo I se refieren a la definición misma del término juventud y a que su importancia analítica deviene de su doble condición de ser “futuro” y de ser “problema”, este último punto en el marco de las teorías funcionalista y estructural-funcionalista, hegemónicas hasta bien entrado el siglo xx (Potthast y Carreras, 2005; Valenzuela, 2009; Pérez Islas, 2008; Nateras, 2000).

No hay una teoría sobre los jóvenes; hay teorías que caminan o intentan hacerlo a la par de la sociedad y de las transformaciones que sufren los jóvenes. Un ángulo conceptual tiene como punto de partida tanto la identificación de conflictos

entre ellos y su entorno, como la necesidad de normativas institucionales en su formación educativa o laboral. Otro ángulo conceptual parte de la tesis de que las disrupciones de los jóvenes al orden social son expresiones de una dinámica propia que los torna productores de significantes y sentidos, lo que los motiva a convertirse en productores de las llamadas “subculturas juveniles” (Feixa, 2006).

La definición misma de joven, decíamos, es problemática y diversa según la disciplina que se ocupe de ella: “una etapa prehistórica de turbulencia y transición marcada por migraciones de masa, guerras y culto a los héroes” o “una fase crítica, universal, del desarrollo psíquico, que exige regulación para llegar a la etapa de la adultez” son definiciones que privilegian los cambios biológicos, intelectuales y cognitivos, de identidad y personalidad, sociales y culturales, morales y éticas valorativas (Pérez Islas, 2008; Feixa, 2006; Narváez, 2007). Se ubican en el campo de la teoría psicoanalítica, la teoría sociológica y la teoría de Piaget (Delval, 1998).

El abanico conceptual se amplía al reconocer tanto la importancia del contexto sociohistórico y el peso que en él juegan las relaciones de poder y dominio, como la centralidad que presenta el campo de la cultura para la comprensión de la juventud y lo juvenil (Valenzuela, 2009). En tanto la cultura es una producción social, en el marco de las teorías sociológicas y antropológicas se definen enfoques relacionales que posibilitan la comprensión de los jóvenes y sus expresiones socioculturales desde sus prácticas y representaciones.

Los saltos cualitativos de los estudios de la juventud y lo juvenil se dan cuando se irrumpe en las visiones dicotómicas propias del funcionalismo, el estructural-funcionalismo y el marxismo, para dar paso al reconocimiento pluralista de las culturas juveniles vistas como procesos de subjetividad, intersubjetividad y corporalidad que accionan imaginarios, símbolos y formas de ser (Pérez Islas, 2008; Nateras, 2014). Indudablemente, la producción conceptual de los estudios sobre la juventud y lo juvenil no es una tarea fácil, pues en el campo de la cultura también se debaten teorías y enfoques complejos desde los cuales se nutre la producción conceptual de las subculturas juveniles, esto es, una producción que lleva a cuerdas tensiones y debates.

La definición de juventud y sus expresiones culturales trae consigo la naturaleza de su campo conceptual y analítico: “joven es aquel que es tenido por joven por su sociedad”, dice el filósofo Manuel Cruz (2009), definición que debe entenderse como una construcción teórica alimentada por materiales culturales de signos muy variados. En suma, el significado de ser joven está dado por la construcción teórica de la juventud y ésta es una construcción social (Valenzuela, 2009). En el capítulo se intenta un acercamiento a las vertientes teóricas o enfoques analíticos para abordar la relación entre migración y jóvenes en contextos aún definidos por sus componentes rurales, y en tales análisis resalta, pese a su importancia, la ausencia de estudios sobre los jóvenes rurales e indígenas.

Una reflexión que cruza la revisión conceptual es la complejidad que para las ciencias sociales presentan cuestiones en íntima relación, como la migración y la ju-

ventud. Son temas para cuyo análisis de manera recurrente se debe confrontar realidad con teoría, y ello, a la vez que nos da la sensación de liberarnos de la compleja producción conceptual, nos desafía, pues está en juego nuestra capacidad para un manejo lógico y articulado de las herramientas conceptuales que deben desplegarse en la comprensión analítica de una realidad en movimiento. El capítulo termina con unas breves anotaciones metodológicas con la intención de precisar temas y problemas, así como su tratamiento, en particular la centralidad del trabajo etnográfico y los conversatorios con los jóvenes migrantes de estudio.

Los capítulos II y III constituyen una síntesis del contexto estatal y municipal que explica y define una historicidad particular de la migración como fenómeno social, y se hace énfasis en los puntos de inflexión de su historia reciente que llevan a transitar hacia la migración laboral internacional, tarea delegada a la población joven y asumida por ella. Chiapas es un estado con una historia particular, su población mayormente tiene orígenes étnicos mayas y se integró a los procesos de acumulación de capital bajo las viejas tensiones de la unidad campesina y su economía, como el mundo de los finqueros, las empresas que controlaban las grandes plantaciones y la ganadería extensiva en los años sesenta y setenta. Este modelo entró en crisis en los años ochenta, pero sin que la economía estatal transitara a patrones de acumulación fincados en la industria.

Situado en los últimos lugares de los índices de desarrollo humano, los cambios impulsados desde el Estado se tornan en cambios para que todo siga igual. Las semejanzas de Chiapas con los países centroamericanos son altas, no obstante que la incorporación de chiapanecos jóvenes al sistema migratorio México-Estados Unidos es ciertamente reciente no sólo con respecto a muchas entidades del país, sino también con respecto a la incorporación de centroamericanos al circuito migratorio internacional. Sus particularidades explican estas diferencias, pero también su acercamiento a cierta homogeneización en los impactos que hoy definen esa variable que entraña relaciones asimétricas entre país expulsor y país de destino.

En el capítulo III se aborda la particularidad de la migración internacional de jóvenes de un municipio chiapaneco fronterizo que en el siglo XX vivió casi con exclusividad las migraciones al interior del territorio chiapaneco y las interestatales al sur y centro del país. En el siglo XXI es visible la incursión de sus jóvenes migrantes a entidades del norte, al centro turístico de la Riviera Maya y a Estados Unidos. En el capítulo se dan elementos indicativos de este evento narrados por sus propios actores.

En el capítulo IV se registra la importancia de la migración laboral a Estados Unidos en el municipio chiapaneco de Las Margaritas. Son fuentes primarias la radio local, La voz de la Frontera Sur xevfs am, y la extensión de la cobertura de casetas telefónicas en la cabecera municipal y después en algunas comunidades, aunque también existe comunicación por los teléfonos celulares privados. Con la radio, y posteriormente con las fuentes periodísticas, la migración internacional ocupa el espacio de lo público porque a la sociedad le interesa este evento que poco a poco ha transformado los mundos de vida de la cabecera y de las comunidades del municipio. Registrada la importancia del fenómeno, se da paso a la construcción de la

experiencia vivida por el joven como migrante internacional, un proceso complejo puesto que implica no sólo abrirse a un mundo laboral desconocido, sino hacer suyo o arrebatarle al sistema un tiempo para una posible construcción identitaria seleccionando entre el menú de productos culturales que ofrece el mercado. En suma, el capítulo recupera las vivencias y la internalización de prácticas y valores que confluyen en la construcción de una identidad cultural migrante, visible en las prácticas y expresiones corporales y lingüísticas de los jóvenes.

En el capítulo V, el último de la investigación, se intenta sedimentar el recorrido analítico del fenómeno de estudio con el tema y problema del retorno, el cual en tiempos de globalización definimos como una fase en la que se ponen en juego los imaginarios instituidos e instituyentes, junto con los imaginarios abiertamente desafiantes de los jóvenes que, tras la experiencia migratoria internacional, no logran acomodar sus necesidades en el marco de lo dado, de manera que desde lo imaginario y sus capitales —el cuerpo y la edad— activan su capacidad de agencia y los términos de sus interacciones. Por ello, en este capítulo se sostiene que los jóvenes migrantes retornados, con sus rebeldías, anhelos y esperanzas, obligan a reconocer que la sociedad no está cerrada ni determinada por mucho que los poderes globales así se lo hagan entender a los jóvenes de los países periféricos.

En este capítulo traemos al análisis la tensión entre subjetividad y materialidad, lo que nos lleva a plantear, no a desarrollar, los elementos de estos estilos juveniles que tienen un carácter emancipador o de alienación, esto aludiendo a los contenidos de clase, poder y dominio que les envuelven. En términos de la investigación optamos por resaltar esta tensión, pero se mantuvo el reconocimiento del peso que juegan estructuras sociales como la economía y la política, más densas y sistémicas pese a las contingencias que hoy también las envuelven.

En este sentido, se sostiene la analítica del retorno y la tesis de la relación desnuda que hoy establece el capital con la fuerza de trabajo migrante joven, y que también establece en los nacionales la desconfianza hacia estos trabajadores.

El retorno abre uno de los temas que nos parece importante en la analítica de las transformaciones sociales de los espacios locales derivadas de la migración internacional: las diversas formas en las que se conjugan el imaginario “imaginado” y el imaginario “construido”, que influyen en la asunción de estilos juveniles visibles en el vestuario, los gustos, el lenguaje verbal y corporal y los gestos, que chocan de manera violenta con el espacio social de origen. El joven retornado trae como suyo ese equipaje cultural, y los conflictos que ello pueda causar en la familia y la comunidad serán de distintas magnitudes e intensidades, pero los jóvenes retornados movilizan sus escasos recursos para definir su disidencia y los términos de sus relaciones con sus padres, familiares y vecinos, e incluso con autoridades civiles o públicas.

Es un campo que intentamos recuperar desde el análisis de las subjetividades de los jóvenes, donde se observa que los estilos juveniles son una parte de su identidad cultural como jóvenes, aunque no se trata de optar por lo uno o lo otro ya que, se-

gún nuestros teóricos dirían, en la constitución de la subjetividad y el cuerpo están anclados procesos históricos-sociales y políticos. Son constituciones parciales y no necesariamente en positivo o en clave finalista (Parrini, 2012; Valenzuela, 2012). Por ello, la trayectoria cultural migrante de nuestros jóvenes de estudio presenta una construcción fracturada y sin un libreto que nos defina el final de la trama.

Concluimos este capítulo reconociendo que las experiencias vividas por estos jóvenes migrantes están atravesadas por relaciones de poder imperial que excluyen y hacen suyo todo el instrumental tecnológico, social y político para detener y expulsar a una población joven que, ante el agotamiento de la resistencia y la emergencia de la violencia incontrolable en sus propios lugares de origen, se infiltra y traspasa fronteras con la mira del trabajo y de enviar los pocos dólares que les paguen. La dureza de las medidas de detención y expulsión está a la vista de la comunidad internacional y son legales y legítimas desde el Derecho, mas no justas.

La vulnerabilidad que hoy viven los migrantes internacionales jóvenes cierra este capítulo. Es una vulnerabilidad perversamente construida porque se fracturan las distintas esferas de su vida social para dotarles de atributos como portadores de riesgos; es decir, son ellos, los jóvenes, los sujetos de vulnerabilidad y su correlato con el concepto de violencia en tanto ejercicio y padecimiento del daño. Recuperamos, sólo para puntear una agenda de trabajo en el futuro, dos planteamientos que son prometedores para el estudio de la vulnerabilidad en los jóvenes migrantes. Nos referimos a la analítica desarrollada por Judith Butler definida como una “ontología de los cuerpos”, que lleva a definir la vulnerabilidad como una “condición ontológica del cuerpo”, pero la vulnerabilidad definida diferencialmente entre los grupos de una sociedad no es un hecho natural, sino que es creada, construida y regulada por el poder.

En suma, en los contenidos de la tesis, junto con las reflexiones finales, se exponen los pequeños hallazgos y las grandes lagunas o interrogantes de una realidad social compleja y urgente que influye en el presente y el futuro de los jóvenes migrantes internacionales que hoy emprenden una movilidad impresionante al interior del país en espera de la recuperación económica de los “gabachos”, para volar posteriormente a la tierra del dólar. La investigación realizada, creo, puede contribuir al estudio de los jóvenes migrantes de México y en especial de Chiapas, una entidad federativa en abierta orfandad de comprensión analítica y política de sus jóvenes. Particularmente, es notable la ausencia de voces sobre el significado de la vulnerabilidad y la violencia que los atrapan.

No quiero omitir el sentir personal que me deja esta experiencia de investigación, y lo hago a propósito de los cuestionamientos que me iba formulando durante el proceso de investigación, y de una interrogante que me hizo un joven migrante retornado.

Como es propio de quienes iniciamos la labor de la investigación, angustias, ansiedades y crisis existenciales se apoderan del sujeto que investiga. Ya Devereaux (1999) nos ha mostrado algo de ello en su texto *De la ansiedad al método* en las

ciencias sociales del comportamiento. El sentimiento de confianza es el antídoto y nos dota de alguna certeza para ir desentrañado una realidad y asumir la pasión frente a ella. Indudablemente el investigador está marcado por su ideología, clase social y ocupación, e incluso está tentado por las modas académicas, por lo que como investigador pensé que en algún momento debía sincerarme con el sentido que le doy a esas marcas.

No tardé en hacerlo, pues en una de las conversaciones un joven migrante retornado me hizo una pregunta e inquirió mi respuesta: “Y vos ¿cómo fue tu juventud, primo, o cómo es ahorita?” Intenté relatarle mi trayectoria juvenil y fueron sorprendentes las afinidades en las vivencias de ambos. Brevemente le narré que:

Nací en San Cristóbal de Las Casas, soy el menor de cuatro hermanos. Mi barrio, ubicado en la periferia de la ciudad, es prácticamente una comunidad de parientes y vecinos entrañables. Mis padres, aunque no terminaron la primaria, saben leer y escribir. Mi madre tiene un trabajo estable como comerciante en el viejo mercado de la ciudad y mi padre es un judío errante a la búsqueda de trabajo, sin importar actividad y lugar preciso. La sensibilidad de mi madre y su sentido de socialización hicieron mella en mí; de mi padre, aunque sólo lo veíamos ocasionalmente, sus anécdotas me llegaron a intrigar y abrieron mi gusto por conocer lugares y vida.

Continué el relato hablándole de mi juventud y mi formación profesional. Le comenté que estudié en escuelas públicas y era dado a relacionarme con los alumnos más rebeldes; también le hablé de mi pasión por las maquinitas de videojuego y de que me hice experto en hacer bromas.²

Le conté mi primera experiencia laboral a partir de que me expulsaron de la preparatoria por inasistencia. El castigo fue el trabajo. Además, frente al fracaso se hizo recurrente una conversación diaria sobre la rebeldía de los jóvenes en la actualidad.

Mi padre decidió llevarme de chalán de peón, rango que implicaba ser ayudante de peón de albañil. Estuve en el oficio de la construcción alrededor de dos meses, un trabajo bastante duro. Los primeros 15 días fueron los más largos que había vivido; levantarme a las 7 de la mañana, desayunar en la obra a las 10 y regresar a la casa hasta las 4 de la tarde, hambriento, cansado y sucio. “El mundo de la construcción tiene su chiste”, me decían los albañiles. Conocer ese ámbito donde encontraba a otros jóvenes iguales a mí, pero cuya única oportunidad o expectativa de vida era trabajar, embriagarse los fines de semana, casarse, tener hijos y seguir trabajando, me enseñó a mirar diferente. Sin embargo, ahí aprendí a ser más solidario y a administrar el dinero que se me pagaba semanalmente. Inevitablemente, hicieron presencia en mí los albueros, las primeras “caguamas” y un aprendizaje primario de defensa personal.

² De hecho, la orientadora escolar nos enmarcaba como “adolescentes problemáticos”, por supuesto desde su visión adultocéntrica, que se reproduce en los discursos de trabajadora con formación psicológica.

Tiempo después mis padres acordaron darme una segunda oportunidad para regresar a la escuela; yo también volví a pedirlo. Me inscribieron en el nuevo plantel del Colegio de Bachilleres de Chiapas número 58, en la zona norte de San Cristóbal, conocido en ese entonces como “la perrera” o “CRIACH 58”, este último nombre en alusión a una organización de taxistas locales de la misma zona, en su mayoría indígenas. Muchos de los alumnos inscritos ahí habían sido sancionados o les habían dado de baja de otras preparatorias, por lo que mi vivencia estudiantil fue con compañeros rebeldes o atrabancados, como decía mi madre. Mi paso por la preparatoria fue incierto, pero logré terminarla. Estudiaba de lunes a viernes y algunos fines de semana trabajaba como mesero en un restaurante en el centro de la ciudad.

El joven con quien conversaba hizo suya mi experiencia. De familia más pobre que la mía, reconocía la dureza del trabajo en la albañilería y en el campo, aunque identificaba que el trabajo era para mí un castigo, pues tuve la oportunidad de volver a estudiar. Su caso era distinto porque apenas había podido concluir el sexto año de primaria. Su conclusión fue que compartíamos el hecho de que, tanto él como yo, “lo que intentamos es vivir como se pueda nuestra juventud, ¿verdad?” Sus palabras fueron muy certeras pues, aunque en escenarios diferentes, nuestras realidades también se construyen con ese deseo intenso de vivir la juventud, revelarnos y reinventarnos. Me pidió que le siguiera contando mi vida:

Llegó el momento de elegir una carrera universitaria y la decisión fue un tanto azarosa. Mis padres, como es propio en el medio en que vivía, definían que ser maestro era lo más seguro; mi interés en ese momento era ser agente de la extinta. Policía Federal de Caminos, quizás porque ganaban muy bien y porque a veces quería sentir más adrenalina. La idea de la universidad vino después, aunque ya pensaba que debía seguir estudiando. Me hablaron de la carrera de antropología, que me parecía iba con mis intereses, por lo que solicité y obtuve ficha de ingreso en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas. Muchos alumnos con biografías similares a la mía venían de comunidades indígenas, hablantes de español, pero también de tsotsil o tseltal.

Le encontré el gusto a la universidad y a mi carrera. Empezaba a comprar libros y a leer con cierto afán. Sentía gusto por el trabajo de campo y por los movimientos de protesta que se organizaban desde la facultad, e inicié mi experiencia como militante en algunas movilizaciones estudiantiles frente a las injusticias que cometen el Estado y los más ricos.

A través de pláticas y en contextos de diversión, el joven que me entrevistaba me dijo lo chido que “ha de haber sido entrar a una universidad”, y que le parecía bueno lo que yo estaba haciendo. Ese ejercicio me permitió reflexionar sobre mi propia trayectoria y acercarme al auto-socioanálisis, como lo llama Bourdieu. En ese momento quizás no lo pensé de así, pero al escribir la tesis registré cómo yo también me vi desestructurado o descolocado, y de alguna manera representado de una forma peculiar, por esos otros jóvenes que “investigaba”. Tal como señala Devereaux, una teoría del comportamiento que no pueda explicar también el comportamiento del observador en función de sí misma es segmentaria, inconsecuente y autodestructora (1999: 39).

Termino señalando que mi acercamiento al tema de los jóvenes se ha ido acrecentando por algunas experiencias laborales, siempre precarias, como precario es el trabajo y las condiciones laborales en un estado como Chiapas.

Para los jóvenes, como fue mi caso, el problema que más pesa es el de no encontrar trabajo. Terminé la tesis de licenciatura y me veía como desempleado o como trabajador en el área de los servicios turísticos. Afortunadamente tuve una breve contratación a través de un programa de cooperación de la unicef en Chiapas para realizar trabajo de campo con jóvenes y sus familias en las zonas periféricas de la ciudad.

Fue un aprendizaje rico por la simpleza o complejidad del mundo de los jóvenes, donde el sentido de la precariedad define todo. Al término de ese breve contrato, la necesidad de trabajo me llevó a una universidad privada semiescolarizada, en donde experimenté las tensiones que viven los profesores con los alumnos.

Traté de no caer en los esquemas que suelen definir dichas tensiones y de hacer algunas propuestas pedagógicas y de contenidos con los alumnos.

Los jóvenes empezaron a interesarme como campo de estudio, y ello fue posible al iniciar primero los estudios de maestría y después los de doctorado en el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (CESMECA-UNICACH). Queda pendiente en mi agenda, si ello es posible, continuar trabajando sobre estas temáticas, porque en particular los estudios sobre los jóvenes abren un abanico complejo de problemáticas que urge analizar con el fin de construir espacios para el debate y para incidir de manera propositiva. Puedo decir que los problemas de los jóvenes constituyen un tema para mí sensible no sólo por la indefensión y la producción de violencia en su entorno, sino por las enormes capacidades que ellos tienen para interpelar, resistir y desafiar, así como por la producción de sus subjetividades corporales para simplemente decir ¡Aquí estamos!



CAPÍTULO I.

Juventud y migración. Una construcción teórica desde el conjuro situacional

La liminalidad esencial de la juventud, conjugada con la brevedad mayor o menor de su travesía, es lo que en resumidas cuentas le caracteriza, pero de manera diferente según las sociedades (Levi & Schmitt, *Historia de los jóvenes*, 1996).

Las primeras incursiones sobre los temas de juventud y migración y su campo relacional, me llevaron a una literatura que no era propiamente la de una disciplina en particular, sino que desde distintas miradas se aborda no la integralidad de la matemática, sea jóvenes o migraciones, sino líneas, dimensiones o componentes de ésta. Tal hallazgo, válido para ambos temas, no sólo complejiza mi tarea, la de construir un marco teórico cuyo desafío no es la particularidad de ambos temas, sino la naturaleza de sus relaciones que, desde la práctica y su contexto, se asume conflictiva y paradójica. Por supuesto, no cancela mi responsabilidad de búsqueda teórica en el campo de los estudios sobre la juventud y lo juvenil, ni tampoco sobre el campo de las migraciones y las múltiples interpretaciones que lo caracterizan y definen. De esta aproximación conceptual deriva en buena medida el centro de mi investigación: jóvenes migrantes y la vivencia del retorno, no necesariamente voluntario.

En este capítulo analizo las principales líneas que se han desarrollado en el campo de lo juvenil y la migración para concluir que la propuesta teórica de la juventud migrante retornada, por su naturaleza situacional, exige identificar el desarrollo conceptual y metodológico en atención a las dimensiones del espacio y del tiempo. Esta característica especial me llevó, al final de la revisión conceptual, a escudriñar los problemas metateóricos con el propósito no sólo de identificar los hallazgos conceptuales que se definen con un sentido de regularidad, sino también de contar con dimensiones epistémicas, gnoseológicas, filosóficas y metodológicas pertinentes que me permitieran elaborar un tejido conceptual contextualizado, además de encarar hechos no nombrados. En el fondo, en el contexto de la globalización visible en un desarrollo tecnológico y comunicacional nunca antes visto en la historia, o con más intensidad en tiempos recientes, creemos que existe un problema no encarado del todo por las ciencias sociales, definido por las tensiones entre la regularidad y la contingencia.

1. Del tema al problema: abrir un paréntesis metodológico.

Los dos grandes temas y las líneas problemáticas abordadas —migración y juventud—, me reafirmaron que el problema o los problemas de la investigación propuesta deberían devenir de los hallazgos de la realidad, así fuera en su fase exploratoria. Los problemas implicados sin duda alguna fueron múltiples, al igual que los tanteos con los que creía tenerlos en la bolsa. Ya había definido el tema migratorio, pero enfocarlo desde los jóvenes migrantes había sido una decisión derivada de la visibilidad de su frecuencia. En una conversación con un joven que había sido migrante, que se hizo extensiva a la familia de éste, registré varios elementos que me llevaron a definir las problemáticas que justificarían la investigación.

Entre las anécdotas y las opiniones o impresiones sobre la migración como fenómeno social en el municipio de Las Margaritas, y como experiencia personal, sobresalían las lecturas negativas sobre los migrantes jóvenes cuando éstos retornaban, y el motivo o causa era el equipaje cultural que traían, que se consideraba ofensivo y peligroso para la sociedad local. En el parque central del municipio pude también observar que los jóvenes se concentraban para bailar o practicar break dance. Intenté y logré ser partícipe, hasta llegar a comentar con algunos de ellos mis intenciones. Tuve la fortuna de caer bien y las pláticas se hicieron recurrentes. El proyecto de investigación adquirió forma cuando me planteé abocarme al estudio de los jóvenes migrantes internacionales desde el ámbito de la cultura, y los problemas derivaban de las tensiones provocadas por las problemáticas del retorno; específicamente importaba el impacto cultural, que se define como el nodo desde donde comprender las relaciones fundamentales que dinamizan el fenómeno de estudio.

Comenzar desde la parcela de la realidad social vivida era un buen punto de partida pues, según señala Sepúlveda, “si la validez del conocimiento depende del grado de adecuación a la realidad, resulta necesario disponer de una estrategia que garantice el acceso a la realidad tal como es” (2011: 17); por tanto, esa fue la siguiente tarea. La metodología poco a poco se fue gestando. Tomé la decisión de privilegiar las estrategias que conducen al conocimiento de las prácticas sociales y sus significados desde el marco de las relaciones presenciales con y entre los sujetos sociales, en tanto sujetos de conocimiento. En atención a ello, acudí en primer lugar a la etnografía³ como una estrategia que posibilita un conocimiento detallado de la vida y la historia de los actores sociales, que en nuestro caso, en ese momento, eran los migrantes retornados, sus familias y los actores sociales de su entorno inmediato.

³ Etimológicamente, etnografía es un término compuesto por la noción de descripción escrita (grafé) y la de un grupo de personas que conviven en un espacio delimitado y comparten una cultura (ethnos). Una descripción etnográfica sería, necesariamente, una descripción que se refiere a ese grupo de personas previa convivencia del etnógrafo con el mismo, hecho conocido como “trabajo de campo” (Cáceres, 1998: 348).

El sentido antropológico de la etnografía radica en la manera de observar y analizar, viabilizar y recuperar las dos fases de todo proceso social, esto es, la objetivación y la subjetivación de manera articulada y dinámica, en tanto trama y sentido de vida.⁴ Además, la etnografía permite al sujeto investigador una descripción detallada de lo que se ve y no se ve, escuchando lo que se dice, preguntando y recogiendo datos accesibles para comprender el entramado social de un grupo de individuos. Respecto a ello, Hammersley refiere que las descripciones de las perspectivas de una categoría o grupo social particular, o de patrones de interacción en un determinado lugar, pueden ser muy valiosos porque, además, pueden cuestionar los prejuicios que los científicos sociales llevan al trabajo de campo (1994: 37).

Así, poco a poco fui desarrollando la metodología de trabajo, sustentada en la búsqueda de explicaciones e interpretaciones sobre las expectativas y las posibilidades efectivas del migrante para construir proyectos particulares de vida que están en relación con el trabajo, pero también sobre la necesidad de romper con las instituciones tradicionales que les dotan de imágenes del mundo y sentidos unitarios, para experimentar la búsqueda de otros sentidos propios fuera del ámbito familiar y comunitario.

El trabajo de campo constituiría parte esencial en la definición misma del problema o los problemas de investigación. Las interrogantes tomaban forma: ¿qué significa ser joven migrante retornado?, ¿cómo se vivencia el retorno de los jóvenes migrantes en el lugar de origen?, ¿cuáles son los imaginarios, las percepciones, los discursos y los conflictos que la comunidad proyecta sobre sus jóvenes cuando éstos retornan?, ¿qué sienten y dicen los jóvenes retornados de las formas en que son vistos por su familia y vecinos? Estas primeras interrogantes complejizaban los aparatos conceptuales encontrados: ¿había necesidad de adjetivar de “rurales” o “indígenas” a los jóvenes migrantes de estudio?, ¿qué implicaba asumir esa decisión? Las respuestas, por supuesto, las obtuve en los conversatorios que ya estaba estableciendo con los jóvenes migrantes retornados.

Estas preguntas implicaron delimitar a mis actores primarios, a quienes encuadré en la categoría de “jóvenes migrantes retornados” definidos por su origen rural. Las dimensiones étnicas y de género serían reconsideradas en un registro dinámico de los problemas de investigación. Indudablemente, la migración internacional está alterando estructuras familiares y de género, pues son visibles los cambios que experimenta la vida cotidiana de las esposas de los migrantes, además de otras transformaciones apenas visibles que se proyectan con intensidad en la vida de las jóvenes margaritenses. Una deuda de esta investigación es que no se da cuenta de esta realidad, que resulta igual o más compleja que la abordada.

⁴ En el campo de la sociología un concepto clave desde el que estructurar variables e indicadores sobre el mundo de las relaciones presenciales es el de “mundo de vida” propio de las teorías fenomenológicas. En esta investigación se contempla, en atención a la complejidad del fenómeno de estudio, considerar su pertinencia en tanto su afinidad con la estrategia metodológica etnográfica asumida.

La observación y las entrevistas son los recursos fundamentales a través de los cuales obtuvimos la información, ya que, como afirman Díaz de Rada y Velasco: “ambas técnicas comparten el supuesto de hacer accesible la práctica totalidad de los hechos, y generalmente se tienen como complementarias, para poder captar los comportamientos y los pensamientos, las acciones y las normas, los hechos y las palabras, la realidad y el deseo” (2009: 33). Aunado a ello, la observación y las entrevistas me llevaron a plantear que no podemos delimitar la etnografía solamente a nivel local, pues trabajar con jóvenes que están en constante movimiento implica elaborar un mapa, un plano en movimiento, localizar las realidades fracturadas y discontinuas, trazar la circulación de contextos y plantear lógicas de relaciones, en tanto se necesitan traducciones y asociaciones entre estos contextos.

Así, el trabajo de campo implica una interacción constante, por lo que pensar de esa manera a los migrantes me sirvió para redefinir los campos de realidad con los que quería trabajar, entre los cuales los más importantes son: **1)** la recuperación analítica de la vivencia o experiencia de los jóvenes en Estados Unidos, **2)** la experiencia del retorno generalmente forzado, **3)** las respuestas de la familia y la comunidad al joven que retorna trayendo consigo prácticas culturales o estilos juveniles que trastocan lo instituido, y **4)** la construcción intersubjetiva de los jóvenes retornados que lleva a la reinserción, al conflicto y a la expulsión silenciosa de la localidad de origen. Colocar en primer plano los distintos campos de la realidad de estudio posibilitó el uso un tanto ecléctico de las teorías, aunque con su elección se intentó ponderar una relación común de sus principios metateóricos, fundamentalmente epistémicos.

2. La juventud desde las ciencias sociales: problemas conceptuales y prácticos

Los estudios sobre la juventud y lo juvenil son relativamente recientes, aunque la literatura registra en el tiempo las diferencias de producción académica entre los países desarrollados y los periféricos, como los de América Latina. Estas diferencias muestran la limitada importancia que se le ha dado al tema en las ciencias sociales en nuestra región, por lo que se concluye, bajo una mirada historizada, que los jóvenes “no interesan mucho en cuanto sujetos”, sino “sólo en la medida en que representan un aporte o un problema” para los actores de su entorno inmediato o para actores de las escalas más amplias de la sociedad y la política (Potthast y Carreras, 2005: 7). A este respecto, Morin indica que en el mundo contemporáneo han sido las generaciones jóvenes la vanguardia de los movimientos revolucionarios: en “1830, 1848 y 1871 en Francia, octubre de 1917 en Rusia, el octubre polaco y la revolución húngara en 1956, la insurrección argelina en 1954, etcétera” (1969: 169). En contraste, desde que Talcott Parsons caracterizara a la juventud y a su cultura como “más o menos específicamente irresponsable”, el joven como sujeto colectivo emerge problemático (Berger, 1973 en Pérez Islas, 2008: 175).

Ello sin obviar que funcionalismo y estructural-funcionalismo son teorías que definen la sociedad como esencialmente armónica, pero perturbada por agentes externos y, contingencialmente, por tensiones y desviaciones internas que la sociedad misma se encarga de controlar, un teorema de estabilidad y equilibrio del sistema social que define lo contrario o anómalo en términos de desviación sujeta a ser reprimida (Valenzuela, 2009; Nateras, 2002).

Desde estos motivos generadores de interés por el estudio de los jóvenes, se entiende no sólo la direccionalidad y la proyección de una mirada interesada, sino el sentido parcial de su comprensión e interpretación conceptual. Así, desde la segunda mitad del siglo xx ha sido el protagonismo de los jóvenes en la arena social y política lo que motivó el interés de sociólogos por el estudio de la juventud y lo juvenil; desde esta arena, también captó el interés de actores políticos por el sentido problemático de su actuación en tanto transgresores al orden social (Pérez Islas, 2008).

Sin obviar el sentido policial de la mirada institucional, debe reconocerse que los estudiosos de la juventud y lo juvenil desde el campo de las ciencias sociales privilegiaron el análisis de las formas y los contenidos de los estilos de vida, es decir, la construcción imaginaria, simbólica e identitaria construida desde el mundo de lo juvenil, enfatizando sus rasgos distintivos en atención a los procesos de cambio de la sociedad más amplia de la que forman parte (Pérez Islas, 2008: 315). Sin embargo, la literatura también da cuenta de su preocupación por la regularidad del tema, que hace posible una producción teórica cuyo desarrollo se identifica en el tiempo contemporáneo.

Es posible dirigir la mirada conceptual desde dos ángulos: el primero, situado en la producción de conocimiento sobre la juventud a partir de la identificación de conflictos entre los jóvenes y su entorno y en la necesidad de crear normativas institucionales para la formación educativa o laboral de los mismos; el segundo ámbito problemático se centra en la comprensión de las interrupciones de los jóvenes al orden social como expresiones de una dinámica propia, y desde éstas su confrontación o conflicto con su entorno social, esto es, como productores de significantes y sentido, es decir, como productores de las llamadas subculturas juveniles (Feixa, 2006).

De acuerdo con Pérez Islas (2008), la concepción moderna de juventud se abre con la obra Emilio de Rousseau (1762), que desde el entorno de la educación abrirá el campo para el desarrollo de tres vertientes de pensamiento: la pedagógica, la psicológica y la social que, aunque registran desarrollos paralelos, no necesariamente convergen. Sin embargo, existe consenso en reconocer que el hecho social de la juventud y lo juvenil, como tema de estudio de las ciencias sociales, mantuvo durante buena parte de la historia de la moderna sociedad capitalista un carácter periférico.

Desde el campo de la psicología, Pérez Islas, Feixa y otros autores registran la obra de Stanley Hall, *Adolescence: its Psychology and its Relations to Physiology, Anthr-*

opology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education (1904), como “el primer tratado teórico sobre la juventud contemporánea” (Feixa, 2006: 4). Se trata, nos dicen, de una teoría de sello darwiniano que define la adolescencia —de 12-13 a 22-25 años— “como una etapa prehistórica de turbulencia y transición, marcada por migraciones de masa, guerras y culto a los héroes”, una fase crítica, universal del desarrollo psiquiátrico que exige regulación para llegar a la etapa de la adultez (Pérez Islas, 2008; Feixa, 2006; Narváez, 2007). Así, el marco común desde el cual pensar y comprender la juventud y lo juvenil parece estar dado por las transformaciones biológicas, intelectuales y cognitivas de identidad y personalidad, sociales y culturales, morales y éticas valorativas (Dávila, 2004: 88-89). Este horizonte interpretativo se sintetiza, de acuerdo con Delval (1998), en la teoría psicoanalítica, la teoría sociológica y la teoría de Piaget.

Esta dimensión psicológica y la caracterización que desde ella se hace de la adolescencia y la juventud se sitúan en los fundamentos de la producción teórica sobre la temática, sin dejar de reconocer, en el caso de algunas vertientes, la importancia de otros sustentos básicos en la comprensión de ésta, como el entorno o el contexto, todo ello afianzado en un modelo de sociedad moderna capitalista que entraña relaciones de poder y dominio (Valenzuela, 2009). En efecto, desde la vertiente social se reconocerá el peso que las transformaciones sociales e institucionales tienen en la comprensión de la juventud y lo juvenil. No obstante, como se indicaba, las investigaciones más sistemáticas sobre la juventud y lo juvenil se registran hasta el siglo xx. Desde la mirada antropológica destacan los estudios de Margaret Mead (1928) y Ruth Benedict (1938), citados por Pérez Islas, quienes reconocieron el componente cultural que tienen dimensiones tan naturales como la edad y el sexo. “La tesis que pareció primar fue que la edad —su desarrollo vivencial— es condicionada o modulada por el contexto cultural, lo que representó un avance en los estudios sobre la juventud con respecto a las perspectivas bio-psicológicas” (Pérez Islas, 2008: 5).

En el marco de la Escuela de Chicago, Pérez Islas y otros autores destacan a dos autores, Frederic M. Thrasher y William Foote Whyte, cuyas investigaciones sobre las bandas juveniles, del primero, y sobre jóvenes en una vecindad italiana de Boston, del segundo, desarrollan enfoques relacionales entre el actor joven como sujeto colectivo, las dinámicas grupales construidas por éstos, y el entorno del barrio y la ciudad. La perspectiva cultural e histórica y el desarrollo de enfoques y estrategias de método de escalas micro constituyeron avances en la comprensión de los jóvenes y sus expresiones socioculturales desde las prácticas y las representaciones de los mismos.

Desde la sociología, nuestros autores destacan las dos vertientes identificadas por José Machado (2008), la generacional y la corriente clasista, cuya fundamentación conceptual estará dada por el funcionalismo —edad cronológica y biológica—, y el marxismo —centralidad de las tensiones socialistas/burguesas y no de jóvenes/adultos—. En la teoría funcionalista, la reflexión sobre juventud converge en la llamada “cultura juvenil”, que en su expresión más acabada se define como vivencias separadas de las experimentadas por los adultos, cuyo conocimiento

está orientado a la dirección, control o regulación de las tensiones entre dicha cultura y la cultura más amplia con fines sistémicos e integradores. Los desarrollos de la teoría marxista sobre juventud “alcanzan sus expresiones más acabadas en la década de los sesenta, momento álgido de los movimientos estudiantiles en Estados Unidos, cuyas tesis más importantes están referidas a la pluralización de las culturas juveniles, complejizadas por atributos que modifican la mera categoría de edad” (Pérez Islas: 2008: 13), y la definición de la juventud como una etapa de desarrollo, en tanto emergente; un período opcional, no universal.

En paralelo a lo que Pérez Islas llama “el ala crítica norteamericana”, registra también el aporte cultural británico, de ascendencia marxista, en particular el de la llamada Escuela de Birmingham, en cuyo seno se construyó una teoría crítica de la cultura, y en el marco de ésta se inscribió el estudio de las subculturas —juveniles— a partir de tres niveles: “histórico (problemática de clase); estructural o semiótico (los subsistemas simbólicos); y fenomenológico (la forma de vida de sus integrantes)” (Pérez Islas, 2008: 15). A este planteamiento de Phil Cohen se suman los aportes de Clarke y Tony Jefferson, quienes en el mismo campo de las subculturas juveniles sostienen que se debe contemplar la perspectiva sociohistórica cultural concreta, “donde negocian su espacio, estilo y su yo con las estructuras hegemónicas como una lucha por controlar el significado” (Pérez Islas, 2008: 16).

En referencia a un libro colectivo de Clarke, Hall, Jefferson y Roberts, titulado *Subcultures, Cultures and Class*, Pérez Islas refiere que se trata de un trabajo de precisión conceptual que incluye un análisis de la “juventud como metáfora del cambio social” en tres niveles: la novedad cualitativa de la cultura juvenil, los aspectos más visibles del cambio social que fueron responsables de que emergiera, y el debate sobre la importancia de la cultura juvenil” (Pérez Islas, 2008: 16). Nuestro autor menciona a Dick Hebdige como continuador de la teorización de las subculturas juveniles “como forma de resistencia simbólica de los grupos dominados frente a los dominantes, aunque terminan siendo incorporadas a la cultura hegemónica”.

Desde la perspectiva francesa, Pérez Islas destaca a Edgar Morín, quien sostiene que la comprensión de lo juvenil reclama un pensamiento complejo; y, en referencia a Bourdieu, destaca la perspectiva constructivista de éste y su crítica a definiciones de juventud como grupos homogéneos por el hecho de compartir un rango de edad. La propuesta de Bourdieu consiste en “partir de una teorización sobre la estructura social y la producción de sujetos y, a partir de aquí, plantear los conceptos de clase, edad y generaciones” (Pérez Islas, 2008: 18).

Esta descripción muy sucinta del itinerario del conocimiento sobre la juventud y lo juvenil propicia, a manera de una epistemología, dimensiones claves para orientar la comprensión analítica e interpretativa del tema. La primera es de orden psicológico en el sentido de que la juventud es, por su propia naturaleza, una etapa que oscila entre la niñez y la adultez, en la que se visibiliza el extrañamiento y la rebeldía. Sin embargo, esta etapa es eminentemente social y está dirigida por los actores del entorno de los jóvenes y por la sociedad más amplia, lo que nos lleva

a la segunda dimensión, la cual se refiere a la definición historizada del concepto de juventud: “un concepto vacío de contenido fuera de su contexto histórico y sociocultural” (Valenzuela, 2009: 19). La tercera dimensión se refiere al nicho cultural de los contenidos y dinámicas, propio del campo de la juventud y lo juvenil, que supera la exclusividad de la categoría de edad y, sin llegar a ensanchar su potencialidad analítica de variable única, define un campo analítico con una relativa autonomía.

Estas dimensiones teóricas y metateóricas, como conjunto o particularizadas, explican la historia de la trayectoria seguida por los estudios del tema en Europa y Estados Unidos desde la lente de las transformaciones y cambios propios de la moderna sociedad capitalista. Los estudios y la producción de conocimiento sobre la temática intentan adecuar pensamiento y realidad, esto es, la interacción entre la realidad moderna occidental y un conocimiento comprometido en modular la regulación desde las experiencias concretas, que tiene tras de sí la búsqueda de un horizonte de futuro cimentado en el progreso. Entrañan, ciertamente, una concepción optimista de la filosofía de la historia fincada en la racionalidad cognitiva e instrumental, visible en el funcionalismo y el marxismo, que definen un pensamiento social fincado en el progreso en su vertiente de vida burguesa o en la disolución de ésta (Gellner, 1998).

Desde tal perspectiva, el pensamiento social sobre la juventud y lo juvenil asume, al menos en Europa y Estados Unidos, al calor de la mercantilización de la vida — particularmente la de los jóvenes—, una lectura de la cultura de los jóvenes, llámese “contra” o “subcultura”, con amplios márgenes de distancia con respecto al control y el disciplinamiento instituido como propio del orden social. Inevitablemente, esta “libertad” tiene sus límites y son de naturaleza sistémica, considerando que lo sistémico también es contingencial.

Este marco de presupuestos explica las trayectorias y el horizonte de los estudios sobre juventud en los países occidentales; su contextualización posibilita la comprensión y la explicación del desarrollo conceptual, así como desarrollos particulares de establecer tipos en las distintas generaciones de juventudes.⁵ Por su extensión sistémica —la de sociedades capitalistas—, estos presupuestos epistemológicos y teóricos son recuperados por las ciencias sociales de los países periféricos, para derivar en la asunción acrítica de éstos o, por el contrario, en una posición crítica y constructiva. La subsidiaridad del pensamiento social latinoamericano sobre la juventud y lo juvenil no necesariamente es un hecho negativo, amén de una producción intelectual que se antoja cada vez más autónoma en tanto los sujetos de estudio, los jóvenes, sólo se definen, como señala Valenzuela (2009), desde sus contextos, desde una historia que les es propia, sin que ello signifique que no están relacionados con los entornos más amplios.

Durante la primera mitad del siglo xx, coinciden los estudiosos, el estudio sobre la

⁵ La tipología de Feixa registra: 1) Generación A (adolescentes), 2) Generación B (boy scout), 3) Generación K (Komsomol), 4) Generación S (Swing), 5) Generación F (Escéptica), 6) Generación R (Rock), 7) Generación H (Hippy), 8) Generación (Punk), 9) Generación T (Tribu), 10) Generación R (Red) (Feixa, 2006).

juventud en América Latina no sólo se fincó en el estructural-funcionalismo, con una orientación política de carácter normativo —identidad nacional, educación, defensa nacional— y de control frente a las transgresiones juveniles que transitan por los significativos cambios de su entorno —procesos de industrialización, urbanización, desapego familiar y comunitario—, sino desde vertientes críticas que hacen referencia a los jóvenes como los sujetos del cambio social —revolución, guerrilla, reforma—.

Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo es visible el dominio conceptual del campo cultural en los estudios sobre la juventud más allá de las dos grandes teorías mencionadas, a través de vertientes que refundan principios y tesis del pensamiento clásico a la luz de las profundas y aceleradas transformaciones propias de los procesos de globalización, cuya expresión queremos entender como la entronización del mercado en toda la vida social.

En este contexto abierto por la globalización o mundialización, visibilizado en la entronización del mercado en la sociedad planetaria, resulta pertinente abrir el expediente metateórico que subyace en las teorías sobre la juventud y lo juvenil y su pertinencia. ¿Qué es un joven?, se interroga Manuel Cruz, para ofrecernos una respuesta que se define por su sencillez: “joven es aquel que es tenido por joven por su sociedad”, respuesta descriptiva que apunta al contenido mismo de la definición, esto es, su significado “depende de un concepto, el de juventud, que, en cuanto tal, sólo puede ser entendido como una construcción teórica”, construcción que incorpora valoraciones culturales de muy variado signo (Cruz, 2007: 28-29).

Desde esta dimensión del tiempo de vida, la franja definida generalmente como adolescencia o juventud es valorada en sentido positivo, y se considera su rasgo fundamental el hecho de “tener toda la vida por delante, de disponer todavía [...] del entero conjunto de posibilidades que a todos los humanos nos corresponden al nacer para que las aprovechemos o dilapidemos a voluntad” (Cruz, 2007: 29). Ello, afirma Cruz, está sólidamente instalado en el imaginario de la generación madura. Otra condición propia de esta etapa, una de las más experimentales de la vida, se visibiliza en el cuerpo, un cuerpo que hace que todo sea posible. Sin embargo, como señalan Valenzuela (2009) y Cruz (2007), el significado de ser joven está dado por la construcción teórica de juventud y ésta es una construcción social.⁶

Si los hilos que tejen realidad y concepto son los de la realidad social, histórica y presente, al situarnos en el tiempo contemporáneo de capitalismo global avasallador, siguiendo a Cruz, la dificultad mayor de los jóvenes es que “vienen obligados por las circunstancias a vivir en el seno de un concepto que hoy resulta probablemente insostenible, al menos con las determinaciones con las que se le caracterizaba antaño [...]” (Cruz, 2007: 40, cursivas añadidas). Esta tesis, sustentada en la volatilización del futuro y en el abismo entre la experiencia y el horizonte de

⁶ Véase “Construcción sociohistórica de los jóvenes”, primera parte del texto citado de Valenzuela (2009).

expectativas, que devienen en el repliegue en sí mismo, no está orientada, por supuesto, a abandonar la idea de futuro, sino que implica reconsiderar esta etapa de manera correcta, esto es, verla “como un espacio que alberga el conflicto en su seno” (Cruz, 2007: 41). En efecto, como señala Reguillo en el prólogo del libro de Valenzuela (2009), la negatividad puede ser vehículo para hacer transitar significaciones positivas productivas (Valenzuela, 2009: 13). Cruz es conclusivo:

La pugna ya sólo puede ser pugna por el futuro, correspondiendo a los sectores que tradicionalmente alzaban la bandera de la transformación [...] la responsabilidad de reabrirlo, de hacer surgir de su seno los elementos para neutralizar lo peor de lo que se avecina. En todo caso, limitarse a negar el futuro, declararlo desaparecido sin más, es como regalárselo a los enemigos (Cruz, 2007: 41).

Desde estos planteamientos, el constructo conceptual sobre juventud recorre itinerarios propios y particularizados en los que se busca lo específico de la situación presente —los contextos en sus distintas escalas—, que hacen posible el vínculo entre la experiencia y el horizonte de futuro hoy perdido, acaso por otra gran disociación que hoy caracteriza al mundo global, la que se pensó se daría entre regulación y emancipación, promesa fallida del pensamiento de la modernidad y de su Estado liberal democrático.

En esta tesitura, acaso la primera tarea sea preguntarnos de qué juventud estamos hoy hablando para, en la búsqueda de respuesta, ir descartando que el actor que define la juventud ya no es el joven revolucionario de los años setenta, ni el joven promesa de la nación o el joven sujeto de oportunidades del Estado bienestarista para su integración al mundo laboral y social como expresión de progreso y modernización. Tampoco hablamos del joven cuya fuerza trasgresora le permite la construcción “vívida” de un mundo cultural propio liberado de las fuerzas del mercado. Lo mucho o poco de cierto que tenga este reconocimiento de lo que hoy no es el joven del mundo globalizado nos lleva a reconocer que las diversas definiciones de juventud y de su actor protagónico son hoy insostenibles, como apunta Cruz, lo que no nos exime de la tarea de su particularidad y diferencia desde los espacios físico y social. En otras palabras, el joven no es un actor genérico, indistinto u homogéneo; sobre él pesan marcas internas y externas: la etnia, la clase, el género y el mundo de donde es, del norte o del sur. Ello no invalida la construcción de un concepto pertinente y sostenible de juventud en su expresión concreta, esto es, definida por una lógica de poder, y su contraparte trasgresora, que refiere a las dinámicas y a la mirada de los propios actores, los jóvenes, para encarar la direccionalidad impuesta por el mercado y el Estado en su tarea de control policial cuando de aplicar los límites ordenadores se trata. Es importante remarcar que tampoco se excluye una consideración que tanto Valenzuela como Cruz colocan en el centro de un pensar crítico: la tensión entre concepto y tiempo. El concepto que la teoría y el discurso gubernamentales hoy manejan es un concepto fracturado que no se corresponde con el contexto global y neoliberal tejido con los hilos de la “biopolítica” en su sentido fuerte, sistémico y, quierase o no, con los hijos de una “biopolítica menor” o de una “biocultura”, en el sentido de Agamben (2006) y Valenzuela (2009).

Si estamos de acuerdo con ello, el camino conceptual para explicar y comprender la realidad está prácticamente allanado, y las opciones teóricas y metodológicas, aunadas al sentido reflexivo y creativo del investigador, están dadas. Ello no excluye una consideración que Valenzuela y Cruz colocan en el centro de un pensar crítico: la tensión entre tiempo y concepto, considerando que el concepto de juventud como construcción social, insistimos, es un concepto fracturado que no corresponde con el contexto global y neoliberal que hoy lo modula.

En esta tesitura, acaso la primera tarea sea la de caracterizar, con los elementos que le dan contenido, el concepto pertinente y sostenible de juventud en su expresión concreta, definida por una lógica de poder, y en su expresión trasgresora, que refiere a las dinámicas y a la mirada de sus propios actores para encarar la direccionalidad de su presente y futuro impuesta por el mercado y el Estado.

3. Juventud migrante: las tensiones de su construcción conceptual

En el mundo contemporáneo, como señalan Hopenhayn y Morán (2007), “resuena el oleaje de las migraciones de jóvenes”, y ello altera los enfoques y construcciones conceptuales que daban cuenta de una cierta normalidad en la relación entre migración y familia. La migración es hoy un fenómeno de masas que en tiempos recientes llevan a cabo principalmente jóvenes.

Definir teóricamente a la juventud migrante es una tarea pendiente entre los estudiosos del fenómeno migratorio. Aunque subyacen posiciones teóricas en las distintas disciplinas que configuran el abanico de las ciencias sociales, en la definición del concepto de migración pesan dimensiones como el espacio y lo social, según ejerzan funciones de expulsión, tránsito o recepción y, por supuesto, la dimensión temporal (Herrera, 2006: 23).

En su abordaje conceptual, el fenómeno migratorio internacional, entre otras estrategias definidas de alguna manera por escalas microanalíticas y macroteóricas, se centra en dos programas de investigación. En el primer programa, propio de la sociología, la antropología y otras disciplinas cercanas, las claves para dotar de contenido al término son las variables tiempo, distancia y ambiente sociocultural, de manera que se define la migración como “un cambio permanente de residencia” (Senior y Beijer, en Herrera, 2006: 23) o “como la transición física de un individuo o un grupo de una sociedad a la otra, que incluye el abandono de un estadio social para entrar en otro diferente” (Eisenstadt, en Herrera, 2006: 23). La distancia y el cambio sociocultural en su dinámica concreta y simultánea son dimensiones básicas para este programa.

Estas condiciones contextuales pesan en la estructuración de un marco teórico que sustente una investigación sobre una realidad social y los actores que la hacen posible, en particular si consideramos que en la mayor parte de las investigaciones se asume al sujeto migrante como un sujeto homogéneo, dotado, eso sí, de condiciones físicas para su incursión en un mercado laboral no propio de su país, lo que hace suponer que mayormente sean migrantes de edad adulta y jóvenes

“maduros”, como ciertamente ocurrió durante muchos años de experiencia migratoria en México. La visibilidad de actores de la nueva migración diferenciados por edad, etnia y género replantea diversas tesis hegemónicas en el estudio de las migraciones como, por ejemplo, la misma contundencia otorgada a la dinámica social, la decisión individual exclusiva de migrar o el definir impactos homogéneos en el actor migrante.

En cuanto a la trayectoria histórica y contemporánea del fenómeno migratorio y su interpretación conceptual, la Escuela de Chicago⁷ hizo del fenómeno migratorio un campo de investigaciones contextualizadas por los procesos de industrialización que tenían lugar en el norte de Estados Unidos y que fueron centro de atracción de migrantes provenientes del sur de ese país y de otros continentes, lo que abrió un abanico de problemas ligados a la inmigración, como la pobreza y los problemas raciales y étnicos (Ribas, 2004: 23).

Para Ribas, la Escuela de Chicago fue pionera en los estudios sobre migración y marcó los ejes de atención de las investigaciones realizadas en los países del norte. En esta escuela iniciaron los estudios de las migraciones y las relaciones étnicas, así como los dos grandes cambios en su abordaje: el desplazamiento de la raza hacia la cultura y el interés por los rasgos interculturales de los grupos. Desde este marco interpretativo, indica la autora, la Escuela de Chicago sentó las bases para los enfoques dinámicos de la transformación de las culturas llamadas tradicionales y permitió tratar el grupo étnico como una variable que interviene en un continuo proceso de negociación entre varios grupos. Se analiza este proceso desde una perspectiva interaccionista que permite reconocer la importancia de las dimensiones simbólicas y subjetivas en las relaciones interétnicas (Ribas, 2004: 27-28). En suma, la armadura central de los estudios privilegiados consistió en:

El futuro de los inmigrantes, las relaciones entre grupos étnicos y raciales, su inscripción en la ciudad y su asimilación a la sociedad norteamericana [...]. En el período que va de 1914 a 1932 se produjeron 42 tesis relacionadas con estas materias, inscritas en el departamento de sociología (Ribas, 2004: 29).

En el marco de este enfoque, en el campo sociocultural y en una escala más amplia que involucra a las sociedades del norte, las dimensiones de raza y de relaciones interétnicas se acuerpan en las dos tradiciones sociológicas de la migración: *race relations*, que abordan temas como la amplitud y los efectos del racismo, la discriminación y la lucha política contra ambos en el Reino Unido y Estados Unidos, y la sociología de las migraciones, con un campo amplio de temáticas, en Francia.⁸ A principios de los años ochenta, estas corrientes derivaron, entre otras, en una orientación analítica hacia el ámbito familiar y poco a poco hacia la juventud, que creció en los países receptores de migrantes, es decir, como producto de la inmi-

⁷ Por Escuela de Chicago Ribas entiende a la comunidad científica que trabajó en dicha ciudad en los años veinte, cuyos precursores fueron Robert Park y Ernest Burgess, a quienes se sumó, en el campo de la ecología urbana, Roderick McKenzie (Ribas, 2004: 24).

gración tanto en Estados Unidos como en Europa. Nuevamente Ribas dice que a partir de la década de los noventa la estigmatización de los jóvenes derivada de la inmigración salió a la luz a través de testimonios individuales en la prensa y se denominó “discriminación en la contratación”. Afectaba a los jóvenes que acumulaban estigmas: hijos de inmigrados y de obreros, hijos de la colonización/descolonización, hijos de musulmanes o habitantes de “ciudades-gueto” (Ribas, 2004: 138).

Esta generación de jóvenes que se ha llamado “segunda generación de inmigrantes” mostró la gran complejidad del fenómeno de la inmigración, visible en la diversidad de los sujetos migrantes. En la arena pública se hicieron presentes de forma activa al protestar por mejores oportunidades en los países receptores, por ejemplo, los mexicanos en Estados Unidos o los musulmanes y sudamericanos en Europa, entre muchos otros. Sin embargo, les ha tocado padecer más infortunios a causa de la precariedad laboral, pero también del estigma por el hecho de ser hijos de inmigrantes. Por tanto, la experiencia acumulada de la primera generación de inmigrantes adultos resulta trascendental para el presente inmediato de sus hijas e hijos.⁹

Esta segunda generación parecía haber tenido la satisfacción de nacer y crecer en los países de acogida, sin embargo, con las fuertes restricciones migratorias de los países receptores, el sentido de la no pertenencia y la discriminación se impone con tensiones significativas en la sociedad local. En este sentido. Portes y Rumbaut refieren:

Una mayoría de los jóvenes de la segunda generación aseguran sentirse discriminados en la escuela y otros ámbitos. La principal fuente de discriminación se halla en los compañeros de estudios, los profesores y los vecinos de raza blanca. Pero también en este punto se da una considerable variabilidad entre nacionalidades (Portes y Rumbaut, 2009: 66).

⁸ Siguiendo a Ribas (2004), la escuela norteamericana registra su núcleo en las tesis sociológicas de la asimilación; la más antigua e influyente, la pluralista, y la tesis socioeconómica, centrada en las interacciones entre raza y clase. La tesis asimilacionista se explica en la hegemonía de la cultura dominante americana y en la ética transformadora del american way of life, en la que se configuran conceptos como pluralismo étnico, estratificación social, ciudadanía incompleta, Estado nacional o Estado de bienestar, conceptos que, en una perspectiva funcionalista, concluyen que en la migración “se produce una descontextualización. Las costumbres de origen adquieren una función simbólica difusa, y las minorías acaban por transformarse en grupos culturales simbólicos” (Ribas, 2004: 53).

⁹ Un libro fundamental en el tema es el de Alejandro Portes y Rubén G. Rumbaut (2009). *Development, Relief and Education for Alien Mino*

Otra forma de discriminación en la sociedad receptora son los señalamientos de las diferencias físicas con respecto a los blancos ya que, según estos autores, suponen un obstáculo en la senda ocupacional y de adaptación social, que es diferente para la población negra y latina. En años recientes, un grupo que ha estado visible en los debates políticos y académicos relacionados con los estudios sobre la juventud migrante son los llamados dreamers, una población que ha llegado en las últimas décadas a Estados Unidos y que representa 2.1 millones de personas. Estos jóvenes, que arribaron siendo niños, crecieron y se formaron en la cultura norteamericana, por lo que buscan beneficiarse de la aprobación de la ley denominada Dream Act (por sus siglas en inglés).¹⁰

Desde este marco es posible considerar que se necesita mayor producción conceptual, no sólo de la migración internacional que hoy se reconoce como multi-causal, sino también de los actores centrales que en este momento constituyen la gran mayoría de la población en las sociedades tanto de origen como receptora: la juventud migrante. Numerosas investigaciones han reconocido que la migración es una práctica realizada fundamentalmente por jóvenes, afirmación que avalan las cifras nacionales, de manera que se proyecta un decrecimiento sostenido de población joven en el país expulsor. Si ello es así, la comprensión analítica de esta relación debe trascender el diagnóstico y alcanzar una explicación integral, sustentada en una construcción conceptual y metodológica propia.

Las primeras interrogantes que nos llevan a incursionar en este desafío tienen que ver con la complejidad de los problemas que plantea dicha relación en el contexto contemporáneo. Las preocupaciones en torno al tema son diversas y se expresan, por ejemplo, en los datos estadísticos y proyecciones del Consejo Nacional de Población (conapo) para los años 2000, 2005 y 2014. En ellos queda patente que el número de jóvenes que salieron de México cada año fue de 220,000, cifra que representa un 38 por ciento del total de la migración internacional del país (CONAPO, 2012).

Las cifras de las dos últimas décadas, tanto en el ámbito mundial como en el regional y nacional, registran el peso significativo que hoy tiene la migración joven; pese a ello, la temática se encuentra muy poco explorada y se trata de un campo de investigación emergente, a la vez que bastante fecundo, que nos permitirá una comprensión crítica de esta problemática. Este nuevo campo de estudio nos obliga a reconsiderar en paralelo los lugares de origen y de llegada, las condiciones en las que se emigra o se transita y, por supuesto, los impactos que el fenómeno produce en los inmigrantes jóvenes en las sociedades receptoras: la deportación involuntaria y los impactos propios de un retorno voluntario. De nueva cuenta, los estudios in situ cobran importancia en atención no sólo a condiciones estructurales, sino a

¹⁰ Development, Relief and Education for Alien Minors Act (Ley de Fomento para el Progreso, Alivio y Educación para Menores Extranjeros). Esta ley, que poco a poco ha sido obstaculizada por las autoridades de Estados Unidos, busca que se beneficie a miles de jóvenes que llegaron con sus padres para que obtengan una residencia temporal y cursen dos años de estudios superiores tras finalizar la high school. Se estima que cerca de 900,000 jóvenes indocumentados tienen la opción temporal de permanecer con sus familias en Estados Unidos. Sin embargo, jóvenes biculturales continúan llegando a México todos los días (Anderson y Solís, 2014: 19).

las dinámicas sociales, a las culturas y a las acciones, prácticas y trayectorias de vida individual y colectiva de los jóvenes migrantes.

Otro elemento a considerar en esta tarea de reconstrucción teórica situada es que, junto con el contexto de la migración contemporánea —la “nueva migración” en palabras de Castles y Miller (2004)—, además de reconocer los alcances y las limitaciones de la teoría,¹¹ en los estudios migratorios debe incorporarse la dimensión política, no sólo porque “las migraciones son criaturas de la política” (Davis, 1988 en Arango 2003: 23), sino porque la migración actual se realiza en circunstancias totalmente distintas a las del siglo pasado. En la actualidad, las migraciones de los jóvenes en condiciones de irregularidad —que los ubica en el estatus de “ilegales”, “indocumentados” o “sin papeles”—, se encuentran frente a políticas migratorias subsidiarias de “seguridad nacional” definidas por la vulnerabilidad y el riesgo. Se está en presencia de procesos migratorios en los que el sujeto migrante asume el riesgo de ser tratado como terrorista, o simplemente como migrante no deseado por la sociedad de llegada, lo cual es visible en un lenguaje metafórico y mediático que expresa la “invasión” o la presencia del “enemigo en casa”. Con ello, se logra la legitimidad social de políticas de naturaleza securitaria, como el control tecnificado de las fronteras y la penalización de la inmigración irregular (García, 2011, García y Villafuerte, 2014).

En un esfuerzo por recuperar el sentido de las lecciones marxistas, debe reconocerse que las principales tensiones entre las teorías que intentan explicar el fenómeno migratorio son las mismas que definen su campo más amplio: la sociedad capitalista mundial o global en sus distintos ámbitos (Appadurai, 1996; Wallerstein, 2001; Ianni, 1998, entre otros). Las concepciones del cambio social, por ejemplo, se filtran al campo explicativo de las migraciones hasta derivar en tensiones particulares, pero éstas tienen su origen en una escala tanto macro, como meso y micro. Recuperar este planteamiento, que nos sitúa en el campo de la economía y su materialidad vivencial, nos lleva inevitablemente a las concepciones teóricas derivadas de la economía neoclásica y a su contrario, la perspectiva histórico-estructural propia de la teoría capitalista crítica, sustentada en la historia y la propia dinámica del mundo hoy globalizado. En suma, en el marco de su particularidad, la migración internacional irregular de los jóvenes comparte estructuras propias de la migración internacional como fenómeno general, y ésta, a su vez, está modulada por los cambios y las continuidades de orden estructural de la sociedad capitalista global (Ianni, 1998).

¹¹ A este respecto, Arango indica: “[...] las teorías suelen ser parciales y limitadas, en el sentido de que sirven para explicar una faceta o un aspecto de las mismas o para arrojar luz sobre determinada característica, o bien, son aplicables a determinados tipos de migraciones en ciertos contextos y no en otros” (2003: 24).

Castles y Miller (2004) señalan que estamos frente a un nuevo mapa mundial de flujos y conexiones totalmente distinto al que prevalecía con anterioridad. En los lugares de llegada, en el norte, destacan algunos puntos, como el modo de valorar a los inmigrantes y el surgimiento y afianzamiento de políticas restrictivas de ingreso y permanencia, que hoy se incrementan ante la fortaleza de un derecho autoritario que violenta al mismo Estado constitucional liberal-democrático del que en Estados Unidos suelen ufanarse. A fuerza de los hechos, recupero el planteamiento de Mármora (2003), quien indica que la valoración de la migración como tema o problema mundial obedece al doble proceso de funcionalidad/disfuncionalidad en el que las migraciones están involucradas,¹² pero agreguemos, para ser más específicos, que obedece a factores propiciatorios externos, porque el Estado y el capital transnacional modulan y orientan lo que es propio de la lógica del capital y del mercado, como la liberalización de los factores del capital con excepción de la fuerza de trabajo.

Podríamos traducir lo planteado por Mármora en la actuación aparentemente contradictoria de los gobiernos que, por ejemplo, han instaurado políticas que fomentan la permisibilidad laboral irregular y, a la vez, políticas de detención, de deportación, de redadas y de penalizaciones carcelarias con fines de higiene social (García y Porraz, 2010). Siguiendo a Agamben, diríamos que éste es el rostro de la biopolítica particularizado en la masa laboral de inmigrantes; una biopolítica que instauro y pone en práctica modos y formas de resarcir las tensiones entre la necesidad manifiesta de fuerza de trabajo y el costo social y político de alojar en sus territorios a esa masa corporal viviente inseparable de la producción. En concordancia con Valenzuela (2009), son estos jóvenes los que, con imaginación y por su edad, dislocan los muros externos e internos e incluso las decisiones de deslegitimación absoluta, como han sido las decisiones recientes en Estados Unidos en cuanto a políticas migratorias relacionadas con los migrantes de México y de los países centroamericanos.

Concluimos este apartado con un señalamiento importante para nuestros fines: el migrante fue en la mayor parte de las teorías un sujeto individual homogéneo que se tornó colectivo. La mayoría de las interpretaciones registraron que los migrantes, en especial los laborales, eran los que estaban en edad de trabajar y, de esta manera, se obviaron las diferencias de las personas migrantes; sin embargo, los cambios en el fenómeno migratorio y en sus actores hacen visible la importancia cada vez mayor del estudio de los diferentes sectores: los jóvenes, las mujeres, los infantes y, en especial, una porción de éstos definidos por sus orígenes rurales e indígenas, lo que ha hecho necesario pensar en la actualidad a los jóvenes migrantes desde sus contextos y sus problemáticas.

¹² Para el autor, el análisis de las disfuncionalidades permite entender las vinculaciones de estos movimientos de población con el nuevo orden económico mundial y con los viejos desórdenes. Maneja la hipótesis de que la desaparición de la bipolaridad ha determinado un nuevo orden político mundial que se intenta consolidar, pero que sigue asentado en viejos desórdenes económicos y sociales, causa fundamental de los principales movimientos migratorios internacionales. El análisis de las funcionalidades hace referencia a la necesidad de "interpretar las alarmas a partir de las percepciones, proyecciones y conciencia colectivas que se generan alrededor de los actuales fenómenos migratorios" (2003: 55-56).

4. La juventud del sur del sur que emigra al norte: un abanico que se abre y se cierra

Una de las tareas más complejas de la investigación social es la construcción comprensiva y explicativa de la realidad en atención a la selección de una o varias teorías, cuyos sistemas conceptuales y categoriales exigen la construcción recurrente de mediaciones pues, como apunta Lindón: “La construcción del objeto de investigación es el desafío de la investigación social, en tanto consiste en fusionar la teoría y la realidad en un proceso en el cual la teoría se va redefiniendo al tomar nuevos contenidos en función de los procesos sociales” (1998: 6). Como bien apunta la autora, la realidad se va tejiendo con los conceptos teóricos, de modo que estos últimos se van redefiniendo. En este proceso, resulta importante dar cuenta de este ejercicio de articulación teoría/realidad social a través de la investigación situada espacial, temporal y socialmente.

Los actores centrales de esta investigación son los jóvenes migrantes de la cabecera y localidades de Las Margaritas, en el estado de Chiapas, un municipio de origen ancestral indígena tojolabal en el que hoy prácticamente todos hablan castellano y desarrollan modos de vida propios del mundo mestizo, aunque salvaguardan ciertos rituales religiosos y políticos que todavía son funcionales ante la maraña del mundo moderno. Muchos de estos jóvenes, sin transitar por el mundo de lo urbano en el interior del país, se integran a los flujos migratorios internacionales, hacia Estados Unidos, bajo el estatus de irregulares. La experiencia migratoria internacional es bastante reciente tanto en la región, como en el estado de Chiapas.

Con la tarea a medias, habiendo leído bibliografía sobre juventud, realicé mis primeras incursiones en el campo tratando de encontrar el prototipo de joven o un modelo de joven en atención a la teoría, pero no fue así. Observé lo que ya Valenzuela (2009) apuntaba, que lo juvenil está en un proceso de negociación, pero también de disputa, además de que los jóvenes crean autopercepciones y visiones propias del exterior o heteropresentaciones. Sin embargo, registré similitudes entre la zona urbana, aún ruralizada, y la zona propiamente rural, con pocas diferencias en cuanto a condiciones sociales —crisis rural y crisis de empleo en la cabecera—, y con hechos novedosos compartidos, como la cada vez más frecuente emigración interestatal e internacional y el revuelo de las remesas y los retornos, con sus triunfos y sus fracasos. Los mundos de vida de los jóvenes, salvo estas novedades, tienen como característica la estrechez económica de los padres, quienes intentan que los adolescentes y jóvenes estudien mientras a éstos les embarga la euforia de recorrer mundo. Estas tensiones generalmente culminan en una negociación familiar y el resultado es la emigración inmediata o su suspensión temporal. En las comunidades esto es un poco más difícil porque la falta de tierra apesura las salidas con fines laborales y porque la posesión de ésta da más margen al padre para negociar y aplazar el evento de la emigración. Un hecho notable es la incorporación de las mujeres al campo de la educación —secundaria, preparatoria y carreras técnicas— y al mundo laboral, generalmente interestatal, aunque muy dirigido: la Riviera Maya.

Es evidente que la población joven rural tiene la necesidad inmediata de insertarse en el mercado laboral y el mayor problema para ello es la ausencia de dicho mercado en el entorno inmediato. Me sorprendió registrar a muchos jóvenes con experiencia migratoria y el peso que esta experiencia tenía en el entorno familiar y comunitario. Es como la “comezón que, cuando te da, no dejas de rascarte”, me dijo un padre de familia que veía la emigración como algo inevitable, “con razón y sin razón”, aunque más con razón porque los “hijos no quieren sufrir los pesares que han pasado sus padres”.

Es inevitable este impulso de movilidad de los jóvenes. Me preguntaba de forma recurrente: ¿quiénes son los jóvenes? Y las respuestas de los que yo consideraba jóvenes me dejaban atónado. Parecía que joven era el estudiante, pero no el que tenía 18 o 25 o 29 años. Parecía que la definición obedecía al tamaño de las responsabilidades: el casamiento y la procreación resultaban elementos definitivos para que un joven que tenía 18, 24 o 26 años dijera que ya no lo era, pero lo más importante es que a los jóvenes no les importaba cómo se definiera el término, aunque los ideales y sueños de la migración sí los marcaban: los casados se iban para enviar remesas y construir el patrimonio consabido, como la casa o el mejoramiento de ésta, y recursos monetarios para satisfacer las necesidades de manutención; en los no casados y “más chavales” primaba algo de este propósito, para ayudar a los “jefes” pero, junto con ello, el deseo manifiesto de vivir experiencias que en el lugar de origen no eran posibles.

La vivencia experimentada en el campo me dejó asombrado. Trataba de hacer comparaciones entre los jóvenes de la cabecera municipal, semiurbanizada, y los jóvenes de las comunidades rurales, donde de alguna manera las sociabilidades están aún marcadas por rasgos del mundo tradicional. Mi sorpresa fue registrar la indistinción, esto es, un cambio de alguna manera propiciado por transformaciones del mundo rural y, claro está, por la experiencia migratoria de sus habitantes. La migración con fines laborales está permitiendo una práctica cotidiana que conjuga nuevas formas de pensar y sentir compartidas y nuevos mecanismos de participar en la familia y la comunidad. El modo de vivenciar lo juvenil está cambiando, aunque la idea de ser joven no esté del todo clarificada.¹³

La abundante y a la vez escasa bibliografía al respecto da cuenta de los cambios en los espacios rurales, y uno de ellos es la difuminación paulatina de las fronteras entre los espacios rural/urbano, en donde, en casos extremos —no es el nuestro—, lo urbano invade lo rural, en tanto que la reproducción social y biológica se realiza prácticamente en su totalidad a través de los recursos monetarios de los migrantes en los distintos mercados: regional, estatal o internacional.

¹³ Las juventudes rurales también están construyendo y se apropian de espacios sociales adecuados a sus necesidades, articulados entre el espacio físico —rural—, experiencias propias, opciones y oportunidades para el desarrollo, así como expectativas. Los espacios producidos pueden verse en la influencia que los jóvenes tienen respecto al espacio físico que habitan. Feixa dice que los jóvenes transforman la ciudad por “estar ahí”, y yo creo que también han cambiado los espacios rurales por la globalización y por otros factores como la migración, pero también porque son los hombres y mujeres jóvenes rurales los agentes de cambio.

Otra dimensión difícil de deshilvanar es la cuestión étnica. Resulta complicado definir que estamos hablando de migraciones indígenas, y difícil también no hacerlo y decir que la migración produce formas distintas de vivenciar lo juvenil. Lo cierto es que toda la población de la región tiene orígenes indígenas y que se ha llevado a cabo un proceso precario de mestizaje y el cambio social ha pesado en la región y sus habitantes, donde el predominio del castellano se impone hasta con cierta naturalidad. Por otro lado, pesa el origen indio del sur del sur: “para los nortehños todos los de Chiapas somos indios, también los de otros estado”; “En el norte de los güeros gringos también somos indios, pues todos somos prietos”.

Para recuperar una de las particularidades y diferencias de los migrantes, la literatura sobre migraciones indígenas da cuenta de que el proceso de integración al circuito migratorio internacional es de vieja data, como es el caso de los mixtecos de Oaxaca, pero se intensifica en la última década del siglo pasado y en la primera de este siglo, lo que marca una distinción en el modo de vivenciar lo juvenil en la migración (Urteaga, 2008, 2010; Cruz, 2009 y 2012).

En la necesidad de nombrar y definir a los migrantes jóvenes de nuestra investigación, consideramos que son espacial y socialmente rurales, que entre ellos prima una cultura en la que se conjugan elementos y prácticas indígenas, campesinas y modernas, y que sus condiciones materiales de vida están fincadas en la recurrente pobreza y en la precariedad. No los define la inercia ni la homogeneidad porque el sentido dinámico y de cambio es perceptible, pero sí la reconstrucción de prácticas, principios y valores aprendidos de las generaciones pasadas, y a veces aparentemente inalterables, junto con lo aprendido en las distintas escalas de su experiencia migratoria. Por otra parte, debe decirse que la migración internacional no es un fenómeno generalizado, aunque es importante mayormente entre los jóvenes, pero lo es más la migración interestatal. Sin embargo, en esa escala aún menor la euforia de la experiencia vivencial migratoria se traduce en lo cultural, en la “nortehñización” que modula lo juvenil rural y que polariza, a veces inevitablemente, la práctica cotidiana y los valores entre generaciones; es decir, produce transformaciones en las relaciones sociales que poco a poco se manifiestan en las formas de sociabilidad en espacios como la escuela, el parque central o los centros recreativos, en la cuadra donde se vive o en la misma comunidad, que van complementando su relación con la familia. En los que aún no migran subyacen imaginarios sobre cómo salir del lugar donde se nace, cómo trasladarse a las ciudades y cómo asirse, por qué no, del sueño americano.

Lo que la literatura de las ciencias sociales registra, particularmente la antropología y la sociología, es que el fenómeno migratorio en los espacios rurales e indígenas, en tanto implica situación de los jóvenes rurales e indígenas en espacios extraños al resguardo espacial y sociocultural comunitario que les es propio, no es un hecho menor porque trastoca los roles tradicionales de un ser joven rural, en una época apenas perceptible por las responsabilidades asumidas en los años tempranos, a veces apenas pasando la adolescencia.

Los desafíos analíticos no son problemas menores y, como señalamos previamente, también en este tema nos enfrentamos con los problemas de la nominación, de la clasificación y de los límites o potencialidades de determinados marcos conceptuales para desplegar las categorías de jóvenes y de juventud como etapa social. La tesis de Valenzuela (2009: 19) en el sentido de que la juventud “es un concepto vacío de contenido fuera de su contexto material y sociocultural” es también altamente válida para el caso de la juventud adjetivada: “juventud migrante”, “juventud rural”, “juventud rural indígena”.¹⁴

En los inicios del siglo xxi, los estudios sobre la juventud migrante en la ciudad afianzan nuevas miradas conceptuales al proponer una descripción casi fenomenológica de las oleadas de jóvenes migrantes de áreas rurales que se movilizaban hacia distintos núcleos urbanos en el país en búsqueda de mejores oportunidades de empleo y educación, entre otros temas (De la Peña, 2004; Esteinou, 2005; Ariza, 2005; Urteaga, 2008 y 2010).

Maritza Urteaga ha sido una de las investigadoras que más ha contribuido en esta línea. Señala que, en el marco de las migraciones del siglo xx y principios del xxi, se registra un peso predominante de jóvenes mestizos e indígenas en la construcción de la denominada “cultura migrante” (2008: 7). Como en muchos trabajos anteriores, la autora otorga centralidad analítica a la unidad familiar, desde donde plantea la posibilidad de identificar el papel que los jóvenes están jugando en los arreglos, las estrategias y las respuestas que desarrollan para enfrentar la agresividad económica de su entorno.

El reconocimiento de las transformaciones familiares generadas por la migración de sus miembros jóvenes posibilita una explicación más realista de los múltiples factores que, en el seno de la familia y de la comunidad, se activan para dar vida a un espacio social expulsor de fuerza de trabajo, conectado ahora por las remesas y los flujos de productos y códigos culturales que sus integrantes interiorizan o rechazan.

Rosario Esteinou es otra investigadora que aborda la compleja relación entre juventud y migración, en la que media la variable educativa. En su trabajo denominado *Ser joven en un contexto semirural y semiurbano*, parte de una premisa: la importancia de la educación formal como expectativa entre los jóvenes y en la cultura local estará condicionada por el hecho de que se trate de una sociedad tradicional o moderna (2005: 108). Es decir, para la autora la educación formal es contemplada por muchos jóvenes como un mecanismo de movilidad social y como un medio para salir de la pobreza.

¹⁴ En el ámbito latinoamericano hay algunas discusiones acerca de la definición conceptual de la juventud rural. Es decir, han existido intentos por definir la juventud rural que van desde los que establecen límites geográficos —número de habitantes para definir lo rural y la juventud—, hasta los límites etarios —edad de los jóvenes rurales—. Ciertamente, la mayoría son definiciones empíricas. El problema ha sido su transformación en concepto o categoría.

Asimismo, plantea que la educación entraña un distanciamiento de los valores que rigen el mundo rural, como el apego a la tierra. En tal sentido, es probable que se esté dando un vaciamiento del contenido rural del campo y de sus perfiles y se esté conformando un nuevo tipo de ruralidad (Esteinou, 2005: 121). La autora concluye que hay una gama muy variada de pensamientos sobre los alcances de la educación porque cada joven tiene una idea distinta según lo que perciba que es y será su realidad inmediata, y según la utilidad que considere que tiene la educación. De esta forma, la variable rural matiza las expectativas que tendrán los jóvenes y su horizonte respecto de la educación (2005: 124).

Una variable más en el estudio de las juventudes ha sido la experiencia transnacional de los jóvenes rurales. Un trabajo relevante en este sentido es el de Robert Courtney (2006) quien, en un capítulo de su libro *México en Nueva York, vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, describe cómo en el pueblo de Ticuani, en un pequeño municipio del sur de Puebla enclavado en la región mixteca de México, la creación de pandillas mexicanas en Nueva York y la incorporación a ellas de muchos jóvenes han traído consecuencias e importado problemas sociales, como el consumo de drogas y la violencia. Courtney refiere que, cuando algunos migrantes menores de edad se encontraron con problemas legales o adscritos a las bandas de Nueva York, huyeron a Ticuani y se dedicaron a vivir como pandilleros sin que los otros jóvenes locales ni los varones adultos pudieran hacer algo para evitarlo.

Al igual que el trabajo anteriormente referido, existe una amplia literatura sobre la utilización de la perspectiva transnacional en localidades del medio rural (Velasco, 2009; Besserer y Kearney, 2008; Paris Pombo, 2009, entre otros), en la que los autores señalan temas como los fuertes vínculos que se crean entre el lugar de origen y el receptor, la gobernabilidad transnacional y el fortalecimiento de la identidad entre los grupos étnicos.

Por último, una vertiente descriptiva y microanalítica la constituyen las investigaciones que engarzan juventud y migración internacional, cuyo análisis está sustentado en el seguimiento de la trayectoria cotidiana de los jóvenes rurales, priorizando una estrategia etnográfica y sociológica que da cuenta de la materialidad y de las transformaciones subjetivas vividas o encaradas por el joven migrante, en particular en los lugares de llegada —Estados Unidos y Canadá— y en los lugares de retorno, su lugar de origen (Cruz, 2010; Solar, 2010; Porraz, 2010, entre otros).

En esta misma perspectiva se encuentran los trabajos que aluden a las llamadas generación 1.5 —jóvenes nacidos en México pero formados desde los diez años en Estados Unidos—, generación -1.5 (niños nacidos en Estados Unidos pero criados durante varios años en México— y, por último, la segunda generación. El análisis gira en torno a los cambios que se producen al interior de esta población respecto a la identidad, la educación y la trayectoria de vida (Vargas, 2006; Maya, 2010; Piña, 2010, entre otros).

De acuerdo con Urteaga (2008), existen dos campos privilegiados en los estudios de las juventudes indígenas y rurales: los que se enfocan en las juventudes indias en la nueva realidad emergente, y aquellos que se centran en las mujeres y hombres jóvenes migrantes en las ciudades.

Los estudios sobre las juventudes migrantes indígenas y rurales priorizan cinco ejes fundamentales:

- a) El primer eje lo constituyen los debates sobre la construcción de la categoría, vivencias y trayectorias de los jóvenes migrantes indígenas, es decir, se centran en los contenidos específicos y particulares que se crean en los grupos indígenas sobre sus jóvenes y ellos mismos en los tiempos actuales.
- b) Un segundo campo de análisis es el de los jóvenes migrantes indígenas que se movilizan a las grandes urbes en México —Distrito Federal, Guadalajara, Monterrey, entre otros—, donde el marco de referencia gira en torno a las condiciones materiales y simbólicas que se encuentran y se reproducen en estas ciudades.
- c) Un tercer eje de estudio se centra en las mujeres y hombres jóvenes migrantes rurales y en sus nuevas condiciones ante las transformaciones económicas y sociales de las últimas décadas, lo que hace referencia a los cambios en las estrategias de reproducción biológica y social de la unidad familiar y el papel que juega el joven dentro de ellas.
- d) Una cuarta arista se relaciona con las vivencias del cuerpo y la sexualidad entre los jóvenes rurales; destacan como temas los embarazos a temprana edad y sus consecuencias, así como las vulnerabilidades frente a enfermedades como el VIH-sida.
- e) Un último eje, hoy en boga, es la incursión de los jóvenes rurales en los circuitos migratorios internacionales. Si bien es cierto que la perspectiva transnacional y las pandillas juveniles han sido campos muy abordados, existen otros estudios que profundizan sobre temas como el retorno voluntario o involuntario, las generaciones juveniles 1.5, -1.5 y segunda generación, y las problemáticas que encuentran en las ciudades receptoras o incluso en sus lugares de origen.

Este breve recorrido por algunos estudios sobre las juventudes migrantes, tanto rurales como indígenas, corrobora la importancia y la mayor visibilidad de las mujeres y hombres jóvenes con experiencia migratoria y los cambios que sufren por elementos que se apropian e incorporan para construir nuevas formas de ser joven en el campo mexicano, todo ello derivado de factores como la globalización, los medios de comunicación, la escuela y la misma migración. Juegan un papel importante, no hay que olvidarlo, las presiones que agobian al medio rural, entre ellas las políticas y transformaciones económicas de naturaleza neoliberal, que paradójicamente crean y repelen al migrante y, en el caso de los jóvenes, desde cualquier espacio o entre la bruma del ruido y la prisa de las ciudades están creando una nueva forma de ser y vivenciar la juventud.

A. ¿Comunidad vs sociedad? La práctica juvenil migratoria en la sociedad rural de Chiapas

Desde las teorías de la modernización, el proceso de cambio social opera cuando las sociedades agrarias se van transformando en sociedades industriales y cuando la migración obedece al llamado de las ciudades y a su economía industrial, en tanto los espacios rurales de origen no registran el impulso de la industrialización ni la complejidad espacial que existe en la ciudad. El tránsito de lo rural a lo urbano, por decirlo de algún modo, puede ilustrarse por las teorías de la modernización, que consideran la dicotomía folk/urbano o tradicional/moderno. En ambos casos se trata de un proceso de cambio social propio de la sociedad moderna capitalista que, colocado en el plano mundial, supone que las sociedades no desarrolladas, una vez en el carro de la modernización, más temprano que tarde alcanzarán el estatus de “desarrolladas” que prima en las sociedades del norte.

En las ciencias sociales hay una clara herencia¹⁵ de la clásica diferenciación analítica que hizo Tonnies entre *gemeinschaft* (comunidad) y *gesellschaft* (sociedad), que llevó a la distinción entre las relaciones que se establecen en la sociedad urbana—individualizadas, heterogéneas, fragmentarias y anónimas, cuyos integrantes cuentan con orientaciones lógicas y racionales—, de aquellas relaciones que ocurren en el espacio social tradicional —colectivas, homogéneas, integradas e íntimas—, definidas como el prototipo de la comunidad. Aunque es la antropología la que abrió un amplio debate sobre la organización social tribal, en la sociología la distinción comunidad/sociedad tuvo su paralelo en la solidaridad mecánica y la solidaridad orgánica aducidas por Durkheim, arrebatando a la primera las ideas de interdependencia y cooperación que son propias de la sociedad segmentaria —primitiva— para colocarlas en la segunda, que corresponde a la sociedad moderna (Gellner, 1998: 41).

Sin embargo, y pese al trabajo de la antropología por entender lo que era propio de la organización social de las sociedades tribales y colonizadas, el triunfo de un pensamiento moderno único y lineal fincado en el progreso o desarrollo no sólo gestó la separación de la sociedad moderna occidental de su propio pasado, sino que desde esta concepción se moduló a la par una concepción de las sociedades no europeas, particularmente sometidas a las primeras, en términos de atraso. Este planteamiento desarrollado por Gellner (1998) posibilita articular una tesis que tiene continuidad histórica: la concepción de atraso interno en el seno de la sociedad moderna occidental se desplazó como concepción interpretativa de las sociedades no occidentales, sometidas al colonialismo y a la descolonización después, lo cual se trata de un atraso fincado en el sentido de inferioridad cuyo despliegue es el racismo teórico y práctico. Es esta matriz del pensamiento moderno la que modula las interpretaciones centro/periferia y se repite al interior de las mismas sociedades periféricas o postcoloniales, como es el caso de las comunidades rurales indígenas (Van Dijk, 2003; 2007).

¹⁵ Derivado del estructural-funcionalista y de muchos estudios fomentados por las escuelas de Chicago y Harvard sobre la población indígena en América Latina y México.

Bajo esta tesitura, buena parte de la producción antropológica centrada en las sociedades indígenas de América Latina, y en particular en México, estuvo enfocada en la construcción conceptual y metodológica para establecer la diferencia cultural entre los pueblos indígenas y las sociedades mestizas modernizadas, en atención al modelo occidental propuesto y abstrayéndose de toda referencia histórica contextual.

En el presente, frente a la progresiva mercantilización de la vida social se ponen en cuestión las nociones mismas de comunidad y sociedad; el campo de acción del mercado penetra de distintas maneras en las comunidades rurales que, sin haber sido cerradas, constituían espacios modulados por una estructura social menos diferenciada y estratificada cuya salvaguarda estaba de alguna manera instituida por formas de sociabilidad fincadas en relaciones con dispositivos para regular y controlar las tensiones internas y externas. Este modelo de estructura social entró en crisis en el mundo rural, y con él también la concepción que se tenía del mismo. Las conexiones y dependencias entre comunidad y sociedad, derivadas del mercado y de lo que Castell define como la “revolución informacional”, no sólo tornan inservibles conceptos y categorías que sustentaban la contraposición comunidad/sociedad, sino que también, en paralelo con el trastocamiento de formas de organización social, tienden a generar nuevas formas de organización y de relaciones sociales que transforman prácticas y acciones individuales y colectivas no teorizadas. Éste es el principal registro de un proceso desencadenado por la globalización, pero debe reconocerse que este proceso no es lineal ni simétrico ni continuo (Vallespín, 2000).¹⁶

La mayoría de los estudios rurales en América Latina, y en particular en México, enfatizan los impactos que la globalización y el neoliberalismo generan en la economía y en la sociedad rural, y de cierta manera se reconoce el debilitamiento de las formas tradicionales de acción social, fenómenos que han intentado acuerparse en la llamada “nueva ruralidad”. Desde esta perspectiva, es posible definir la juventud del campo como el prototipo de esta nueva ruralidad, esto es, individuos que deberán responder a los problemas y a los desafíos abiertos por el contexto global, en el que prima la ausencia de responsabilidad estatal y un contexto de pérdida del tradicional resguardo familiar y comunitario.

La rapidez de los cambios en tiempos actuales y la visibilidad de los jóvenes en los mercados de trabajo y en las metrópolis desafían a las ciencias sociales y, como ya señalamos, los estudios e investigaciones son incipientes y registran una producción conceptual igual de incipiente. Una de las primeras tareas es la descripción de la complejidad del fenómeno de estudio y en ella subyace, inevitable en esta etapa, la contraposición entre lo rural y lo urbano, además de la debilidad conceptual para denominar hechos, prácticas y procesos relativamente emergentes, modulados

¹⁶ Vallespín sostiene que el término “globalización” encubriría la pretensión del “centro” por subvertir la autonomía de lo local en nombre de sus intereses, valores y formas de ver el mundo. De ahí la pertinencia del término “glocalización”, que se refiere a que lo global es local y lo local es global. En cuanto al término “globalización”, lo global es aquello que por definición puede localizarse en cualquier parte, aunque a su vez tenga un origen local. Lo local no se opondría así a lo global, sino que sería uno de sus elementos constitutivos (2000: 50). América Latina y México.

por dinámicas que se mueven entre la contingencia y la regularidad. A este respecto, Urteaga indica:

Es cada vez más difícil dar cuenta de “lo nuevo” usando conceptos antropológicos construidos en la modernidad. Términos como contacto, cultura materna, patrones culturales, tradiciones culturales, modernidad, remiten —deseándolo o no— a conceptos cerrados y homogéneos de cultura, a culturas aisladas y no en interacción. Por ejemplo, cultura materna hoy no puede obviar la presencia de los medios de comunicación dentro del hogar y los pueblos indios; la presencia de la escuela primaria, y en muchos casos secundaria, el ir y venir de los migrantes y las migrantes jóvenes, la creación de nuevas necesidades y expectativas de vida, etcétera, con todas las implicancias que estas situaciones tienen sobre las vidas de los sujetos de estas transformaciones, como en los patrones culturales contemporáneos de las etnias en sus lugares de origen (Urteaga, 2008: 677).

Este abanico de eventos nuevos en la vida social del contexto chiapaneco trastoca las formas en las que se entretajan las relaciones endógenas de confianza, amistad y parentesco, consanguíneo y ritualizado, y los diversos significados de identidad, pertenencia y lealtad. Estos elementos sustantivos de las “culturas íntimas” registradas por Claudio Lomnitz (1995) se han transformado e incluso se han evanecido por dinámicas sociales volátiles o desechables que el mundo global exige. Sin embargo, son estas pequeñas culturas “íntimas”, hoy trastocadas, las primeras armas que tienen los jóvenes del campo para sostenerse emocionalmente en los ambientes hasta entonces extraños del mercado laboral y de las ciudades. La dialéctica posterior a la incursión de los jóvenes en la experiencia migratoria produce inevitablemente, como señala Caputo (2000), expresiones culturales que ya no caben en el modelo situado en la escala local, lo que provoca cambios en los contextos locales.

González plantea que el sujeto joven de zonas rurales o semirurales enfrenta ciertas contradicciones en su constitución como tal, ya que existen pocos espacios culturales propiamente juveniles y se considera un periodo de moratoria o postergación de la asunción de roles adultos diferenciales. Asimismo, el autor señala que la emergencia de los sujetos juveniles rurales es una “hipérbole de su propio reacomodo en tiempos recientes” (González, 2004).

En esta tesis interpretativa de la realidad de los jóvenes rurales hoy se registra la necesidad de rechazar definiciones o atribuciones homogeneizantes, para reconocer su diversidad y las diferencias entre ellos en atención a los contextos particulares que les definen. Por ejemplo, Pacheco señala que los jóvenes rurales conforman diversas juventudes rurales en el país, entre las que distingue: la juventud rural de la frontera norte, la del Pacífico occidental, la del México árido y las juventudes del sur y zonas indígenas, que presentan diferencias culturales, étnicas, sociales, regionales y socioeconómicas que se convierten en diversidad de oportunidades para construir espacios de socialización (2009: 53).

Especial atención merecen los estudios que han colocado la migración interestatal e internacional, en particular la migración de la población joven, como otro de los vectores principales de las transformaciones sufridas en el contexto del campo.¹⁷ Lourdes Pacheco refiere que, a través de la migración:

[...] los jóvenes rurales no sólo obtienen dinero, una manera de sobrevivir, sino que el tránsito desde lugares rurales a otros lugares rurales de mayor desarrollo, o hacia centros urbanos dentro o fuera del país, los convierte en migrantes de estructuras sociales homogéneas a estructuras sociales diferentes. Es ese paso el que convierte a las migraciones en una fuente de expectativas y comparaciones entre formas de vida diferentes (Pacheco, 2009: 57).

La autora apunta a una reestructuración de las relaciones en el campo o a la gestación de una nueva ruralidad en el país, casos en los que los jóvenes rurales migrantes, mestizos e indígenas juegan un papel importante. Observa además que una de las particularidades de ser joven rural en la actualidad es “asumir la aventura de la migración” a fin de concretizar “la percepción subjetiva del éxito” (Pacheco, 2003).

Las descripciones de la experiencia migratoria juvenil, aunque intentan ofrecer una mirada integral de ésta, tienden a privilegiar el ámbito de los cambios culturales; sin embargo, frente a la ausencia de una definición precisa de cultura se puede optar por asumir la cultura —global y neoliberal— como el conjunto de expresiones de un rompimiento mecánico con la estructura social tradicional y con sus dispositivos integradores, para configurar un sujeto individualista independiente, modulado por una diversidad de estilos de vida y por valores orientados al consumo y al ocio. Esta mirada, que privilegia una concepción del mundo global, debe matizarse e incluso contraponerse con una lectura que explique dicho cambio, y no hacer del cambio cultural un recurso de investigación.

La cultura importa, pero la reconstrucción de las biografías de los jóvenes migrantes confrontados con las tensiones de un mundo que parece que ofrece todo, exige que éstas vayan acompañadas de los datos que revelan la dureza del mundo real, que define las opciones por determinados estilos de vida y no por otros. En su dimensión más profunda, la práctica juvenil migratoria, si de adjetivarse se trata, puede leerse en términos de desafíos, oposición y respuestas no esperadas de los jóvenes, que hipotecan sus mejores años a cambio de su vivir cotidiano que altera, enfada y a veces desquicia a quienes afanosamente pretenden quitarles el pasado pero, sobre todo, el futuro.

¹⁷ La temática indígena en la ciudad se trata cada vez más. Existen algunos trabajos importantes en este contexto, entre los que destacan: los estudios de los jóvenes otomíes en la ciudad de Guadalajara (Martínez, 2002, 2004; De la Peña, 2004); los realizados por Anguiano (2002) entre los estudiantes huicholes en la ciudad de Tepic, y los de Maritza Urteaga (2008, 2010 y 2011) en la ciudad de México, en los que hace importantes contribuciones al estudio de los jóvenes migrantes en la ciudad.

Desde nuestra perspectiva, los jóvenes migrantes están no sólo introduciendo importantes cambios en el campo y en la ciudad, sino creando nuevos espacios. Tal como señalamos, la globalización está generando rupturas espaciales, pero también los jóvenes desde cualquier trinchera están reconfigurando o reapropiándose de nuevos espacios que configuran la identidad de la juventud migrante haciendo uso de capitales diferenciados, como la información de los medios de comunicación, la socialización y formación en la escuela y la vivencia de la migración.

La socialización de la migración ha sido un factor también impulsado por los jóvenes que regresan. La plaza, el parque, el mercado y distintos espacios públicos se convierten en escenarios de socialización verbal, donde se muestran y se divulgan los nuevos repertorios adquiridos y vividos fuera de las fronteras simbólicas de sus lugares de origen. Hacen gala de demostrar que se salió de la comunidad para ir a “los Estados”, hacen saber que fueron o son migrantes. Para estos hombres y mujeres rurales, contar los relatos del éxito del cruce o las vivencias en el “gabacho” les hace salir del anonimato y convertirse en héroes ante la admiración de los más jóvenes que no han migrado pero aspiran a hacerlo. La experiencia migratoria juvenil no es homogénea. Se recuerdan los éxitos, pero también las penalidades sufridas en el tránsito o en el desembarco en el lugar de destino. A pesar de todo, el espejismo de la vida posible en otros lugares, como Estados Unidos, está presente.

En suma, tomar como un eje de reflexión al sujeto migrante contemporáneo implica reconocer que la construcción de los sujetos sociales es, desde luego, dinámica y contingencial (Feldman Bianco et al., 2011). En el caso concreto de la juventud rural migrante se transita, tal vez, a “nuevas etnicidades” o a la reconfiguración de nuevos “paisajes étnicos”, como dice Appadurai, o a una “nueva ruralidad”, como define Hubert de Gramont a la sociedad rural de hoy.

5. Migración de retorno: aproximaciones teórico-prácticas

Desde el sur, el joven migrante es una construcción del sistema capitalista moderno, y desde el sur del sur es una construcción de éste y de la globalización. Desde la perspectiva de la incorporación de los jóvenes a los mercados laborales, su integración estuvo definida por dinámicas ocupacionales que exigieron la pervivencia de la unidad doméstica rural con fines de garantizar una mano de obra barata y funcional para atender las exigencias de la acumulación de capital (Wallerstein, 2001). En el tiempo global se exige lo mismo: mano de obra barata y disponible o, mejor, flexible, que trae consigo transformaciones que amenazan la supervivencia de la economía campesina familiar de antaño y de las sociabilidades que sostenían su organización social. En estas transformaciones, los impactos mayores ocurren en la población joven, particularmente en el estrato de jóvenes en mejores condiciones físicas para integrarse a los mercados laborales. Dar cuenta de este proceso resulta esencial, por lo que se pondrá a prueba la producción conceptual y su capacidad para articular teoría y práctica. El último apartado de nuestro marco teórico tiene este propósito. La teoría y sus propuestas metodológicas intentan facilitar la comprensión y explicación del joven migrante retornado. Según estas teorías, el retorno es resultado de procesos sistémicos y contingenciales, amén de

la decisión libre y voluntaria de quien retorna. Veinte años atrás hablar de retorno en el sistema migratorio México/Estados Unidos, más aún del retorno de jóvenes, resultaba innecesario o casi innecesario, pues la economía norteamericana era la que marcaba —y aún lo hace— las pautas de las entradas de trabajadores mexicanos, adultos y jóvenes, mayormente hombres, pero también mujeres. La teoría económica, como hemos señalado, contribuye a importantes desarrollos analíticos en el estudio de las migraciones, y desde su perspectiva el retorno obedece a una contradicción de la demanda laboral o a la decisión individual del sujeto migrante.

Desde esta perspectiva la práctica migratoria suele caracterizarse como un proceso social que transcurre por etapas: viaje, cruce, destino y retorno; es decir, se caracteriza por tratarse de un proceso lineal en el que el retorno —individual— es considerado como la última fase del ciclo migratorio. Así, para la teoría neoclásica el retorno puede deberse a una falla en el cálculo de los costos de migrar porque no se consiguieron ganancias suficientemente elevadas para compensarlos; para la teoría de la nueva economía, el retorno es visto como la consecuencia lógica de un cálculo estratégico y no como prueba de que los objetivos de la migración se lograron con éxito —nueva economía—; para la teoría transnacional, el retorno refiere a una etapa más en un sistema circular de relaciones e intercambios económicos y sociales que puede incluir un conjunto de relaciones e intercambios económicos y sociales que posibilitan la fluidez de información y de conocimientos que facilitan la experiencia de la reintegración (Herrera, 2006).

Desde la teoría transnacional el retorno es una fase más compleja. Esta perspectiva permite pensar “los vínculos regulares y sostenidos en el tiempo a través de las fronteras nacionales”, y el retorno, que idealmente ocurre cuando el migrante ha acumulado suficiente cantidad de recursos financieros o informativos, o cuando las condiciones en el lugar de origen parecen favorables, se torna en una práctica que conjuga diversos elementos que posibilitan distintas modalidades de retorno. La teoría transnacional recupera elementos de la práctica migratoria que definen un retorno promisorio en el que se contemplan como fase previa distintos elementos, como las visitas periódicas, el envío regular de remesas o incluso el desarrollo de “identidades transnacionales” como la doble nacionalidad. Con estos elementos se contribuye a la desterritorialización de la ciudadanía y al establecimiento de vínculos entre los gobiernos y sus diásporas (Portes, 2006). Desde el transnacionalismo el retorno se define, en suma, como una pieza más de la experiencia de atravesar diversas fronteras y de circular por diferentes lugares o, dicho de otro modo, como “parte de la experiencia de las movilidades humanas entre sociedades desiguales” (Glick-Schiller y Wimmer, 2003). Finalmente, desde las teorías de las redes sociales el retorno se puede explicar al modo de la teoría de la causalidad acumulativa, cuya enunciación sería así: “a mayor experiencia acumulada de retorno en la familia, la comunidad y el país de origen, existen mayores posibilidades de que se dé el retorno a nivel personal” (Durand, 2005: 110).

Estas teorías sustentan diversas investigaciones que, a la luz de la realidad migratoria espacialmente situada y contextualizada, exigen la incorporación de variables e indicadores que no sólo tensan el modelo conceptual original, sino que quedan como evidencias de realidad que exigen su incorporación en la reflexión conceptual y metodológica.

En el contexto latinoamericano los retornados recientemente han empezado a despertar interés analítico, como en los casos de los bolivianos, peruanos y colombianos que migraron a España. El análisis se centra también en la potencialización de las regiones de origen de los migrantes, así como en la migración cíclica entre países del Cono Sur y España. Destacan los trabajos realizados por De la Torre Ávila, que centra su análisis en tres variables o ejes condicionantes para las posibilidades de retorno de los bolivianos residentes en España. El autor recupera las nociones de “estimulantes” e “inhibidores” como elementos para la decisión de retornar al lugar de origen: “1. Puede contar con ahorros importantes cuya inversión no se dirige a Bolivia principalmente; 2. Concentraría a la mayoría de los bolivianos radicados en España, según fuentes citadas. Las mismas fuentes también señalan un índice de regularización cada vez mayor; 3. El más proclive al retorno vulnerable tras un proyecto migratorio fallido” (De la Torre, 2011).

Un trabajo importante sobre el tema es el de Lorena Izaguirre (2011), cuyo núcleo de análisis se centra en dos aproximaciones a la migración de retorno en Ecuador y Perú. La autora busca identificar el modo en que el retorno de los migrantes ecuatorianos y peruanos a sus respectivos países es definido “desde arriba”, esto es, desde la acción de los Estados a partir del diseño de políticas e iniciativas públicas sobre la materia. La autora hace un contraste de esta cuestión desde lo público —desde donde se tiende a reducir a los migrantes a su capacidad de agentes económicos—; también explora los contenidos de algunas “narrativas de retorno” recogidas desde la experiencia de algunos migrantes que retornaron, y a partir de sus lógicas de acción pone en evidencia trayectorias y estrategias diversas que dan cuenta de la multidimensionalidad de la experiencia del retorno y de los perfiles diferenciados de las personas involucradas en él.

En el caso centroamericano, Ricardo Falla, en su libro *Migración transnacional retornada* (2007), argumenta que la migración de retorno ha sido un tema olvidado porque se ha privilegiado normalmente el estudio de la migración en una dirección. Y si del retorno se trata, se han estudiado las remesas, tanto económicas como sociales, pero no el retorno de las personas, que son agentes de transformación en los países receptores. En su investigación intenta iniciar el estudio de la migración retornada, analizando los casos de la juventud indígena de Zacualpa, en Quiché, Guatemala. Un punto central en el argumento de Falla es que la identidad se va reconfigurando a lo largo del viaje de los hombres y mujeres jóvenes mayas de Zacualpa. Asimismo, la opción de retorno nace de una autovaloración de su experiencia y de su país de origen.

En suma, Ricardo Falla considera que los jóvenes han experimentado un proceso de cambio al compartir su experiencia migratoria en Estados Unidos y el retorno a

su lugar de origen. Para algunos jóvenes existen posibilidades de hacer un cambio en su pueblo a partir de la participación en política y en actividades grupales y, por otro lado, hay jóvenes que intentan romper con las relaciones caciquiles de su pueblo e ingresar a la arena política para promover desde ahí el cambio.

La literatura sobre el retorno de migrantes mexicanos se ha enfocado fundamentalmente en las áreas rurales y en zonas donde la migración es de larga data.¹⁸ Por ejemplo, algunos autores refieren que hasta mediados de la década de los ochenta la mayoría de los migrantes mexicanos con destino a Estados Unidos procedía de localidades rurales del país (Durand y Massey, 2003), mientras otros abordan el tema del retorno desde el vínculo que se establece entre migración y desarrollo, en el que se privilegia la inserción económica y productiva del retornado (Zahniser, 1999; Durand, 2005; Cobo, 2008; García y Orozco, 2009; Moctezuma, 2010).¹⁹

En lo particular destacamos el trabajo realizado por Lindstrom (1996), quien concluye que el retorno genera oportunidades económicas para las comunidades de origen que los reciben y sus impactos dependen del tiempo de estadía en Estados Unidos. Por otra parte, en su investigación Zahniser (1999) aplica un modelo de regresión múltiple con el afán de identificar los factores que intervienen cuando se toma de decisión de retornar, en la que conjuga factores macro, relacionados con las condiciones de México y Estados Unidos, y factores micro, como las características sociodemográficas de los retornados y sus familias, además de las probabilidades del retorno. Concluye que el retorno forma parte de la dinámica migratoria pero en sentido inverso. Otros autores analizan en sus investigaciones dimensiones muy puntuales del retorno, como sus causas (Massey y Espinosa, 1997) o la reinserción con fines de inversión productiva (Ramírez, 2000; Moctezuma, 2011).

Hasta este punto hemos efectuado un recuento breve del estado de la cuestión en los estudios sobre la migración de retorno. Como bien señala Ricardo Falla, la migración de jóvenes retornados es un tema olvidado en los análisis del fenómeno. Los trabajos que hemos referido anteriormente sólo dan cuenta de algunos casos

¹⁸ En el centro-occidente de México, por ejemplo, el retorno estaba implicando cambios a nivel familiar con importantes repercusiones en el ámbito comunitario. De ahí que algunas explicaciones que se han presentado respecto al impacto de las remesas en ciertas comunidades de alta incidencia migratoria también pudieron esclarecer la importancia del capital social al momento de leer los efectos socioculturales del retorno (Alfaro e Izaguirre, 2010).

¹⁹ David Lindstrom (1996) refiere que el retorno de los migrantes genera favorables oportunidades económicas para las comunidades que los reciben, puesto que la inversión de los capitales que traen consigo establecen nuevas dinámicas económicas. Es decir, desde su punto de vista los efectos socioeconómicos del retorno hacia el lugar de origen de los migrantes dependen de su tiempo de estadía en Estados Unidos. Es posible apuntar que este estudio constituye uno de los primeros acercamientos cuantitativos a la temática del retorno y ha marcado la perspectiva investigativa de estudios posteriores. En la década de los años noventa el dilema del retorno se situaba en la eventualidad de pensar la reinserción de los migrantes a sus lugares de origen (Espinosa, 1998). En ese sentido, Zahniser (1999) ha demostrado que existen factores macroeconómicos asociados con las condiciones tanto de México como de Estados Unidos, las cuales intervienen en la toma de decisiones. Por lo tanto, establece una relación entre las características sociodemográficas de los retornados y sus familias y las probabilidades de retorno aseverando que la migración de los mexicanos a Estados Unidos era un proceso de doble orden; es decir, que en la trayectoria migratoria el retorno forma parte de una misma dinámica en la que se reinicia el proceso pero en sentido inverso y, por tanto, se ingresa nuevamente a una fase de toma de decisiones. No obstante, en el caso mexicano parece ser que el interés académico por estudiar el retorno adquiere relevancia en la medida en que se fue centrando en las remesas y en el tipo de inversiones que realizaban los migrantes al retornar, ya sea a sus lugares de origen o a algún otro sitio dentro del territorio nacional (Alfaro e Izaguirre, 2010).

y no existe un abordaje teórico a profundidad acerca del tema porque la mirada se centra básicamente en la economía o en la relación entre desarrollo local y migración.

En el marco de los análisis de la migración de retorno se han privilegiado temas como: **a)** las posibilidades del llamado desarrollo “translocal” a partir de la reinserción de las élites educadas, como ocurre en algunos países del Cono Sur, en donde se construyen programas para que sus migrantes retornen y se inserten en la economía local,²⁰ centrados en el rol de la familia y en el capital social del retorno. Sobre estos temas se han llevado a cabo estudios en Europa y América del Sur, así como en algunos países africanos. En el caso de México se ha estudiado el vínculo entre migración y desarrollo local; **b)** recientemente se comienzan a documentar experiencias de retornados relativamente exitosos que asumen una participación directa en la política y en la administración pública local bajo un manto civilista y de liderazgo social, y **c)** la ausencia de condiciones que hagan posible la reinserción plena de los retornados, como ocurre con los jóvenes que no tienen posibilidades de empleo o de continuar estudios, o con los niños retornados que encuentran serias dificultades para su reinserción en las instituciones educativas.

En cuanto a la migración de mexicanos a Estados Unidos, dice Ballesteros (2002) que el retorno está mediado por las condiciones estructurales, particularmente las que ejercen los mercados de trabajo en México y Estados Unidos. Sin embargo, también existen otras razones que pesan en el retorno del migrante, como los fuertes lazos familiares permanentes a través del establecimiento de comunidades transnacionales, lo cual posiblemente se dé con más frecuencia en el caso de los migrantes con responsabilidades conyugales (Smith, 1993; Portes, 1997, entre otros). Asimismo, y de acuerdo con Espinoza (1998), en la migración mexicana existe un proceso de negociación constante en el ámbito doméstico entre el establecimiento y el retorno, principalmente por el reforzamiento de los lazos que facilitan la incorporación del emigrante tanto en los mercados laborales, como en la sociedad de destino. En este sentido, hay que señalar lo sugerido por Hondagneu-Sotelo y Ávila (1997), quien plantea la tensión tras el establecimiento y el retorno en el interior de los hogares y refiere que las mujeres contribuyen a consolidar el asentamiento de las familias en Estados Unidos con más frecuencia, además de que muestran una menor propensión a regresar, a diferencia de los hombres. Evidencias similares las encontraron Sara Curran y Estela Rivero (2003).

En términos generales, puede decirse que hasta aquí se han abordado dimensiones privilegiadas en el análisis de la migración retornada. Sin embargo, la experiencia del retorno en su diversidad actual registra cambios sustantivos que no han sido incorporados en la reflexión conceptual. La migración internacional en la última década del siglo pasado, pero en particular en los años que han transcurrido del presente siglo, se caracteriza por dos hechos que reestructuran las lecturas del retorno, ya sea desde las teorías económicas, como desde las del transnacionalismo o las de las redes sociales.

²⁰ Véase, por ejemplo García Zamora y Orozco (2009)..

La primera característica es la centralidad que hoy registra la migración “irregular”, “indocumentada” e “ilegal”, y la segunda es la importancia que tiene el paradigma de la “seguridad nacional” en las agendas nacionales e internacional, sobre todo después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 (García y Porraz, 2010; García, 2013). Se trata de un enfoque que privilegia la dimensión política del fenómeno migratorio, en tanto que el retorno se registra como una decisión directa de los Estados receptores en aras de la seguridad nacional a causa de los nuevos enemigos: los terroristas, el narcotráfico y los migrantes del sur. Tan sólo por citar un ejemplo, el Parlamento Europeo (2008) instituyó una directiva de retorno que afecta a los migrantes del sur; alienta el retorno voluntario, pero impone el retorno forzado, es decir, la expulsión de migrantes extracomunitarios en situación ilegal.

El caso de Estados Unidos y sus mecanismos de control, contención y expulsión de migrantes indocumentados es otro ejemplo ampliamente registrado por diversos analistas. En la actualidad, las expresiones de violencia institucional trastocan el Estado liberal-democrático y muestran su transición hacia un Estado autoritario, policial y militarizado que instaura un “derecho penal del enemigo” (Portilla, 2005). Los controles, blindajes y cierres de fronteras con las más sofisticadas tecnologías, el fortalecimiento de estrategias biopolíticas y la invocación al “estado de excepción” constituyen hoy el escenario impuesto por los Estados del norte receptor, y en este escenario se mueven hoy los jóvenes migrantes del sur (García, 2011).

A. Del retorno a los múltiples retornos

Los migrantes retornados no tienen experiencias homogéneas. Algunos se sienten como sujetos trashumantes que intentan encontrar un espacio que se les negó en sus lugares de origen. Otros son vistos como migrantes ejemplares porque lograron hacerse con un patrimonio, y otros no son vistos con admiración ya que, para algunos adultos, los jóvenes migrantes retornados, especialmente los solteros, ya no acatan las normas locales y traen costumbres que violentan el espacio comunitario y las principales conmemoraciones locales. En casos extremos se les define como “pandilleros” que consumen algún estupefaciente.²¹

Dado que el retorno difícilmente puede encuadrarse en un modelo analítico cerrado y no se puede ignorar su naturaleza dinámica, en atención a contextos de alta contingencia y gran irregularidad resulta pertinente hablar de “múltiples retornos”. La misma realidad caleidoscópica es la que exige ampliar la noción de retorno y redireccionarla hacia la idea de “múltiples retornos” porque el retorno no se limita exclusivamente al regreso físico de los migrantes (Izaguirre, 2011).

²¹ Un trabajo importante es el Robert Courtney (2006), que señala cómo algunos migrantes menores de edad se encontraron con problemas legales o con las bandas en Nueva York, huyeron a Ticuani, una comunidad enclavada en la sierra de Puebla, y se dedicaron a vivir como pandilleros prácticamente sin que los otros jóvenes locales y varones adultos pudieran hacer algo para evitarlo.

Según Ballesteros (2002), se han elaborado diversas tipologías de la migración de retorno. Una de las más importantes es la que registra la distinción entre “retorno permanente” y “retorno ocasional”. Este último sería el realizado por los emigrantes que regresan por un corto período de tiempo para visitar a sus parientes y participar en eventos familiares o comunitarios, como cumpleaños, fiestas del pueblo, matrimonios de amigos y parientes, etcétera. “Tales visitas no implican ninguna actividad económica o empleo sino un periodo de relajación y placer” (Ballesteros, 2002: 20). Como contraparte, el retorno permanente se refiere a la decisión del migrante de establecerse en su lugar de origen sin la intención de migrar de nuevo. Es decir, en la migración de retorno se conjugan numerosos aspectos para pensar el regreso: falta de empleo en el lugar de destino, condiciones precarias de salud del migrante u objetivos alcanzados para migrar, entre otros (King, 1986; Gaillard, 1994; Ballesteros, 2002, Durand y Massey, 2003, entre otros). Sin embargo pueden existir otros factores, entre los que destacan las prácticas institucionales de los Estados receptores.

Las deportaciones son un caso de migración forzada. Éstas las promueven las autoridades de los países receptores en las fronteras al momento del cruce o cuando el inmigrante se encuentra en situación irregular. En tales casos el retorno no es decisión del migrante sino de las autoridades receptoras. Las deportaciones realizadas por el Gobierno norteamericano son, como señala Guillén (2001), el componente de la interacción con México, que “se rechaza con mayor tenacidad que nunca”, visible en el endurecimiento de la barda fronteriza, en la legislación de los Estados que criminaliza la inmigración indocumentada y en las deportaciones no sólo de quienes intentaban ingresar, sino de mexicanos que ya residían en el país.

Otro hecho que implicó retorno forzado fue la recesión económica de 2008 y 2009, que no sólo inhibió la emigración irregular, sino también la salida de los que ya habían ingresado, por lo que se violaron derechos fundamentales como la unidad familiar. Asimismo, la recesión económica de los últimos años no sólo inhibió el flujo migratorio hacia Estados Unidos, sino que propició el regreso de quienes ya estaban dentro por la falta de empleo, así como por los engaños de quienes asumieron el compromiso de “pasarlos” e incluso colocarlos en trabajos establecidos.

En relación con la migración de retorno, King (1986) la concibe con base en criterios socioculturales²² que nos llevan a analizar el retorno no como el punto final de un proceso, ni tampoco bajo un contexto lineal propio del fenómeno migratorio, sino como un hecho que posibilita transformaciones en el contexto de origen. En este sentido, los jóvenes migrantes retornados transportan bienes culturales, capital social y conocimientos que normalmente no son valorados tan positivamente por los lugareños y familiares —en particular cuando los capitales traídos impactan contra lo establecido—, lo que les lleva a experimentar el rechazo y la exclusión.

²² Otro de los presupuestos teóricos de este tipo de estudios fue la llamada “orientación cultural del migrante” o “cultura de la migración”, así como las llamadas “remesas sociales”, ambas propuestas por Peggy Levitt (2000).

Esta circunstancia constituye un quiebre generacional porque ejercen prácticas que muchas veces divergen de los parámetros sociales y culturales establecidos. En suma, el retorno exige sopesar el papel estratégico de los jóvenes migrantes pues, como señala King: “la migración de retorno es el capítulo más grande no escrito en la historia de la migración” (2000: 7).

6. La vulnerabilidad y el riesgo en el joven retornado. Entre la indefensión y el desafío

Jóvenes, jóvenes rurales y jóvenes rurales —indígenas— migrantes son términos cuya comprensión convoca a escalas conceptuales y a dimensiones de tiempo y espacio, es decir, a lo “históricamente determinado”. Situados en las sociedades del mundo global —y neoliberal— resultaría sumamente fácil definirlos como actores constreñidos a un mundo alejado del presente y sin sentido de futuro, a no ser por la extensión del presente que se define por la mercantilización de todas las esferas de la vida social y por el exacerbado individualismo. Sin embargo, es y no es así, porque la historia y la realidad son mucho más complejas y reclaman que se defina desde dónde se conoce y para qué se conoce.

A los jóvenes de hoy les ha tocado vivir los tiempos de la globalización neoliberal, en particular a los jóvenes que emigran al norte, hacia sociedades que demandan el trabajo de los jóvenes del sur. A la vez, estas sociedad instrumentalizan el control y politizan la inmigración irregular contribuyendo a crear un sentimiento antiinmigrante cuya intensidad se puede relacionar con el éxito de los partidos de derecha, que promueven y atraen a sectores importantes de la sociedad con discursos de abierta oposición a la inclusión de los inmigrados y a hacer valer los derechos de abiliación, políticos y sociales que en la época del bienestarismo eran universales, además de que ostentan posiciones que favorecen la penalización de los ilegales y violentan el derecho internacional de los derechos humanos (García y Villafuerte, 2012b).

Las dimensiones de la realidad mundial, regional y nacional articulan estructura y coyuntura, hoy condensadas en la mundialización o globalización que, como realidades mundiales, definen tanto la economía y los mercados laborales en atención a exigencias de acumulación, como la política —léase Estado— y su cometido de regulación, control y orden. Se trata de estructuras que frente a coyunturas diversas, entre las que destacan los atentados terroristas, las crisis económicas y el crimen organizado, redefinen las grandes estrategias internacionales, como las relacionadas con la seguridad nacional y el antiterrorismo, y trastocan estructuras normativas propias de la modernización como las contenidas en el derecho internacional de los derechos humanos.

Los jóvenes, los jóvenes migrantes y los jóvenes migrantes retornados se encuentran en un tiempo que, a diferencia de los adultos que se asumen como incapaces de revertir la subversión de su mundo cotidiano tradicional, acepta que el tiempo presente es paradójico, ni negro ni blanco. Quizás éste es el sentido de la propues-

ta de Valenzuela (1999) al confrontar los conceptos de “biocultura” y “biopolítica”, el primero como “elemento central en la redefinición y reposicionamiento de los jóvenes en la sociedad global, frente a otros jóvenes y frente a ellos mismos”; el segundo, en tanto política de la vida, reduciendo el cuerpo a territorio de “control y sometimiento” (Valenzuela, 1999: 24).²³

Con respecto al concepto de biocultura, Valenzuela señala:

[...] refiere a la semantización del cuerpo y la disputa por su control, pero también su participación como elemento de resistencia cultural o como expresión artística [...] también alude a la confrontación de la condición de la biopolítica, en la que el cuerpo es territorio de control y sometimiento. [...] entiendo la biocultura como la centralidad corporal que media procesos sociales más amplios y abreva, pero no se reduce a la dimensión de disciplinamiento y de política analizada por Foucault (Valenzuela, 1999: 24).

Este planteamiento de Valenzuela coincide con el de Agamben, quien reconoce que en el trasfondo de las políticas contemporáneas, aplicadas a “nudas vidas” atrapadas en las categorías y dispositivos de un poder que las trata como a tales —vidas expuestas y administradas—, está la biopolítica, pero en paralelo registra “una política menor, como contrapunto a la del adversario”, “enfrentándose al poder allí donde se ejerce, buscando el bios de su zoé”. La coincidencia con el planteamiento de Valenzuela es inequívoca:

La biocultura implica la dimensión biopolítica definida desde el conjunto de dispositivos establecidos por los grupos dominantes para controlar, disciplinar y generar cuerpos disciplinados que actúen de acuerdo con sus intereses, [...] pero también implica la biorresistencia, definida como el conjunto de formas de vivir y significar el cuerpo por parte de personas y actores y grupos sociales en clara resistencia, disputa o desafío a las disposiciones biopolítica (Valenzuela, 2009).

Intentamos definir la densidad teórica, en especial metateórica, que entraña el estudio de las relaciones entre juventud y migraciones como complejas y desafiantes. Quizás sea pertinente concebir la juventud “como metáfora del cambio social”, definición en la que está implicado el análisis de la genealogía de la cultura juvenil y sus expresiones actuales desde los jóvenes y sus prácticas; en este sentido, es importante el discernimiento de las dimensiones centrales del mismo cambio social y el debate social sobre la importancia de la llamada cultura juvenil. Son ejes analíticos que se mueven, como ya señalamos, entre las distintas escalas del espacio y el tiempo.

²³ “El término ‘biopolítica’ fue introducido por Miche Foucault [...] en la década de 1970 [...]; dedicado a las transformaciones del concepto de ‘población’ entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Para Foucault, fue en aquel momento cuando la vida —la vida en cuanto tal, la vida como mero proceso biológico— comenzó a ser gobernada, administrada políticamente” (Virno, 2003: 82).

Referirnos al joven migrante retornado implica una mirada etnográfica y sociológica sobre los jóvenes rurales en el contexto del movimiento migratorio México-Estados Unidos que posibilita, desde los propios migrantes jóvenes, construir las razones de su decisión de emigrar y sus resultados con el retorno en términos de la cuantía de las remesas y de los ahorros, así como en términos de los logros y fracasos del joven y de éste para con su familia. El diálogo abierto con los jóvenes migrantes retornados permite también entender, a partir de sus narrativas, las formas discursivas sobre cómo se defienden en los ámbitos de los conflictos, que van desde el hogar o la comunidad, hasta las instituciones gubernamentales y privadas en los contextos más amplios, incluyendo su confrontación en el país de llegada, donde se difuminan el racismo, la discriminación, la violencia y la intolerancia en el discurso y en la práctica como conductas y comportamientos normalizados en la sociedad receptora. Y en este juego incierto se encuentra latente la amenaza del retorno forzado por vía de la detención y la expulsión. Retornar tiene significados muy diversos para cada migrante porque puede ser un triunfo, un fracaso o la pérdida de libertad sin posibilidades de negociación para permanecer en el país receptor.

El retorno y la forma que adopta es resultado de una experiencia derivada del contacto de los migrantes con otros universos simbólicos, que puede traducirse en nuevas representaciones sociales o en formas conflictivas de reinserción social y laboral en su localidad de origen. ¿Cómo viven este proceso de reinserción? ¿Qué significa para ellos asumir determinados estilos desde su condición juvenil en el espacio de origen?

Los lugares de origen son escenarios también de las transformaciones del bienestar y del mercado de trabajo, pues poco a poco han alterado las formas tradicionales de relación entre individuo y sociedad. Los análisis micro, meso y macro del retorno desde la mirada del joven migrante resultan dimensiones de valía para la investigación en tanto éste desarrolla una experiencia que puede ser multidimensional o restringida en atención al tiempo vivido como migrante, en el que se ponen en juego contactos personales y repertorios culturales que se aprenden y se hibridizan.

De esta manera, la reinserción de los jóvenes retornados, como se dijo anteriormente, puede ser vivida de maneras múltiples. Algunas de las actitudes que toman forma en el ser joven migrante retornado en un espacio rural son: la confrontación de las normas tradicionales, que van desde cuestionar o postergar la llamada “moratoria social” y constituir un hogar propio, decidir ser soltero o soltera, establecer una relación con alguien o decidir cuántos hijos e hijas tener. Estas decisiones no se cuestionaban en generaciones anteriores ya que se asumían como naturales prácticas como el “robo de la muchacha” a temprana edad, procrear los hijos “que Dios mandaba” o asumir las labores cotidianas según el género. Aunque no todos los jóvenes migrantes retornados deciden romper la tradición, un número considerable de ellos está creando nuevas alternativas y tomando decisiones que inciden en una vida distinta para ellos mismos y hasta contribuyen a generar nuevos tipos de relaciones de pareja, es decir, crean bioresistencias, como se refería anteriormente.

Los “múltiples retornos” nos ayudan a entender que, aunque la mayoría de los jóvenes que regresan encuentran un espacio acogedor en su comunidad de origen, existen experiencias contrarias, de modo que otros son percibidos de manera negativa, sobre todo aquellos que adoptaron prácticas culturales que los hacen diferentes a la mayoría de las personas en la comunidad. En algunos casos los perciben con rechazo al ser considerados como un factor de peligro, lo que les obliga a salir nuevamente de sus lugares de origen y a enfrentarse a un espacio del que tal vez habían intentado desprenderse.²⁴ Aunque en el municipio de Las Margaritas los jóvenes no enfrentan situaciones de este tipo de manera generalizada, no deben perderse de vista la vulnerabilidad y los riesgos que los jóvenes de origen campesino enfrentan al ser arrojados a un espacio social que no integra, sino excluye y discrimina, y los empuja a integrarse en pequeñas comunidades de pandilleros como forma de sobrevivencia con resultados a veces lamentables.²⁵

El hecho de que hayan adoptado determinados estilos de su condición juvenil ajenos a su lugar de origen también puede llevar a la exclusión, pues ésta y la vulnerabilidad se reproducen a nivel micro,²⁶ tal como afirma Saraví:

La exclusión social representa el núcleo de una “nueva cuestión social” en la medida que nos plantea interrogantes y desafíos respecto a sociedades que de manera esquizoide se adhieren a un modelo homogéneo y globalizado pero que a la vez producen y reproducen interiormente múltiples micro y mesoespacios de exclusión (Saraví, 2009: 21).

Desde la perspectiva de los jóvenes migrantes retornados, ellos consideran que sufren problemas relacionados con las trayectorias y desplazamientos en tiempos y espacios situados, pero también sienten exclusión en sus propias familias cuando no lograron adquirir bienes patrimoniales con recursos del trabajo en el país al que migraron, lo que los lleva a ser estigmatizados como fracasados, más aún si retornaron de manera forzada, es decir, si fueron repatriados. Un aspecto más es que numerosos jóvenes se insertan en el ciclo migratorio internacional en condiciones de vulnerabilidad y riesgo por su edad, dado que en comunidades rurales

²⁴ Por ejemplo, en el municipio de San Pedro Michoacán dos jóvenes presuntamente migrantes fueron encarcelados acusados de quebrantar las normas de convivencia de la comunidad (*Cuarto Poder*, 8 de febrero de 2010).

²⁵ Respecto a ello, está el caso de las maras en Centroamérica, México y Estados Unidos. Pertenecer a éstas implica un desarraigo de la familia y la incorporación a los *homies* del barrio, el grupo primigenio y la señal más inteligible de lealtad y pertenencia. Además hay que señalar la vulnerabilidad de caer en las drogas. Por ejemplo, un estudio hecho por el DIF y los Centros de Integración Juvenil (CIJ) en algunas ciudades del país reveló que los jóvenes de entre 12 y 17 años que no tenían ningún contacto con las drogas en México y que vivieron y trabajaron durante más de tres meses en Estados Unidos, posteriormente consumían marihuana, cocaína, crack, metanfetaminas, éxtasis, solventes inhalantes y heroína. El 62 por ciento de los jóvenes mexicanos que son deportados iniciaron el consumo de drogas en Estados Unidos (*El Universal*, octubre 2007).

²⁶ La exclusión de los jóvenes en México y en otros ámbitos es un asunto que no es nuevo, sin embargo, en los últimos años se ha agudizado. Domínguez comenta respecto a ello: “ya sea por obcecación ideológica de los sectores más conservadores de la sociedad, o por omisiones atribuibles al desentendimiento del Estado y las elites económicas por ofrecerles opciones de inserción en el mercado de trabajo, acceso a la educación y a los servicios públicos, las estadísticas parecen indicar que hay un exceso de población joven que se percibe como prescindible y muchas veces como causa de los problemas sociales” (2010: 28).

pueden emprender el viaje a los 15 o 16 años, y se someten a un desplazamiento en el que deben sortear numerosos obstáculos que violentan sus derechos humanos y que los obligan a producir imaginarios y prácticas defensivas o de resistencia a una violencia que se asumirá como un costo normalizado.

Por tanto, los jóvenes construyen un mundo propio en este contexto mundial, nacional y regional descrito. Son ellos quienes procesan esa libertad que hoy les ofrece la globalización neoliberal, despojada de los sustentos mínimos, y la ejercen en su sentido amplio y dignamente humano. Son ellos los que desafían esa hostilidad siempre latente de la sociedad receptora; los que encaran riesgos al jugarse la vida frente a los dispositivos de contención policial y militar en las fronteras; los que osan minimizar las crisis de sentido y desafiar al mundo con la construcción de nuevos espacios y formas de vivenciar su condición juvenil. Pero algo queda del pasado, ese sedimento cultural acumulado que parece perdido frente a las innovaciones, que no son ajenas a la mercantilización, a la dominación y al poder, que tienen de inédito hacer de las desigualdades algo puramente personal y de la estabilidad el fracaso para normalizar la precariedad y flexibilidad laboral (Sennett, 2000).

Si la cultura juvenil con su diversidad y desparpajo no importa, terminaríamos concluyendo que el mundo tampoco importa. Y éste es el debate siempre postergado, a sabiendas de que está en juego una tensión, que el pensamiento moderno previó, entre emancipación y regulación, tensión de la cual los jóvenes del siglo XXI —con un fuerte sentido de clase y diferenciación social— reconocen su falsedad, por lo que la confrontan.



Fuente: archivo fotográfico particular

CAPÍTULO II. LAS MIGRACIONES CONTEMPORÁNEAS EN LA SOCIEDAD CHIAPANECA: CAUSAS Y EFECTOS

Migrante es el participio presente del verbo migrar. Y en cuanto tal, contempla la acción misma del migrar, la acción presente y no acabada de moverse de un territorio a otro. El mismo verbo migrar no se contempla como tal, sino solamente en sus acepciones de inmigrar y emigrar. ¿Límites de un idioma? Quizás o tan sólo límites del lenguaje que aún no es capaz o no quiere ser capaz de explicar —y reconocer— un fenómeno real: el del migrante (Matteo Dean, Ser migrante, 2011).

En este capítulo se presenta una caracterización de la historia contemporánea de las migraciones de Chiapas que registra al menos tres fases: la primera se define por las migraciones internas que se sostuvieron hasta prácticamente la primera mitad del siglo XX; la segunda corresponde a la migración interestatal, que empezó a cobrar importancia en la segunda mitad del mismo siglo, y la tercera fase es la migración internacional, principalmente hacia Estados Unidos, que se registra de manera emergente en las dos últimas décadas del siglo xx y en el presente siglo. La migración interna es de larga data y entre las causas que la propician destacan dos hechos: la demanda de mano de obra abierta por las plantaciones y la búsqueda de tierras agrícolas. En ambos hechos la población emigrante o colonizadora es la población indígena asentada en regiones que se caracterizan por la pobreza y la escasez de tierras aptas para la agricultura. La migración interestatal es un movimiento que involucra a la población chiapaneca en general, al igual que la migración internacional, pero en esta última destaca la migración de indígenas a Estados Unidos por los impactos que conlleva.

Las migraciones interestatales e internacionales tienen como causas primarias una economía desruralizada, el impulso de políticas de liberalización productiva y comercial y una prolongada crisis del sector agropecuario, todo ello acompañado de un proceso de reconversión productiva y de precarización laboral. Las condiciones socioeconómicas de Chiapas y sus problemas estructurales son elementos primarios para entender el fenómeno migratorio. Su población es aún predominantemente rural. La unidad económica campesina primó como la unidad reproductora de fuerza de trabajo temporal e hizo de la tierra el recurso vital para la subsistencia. Ponderar con la fuerza de los datos las condiciones materiales y sociales de Chiapas es parte del cometido de este capítulo, como también lo es un análisis de los tres ciclos migratorios que nos permita entender las condiciones que propiciaron el paso o tránsito de la migración interna a la migración interestatal e internacional, mostrando sus causas y sus impactos diferenciados.

1. Chiapas: breves apuntes estadísticos

Chiapas está situado en el suroeste de la República mexicana; colinda al norte con el estado de Tabasco, al sur con el océano Pacífico, al oriente con la República de Guatemala y al poniente con los estados de Oaxaca y Veracruz. Su extensión territorial es de 75,634.4 kilómetros cuadrados, superficie que representa el 3.7 por ciento del territorio nacional.



Fuente: INEGI (2010). Censo de Población y Vivienda 2010.

La división política del estado incluye 122 municipios, de los cuales cuatro — Belisario Domínguez, Emiliano Zapata, El Parral y Mezcalapa— fueron reconocidos en 2011. Se compone de nueve regiones económicas:²⁷ Centro (I), Altos (II), Fronteriza (III), Frailesca (IV), Norte (V), Selva (VI), Sierra (VII), Soconusco (VIII) e Istmo-Costa (IX) (ver mapa 2). Las principales ciudades son: Tuxtla Gutiérrez, capital del estado, San Cristóbal de Las Casas, Tapachula y Comitán. En 2010, 18 localidades mayores a 15,000 habitantes concentraban más del 30 por ciento de la población del estado, entre las que destacan: Tuxtla Gutiérrez, Tapachula, San Cristóbal de Las Casas, Comitán y Cintalapa, entre otras.

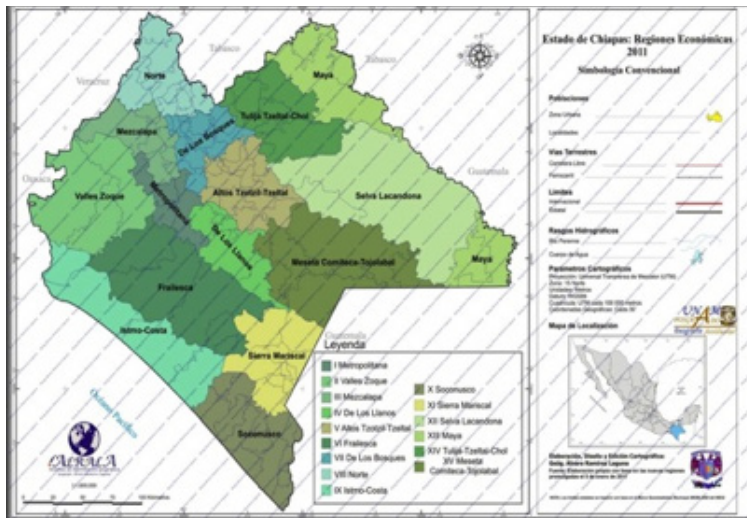
²⁷ En enero de 2011 el gobierno del estado promulgó una nueva regionalización. Se divide en 15 regiones económicas: Metropolitana, Valles Zoque, Mezcalapa, de Los Llanos, Altos Tsotsil-Tseltal, Frailesca, de los Bosques, Norte, Istmo-Costa, Soconusco, Sierra Mariscal, Selva Lacandona, Maya, Tulijá Tseltal Chol, Meseta Comiteca Tojolabal (ver mapa 3).

Mapa 2. Regiones en el estado



Fuente: Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal, Gobierno del Estado de Chiapas (2005). Enciclopedia de los municipios de México. Disponible en: <http://www.e-local.gob.mx/work/templates/enciclo/chiapas/regi.htm>.

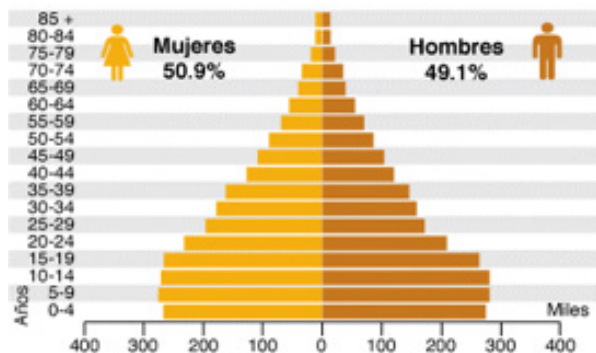
Mapa 3. Nueva regionalización de Chiapas



Fuente: CEIG, Chiapas (2011).

En cuanto a la estructura de la población, según datos arrojados por el Censo de Población y Vivienda 2010 se contabilizaron en ese año 4,796,580 personas residentes en el territorio chiapaneco, lo que indica un crecimiento promedio anual del dos por ciento en el periodo 2000–2010. Del total de residentes en Chiapas en 2010, se contabilizaron 2,352,807 hombres (49.1 por ciento) y 2,443,773 mujeres (50.9 por ciento), lo que significa que hay 96 hombres por cada 100 mujeres (INEGI, 2010).

Gráfica 1. Habitantes por edad y sexo en Chiapas



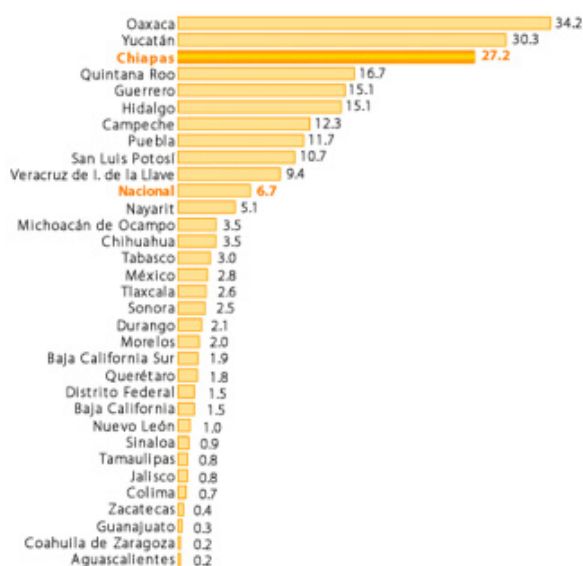
Fuente: INEGI, Censo de Población y Vivienda 2010.

La pirámide de población del censo 2010 tiende a ensancharse entre los rangos de 9 a 24 años y a reducirse en el rango de población de entre 0 y 4 años. En 2010 la población menor de 15 años representaba un 34.7 por ciento del total, mientras que la población en edad laboral —de 15 a 64 años— constituía el 60.3 por ciento, y la población en edad avanzada representaba el 5 por ciento de los habitantes. En contraste, en el año 2000 el porcentaje de estos tres grandes grupos de edad era de 39.5, 56.8 y 3.7 por ciento, respectivamente. Es importante señalar las implicaciones del cambio demográfico ya que la población en edad laboral está creciendo de manera acelerada, hecho que presionará al mercado laboral. Según Viqueira (2008), desde mediados de los noventa se han incorporado al mercado de trabajo más de 30,000 varones anualmente, y el mismo autor estima que hasta 2020 seguirá siendo muy elevando el número de incorporaciones —17,000 hombres por año—; además de ello, las mujeres en edad laboral incrementan el dato señalado (Viqueira, 2008).

Chiapas tiene una de las poblaciones más jóvenes del país, con una edad media de 22 años (INEGI, 2010). De 1990 a 2010 la población joven en Chiapas aumentó de 898,000 a 1.3 millones; no obstante, su proporción con respecto al total se mantuvo entre 28 y 27.8 por ciento. En cuanto a la composición por edad de los jóvenes, se observa que tienen un mayor peso los adolescentes de 15 a 19 años²⁸ ya que representan el 43.2 por ciento del total de la población joven; le siguen los de 20 a 24 años, con 29.4 por ciento, y los de 25 a 29 años, que representan un 27.4 por ciento.

Con respecto a los grupos indígenas, los datos del censo 2010 señalan que los jóvenes hablantes de una lengua representan alrededor del 33 por ciento en el estado. En este sentido, es la tercera entidad con mayor número de hablantes de alguna lengua indígena, según muestran los datos de la gráfica 2.

Gráfica 2. Población que habla alguna lengua indígena



Fuente: INEGI, Censo de Población y Vivienda 2010.

En lo que concierne a educación, Chiapas, Guerrero y Oaxaca han sido durante varias décadas, y continúan siendo, los estados con el menor promedio de escolaridad. Numerosas condiciones han contribuido a ello, como las deficiencias en la carrera profesional de los normalistas, la dispersión poblacional o la falta de recursos para construir escuelas en las zonas más alejadas.²⁹

El punto crítico del problema educativo en Chiapas se encuentra en el nivel básico. Según datos del Censo de Población y Vivienda 2010, la asistencia escolar de la población joven se había incrementado en los últimos 20 años al pasar del 21.6 por ciento en 1990 al 34.1 por ciento en 2010, es decir, en el último año reportado uno de cada tres chiapanecos había asistido a la escuela.

²⁸ Aunque a partir de los 18 años ya son adultos según la legislación vigente, en los datos estadísticos generados en México se les considera adolescentes.

²⁹ Mi intención no es entrar en el análisis de cada uno de los factores que inciden en la problemática educativa, sino revisar algunas estadísticas que muestren el panorama complejo del sector en el estado.

La tasa de analfabetismo de los hombres y mujeres jóvenes —15-29 años— fue del 5.3 y 8.4 por ciento respectivamente; sin embargo, conforme aumentaba la edad, la tasa de analfabetismo tenía un componente mayor de mujeres que de hombres. Chiapas se ubicaba, con un 17.8 por ciento, como el estado con mayor número de analfabetas, por encima de la media nacional que es de 6.9. Es decir, 18 de cada 100 chiapanecos de 15 años y más no sabían leer ni escribir, mientras a nivel nacional eran 7 de cada 100.

El Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social señala en sus indicadores de educación que el rezago educativo en Chiapas pasó de 43.2 puntos en 1990 a 32.9 en el año 2013, un avance de diez puntos en dos décadas, lo que indica que sigue manteniéndose como el estado con mayor rezago educativo.

En cuanto a las actividades económicas más importantes, en el estado destacan las agropecuarias, las comerciales y las turísticas, siendo las industriales las más escasas. Las de mayor rentabilidad y que más beneficios reportan al estado son las relacionadas con el comercio y el turismo. Según la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2015 de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social-INEGI, Chiapas tenía 1,927,725 millones de trabajadores en 2015, principalmente dedicados a actividades agropecuarias y otros servicios —71.4 por ciento de hombres y 28.6 por ciento de mujeres—.

De los jóvenes ocupados, el 45.8 por ciento laboraba en el sector terciario —servicios y comercio—, el 39.2 por ciento en el primario y el 14.7 por ciento en el secundario. Por su posición, la mayor parte de los jóvenes ocupados —54 por ciento— eran personas subordinadas y remuneradas (306,000); los trabajadores no remunerados representaban el 31.1 por ciento (176,000); los trabajadores por cuenta propia el 12.3 por ciento (70,000), y los empleadores el 2.6 por ciento —lo que sumaba casi 15,000 jóvenes—.

El mismo informe refiere que la tasa de desocupación de los jóvenes de 15 a 29 años en Chiapas era del 5.7 por ciento. Por último, cabe destacar que la tasa de informalidad en el estado era alta, 78.8 por ciento, mientras que a nivel nacional era de un 57.8 por ciento. Estos datos corroboran la gran vulnerabilidad laboral de los jóvenes chiapanecos, si bien la mayor parte de ellos se inserta en el sector de servicios y comercios derivados del turismo. El informe menciona que 176,000 jóvenes trabajadores del campo no percibían ingresos por la actividad que realizaban, por lo que una salida a esta situación era la migración interestatal e internacional.

Si bien es cierto que Chiapas es un estado rico en recursos naturales y en otros insumos que se generan a partir de ellos,³⁰ la paradoja es que se registra como una

³⁰ Según la Comisión Federal de Electricidad la energía se genera a través de varias fuentes. La primera de ellas y la más antigua son las hidroeléctricas. Entre las más importantes por su capacidad de generación de electricidad se encuentran la de Chicoasén, en Chiapas, llamada Manuel Moreno Torres, que genera 2400 MW; la del Malpasos en Tecpatán, Chiapas; El Infernillo en La Unión, Guerrero, que produce 1000 MW, y a ésta le sigue Aguamilpa, en Tepic, Nayarit, la cual es capaz de generar 960 MW. Para hacernos una idea, la electricidad que se genera en el estado se equipara a toda la electricidad producida por el conjunto de países centroamericanos (Villafuerte, 2006).

de las entidades más pobres del país. Datos proporcionados por Villafuerte con base en los indicadores presentados por el CONEVAL en 2010 refieren que Chiapas sigue siendo el estado con mayor número de pobres de las entidades federativas del país porque más del 78 por ciento de su población vive en condiciones de pobreza, superando a Guerrero en 11 puntos porcentuales y a Oaxaca en 11.2. Chiapas tiene casi 1.5 millones más de pobres que Guerrero y poco más de 1.2 millones que Oaxaca (Villafuerte, 2013: 320).

El mismo autor señala otra cifra que refleja la situación de la realidad chiapaneca, ya que de los “122 municipios que componen el estado, 37 por ciento presenta un nivel de pobreza que va de 90.3 a 97.3 por ciento de la población” (Villafuerte, 2013). Asimismo, la situación es más crítica en 48 municipios, que registran altos índices de población en pobreza extrema al no tener garantizadas condiciones mínimas para subsistir, como alimentación básica.

De los 48 municipios que presentan niveles de pobreza extrema, 27 de ellos tienen entre 60.5 y 80.5 por ciento de su población en estas condiciones, mientras que los demás municipios se sitúan entre 40 y 60 por ciento, cabe destacar que en los primeros 27, con población mayoritariamente indígena, donde destacan fuertes problemas agrarios, religiosos hasta diferencias políticas” (Villafuerte, 2013: 321-322).

La pobreza y el desempleo³¹ en Chiapas son dos de los graves problemas que históricamente han afectado a la mayor parte de su población. Según Villafuerte y García, la crisis económica y social durante los noventa fue considerablemente más dramática que la ocurrida durante la llamada década perdida de los ochenta; desde entonces, la vulnerabilidad de los grupos sociales más desprotegidos es evidente y el desgarramiento del tejido social es el más grave fenómeno del presente siglo (1998: 118).

En este sentido, la llamada crisis de los noventa en el estado concluyó en numerosos conflictos y puso en evidencia las fuertes debilidades del mismo. Por otro lado, la historia de Chiapas parece mostrarnos regiones y productos que experimentan un auge, pero después de un tiempo comienza la crisis, lo que ocurrió en regiones como el Soconusco y la Sierra, con grandes cosechas de café, plátano y cacao, o en regiones como la Frailesca y el centro del estado, con sus cosechas de maíz.³²

³¹ La tasa de desempleo registrada oficialmente es del dos por ciento, por lo que desde el punto de vista de la teoría económica prácticamente en Chiapas existe pleno empleo. El problema principal es el subempleo, junto con la informalidad y la precarización laboral.

³² Sobre este tema profundizaré más adelante.

Además de la crisis de los principales productos agrícolas de exportación, la crisis financiera y económica de principios de los noventa del siglo xx llevó al surgimiento de movimientos sociales, como el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994.³³

De acuerdo con Villafuerte, pareciera que Chiapas entró a la globalización por la puerta trasera, pues los productos de exportación más importantes —café, mango, plátano y ganado vacuno— han perdido terreno en el mercado internacional, además de que la población del estado ha sufrido con rigor las consecuencias de muchas de las políticas fallidas impulsadas por los diferentes gobiernos, ello aunado al neoliberalismo, que ha destruido la economía campesina y ha agudizado más la pobreza, condición que contribuye más a la emigración (Villafuerte, 2012: 327). La pobreza sigue siendo una constante en el estado, a lo que se suman el subem-

³³ Entre los años 1993 y 1994, la economía chiapaneca presentó un crecimiento del cuatro por ciento. Sin embargo, durante 1994 una serie de factores provocaron que la economía interna fuera en declive, lo que devino en una fuerte caída en la actividad productiva, de tal manera que durante el periodo 1994-1995 el producto interno bruto retrocedió en -0.26, y entre 1995 y 1996 apenas aumentó el uno por ciento (Villafuerte y García, 2006 y 2009). En los años posteriores se comenzó a generar un proceso de recuperación, aunque lento y con altibajos. El Gobierno federal de Ernesto Zedillo intentó reactivar la economía pauperizada y facilitó que empresarios tanto locales como nacionales llegaran a invertir a Chiapas con apoyo de recursos federales. De esa manera, en el periodo 1996-1997 el crecimiento del PIB fue del 4.6 por ciento y del 4.7 por ciento entre 1997 y 1998. Sin embargo, la situación no cambió por completo porque la economía chiapaneca continuaba con serios problemas productivos y de inversión que se reflejaban en una diversidad de problemas sociales, que se agudizaron en el periodo 1998-1999, cuando la actividad económica únicamente creció en un 2.1 por ciento. Para el siguiente periodo hubo una pequeña recuperación del 3.9 por ciento. En el periodo 2000-2001 nuevamente cayó el crecimiento al uno por ciento (Villafuerte y García, 2006 y 2009). En años posteriores surgieron iniciativas que intentaron reactivar la inversión en Chiapas, sobre todo en el sector turístico y en servicios ambientales, buscando atraer inversión extranjera. El megaproyecto del Corredor Biológico Mesoamericano es un ejemplo de ello. En 1997 se integró esta iniciativa, la cual proponía enlaces entre las áreas protegidas de Centroamérica y un desarrollo de bajo impacto para mantener los corredores entre ellas. En 2001 el sector terciario creció de manera importante, con lo que su contribución al PIB estatal fue del 63 por ciento, de manera que llegó a constituirse como el sector más importante de la economía del estado desplazando a la agricultura. Su contribución al PIB en 1970 fue del 41.6 por ciento, lo que sin duda muestra que hoy es el sector que más contribuye al crecimiento y a la generación de empleos. A esto hay que agregar el fuerte crecimiento de la economía informal (Villafuerte, 2009). En el año 2003 el proyecto turístico Mundo Maya, con recursos de aproximadamente 47 millones de dólares que provenían del Banco Interamericano de Desarrollo, se constituyó en una iniciativa que buscaba reactivar la economía (Villafuerte, 2009); posteriormente, con la construcción del aeropuerto internacional Ángel Albino Corzo en la ciudad de Chiapa de Corzo —zona conurbada con la capital del estado— en el periodo de 2004-2006 se esperaba ampliar más la cobertura aérea e incentivar el turismo nacional e internacional. En el sexenio de Juan Sabines Guerrero (2006-2012) se mantuvo la misma lógica económica de tratar de incentivar la inversión foránea. El proyecto de la anterior administración de Pablo Salazar consistente en abrir la economía chiapaneca siguió la misma línea: amplió la construcción del llamado Puerto Chiapas, iniciativa que intentaba atraer grandes cruceros con turismo internacional; amplió la capacidad del nuevo aeropuerto para el arribo de vuelos de compañías extranjeras; en materia social se propuso la construcción de las llamadas "ciudades rurales sustentables", que buscaban combatir la pobreza y la dispersión poblacional; se crearon varios programas para reactivar el campo, por lo que fue declarado el "sexenio del campo", por supuesto sin ningún éxito, pues mucho de lo que se ofreció se trató sólo de un discurso mediático que no se reflejó en inversión pública y en programas consistentes. Un problema más fueron los desfalcos que hicieron algunos alcaldes de las cuentas públicas de los ayuntamientos, así como el gobernador saliente. En este sentido, la revista *Proceso* refiere que en Chiapas actualmente la deuda pública asciende a 16,500 millones de pesos aunque, según el secretario de Hacienda, Carlos Jair Jiménez Bolaños, es 3,000 millones de pesos menor, es decir, de 13,500 millones de pesos (28 de septiembre de 2012). Asimismo, hay señalar que el estado se ubica entre las diez entidades más endeudadas del país: Chiapas, Coahuila, Quintana Roo, Nuevo León, Chihuahua, Nayarit, Veracruz, Michoacán, Sonora y Distrito Federal. El 20 de diciembre del año 2012, 72 municipios chiapanecos de los 122 que conforman el estado de Chiapas se declararon en quiebra. No había ninguno hasta el momento que tuviera finanzas sanas, advirtió el presidente de la Comisión de Hacienda del Congreso Local, Emilio Salazar (*Diario Milenio*, 21 de diciembre de 2012).

pleo y el desempleo, así como la migración a otros espacios, que tiende a ser cada vez más recurrente en numerosos municipios de Chiapas.

El fuerte rezago social y económico se concreta en dos realidades contradictorias: en los dramas de la pobreza, la falta de empleo y el rezago educativo que muchas comunidades chiapanecas padecen y, como contraparte, en la propaganda gubernamental reproducida en la mayoría de los medios de comunicación, donde es común encontrar cifras oficiales que constantemente aluden a los grandes logros alcanzados, como nunca en la historia de Chiapas, acompañados del colofón “hechos no palabras”.

Esta publicidad evidentemente no puede esconder la cruda realidad que sí aparece en la información de algunas instituciones federales y de organizaciones no gubernamentales: mayor pobreza, rezago educativo y falta de cobertura en materia de salud, hechos que siguen colocando a Chiapas en el primer lugar en rezago social.

Estas vicisitudes tienen un correlato añejo que explica la situación presente de la entidad. En el siguiente apartado describo algunos factores trascendentales que inciden en la migración chiapaneca, como las crisis en el campo —falta de tierra, retiro de los subsidios y la llamada reconversión productiva—, aunadas a las crisis en las ciudades y a los conflictos políticos y religiosos, que también son fundamentales.

2. La crisis rural en el estado: problemáticas y manifestaciones

Chiapas es una entidad que jugó un papel importante en la producción agropecuaria y forestal del país. Los cultivos de maíz y café, la ganadería bovina y la explotación de maderas preciosas, entre otros recursos, convirtieron al estado en un importante abastecedor de alimentos y materias primas para las entidades del centro del país que habían emprendido un desarrollo industrial.

Paradójicamente, el potencial de materias primas no derivó en un proceso de industrialización en Chiapas, sino que, por el contrario, el desarrollo industrial ha sido nulo. Derivado de la producción agropecuaria, la fuerza de trabajo estuvo hasta fechas recientes constreñida al sector rural, situación que derivó en que la movilidad de su población laboral se diera durante varias décadas predominantemente hacia el interior, hacia regiones de producción rural.

Sin embargo, los problemas del campo chiapaneco han ido erosionando sus bases materiales, lo que ha provocado un deterioro en las condiciones de vida de la población rural. En este sentido, Villafuerte y García refieren:

El más grande inversionista en Chiapas era el Estado, por lo que al adelgazarse ha contribuido a la profundización de la crisis, arrastrando al “sector empresarial”, a los productores del campo y a la gran masa de campesinos que, mal que bien, mediante subsidios, podía proveerse de sus precarios medios de vida (Villafuerte y García, 1998: 118).

Aunado a lo anterior, la tierra en Chiapas es escasa y ya no existe tierra apta para ser cultivada ni subsidios del Estado para garantizar las cosechas. De igual manera, el aumento excesivo de insumos químicos, el deterioro de los suelos y la baja rentabilidad de los cultivos han incrementado la conflictividad agraria en los ejidos y comunidades. Nuevamente, los mismos autores refieren:

La crisis rural en Chiapas, desde finales de la década de los ochenta, es profunda y de carácter estructural. El modelo de agricultura de plantaciones y de ganadería extensiva tocó fondo con la apertura comercial y la desregulación económica, misma que eliminó subsidios y diversos apoyos a la producción y comercialización (Villafuerte y García, 2006: 104).

Ese modelo agroproductivo hizo crisis en los noventa del siglo pasado y la población que vivía de ello aún no logra contabilizar el drama que ello supuso. Los recursos que brindaba la naturaleza poco a poco fueron insuficientes, y los hombres y las mujeres de maíz, como se les llamó durante mucho tiempo, pasaron a ser hombres y mujeres nómadas en busca de tierra y trabajo para cubrir sus necesidades básicas.

En el contexto de una economía poco dinámica y diversificada, los sectores agropecuario y forestal entraron en una profunda crisis a causa del bajo nivel tecnológico con que se trabajaba, la falta de apoyos gubernamentales, el deterioro de los precios y la crisis económica en el país en la década de los noventa. El Censo General de Población de 1990 reflejaba la importancia de la actividad agropecuaria, que concentraba el 57 por ciento del total de la población económicamente activa; otro indicador, según Villafuerte y García (1998), con base en los datos censales del noventa, era la importancia social que tenía la producción rural, porque de un total de 303,275 unidades de producción registradas, el 37.1 por ciento se clasificó como de autosubsistencia. La agricultura tenía bajos índices de producción y de productividad, a la vez que era considerada como una agricultura temporalera y poco tecnificada que, junto con el constante crecimiento de la población que se dedicaba a ello, ocasionaba más presión en las demandas de tierra ante la imposibilidad de encontrar un mejor empleo. Nuestros autores señalan:

La producción la integraban doce cultivos, entre ellos maíz, café, plátano, caña de azúcar, cacao, soya, mango, cacahuate y sorgo), sin embargo en términos de la ocupación del suelo, del empleo, de mano de obra y del valor de la producción, el maíz y el café junto con la actividad ganadera, determinaron la actividad socioproductiva (Villafuerte y García, 1998: 120).

El maíz representaba uno de los granos más importantes en las cosechas del estado, como lo demuestra el hecho de que en los años ochenta Chiapas era el tercer abastecedor en la producción nacional. Datos arrojados por Villafuerte y García señalan que el 66 por ciento de la superficie total estaba cosechada, poco más de 710,000 hectáreas, y su producción significaba el 56 por ciento del volumen

total generado por el grupo de los 12 cultivos. Asimismo, comentan que en la producción de este grano estaban involucrados 290,000 productores, es decir, casi 300,000 jefes de familia que, multiplicado por cinco miembros, darían un millón y medio de personas que vivían del cultivo. La producción maicera generaba más de 24 millones de jornales que impactaban sobre las economías de las regiones productoras (Villafuerte y García, 1998: 120).

Entre los años 1987 y 1989, los créditos otorgados por el extinto Banco Rural sufrieron una fuerte caída en tres productos que eran importantes en la economía rural chiapaneca: maíz, café y soya. Villafuerte refiere que el cultivo más afectado con el recorte de los créditos fue el maíz, ya que en 1989 solamente recibió el 27.5 por ciento de los recursos ejercidos en 1987.³⁴ Un elemento más que vino a profundizar el problema de los básicos fue el comportamiento de los precios de garantía en términos reales, que desde 1982 presentaron una tendencia a la baja, con excepción de los años 1984, 1985 y 1987 (2006: 22).

La producción de maíz ha sufrido cambios importantes en las últimas tres décadas, de modo que Chiapas, de ser considerado el granero del sureste durante el gobierno de López Portillo, fue perdiendo ese lugar hasta ser desplazado por otros estados del centro y norte del país. Respecto a ello, Villafuerte dice:

Así, tenemos que durante el periodo 1998-2003 tanto la superficie cosechada como la producción se incrementaron notablemente. El promedio de la superficie durante el periodo indicado fue de 938 mil hectáreas y la producción alcanzó un promedio de un millón 899 mil toneladas. A partir de 2004 la producción y los rendimientos han venido disminuyendo, al grado que en 2011 se previó la importación de más de 300 toneladas de maíz procedentes de Sudáfrica para cubrir la demanda interna de 2012 (2013: 331).

El café era el segundo cultivo en importancia en el estado. Este aromático mantuvo económicamente a una buena cantidad de productores y jornaleros, además de incentivar la economía del estado. Villafuerte y García nos dicen que las más de 280,000 hectáreas cultivadas generaron entre 27 y 37 millones de jornales promedio al año con importantes flujos de fuerza de trabajo de origen centroamericano —entre 70,000 y 90,000 trabajadores anuales— (1998: 120).

Hasta mediados de los noventa del siglo xx, en este cultivo estaban involucrados cerca de 83,000 productores, de los cuales 68,413 pertenecían al llamado sector social, es decir, comuneros y ejidatarios, que representaban el 86.6 por ciento del total y que en conjunto cultivaban una superficie de 164,529 hectáreas, equivalente al 67.7 por ciento del área cafetalera (Villafuerte y García, 1998: 121).

³⁴ Para hacernos una idea de la disminución, en 1987 el Banco Rural otorgó créditos por 734 millones de pesos, al siguiente año disminuyó considerablemente el monto hasta 672.0 millones, y en 1989 la reducción fue drástica pues sólo se concedieron 202.0 millones de pesos (Gobierno del Estado, 1990).

De estos, 30,000 productores cultivaban hasta 1.9 hectáreas y el resto de dos a cinco hectáreas (Villafuerte, 1994). La producción del café se concentraba en buena medida en la región del Soconusco, Betancourt y Arévalo (Villafuerte, 1994), de modo que el 32 por ciento del área cultivada se encontraba en esta región.

Entre 1989 y 1990 el café se convirtió en un trago amargo para muchos productores de este grano, y más aún para los miles de jornaleros que vieron sucumbir nuevamente sus esperanzas de mejorar sus condiciones de vida. Al inicio de la década de los noventa, el café poco a poco se fue desmoronando ante la liberalización comercial; por ejemplo, la Organización Internacional del Café eliminó el sistema de cuotas de exportación. Ante ello, en México el Instituto Mexicano del Café y otras instituciones gubernamentales perdieron poco a poco su función regulatoria.

En ese contexto comenzó un proceso de sobreproducción mundial y emergieron grandes controladores de las importaciones del grano, principalmente de Estados Unidos y Europa. En este sentido, Villafuerte y García afirman que estas medidas conjugaron y proyectaron sobre los productores todos sus efectos destructivos. Para el llamado sector social las consecuencias fueron desastrosas, sobre todo entre aquellos que cultivaban menos de diez hectáreas, que representaban el 98 por ciento de los productores cafetaleros de Chiapas. Para una minoría, el llamado sector empresarial, que tampoco era homogéneo pero cuyos integrantes contaban con más de 30 hectáreas, significó un proceso de deterioro en el manejo de las empresas y en algunos casos la venta o embargo de las propiedades por parte de los acreedores (1998: 124).

Otro problema que se presentó entre los productores, derivado de la baja producción, fue el endeudamiento con bancos privados y con la llamada banca oficial. En este sentido, los autores señalan:

El problema de las carteras vencidas y el consecuente cierre de las fuentes de financiamiento se intentó resolver, entre 1989 y 1991, con programas emergentes, instrumentados por Fidecafé y Bancomext para los productores-exportadores, y por el Instituto Nacional Indigenista y Pronasol para los productores "marginales" del sector social (Villafuerte y García, 1998: 126).

En suma, Chiapas sufrió las consecuencias de una de las peores crisis de las que se tiene memoria, sólo equiparable a la de los años 1929-1933, cuando países productores como Brasil tuvieron que deshacerse de sus cosechas.

En el caso de Chiapas, los pequeños y medianos cafeticultores, incluso los grandes, padecieron los bajos precios internacionales, lo que significó una reducción drástica de sus ingresos y un incremento de sus deudas, al tiempo que se redujo el empleo de jornaleros, frente a lo cual buscaron otras alternativas económicas como la migración interestatal e internacional (Villafuerte y García, 1998). A este respecto los autores refieren:

Después de cinco años consecutivos de bajos precios [del café], que iniciaron en 1989, se logró una recuperación satisfactoria a partir de 1995; sin embargo, la bonanza pronto terminó, en 1997 comienza un nuevo ciclo de precios bajos y, hoy, los productores todavía no logran reponer los costos de producción, mucho menos obtener ganancias a pesar de la significativa recuperación que se observó en el ciclo cafetalero 2004-2005 (Villafuerte y García, 2006: 110).

Por otra parte, una de las actividades que más aportaba a la economía chiapaneca era la ganadería bovina. Villafuerte y colaboradores (1997) refieren, con base en cifras censales del INEGI, que entre 1940 y 1950 se produjo un crecimiento extraordinario en la superficie de pastos en seis estados del trópico —Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz y Yucatán— al pasar de 3.6 millones de hectáreas a casi 5.2 millones, lo que significó un incremento del 42.4 por ciento.

En el caso de Chiapas, la ganadería alcanzó en 1970, 1975 y 1980 una participación en el producto interno bruto sectorial del 32.4, 29.9 y 28.2 por ciento respectivamente. Entre 1970 y 1980 la ganadería paso de 2 a 2.9 millones de cabezas en una superficie de poco más de 2.5 millones de hectáreas (Villafuerte y García, 1998: 121).³⁵

Del mismo modo que en su momento los cultivos de café y maíz fueron importantes en la economía chiapaneca, la ganadería bovina inició un declive a finales de la década de los ochenta. Entre los principales factores que provocaron esta situación se encuentran: la reducción en los créditos para seguir fomentando la producción de ganado y la tendencia a la baja de los precios. Asimismo, ante la crisis comenzó a manifestarse un incremento en la movilización del ganado a otros lugares de la República mexicana e incluso a otros países, como a Estados Unidos. “En 1995, después del conflicto armado, las estadísticas oficiales registran el traslado fuera de la entidad de 394,361 animales, con lo cual la crisis que ya era evidente se profundizó más con el estallido social de 1994” (Villafuerte, García y Meza, 1997).³⁶

Comenzó además, según refieren nuestros autores, un proceso de reestructuración de los espacios ganaderos en función del potencial forrajero, pues algunas regiones, como la Selva, ampliaron sus áreas de pastos, otras se mantuvieron y otras se redujeron, pero el saldo neto muestra una ampliación del área ganadera. En este sentido puede hablarse de un proceso de “ganaderización” en las áreas ejidales y de “desganaderización” en el sector privado (Villafuerte, García y Meza, 1997).

³⁵ Habrá que señalar que, si bien la ganadería se distribuía en casi todo el territorio chiapaneco, existieron dos importantes regiones denominadas de vieja tradición: la región Istmo-Costa, y el Norte y Centro del estado. Más adelante se incorporaron la región Frailesca y la Selva. Esta última mantuvo un crecimiento constante a principios de los noventa y se expansión en territorios considerados ejidales.

³⁶ Algunos propietarios de ranchos en Ocosingo y Las Margaritas me comentaron que, además de las invasiones de sus ranchos, también hubo robo de ganado de algunos propietarios de esas zonas, presuntamente efectuados por simpatizantes del EZLN, poco después de que estallara el conflicto (diario de campo, 2009).

A finales de la década de los ochenta comenzó a gestarse una fuerte crisis en el estado que continuó de manera drástica en los primeros años de los noventa y que sigue arrastrándose hasta nuestros días. Ese viejo fantasma del “Chiapas rezagado” sigue deambulando sexenio tras sexenio afectando a numerosos grupos de su población. Como he descrito de manera sintética, en Chiapas han existido regiones que tuvieron gran auge y posteriormente un fuerte declive. Productos como el maíz, el café o la ganadería bovina, que eran pilares de la economía, poco a poco colapsaron debido a numerosos factores como los llamados problemas estructurales, que van desde la poca visión de los gobiernos en Chiapas para equilibrar los desajustes económicos o sociales provocados por el Gobierno federal —que respondían más a intereses de particulares nacionales o extranjeros—, que a las necesidades de la población que demandaba recursos y subsidios para sobrevivir.

La crisis del Chiapas rural es, pues, “un espejo trizado” como bien nos dicen Villafuerte y García (1998), pues en un primer momento se refleja en el nivel de la producción y de los ingresos, en la fallida inversión pública y en la poca o nula inversión privada, pero a su vez refleja efectos más dramáticos en la población, que sobrevive con las mínimas condiciones día tras día. Aunado a ello se encuentran los conflictos por falta de tierra, “viejo problema-nuevo, de nunca acabar”, que conducen a otros conflictos sociales y políticos, tema que trataré en el siguiente apartado.

A. El problema de la tierra en Chiapas

La cuestión agraria en Chiapas es un problema que parece no agotarse, y más aún cuando se ha trasladado a otros ámbitos y ha conducido a nuevos conflictos, desde políticos, hasta religiosos. José Alejos lo expresa de la siguiente manera: “un espacio de fundamental importancia en la conformación de las identidades étnicas en Chiapas ha sido sin duda la problemática agraria, pues es allí donde la mayoría de la población interactúa en una forma más intensa y conflictiva” (1999: 50).³⁷

La tierra en Chiapas ha sido uno de los temas de mayor conflicto. En este sentido, la tierra está íntimamente ligada al problema del desarrollo de la sociedad rural y a las necesidades del modelo económico, problema que se ha conservado sin cambios sustantivos en las últimas dos décadas (Villafuerte et al., 2002).

Aunado a ello, las políticas implementadas por los Gobiernos federales han fragmentado más el campo chiapaneco, pues resultaron fallidas y de corto alcance porque respondían más a necesidades clientelares que a la resolución del problema concreto. Por su parte, las autoridades locales, que ejercieron principalmente como intermediarias, se ajustaban más a intereses personales que a la búsqueda de soluciones para su población. Un factor más es el que algunos autores han referido como “los finqueros, hacedores de la historia de los problemas del campo”,

³⁷ Para profundizar en este aspecto véase también un importante análisis en el capítulo “La tierra como discurso” en *La tierra en Chiapas, viejos problemas nuevos* (Villafuerte et al., 2002).

porque tenían enorme fuerza y poder político hacia finales del siglo XIX y hasta los años sesenta del siglo XX.³⁸

Aun con todo el reconocimiento de la trayectoria particular que tuvo la reforma agraria en Chiapas y ante la diversidad de actores en conflicto, incluido el Estado, no podemos obviar el crecimiento de la población, que ha presionado sobre un recurso crítico como es la tierra: en las últimas décadas pasó de 1,570,000 habitantes a 4,796,580, por lo que experimentó un incremento del 150 por ciento (Villafuerte, 2009). El aumento de la población ha provocado la fragmentación de la tierra, de la misma forma que la ausencia de empleos en otras actividades en el estado sigue provocando la movilidad de su población. En este sentido, la tierra sigue siendo un foco rojo en Chiapas porque, por ejemplo, en zonas de la región Selva aún continúan las disputas entre terratenientes y campesinos, o incluso entre estos últimos por una fracción de tierra.

El Tratado de Libre Comercio de América de Norte produjo un escenario todavía más complejo porque llevó a un cambio sustancial en todos los órdenes y la política agraria no fue la excepción.³⁹ En este sentido, la reforma del artículo 27 de la Constitución⁴⁰ es un buen ejemplo, ya que provocó problemas más drásticos en cuanto a temas como el reparto de tierras, lo que generó invasiones masivas en el periodo de 1994 a 1997.

La dotación de tierras mediante procesos de negociación con las organizaciones campesinas y la constitución de figuras financieras se convirtieron en paliativos institucionales para muchas organizaciones que, ante tantas dificultades para mediar con las autoridades estatales sexenio tras sexenio, encontraron como la vía más rápida de obtención de tierras la invasión o el “paracaidismo”, una vieja práctica que fue instaurada por Erasto Urbina.⁴¹ Un claro ejemplo de ello, lo relata en una entrevista un antiguo dirigente de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), que manifestó que el 80 por ciento de las tierras en posesión ejidal habían sido logradas por esa organización por la vía de la invasión (Reyes, 1998: 36).

Los conflictos agrarios incentivaron un recrudecimiento de la violencia en varios sectores de la población chiapaneca, pero destacan algunos producidos por las invasiones en la zona de influencia del EZLN, en la Selva, en la zona de los Chimalapas y en la Reserva de la Biosfera Montes Azules. La demanda de muchos campesinos por una porción de tierra era permanente, de manera que tan sólo en 1986 la Secretaría de la Reforma Agraria informó que había 71,000 solicitantes de tierra distribuidos en regiones como Norte, Altos, Soconusco y Selva (Villafuerte, 2006).

³⁸ Véanse los trabajos de Benjamín (1995), Ruz (1992) y Gómez y Ruz (1992).

³⁹ Esta política se trató más de un programa de contención social, pues la compra de tierras a los propietarios y su posterior

⁴⁰ La modificación provocó nuevas formas de incorporación de suelo ejidal al desarrollo urbano legal y ordenado que operaba a nivel nacional.

⁴¹ Sobre este tema véase a García de León (1998).

El crecimiento de la demanda fue constante. En el sexenio de Pablo Salazar (2000-2006) se reconocía que el EZLN mantenía invadidos 275 predios en los municipios de Ocosingo, Las Margaritas y Altamirano. También se indicaba que 669 grupos y organizaciones distintas al EZLN habían solicitado la compra de 71,000 hectáreas, que correspondían a 276 predios invadidos, de los cuales el 22 por ciento ya estaban invadidos (Villafuerte, 2001: 228).

En este sentido, nuestro autor refiere que entre 2001 y 2007 se observaron cambios significativos en la posesión de tierra que fueron reportados en los censos. En el primer censo (2001) se registra la existencia de 291,945 ejidatarios y comuneros, además de 92,282 posesionarios. La superficie censada fue de 3,611,000 hectáreas, por lo que la tierra per cápita alcanzó las 10.6 hectáreas. En 2007 el número de ejidatarios aumentó a 351,933 y la cantidad de posesionarios fue de 148,768. La propiedad censada fue de 4,440,837 hectáreas, siendo la media de superficie por persona de 8.8 hectáreas. Por tanto, el número de ejidatarios y comuneros aumentó casi un 23 por ciento en sólo seis años, mientras que el número de campesinos se incrementó un 30 por ciento (Villafuerte, 2013: 329 y 330)

En el sexenio del gobernador Juan Sabines Guerrero (2006-2012) los conflictos continuaron en diversas zonas. Datos oficiales de la Secretaría de Reparto Agrario (2010) señalaban que el Gobierno federal había invertido más de 840 millones de pesos para resolver conflictos agrarios en Chiapas, destinados a atender y resolver 16 conflictos agrarios prioritarios en la entidad. Queda claro que esta Secretaría sigue recibiendo solicitudes de tierra por parte de numerosos campesinos de Chiapas y sus hijos.

En suma, y con base en Villafuerte y García, podemos afirmar que el problema de la tierra en Chiapas tiene un carácter estructural, ya que sexenio tras sexenio los llamados “viejos problemas” son invocados por las nuevas generaciones de campesinos, que siguen sin tierra y seguirán heredando problemas similares mientras la respuesta gubernamental siga otorgando paliativos a algunos sectores a cambio de favores políticos y no manifieste disponibilidad para mejorar la situación en el campo chiapaneco. Como bien afirma Villafuerte:

El problema de la tierra no tiene solución en sí mismo; es decir, la solución de los problemas del campo está relacionada con un nuevo proyecto de desarrollo; para eso se necesita ir más allá de las medidas puestas en práctica por los gobiernos anteriores; no se puede continuar haciendo obras con un sentido político, sin articularlo con un proyecto de desarrollo de largo aliento (2007: 231).

En medio de la compleja problemática de Chiapas se ha ubicado el modelo que actualmente prima a nivel mundial y que ha desestructurado las economías nacionales, como bien dicen González Montes y Salles (1995). Se trata de la adopción del modelo neoliberal, que supuso una reestructuración histórica de la política agropecuaria del Estado mexicano y condujo a la retirada del Estado como interlocutor, gestor y proveedor de recursos y servicios a los productores agrícolas.⁴²

Hasta aquí he presentado algunos factores estructurales que han incidido en la migración chiapaneca, como las crisis en el campo —falta de tierra, retiro de los subsidios, la llamada reconversión productiva, falta de empleo, precarización laboral, baja dinámica económica, etcétera—. En el siguiente apartado describiré los principales movimientos al interior del estado, es decir, la migración interna, donde prevalece la constante movilización de la población chiapaneca que se traslada en busca de empleo o de tierras para cosechar, y también debido a conflictos políticos o religiosos, que en la región son fundamentales.

3. Del campo a la ciudad: la migración interna en Chiapas

“Todos somos migrantes desde hace mucho acá, en Chiapas” es una aseveración de un joven chiapaneco que nos detalló la problemática de su movilidad y la de su familia. El migrar a otros espacios es una constante en la población chiapaneca como lo ha sido para la humanidad entera. Sin embargo, algo paradójico en Chiapas es que desde el siglo xvi algunas de sus ciudades —Chiapa de Corzo,⁴³ Comitán⁴⁴ y San Cristóbal de Las Casas,⁴⁵ entre otras— se han convertido en polos de atracción aunque no de forma duradera ni permanente, ya que es recurrente que

⁴² Esto también se logró evidenciar en Chiapas pues, como nos dicen Villafuerte y García: “La reducción de los subsidios generalizados en el campo y el cambio de subsidios indirectos a directos, sobre todo en materia de granos básicos, llevó a una recomposición de las áreas productivas maiceras, provocando una disminución progresiva en los rendimientos por unidad de superficie” (2006, 105).

⁴³ Conocida como “Chiapan”, lugar que por sus condiciones geográficas fue un centro importante por su ubicación sobre el río Grijalva. En Chiapan se desarrolló producción agrícola y comercio. Sin duda, esta ciudad fue un centro económico importante de Chiapas y atrajo a muchos habitantes de otras zonas, además de mano de obra indígena que se empleaba en la construcción de las casas de los españoles y de iglesias como las de Santo Domingo y San Sebastián. Sin embargo, por epidemias y otras catástrofes poco a poco disminuyó su población, entre otros factores por la migración a otros espacios. Además de los problemas de violencia en la década de la Revolución, el traslado de la capital a Tuxtla Gutiérrez comenzó a inhibir su crecimiento (Viqueira, 2008: 70).

⁴⁴ Un importante núcleo económico y de gran concentración de población chiapaneca y de otros lugares fue Comitán. En el siglo XVIII la economía de este lugar tuvo un gran auge pues sus haciendas, a través del ganado, el maíz y el azúcar, incentivaron el desarrollo del lugar (Ruz, 1992; Lenkersdorf, 1989; Viqueira, 2008). Esta vocación productiva en esos años atrajo a más españoles y también a indígenas tojolabales que poco a poco fueron siendo despojados de sus tierras y quedaron como peones acasillados en las fincas de la región. Viqueira refiere que en 1838 Comitán se había convertido en el municipio más poblado de Chiapas, posición que mantuvo hasta 1900 (2008: 73). Algunos autores refieren que las haciendas no pudieron mantener una economía próspera y no hubo una industria que la incentivara. Posteriormente, con la Revolución y la reforma agraria las fincas fueron desmanteladas, por lo que lo producido sólo estaba destinado a la economía local y de subsistencia.

⁴⁵ San Cristóbal de Las Casas, fundada el 31 de marzo de 1528, ubicada en la región Altos de Chiapas, en un valle de montaña a 2100 metros sobre el nivel del mar, fue otro núcleo importante para los poblados de sus alrededores. La ciudad atrajo a muchos españoles, además de mexicas, tlaxcaltecas y guatemaltecos, los “indios amigos”, como Jan de Vos los describe en su libro *San Cristóbal, ciudad colonial*. Estos grupos de indígenas acompañaron a los españoles para someter a los sublevados de esta antigua zona a cambio de terrenos en la periferia de la ciudad (1986) y, por ello, consideraban que debían ser tratados como vecinos y no como sirvientes, puesto que habían llegado en calidad de conquistadores a invitación de los españoles. La ciudad fue creciendo y mantuvo su auge económico derivado de la recaudación de impuestos a los indígenas asentados en sus alrededores. Como algunos autores refieren, se fomentaba una “economía parasitaria” (Blasco, 2001). Es decir, la economía regional, según Villafuerte y colaboradores (1999), en subregiones como San Cristóbal se basaba en verdaderas “fabricas” de peones asalariados. Para mantener a un número amplio de jornaleros en forma constante y segura creaban mecanismos como el “sistema de enganche”, el acasillamiento y las tiendas de raya, que hasta entrados los años setenta del siglo pasado todavía constituían una realidad en algunas regiones, como la región Norte y Tapachula. Esta economía estuvo mucho tiempo controlada por españoles y mestizos de San Cristóbal. Por ejemplo, Viqueira afirma: “Después de varias escaramuzas políticas para romper el monopolio de San Cristóbal sobre los indígenas de Los Altos, los cafeticultores del Soconusco tuvieron que ceder y aceptaron contratar a sus trabajadores estacionales valiéndose de los enganchadores de la ciudad” (2008: 81). Terminado este control del monopolio y tras perder la categoría de capital de Chiapas en 1892, la ciudad tuvo una fuerte recesión económica y su población fue disminuyendo porque no existían más actividades que sostuviera la economía regional.

fracasen en repetidas ocasiones por los modelos de desarrollo establecidos. Respecto a ello, Juan Pedro Viqueira dice: “Así, cada apuesta económica ha supuesto una nueva articulación entre las diferentes regiones de Chiapas y el predominio y la posterior decadencia —más o menos profunda— de un centro urbano distinto” (2008: 60).

Tapachula es un ejemplo notable de lo referido anteriormente. La ciudad, llamada Perla del Soconusco, fue una de las zonas que, con la penetración de capital nacional y extranjero en el siglo xix, tuvo un gran auge económico.⁴⁶ El gran proyecto que inició en ese contexto era liderado por capitales norteamericanos, alemanes y japoneses, entre otros. Con el llamado *boom* cafetalero y de otros productos agrícolas la mano de obra local era insuficiente, por lo que se incrementó la movilidad de la población alteña de Chiapas y de la región de Comitán hacia el Soconusco. Muchos campesinos indígenas tseltales y tsotsiles se dirigían a dicha región debido a que en las fincas la mano de obra en temporada de cosecha era escasa. Esos desplazamientos llegaron a ser muy importantes. Por ejemplo, a mediados de la década de los veinte del siglo pasado se dirigían año tras año al Soconusco para la recolección del café alrededor de 20,000 indígenas de Los Altos (Rus en Jáuregui y Ávila, 1995: 73).

Otro dato que refleja la importante producción de café en aquella región fue la superficie sembrada. Se estima que entre 1908 y 1946 esta superficie en la región de Tapachula se incrementó en casi un 300 por ciento al pasar de 7,000 a 27,000 hectáreas, obteniéndose en el último año una producción de 167,000 quintales (Villafuerte *et al.*, 1999: 20).⁴⁷

El Soconusco fue un espacio en el que se desarrolló una dinámica de movilidad importante, pues la vida económica de las fincas logró propiciar grandes cambios. Un dato relevante es el que proporciona Viqueira: en 1880 la población del Soconusco sólo representaba un 7.2% del total de Chiapas, porcentaje que para 1940 se incrementó al 18.2% (2008: 87). El mismo autor dice que entre 1910 y 1930, el porcentaje de habitantes del Soconusco que vivían en ranchos y haciendas se mantuvo entre el 43% y el 46%, una cifra bastante elevada (Viqueira, 2008: 89). Además del café existieron otros productos que potenciaban la zona, como el hule, que fue importante hacia 1910, año en que el estado de Chiapas, junto con Tabasco, concentraba el 50 por ciento de las plantaciones de hule en el país (Viqueira, 2008: 20).

Ante la constante baja de los precios del hule y la presencia de otros países productores de este material, se comenzó a generar un proceso de sustitución de

⁴⁶ En 1874 el Gobierno de Porfirio Díaz incentivó la migración de capital extranjero y dotó a quienes aportaban este capital de tierras aptas para cosechar. Entre 1900 a 1950 se consolidó una agricultura típica de plantaciones orientada básicamente al mercado mundial. Esta agricultura, que se localiza en la región de Tapachula, se estructuró a partir de tres productos: café, hule y plátano (Villafuerte *et al.*, 1999: 20).

⁴⁷ Villafuerte refiere que las fincas alemanas eran la que más poseían tierras hacia 1969, por ende, eran las que más producían —más de 100,000 quintales—.

hulares por plantaciones bananeras⁴⁸ a finales de la década de 1920.

La crisis agrícola en esa región comenzó a gestarse poco a poco y las plantaciones bananeras y de algodón comenzaron a decaer a mediados de 1950. Las plagas endémicas y otros factores terminaron eliminando del mercado el cultivo del algodón, mientras que las plantaciones bananeras continuaron, aunque en menor medida, ya que otros países comenzaron a producir y los precios decayeron en el mercado internacional. Posteriormente, con la llamada crisis del café muchas fincas quebraron a principios de la década de 1990

A nivel demográfico también comenzaron a registrarse cambios importantes ya que, tras el derrumbe de muchas fincas y la caída de los precios de los principales productos cosechados en la zona, se frenaron los desplazamientos de la población alteña y de otros campesinos hacia la región. En 1980 prácticamente se había reemplazado la mano de obra de Los Altos por fuerza de trabajo guatemalteca, que llegaba a la zona de Tapachula en busca de empleo y huyendo de la violencia y la pobreza en sus lugares de origen. Sin embargo, el crecimiento demográfico disminuyó notablemente en Tapachula en comparación con Tuxtla Gutiérrez, que adquirió un ritmo de crecimiento vertiginoso (Viqueira, 2008: 90).

Algo similar ocurrió en las fincas cafetaleras y ganaderas de la zona del Grijalva y Cuxtepeques,⁴⁹ en la Sierra Madre de Chiapas, aunque en menor medida. Allí, la mayoría de los campesinos que se empleaba era de la región Frailesca, del Centro y algunos de Los Altos.

El Gobierno federal de Díaz Ordaz utilizó como válvula de salida la dotación de tierras a las familias que se asentaron en la selva chiapaneca, proceso denominado por algunos estudiosos como “la colonización de la Selva Lacandona”. Xóchitl Leyva y Gabriel Ascencio señalan que la selva fue poblada por habitantes de otras partes del estado e incluso del país: “A Palenque llegaron choles y tseltales del norte. A Ocosingo vinieron algunos tsotsiles de Los Altos de Chiapas, zoques de los Valles Centrales y choles y tseltales del norte. A Las Margaritas se desplazaron tsotsiles y tseltales de Los Altos y los propios tojolabales del municipio” (1996: 51). Julián Rebón refiere que “en 1970 había en la zona entre 40,000 y 100,000 migrantes, en la actualidad cuenta con cerca de 150,000 habitantes habiendo concluido la migración por la falta de tierra” (1995: 25).

La dinámica poblacional en el estado ha sido de constantes movimientos internos desde hace unos siglos. Sin embargo, se incrementó a partir de 1970 a causa de la crisis del campo, por lo que los campesinos se marchan en busca de mejores condiciones para lograr su bienestar y el de sus familias; a la crisis económica se añade la conflictividad religiosa y la derivada de la actividad de los partidos políticos.

⁴⁹ Sobre este tema, ver Antonio García de León (1985).

⁴⁸ La producción y comercialización de este producto no escapó de las manos del capital extranjero. Destacan en orden cronológico la Winberg Banana Co., la United Fruit Co., la Southern Banana y la United Brands, empresas que, a través de una relación de contrato, dominaban la producción y comercialización del banano (Villafuerte et al., 1999: 21).

En 1970 la agricultura en la depresión central de Chiapas alcanzó un importante desarrollo en cuanto a productividad, a tal escala que se llegó a conocer como el “granero del sureste”. La ciudad de Tuxtla Gutiérrez, por tanto, comenzó a ofrecer insumos para el campo, herramientas y maquinaria agrícola, así como electrodomésticos para los propietarios de ranchos de los alrededores (Viqueira, 2008).

En este sentido, Villafuerte y colaboradores refieren que para 1970 se comenzó a perfilar el sistema de ciudades, pasando a ser la más importante Tuxtla Gutiérrez, con 66,051 habitantes, aunque sin diferir sustancialmente de Tapachula, que contaba con una población de 60,620 habitantes. Las tasas de crecimiento de estas dos ciudades son del 5.1 y del 4 por ciento respectivamente. Por su parte, San Cristóbal no alcanza ni la mitad de habitantes de cualquiera de ellas, además de que comenzaron a crecer también otras pequeñas localidades alrededor de Tuxtla (Villafuerte et al., 1999: 27).

Numerosos campesinos, en su mayoría alteños, empezaron a laborar en algunos ranchos, pero también en las obras de infraestructura emprendidas por el Estado. La explotación petrolera en el municipio de Reforma, al norte del estado, fue uno de los paliativos que se generaron para aprovechar dicha mano de obra, junto con la construcción de presas hidroeléctricas como la de la Angostura en 1969, que concluyó a mediados de la década de los setenta, y posteriormente la de Chicoasén, que inició en 1974 y concluyó a principios de la década de los ochenta. En este sentido, Viqueira afirma: “Los campamentos de Chicoasén albergaron hasta 5,000 trabajadores y durante el periodo de mayor actividad en esa presa llegaron a trabajar en ella 18,000 personas” (2009: 104). Con las obras de la hidroeléctrica más grandes de América Latina en esos años, hacia 1980 Tuxtla se perfilaba como una ciudad importante sobrepasando los 100,000 habitantes, mientras Tapachula quedaba en segundo lugar (Villafuerte et al., 1999).

La edificación de las presas significó la movilidad de amplios sectores de la población de Los Altos, indígenas Tsotsiles y Tseltales en su mayoría; sin embargo, también propició la migración forzada de los habitantes de las tierras donde se construyeron estas obras. La industria de la construcción siguió en otras zonas por la edificación de nuevas infraestructuras urbanas, y con ello se incrementó la demanda de mano de obra.⁵⁰ Así, inició la ampliación de colonias y edificios en Tuxtla Gutiérrez pero, al terminar esas construcciones, nuevamente los campesinos siguieron sin empleo.⁵¹

⁵⁰ Un dato importante es el que refieren Jan Rus y George Collier (2002): hacia 1980 se habían creado 17,000 nuevos empleos en la industria de la construcción formal en Chiapas.

⁵¹ El panorama continuaba siendo desolador para muchos de ellos, pues habrá que recordar que en Chiapas el reparto agrario no destruyó el latifundio en los setenta y siempre fue inestable, tanto que no terminó. Aunado a lo anterior, existen otros factores como el crecimiento de la población y una agricultura con bajos índices de productividad y poco tecnificada. Por tanto, y de acuerdo con Antonio García de León: “La historia particular del siglo XX significó para Chiapas no solamente un destino rural, sino también una dinámica conflictiva de atrasos contrapuestos, acomodados en capas discontinuas, lo que hoy se llama ‘problema de la tierra’” (2002: 41).

⁵² Su extensión territorial es de 82.00 kilómetros cuadrados, que representa el 2.17 por ciento de la superficie de la región Altos. De acuerdo con los resultados que presentó el II Censo de Población y Vivienda en 2005, el municipio contaba con 55,852 habitantes. El índice de marginación en el municipio se consideraba muy alto, según datos de CONAPO.

Durante la década de los setenta también se agudizaron los problemas políticos y religiosos en algunos municipios de la zona Altos debido al creciente clima de desigualdad social y económica que se generó en el estado. Fue la época en la que se registraron las primeras expulsiones masivas de indígenas de San Juan Chamula⁵² a la ciudad de San Cristóbal,⁵³ particularmente en los años 1974 y 1976.

En resumen, las décadas de 1970 y 1980 registraron migración interna de grupos indígenas a la ciudad y a raíz de estas movilizaciones comenzaron a manifestarse numerosos cambios en la geografía del estado. Según Palacios Gamaz (2009) “aproximadamente 35 mil indígenas salieron de sus comunidades y se asentaron en la periferia de la ciudad, principalmente, provenientes de San Juan Chamula. Tal como menciona Betancourt estos grupos iniciaron el crecimiento de asentamientos indígenas tanto rurales como del tipo ‘marginal-urbano’” (Palacios, 1997: 31), además de innovar las estructuras económicas, sociodemográficas y culturales de la ciudad (Rus y Vigil, 2002: 6).

Los años setenta y ochenta son importantes en cuanto al éxodo de grupos indígenas derivado de las expulsiones de algunas comunidades de Los Altos. El lugar predilecto de estos grupos para asentarse fue la periferia de San Cristóbal, ciudad que constituía el centro económico, político y religioso de la región. La presencia de estos nuevos asentamientos impactó en todos los ámbitos de la vida social tanto de los que llegaron, como de la población originaria del lugar. En este sentido, el campo y la ciudad⁵⁴ deben pensarse como espacios que se conectan en relaciones económicas, sociales y políticas, entre otras.

Las ciudades del sureste mexicano, como las de Chiapas, han crecido en parte por la inmigración constante de población rural que ha reconstruido su vida en las periferias de los centros urbanos. En este sentido, muchas poblaciones rurales han sido absorbidas por el crecimiento urbano sin haber sido integradas del todo a las actividades económicas y políticas de la ciudad ni a las dinámicas o a la organización social. Lo anterior lo demuestran hechos como que, al asentarse en la ciudad, reproducen las formas de organización y vida social de sus lugares de origen, de manera que los pocos intentos por integrarlos resultan aún más complejos e incluso contribuyen a una mayor exclusión.⁵⁵ Hubert C. de Grammont refiere que los especialistas en áreas rurales y urbanas han utilizado y creado una multiplicidad de conceptos para denominar y analizar este fenómeno: desagrarización, pluriactividad, rurbanización, periurbanización, conurbación, suburbanización, urbanización periférica, urbanización regional, yuxtaposición urbano-rural, urbanización difusa o espacios intermedios, entre otros (2010: 2). Es decir, y de acuerdo con

⁵³ Ver los trabajos de Robledo (1997), Morquecho (1992), Angulo (1994), Calvo (1991), Betancourt (1997), Pérez Martínez (2005) y Paniagua (2001).

⁵⁴ Sara Lara y Carton de Grammont afirman: “La relación campo-ciudad es ahora mucho más compleja que la vieja relación dicotómica, caracterizada por el intercambio desigual y la migración de los pobres del campo hacia las ciudades para conformar un ejército industrial de reserva” (2004: 279).

⁵⁵ Jan Rus y George Collier (2002) mencionan que de 1980 a 1988 la población urbana de Chiapas aumentó de 700,000 a 950,000 habitantes.

este autor, la variedad de conceptos refleja un esfuerzo por denominar el fenómeno urbano-rural, aunque habrá que profundizar en las condiciones históricas y espaciales para analizar estos dos ámbitos en cualquier región o contexto situado. En este mismo sentido, y para el caso de Chiapas, Escalona menciona:

Se podría decir, incluso, que la propia estructuración de relaciones urbano-rurales se ha modificado en las últimas tres décadas en Chiapas, con el crecimiento de la población “indígena” inmigrada a las ciudades (antes espacios identificados fundamentalmente como “ladinos”), acompañado del crecimiento de los servicios y la educación, además de la llamada “economía informal” en esas ciudades (Escalona, 2001: 61).

Por tanto, muchas ciudades de Chiapas se han convertido en un punto de encuentro y de contacto entre la población indígena mayoritariamente desplazada y las personas oriundas del lugar, que no necesariamente son indígenas o del mismo grupo étnico.⁵⁶

Otro factor por el cual se registraron importantes movimientos poblacionales en la geografía chiapaneca fue el movimiento social y político del 1 de enero de 1994 protagonizado por el EZLN. El levantamiento armado de este grupo provocó que ciudades como San Cristóbal de Las Casas en Los Altos, Ocosingo en la región Selva, y Comitán y Las Margaritas, ambas ubicadas en la región Fronteriza de Chiapas, crecieran rápidamente por los intensos flujos migratorios hacia estos núcleos urbanos.

Según Cruz y Robledo (2001a), las ciudades de Comitán y Las Margaritas se convirtieron en receptoras de la población indígena que fue desplazada a partir de 1994. Presumiblemente, su población se incrementó hasta en un 40 por ciento a raíz del levantamiento zapatista.

Las ciudades mencionadas anteriormente, que eran consideradas pequeñas, experimentaron cambios importantes en la estructura de sus núcleos urbanos. Éstos iniciaron con la migración de campesinos indígenas hacia las principales ciudades de Chiapas a raíz del movimiento zapatista, pero también acudieron convocadas por políticas gubernamentales o por movimientos espontáneos en atención a las necesidades de tierra o trabajo, así como a causa de conflictos políticos.

La migración interna de chiapanecos, es decir, la experimentada dentro de las fronteras estatales, data de varios siglos atrás porque en diferentes momentos y por diversas causas se han registrado desplazamientos de población entre regiones y municipios de la geografía chiapaneca. Varias ciudades fueron importantes

⁵⁶ Un ejemplo de ello es el que se registra en los sesenta en la población indígena de San Cristóbal de Las Casas, la cual fue identificada como proveedora de productos hortícolas así como de mano de obra empleada como mozos en viviendas mestizas. Angulo (1994) refiere que, aún después de la primera mitad del siglo XX, las características de las relaciones sociales y económicas establecidas entre la población originalmente citadina y la indígena creaban una barrera que limitaba a estos últimos a radicar en la ciudad, con excepción de aquéllos que prestaban servicios domésticos.

centros económicos para mucha población que se asentaba temporalmente en ellas para trabajar. Sin embargo, como se ha descrito brevemente, también se registró movilidad de población para buscar tierras en áreas entonces poco pobladas, como la Selva Lacandona, y también motivados por problemas políticos y religiosos. Respecto a ello, García, Basail y Villafuerte afirman:

La migración interna en Chiapas ha estado relacionada con la demanda de mano de obra del mercado laboral (por ejemplo en las zafras cafetaleras o azucareras), la construcción de infraestructura carretera u otro tipo, los procesos de colonización y poblamiento de la selva, así como los conflictos religiosos, agrícolas y políticos, incluso armados (2007: 148).

En suma, la migración interna en Chiapas se produjo de regiones altamente pobladas a regiones con baja densidad demográfica, convocada por políticas gubernamentales o por movimientos espontáneos en atención a las necesidades de tierra o trabajo. Es decir, algunas ciudades de Chiapas se convirtieron en centros rectores de numerosas localidades indígenas ubicadas en las montañas circundantes, pero también de muchos habitantes que llegaron a habitarlas, lo cual provocó una “urbanización tardía”, como afirma Viqueira (2008). Sin embargo, también se presentaron desplazamientos forzados por conflictos políticos y religiosos que provocaron importantes movilizaciones. En el siguiente apartado describiré los principales desplazamientos interestatales de chiapanecos hacia las ciudades del centro y norte del país.

4. Dinámica de la migración interestatal

El mundo rural en la geografía chiapaneca es complicado y además de se caracteriza por el empobrecimiento. A nivel municipal, de los 122 municipios que conforman el estado muchos de ellos se encuentran en un grado alto de marginación, 39 en grado medio, 15 en muy alto, ocho en bajo y sólo uno en muy bajo (CONEVAL, 2010).

Otro dato relevante que corrobora esta problemática es que, a pesar de las cifras difundidas por algunos medios de comunicación oficiales, y también privados, que ponen énfasis en que Chiapas tiene una tasa baja de desempleo —con relación al promedio nacional: 2.21 por ciento frente a 4.85 en el mes de septiembre de 2013—, lo cierto es que, tal y como Villafuerte refiere, no se menciona que el principal problema es la subocupación, el empleo informal y la falta de remuneración a un sector importante de la población ocupada, indicadores que se relacionan con la débil estructura económica que se arrastra desde muchos años atrás (Villafuerte, 2011: 15).

⁵⁷ Esto no sólo ha sido un problema endémico de Chiapas pues hay que señalar que el problema del campo mexicano es de vieja data. Asimismo, Carton de Grammont (2008) refiere que en 1992 el 65 por ciento de los hogares rurales eran campesinos, es decir, las actividades agropecuarias eran el eje de su economía. Sin embargo la proporción para 2004 había descendido hasta en un 31 por ciento, es decir que más de la mitad de los hogares rurales —69 por ciento— ya no eran campesinos. Nuestro autor también indica que a mediados de la década de 1980 la agricultura representaba la mitad del ingreso de las familias campesinas, proporción que en 2004 sufrió una disminución a menos de una tercera parte.

Lo que se puede vislumbrar desde hace algunos años en Chiapas es la llamada creciente precarización laboral, resultado de, por una parte, la crisis del campo y el consecuente desplazamiento de la población hacia zonas urbanas y, por otra parte, de la permanencia de una estructura económica que genera un mercado laboral reducido y precario (Villafuerte, 2011: 15).⁵⁷

Ahora bien, en el caso de Chiapas una de las expresiones de la pobreza estructural ha sido desde los años setenta la multiplicación de los conflictos agrarios, y aunque el reparto agrario continuó incluso a un ritmo más elevado que en las décadas anteriores, el número de campesinos sin tierras siguió creciendo inexorablemente (Villafuerte et al., 2002; Viqueira, 2008). El anuncio del fin de la reforma agraria en 1992, resultado de la reforma del artículo 27 de la Constitución, terminó con las esperanzas de decenas de miles de campesinos que habían luchado por acceder a un pedazo de tierra. La crisis agrícola, particularmente la crisis en los precios internacionales del café y de granos básicos como el maíz, terminó arruinando a muchos productores campesinos e indígenas, a lo que se sumó la precariedad del sector secundario, incapaz de generar empleos en las ciudades (Viqueira, 2008; Villafuerte y García, 2006, 2007 y 2009).

Frente a este panorama desolador, parte de la población rural se vio en la necesidad de dirigir sus capacidades físicas e intelectuales a otras actividades económicas. Es decir, los salarios han sustituido a la agricultura como fuente principal de ingresos en los hogares del campo (Burstein, 2007); por tanto, la pluriactividad laboral y la multiplicidad de ingresos caracterizan a todas las sociedades rurales en México (Arias, 2009).

Este contexto explica la migración de chiapanecos a otras entidades del país y a Estados Unidos. Se trata de una migración laboral con propósitos específicos de subsistencia para contrarrestar la pobreza, la exclusión social y la marginación como elementos constitutivos de la migración interestatal. En los estados del sur —Campeche, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Quintana Roo, Tabasco y Yucatán—, según refieren algunos autores, la migración parece haber sido la principal respuesta a la crisis de las producciones agrícolas y forestales tradicionales —café, chicle, henequén, madera—, a la degradación de los niveles de vida y al deterioro del consumo de la población rural (Castellanos y Paris, 2002, Córdova Plaza, 2002; Viqueira, 2008; Villafuerte y García, 2006, 2007 y 2009).

La migración interestatal, también llamada interna, ha experimentado una importante transformación tanto en su nivel como en la dirección de sus flujos. Si bien es cierto que el llamado esquema económico mundial ha propiciado cambios tanto en la geografía mexicana como en otros países, también lo es la ausencia de voluntad política del Estado para dinamizar el campo.

Asimismo, para la movilización de grandes contingentes de población en México han sido importantes las actividades industriales, que se localizan más en ciudades

intermedias que en las grandes metrópolis, como ocurría antes. Por otro lado, el sector manufacturero ha pasado paulatinamente a estar integrado por establecimientos maquiladores, con lo cual ahora sólo se lleva a cabo parte del proceso de producción global en nuestro país, cuando antaño la mayoría de las fases de fabricación tenía lugar dentro del territorio nacional (Partida, 2010: 327).

En el caso de Chiapas, la migración interestatal registra en los últimos años una mayor diversidad de lugares de destino. De acuerdo con Rodrigo Pimienta y Marta Vera (2005), en su estudio basado en las encuestas del INEGI reportan que en 1970 residían fuera de la entidad chiapaneca 90,578 personas. Las entidades receptoras más importantes eran el Distrito Federal y el Estado de México, siguiéndole en importancia los estados vecinos de Tabasco, Veracruz, Puebla y Oaxaca.

En un principio la diversificación de los flujos migratorios interestatales era inequitativa, pues entre las 32 entidades federativas algunos estados captaban más migrantes que otros. El Distrito Federal y el Estado de México fueron en 1965-1970 los lugares de llegada de mayor número de población de 19 de los 32 estados, flujo que poco a poco disminuyó hasta el año 2005 (Partida, 2010).

En la década de los noventa aparecen nuevas entidades receptoras, como Quintana Roo y Jalisco, en el primer estado debido principalmente al acelerado desarrollo turístico. Patricia Arias señala que:

[...] en 1995, por ejemplo, aunque la mayor parte de indígenas [que migraban] a Cancún eran mayas de la península, le seguían en orden de importancia de acuerdo a la lengua que hablaban, los zapotecas, nahuas y tzotziles. Castellanos y Paris Pombo refieren que en el mismo lugar se concentraba más del 70 por ciento de los habitantes del norte de Quintana Roo, mientras que sólo 10.2 por ciento reside en el medio rural (Arias, 2009: 137).

Datos más recientes señalan que, debido a la atracción laboral generada por la oferta turística e inmobiliaria de la zona, se ha reportado un crecimiento acelerado en los últimos decenios, pero también se han exacerbado las desigualdades. De acuerdo con estimaciones del Instituto Municipal de Planeación de Benito Juárez de Cancún, en 2011 tan sólo en esta ciudad residían más de 860,000 habitantes, casi 250,000 más de los reportados por el INEGI en el censo de 2010. La tasa de crecimiento en la zona norte de Quintana Roo es considerada como de las más altas de América Latina, dado que incluso llega a registros anuales por encima del 25 por ciento (Vanegas, 2011: 19-20).

En cuanto a los chiapanecos, se considera que realizan una migración pendular. En las migraciones interestatales, los llamados movimientos pendulares son de carácter temporal y generalmente no implican un cambio de residencia. En este sentido, la autora comenta que los estados que más aportan migrantes pendulares a Cancún son Chiapas, Yucatán y Tabasco, siendo lenta su inserción y con alto nivel de desarraigo. Las condiciones de vida son precarias y el nivel socioeconómico del migrante es bajo, además de que hay interés por crear la plataforma de ajuste (Vanegas, 2011: 20).

En el trabajo de campo se observó que la mayoría de los chiapanecos se inserta en actividades relacionadas con la construcción o remodelación de inmuebles en la zona hotelera, y se les identifica con el sobrenombre de “chiapitas”, como afirmó un entrevistado: “chaparritos pero corpulentos para el trabajo pesado”. Tal sobrenombre está cargado de una connotación peyorativa y discriminatoria por ser indígenas. En el caso de algunas mujeres, nos comentaban que la mayoría son contratadas como empleadas domésticas y en labores de limpieza en la zona hotelera, así como para la venta de artesanías, mientras que muchos niños se emplean como “chicleritos” en Cancún, Chetumal o Isla Mujeres, entre otros puntos de la zona.

En el caso de Jalisco, la expansión de la agroindustria tequilera y el posterior *boom* internacional del tequila durante la década de los noventa del siglo pasado provocaron que la actividad agrícola diera un vuelco considerable. La sobreproducción de agave y el posterior incremento de fábricas productoras de la conocida bebida espirituosa generaron una importante transformación industrial y económica en varios municipios de la región (Hernández, 2010). A raíz de este proceso, el mercado laboral sufrió alteraciones, de manera que para cubrir la demanda local y regional de mano de obra algunos de los empresarios tequileros llevaron a decenas de jornaleros desde el sureste mexicano a finales de la década de los noventa.

Los primeros migrantes en llegar a la región de destino provenían en su mayoría de Palenque. Con el paso del tiempo y el establecimiento de redes de migración, comenzaron a llegar personas provenientes de Ocosingo, San Cristóbal de Las Casas, Las Margaritas, Tuxtla Gutiérrez y Tapachula, así como comunidades y municipios aledaños, las cuales, con el paso de los años, han llegado a tener una presencia destacable en esta región del país (Hernández, 2010).

Un destino más ha sido la ciudad fronteriza de Tijuana. En el trabajo de campo realizado en aquella ciudad fue común encontrar a chiapanecos que trabajaban en la industria de la maquila o en la venta de chicles en la famosa avenida Revolución y calles aledañas. En este sentido, Rentería y colaboradores refieren que desde

[...] los años sesenta, la industria maquiladora ha repercutido en el desarrollo socioeconómico de la ciudad fronteriza de Tijuana, que contaba con 568 plantas, donde laboraron más de 162,000 trabajadores, muchos de ellos originarios de los estados de Sinaloa, Sonora, Jalisco, Nayarit y Michoacán. No obstante, en fechas recientes se ha modificado el patrón de migración siendo originarios de los estados de Veracruz, Oaxaca y Chiapas los que han llegado a la ciudad. En el caso del último, más de 12,000 chiapanecos se asentaron en Tijuana entre 2000 y 2005 (Rentería et al., 2009: 10).

Un sector más que recibió a miles de jornaleros fue el de la agricultura empresarial, ubicado principalmente en el occidente y noroeste del país. La demanda de sus productos en el mercado internacional propició un incremento de la demanda de mano de obra barata, de modo que llegaron campesinos del sureste del país que no contaban con tierras o no tenían apoyo gubernamental para trabajar sus parcelas.

En el año 2000 las entidades del norte figuran como lugar de destino de muchos chiapanecos: 20,214 se desplazaron al estado de Baja California y cerca de 20,500 lo hicieron a Tamaulipas, Chihuahua, Sonora, Sinaloa y Coahuila.⁵⁸

De acuerdo con la información del censo de población de 2000, se sabe que la mayor parte del flujo se compone de jornaleros agrícolas que se asientan en los campos de alta rentabilidad del noroeste del país.⁵⁹ En efecto, el 76 por ciento de la población económicamente activa del centro norte —que cinco años antes residía en el sureste— se desempeñaba como jornalero agrícola en 2000 (Partida, 2010: 340).

Por otra parte, Carton de Grammont y Lara (2005) refieren que los jornaleros han expandido sus lugares de destino hacia algunas zonas del norte y con ello ha aumentado el trabajo a largo plazo y el flujo. El jornalero lo practican campesinos jóvenes, la mayoría de ellos sin tierra, sin dejar de residir en sus lugares de origen pero con una gran movilidad social (Arias, 2009: 26).⁶⁰

Cabe señalar que la mayor parte de la población migrante, tal como mencionan Pimienta y Vera, se encuentra en edades productivas. En el año 2000, la proporción de migrantes internos tenía entre 15 y 49 años. Asimismo, en Chiapas la proporción de migrantes internos varones era del 48.5 por ciento y la de las mujeres alcanzó el 51.5 por ciento (2005: 27);⁶¹ es decir, que es posible que estén emigrando parejas jóvenes sin hijos o quizá sólo el jefe o jefa del hogar⁶² como un *modus vivendi* de supervivencia familiar.

Los datos del censo de población de 2010 reportan que Chiapas ocupa uno de los primeros lugares en migración interestatal; el saldo migratorio de este estado se

⁵⁸ Según Arias (2009), los estados del norte del país son los que generan la mayor demanda de jornaleros. Sinaloa y Baja California son importantes productores de jitomate y otras hortalizas. En el caso de Sinaloa, se estima que se concentran alrededor de 150,000 jornaleros y jornaleras durante la cosecha, mientras que en Baja California lo hacen 35,000 (Barrón, 2007).

⁵⁹ En este sentido, Arias afirma: "Las empresas agroindustriales de Sinaloa y Sonora han incrementado su participación y especialización en la producción de hortalizas de exportación y también de granos básicos como el maíz" (2009: 21).

⁶⁰ No obstante, el Estado de México, con 49,990 migrantes chiapanecos, y Quintana Roo, con 31,818, siguieron siendo las entidades más importantes de recepción (García y Olivera, 2006).

⁶¹ García y Olivera (2006) han documentado que en la frontera norte muchas jóvenes solteras de entre 15 y 25 años deciden no sólo prolongar la distancia al lugar de destino, cuando no el arraigo definitivo, sino que también optan por permanecer solteras o casarse después de los 24 años o más, ya no con un miembro de la localidad o del estado, sino con un migrante de otra entidad federativa.

⁶² Sin embargo, no se descarta que en los últimos años se encuentren familias enteras que migran, más en el caso de los jornaleros, entre los que ya es visible el trabajo infantil, que es redituable en términos económicos para la propia familia.

incrementó considerablemente y con ello han aparecido nuevos flujos. Miles de personas se desplazan día tras día de regiones menos desarrolladas hacia las más desarrolladas, por lo que los chiapanecos también han sido partícipes, y de manera importante, de este desarrollo.⁶³

Hasta aquí he presentado un breve esbozo de la migración chiapaneca en el territorio mexicano. En suma, con base en los datos de Pimienta y Vera (2005) y otros autores se puede afirmar que desde los años setenta es visible una tradición migratoria interestatal desde Chiapas, primero hacia los estados del centro y, a partir de los años noventa, hacia la zona turística de Quintana Roo y hacia algunos estados del norte de la República, todo ello generado por un clima de incertidumbre social y económica en el estado y ante la falta de empleo, así como por la escasez de tierras para los campesinos jóvenes, entre otros factores. En el siguiente apartado describiré la incorporación de las oleadas de chiapanecos en la migración internacional, específicamente la dirigida a Estados Unidos.

5. ¡Vámonos para el norte! La migración internacional de los chiapanecos

[...] la gran diferencia entre México y Estados Unidos es que allá hay un poco más de trabajo, por eso muchos se van, porque ven eso, y si van a entrar a trabajar en el campo, sí está bien, pero trabajan ocho horas bien pagadas. Muchos dicen que Estados Unidos está de la patada, que van a sufrir. Sólo se sufre la pasada, la hechura de comida, que lavas tu ropa, para buscar renta, claro. Se pasan necesidades, no digamos que no, tienes que pagar algo por llegar a un país donde dicen que somos extraños [...]. (Benja, migrante margariteño, 2011).

El epígrafe anterior, relato de un migrante chiapaneco, ofrece numerosos significados de las personas insertas en los flujos migratorios internacionales. Así como se internalizan y se aceptan los costos que los migrantes han de llevar a costas día tras día, junto con la discriminación, la violencia y el trabajo constante, también se asume que es mejor estar allá que quedarse en el lugar de origen para seguir padeciendo los infortunios de la vida cotidiana.

En este marco, la frontera entre México y Estados Unidos representa un espacio de encuentro/desencuentro, de diálogo/conflicto, pero también de sueños, pesadillas y realidades para los miles de trashumantes que día a día intentan atravesarla.⁶⁴

⁶³ Sin embargo, en los últimos años también es visible una migración forzada principalmente en las ciudades del norte de país producto de la delincuencia organizada y de los problemas que se han gestado en aquella región. En buena parte muchos residentes de esa zona se convierten en migrantes definitivos en espacios del centro y sureste del país, proceso que decantará en un nuevo tipo de movilización interna en México.

⁶⁴ La migración internacional, y su intensificación en el presente, un fenómeno intrínseco a la globalización y al esquema neoliberal de la economía mundial, presenta nuevas características que lo diferencian del modelo de migración clásica, entre las que destacan la direccionalidad de los flujos de los países del sur a los países del norte; la incorporación de mujeres, niños y jóvenes al circuito migratorio en condiciones de alta vulnerabilidad y riesgo, el control excesivo de las fronteras de los países del norte así como la externalización de éste, hacia los países de tránsito del sur, y, como una consecuencia de la cerrazón de las políticas migratorias para permitir los flujos migratorios, el crecimiento sostenido de una migración internacional de carácter irregular o indocumentada (García y Villafuerte, 2010).

El fenómeno migratorio internacional en el contexto chiapaneco, si bien es considerado reciente por algunos académicos e instituciones federales, ha ido cobrando fuerza en varios municipios del estado en las últimas décadas. Existen algunas evidencias de la presencia de chiapanecos en Estados Unidos desde 1925 reportadas por el Departamento de Trabajo de Estados Unidos (Jáuregui y Ávila, 2007). Villafuerte y García (2012) han encontrado también algunos casos de chiapanecos que han gestionado los beneficios del programa bracero en el municipio de Villa Corzo y otros en la región Frailesca.

En los años setenta y ochenta del siglo pasado también se reportó que algunos chiapanecos cruzaron a Estados Unidos. Rus y Guzmán (1996) referían que en los años setenta se escuchaban historias de jóvenes chamulas que iniciaban el tránsito y cruce a Estados Unidos, y hacia finales de los ochenta y principios de los noventa los mismos autores señalan la presencia de chamulas en la ciudad de California.⁶⁵

Durand y Massey (2003) mencionan que las llamadas nuevas regiones migratorias comenzaron a nutrirse de comunidades rurales, varias de ellas indígenas, de los estados de Chiapas, Hidalgo, Puebla, Tlaxcala y Veracruz, que iniciaron su travesía migratoria después de la Ley de Control y Reforma de la Inmigración (IRCA por sus siglas en inglés), conocida también como Ley Simpson-Rodino, pero en condiciones mucho más desventajosas y peligrosas.

Es decir, la mayor parte de los chiapanecos en Estados Unidos se insertó a los flujos migratorios en la década de los noventa, pero en 2000 se intensificó en todo el estado. Numerosos analistas del tema concuerdan en que este crecimiento está relacionado con ciertos elementos contextuales derivados de motivos políticos, económicos, sociales y naturales en la entidad (Angulo, 2011; Aquino, 2010; Las-tra y Vera, 2005; Rus y Rus, 2008; Jáuregui y Ávila, 2007; Viqueira, 2008; Villafuerte y García, 2006, 2007 y 2009).

En párrafos anteriores he descrito el problema de la tierra como una de las principales causas de migración planteadas por los estudiosos del tema en Chiapas,⁶⁶ además de otros como la caída de los precios del café en los noventa, que también he descrito. A éstos se unirán otros factores, como el levantamiento armado de 1994,⁶⁷ el cual provocó movilización y desplazamiento hacia otros enclaves al in-

⁶⁵ Rus y Rus (2008) refieren que en las regiones Costa y Sierra ocurrieron movimientos masivos de chiapanecos hacia el vecino país del norte.

⁶⁶ La falta de tierra para ofrecer en herencia a los jóvenes campesinos fue una constante en las entrevistas, ya que ello los obligó a tomar la decisión de migrar; para otros fue la falta de interés por trabajar la tierra. En este sentido, comentó un joven: "En mi caso, lo que me obligó a migrar fue que mi papá ya no tenía mucha tierra. Les tocó a mis hermanos casados que tienen sus hijos, pero a mí no me dio porque ya no tenía, no había tierra. Los papás de otros primos tenían tierra, pero no la quisieron trabajar porque no deja ya, por eso se fueron también, y otra cosa que te hace moverte también, en nuestro caso como solteros, es irse a ver otros lugares, otras gentes y salir del pueblo" (entrevista, julio de 2011, Las Margaritas, Chiapas).

⁶⁷ El movimiento armado del EZLN en Chiapas generó algunos conflictos como desplazamientos y enfrentamientos entre campesinos y propietarios rurales y, por ende, numerosas personas tuvieron que huir de sus comunidades de origen, de la selva y las montañas de Chiapas a centros urbanos como Tuxtla Gutiérrez o a las cabeceras municipales de regiones como la Selva, Fronteriza o Altos. Lo resaltado anteriormente tuvo repercusiones negativas en la agricultura y la ganadería.

terior del estado y fuera de él. Los desastres naturales también influyeron, como el huracán Mitch registrado en 1998, que sin duda fue uno de los ciclones tropicales más poderosos y mortales ocurridos en Centroamérica y parte del sureste de México, o el huracán Stan, en octubre de 2005, que provocó graves estragos entre la población chiapaneca. En este sentido, Angulo refiere:

Las corrientes migratorias de estos estados emergentes, incluidas las chiapanecas, están sometidas a exigencias de mayor intensidad en cuanto a condiciones laborales y sociales y controles migratorios en los lugares de destino, lo que ha exigido la aplicación de nuevas prácticas por parte de estos actores, así como también responder con cambios y ajustes en sus estrategias tanto migratorias como de organización en sus familias y comunidades de origen (Angulo, 2011: 1).

Los factores anteriormente referidos ofrecen un panorama de los flujos migratorios de la población chiapaneca hacia estados del norte de México y de manera particular hacia Estados Unidos. Un dato que refleja la importancia de la migración internacional es el proporcionado por Villafuerte y García (2006), quienes afirman que en 2003⁶⁸ Chiapas ocupaba el lugar 12 de las 29 entidades federativas en cuanto a migración, y el lugar 11 en captación de remesas. Además, las remesas tendían al crecimiento, ya que en 2004 Chiapas rebasó a Zacatecas al obtener poco más de 500 millones de dólares.

El peso de las remesas es importante en la economía del estado. Por ejemplo, en el año 2004 representaron aproximadamente el 4.5 por ciento del producto interno bruto de Chiapas, situándose por arriba del promedio nacional, que fue de casi el 2 por ciento (Villafuerte, 2008).

A partir del año 2000 la migración chiapaneca hacía Estados Unidos pasó de ser un tema periférico a ser un referente central en la agenda de las ciencias sociales, lo que se observó claramente en el trabajo de campo, ya que se constató una y otra vez cómo en los miles de hogares chiapanecos varios de sus miembros se insertaban en los flujos migratorios. En este sentido, Jáuregui y Ávila muestran que el número de chiapanecos que fue a Estados Unidos a trabajar creció de manera exponencial entre 2002 y 2003, ya que en noviembre de 2002 el número de emigrantes alcanzó la cifra de 41,945, y de 62,061 en 2003; es decir, el crecimiento fue siete veces más que el registrado en el quinquenio de 1990 a 1995 (2007: 23).

Villafuerte y García afirman que la migración de chiapanecos al norte de México y a Estados Unidos es una realidad que está transformando rápidamente el mundo social de la entidad. Al respecto, analizan la información de las encuestas sobre migración en la frontera norte:

⁶⁸ Villafuerte y García refieren que en 2003 las remesas fueron de 360 millones de dólares, monto que en 2006 se había multiplicado por dos al rebasar los 800 millones de dólares (2009: 8).

[...] la de 1994 revela que 22,777 chiapanecos emprendieron el viaje, de éstos 16,785 lo hicieron a la frontera norte y 5,992 a los Estados Unidos; en 2003 las cifras se multiplicaron por tres, es decir, 69,750 migrantes, a diferencia de 1994, 15,922 viajaron a la frontera norte, y 53,827 a los Estados Unidos (2009: 7).

En cuanto a los cruces fronterizos entre México y Estados Unidos, destacan tres: el primero, Tijuana/San Diego, fue importante en los años noventa para muchos migrantes mexicanos y chiapanecos que buscaban cruzar. Debido a los controles de seguridad en ese cruce surgieron otros, como los de Sasabe/Arizona y Nogales/Arizona, entre otros, que han ido adquiriendo importancia. Un dato relevante en mi trabajo de campo fue constatar que, quienes emigraron siendo jóvenes⁶⁹ en los años noventa, reconocían que la decisión de dejar la comunidad para ir a Estados Unidos fue de ellos, por tanto, afrontaron los riesgos e inseguridades individualmente. Quedarse en algún lugar del norte de México porque no se logró pasar la frontera significó la incorporación forzosa a una pandilla y, con ello, someterse a sus reglas y códigos. Quienes emigraron en la primera década del siglo XXI reconocieron casi lo mismo, con la salvedad de que en esta época la partida inicial es grupal, “hasta con coyote”, comentan; también, el hecho de que algunos “paisanos” ya vivan en las ciudades fronterizas hace menos traumático el desembarco. Además, quienes tuvieron que quedarse en alguna ciudad del norte del país encontraron opciones laborales, aunque con salarios muy bajos y sin derechos, o con derechos mínimos, en las condiciones de trabajo. Asimismo, ahora socializan más sobre los avatares de las travesías al norte del país, y de éste a “los Estados”.

La movilidad laboral de los chiapanecos es alta porque van de un empleo a otro. Si bien muchos se dirigieron a los campos de cultivo californianos, otros se desplazaron hacia los casinos de Biloxi, King City y Florida, donde también relataron que trabajaron en el campo. También han sido ayudantes de albañil o jardineros, entre otros oficios, en Mississippi, Nueva York y Iowa. Encontraron los lugares de trabajo gracias a algunas redes que han ido tejiendo; por ejemplo, en California y Florida hay muchos chamulas, y en Nueva York, Pensilvania, Ohio e Illinois hay muchos “primos tojolabales” de Las Margaritas y algunos “compas” de La Trinitaria, refería un migrante.

Derivado de la crisis económica en Estados Unidos, nos dice Villafuerte (2011), se produjo una fuerte caída de las remesas entre 2008 y 2009, que fue de -24 por ciento, de manera que los hogares con migrantes dejaron de recibir, en el último año mencionado, 192 millones de dólares. En 2010 las remesas siguieron una tendencia negativa, aunque la caída fue menor con relación al año anterior; en esta ocasión fue de -5.6 por ciento. Sin embargo, en comparación con el monto recibido en 2008 se produjo una caída del 28.3 por ciento.

Como consecuencia de esa crisis también comenzaron a manifestarse deportaciones y repatriaciones hacia el estado. Villafuerte y García (2009) refieren que la

⁶⁹ En su mayoría los jóvenes entrevistados que emigraron en los años noventa del siglo pasado lo hicieron entre los 17 y los 27 años, aunque tenemos los relatos de dos jóvenes que lo hicieron siendo casi niños, con 15 años.

cifra de deportados se multiplicó cinco veces entre 1995 y 2000. Indican que en 2003 la Patrulla Fronteriza había capturado a 36,834 chiapanecos, que representaron un 8.64 por ciento del total nacional.

En 2010, el Instituto Nacional de Migración comenzó a publicar datos importantes: en ese año fueron repatriados 469,273 mexicanos; de Chiapas eran 19,276 personas, de las cuales 2,054 eran mujeres. Las cifras proporcionadas por el Instituto Nacional de Migración hasta abril de 2011 hacen ver que las repatriaciones continuaban con el mismo ritmo que el año anterior, pues hasta ese momento la institución hacía referencia a 160,226 repatriaciones al país, de las que sólo 6,645 correspondían a Chiapas. Con esta cifra, el estado se colocaba entre las diez entidades con más repatriados, encabezando la lista Michoacán (16,618), seguido de Oaxaca (14,892), Guanajuato (13,023) y Puebla (9,666), y seguidos por Jalisco, Estado de México, Veracruz, Distrito Federal y Chiapas, con menos de 7,000 repatriados (Villafuerte, 2011).

En 2012 la misma institución reportó que ocurrieron 16,773 repatriaciones de chiapanecos que vivían en la Unión Americana, lo que equivalía al 5 por ciento del total, 12 por ciento más de lo reportado en el ejercicio anterior. A nivel nacional ocupó el décimo lugar general, por arriba de Sinaloa y debajo del Distrito Federal (INM, 2012).

En efecto, los datos sobre remesas, detenciones y deportaciones nos ofrecen un panorama complejo del fenómeno migratorio en Chiapas. Estas disparidades me llevan a reflexionar sobre dos elementos que caracterizan las migraciones contemporáneas en Chiapas: por un lado, muestran que el carácter de entidad “emergente”⁷⁰ en el sistema de los flujos migratorios internacionales dificulta su análisis, pues muchas veces se carece de información estadística del fenómeno agregada y desagregada; por otro lado, indican que muchos jóvenes campesinos siguen siendo ciudadanos errantes en busca de un paraíso en el que sobrevivir y atenuar la pobreza.

Como señalan distintos estudiosos sobre el fenómeno, Chiapas, al igual que otras entidades del sur de México, se insertó en los flujos migratorios internacionales, específicamente a Estados Unidos y Canadá, en los años noventa, pero su crecimiento es continuo y tiende a incrementar (Durand y Massey, 2003; Villafuerte y García, 2009).

Por tanto, si bien la migración internacional es un fenómeno emergente”en Chiapas al igual que en otras entidades del sureste y sur del país, como hemos señalado anteriormente, empezó a cobrar importancia en la última década del siglo pasado por diversas causas, entre las que destacan: la crisis agrícola de larga data en Chiapas, el recrudescimiento de la pobreza y el desempleo y los cambios en los mercados laborales nacional e internacional, así como el desarrollo de las comunicaciones que posibilita el flujo de ideas e información en una escala global, e

⁷⁰ Lo describo como emergente entre comillas, sin embargo, considero que este adjetivo ya no es pertinente pues el fenómeno tiene más de 20 años.

incluso la posibilidad del disfrute de lo juvenil rural en otro contexto. Esta última idea se abordará más adelante.

En suma, mi interés en este capítulo fue mostrar cómo los chiapanecos han migrado por distintas razones dentro de las fronteras estatales desde hace algunos siglos y recientemente se incorporaron a la migración interestatal e internacional en condiciones de alta vulnerabilidad social y de riesgo. El pronóstico es que seguirá incorporándose más mano de obra de campesinos jóvenes migrantes en edad laboral al mundo del trabajo en su escala internacional. En consecuencia, las tensiones entre lo rural y lo urbano se polarizan aún más y estos jóvenes tienden a soportar la desposesión con los paliativos que genera la migración.

La movilidad hacia espacios laborales lejanos implica también el abandono por largas temporadas de sus lugares de origen, lo que conduce a transformaciones sustantivas en el propio migrante, en la familia y en el entorno comunitario inmediato, todo lo cual podemos observar en el caso del migrante chiapaneco. En el siguiente capítulo me centraré en Las Margaritas, Chiapas, y en la incursión de sus jóvenes especialmente en la migración internacional.



Fuente: archivo fotográfico particular

CAPÍTULO III. DEL SUR AL NORTE: LA MIGRACIÓN EN LAS MARGARITAS, CHIAPAS

En inmensas caravanas, marchan los fugitivos de la vida imposible. Viajan desde el sur hacia el norte y desde el sol naciente hacia el poniente. Les han robado su lugar en el mundo. Han sido despojados de sus trabajos y sus tierras. Muchos huyen de las guerras, pero muchos más huyen de los salarios exterminados y de los suelos arrasados.

*Otros son cadáveres que la mar entrega a las orillas prohibidas, o cuerpos sin nombre que yacen bajo tierra en el otro mundo a donde querían llegar (Eduardo Galeano, *Bocas del tiempo*, 2004).*

En relación con la intensidad de la migración internacional en años recientes, estudiosos del país han delimitado los estados de Chiapas, Veracruz y Puebla como las entidades que configuran el último ciclo de la migración internacional mexicana (Mestries, 2003; Durand, 2003; Villafuerte y García, 2006). Aun cuando las investigaciones sobre el fenómeno de la emigración interestatal e internacional desde Chiapas son relativamente recientes, sus resultados, corroborados en campo, registran la intensidad del fenómeno y su complejidad en las distintas regiones del estado. Sin embargo, el proceso migratorio, al menos en Chiapas, no sigue un patrón lineal o ascendente, más bien su comportamiento es inestable, sujeto mayormente a los dictados de una economía que vive la estocada de la crisis económica mundial.

Sin obviar las principales mediaciones que explican el comportamiento migratorio internacional chiapaneco, en este capítulo intentaré bosquejar algunas ideas y datos que permitan dar una idea ordenada del fenómeno migratorio en Las Margaritas, municipio integrado a la región Fronteriza de Chiapas, una región que, por su historia poblacional durante varias décadas del siglo xx, fue definida como tierra de colonización y de albergue de chiapanecos indígenas, de mexicanos de otras entidades y de refugiados guatemaltecos. Sin duda alguna, todas las regiones de Chiapas dan cuenta de movilizaciones internas intensas, en particular desde las regiones indígenas como Los Altos y la Sierra, pero la particularidad del tiempo presente es que la movilidad se intensificó en prácticamente todas sus regiones, incluso en la región Fronteriza, tierra que albergó a personas de la etnia originaria de la zona, la tojolabal, así como a tsotsiles y tseltales de las tierras alteñas, a kanjobales o mames de la Sierra y a guatemaltecos refugiados en la segunda mitad de los ochenta debido a la guerra civil que se desarrolló en su país.

El movimiento zapatista de enero de 1994 y sus desenlaces coyunturales definen también al municipio de Las Margaritas, porque en ese año la movilidad de su población se intensificó dado que numerosas familias de las comunidades cercanas a la zona de conflicto se trasladaron a la cabecera municipal. Ello ocasionó la desestructuración de la propiedad de la tierra al finiquitarse las últimas fincas que aún persistían —más por el afán de linaje que por fines empresariales—. En suma, se alteraron y se intensificaron los flujos migratorios tradicionales hasta culminar en la migración laboral hacia Estados Unidos, hecho al que las autoridades no han dado la debida importancia, pero en el que la población directa o indirectamente

participa. Se trata de una historia social que hace referencia al sujeto migrante que define una travesía y al soporte social que hace posible el viaje, la familia, todo lo cual configura la llamada “industria de la migración”. La narrativa local poco a poco va incorporando un conocimiento cotidiano que es propio del mundo migratorio, como las rutas, los cruces en la frontera y los polleros, así como todos los actores que configuran los eslabones de una cadena más amplia, entre los que figura la llamada “delincuencia organizada”, protagonista de extorsiones y secuestros. Al mismo tiempo, en la narrativa local están presentes las remesas y triunfos de quienes como héroes afrontaron el desafío del “sí se puede ir al otro lado”. Como soporte de esos relatos, es posible identificar a jóvenes que transitan por las calles con los atuendos del clásico “norteño” o del “cholo” y “rebelde” porque hicieron suyas las expresiones estéticas de ese mundo moderno o posmoderno como gestos de rebeldía o acomodo.

En este capítulo, que da cuenta de la historicidad de Las Margaritas, sus avatares y sus potencialidades, pero sobre todo de sus carencias y las ausencias del ansiado desarrollo, intentamos la reconstrucción del fenómeno migratorio internacional desde este enclave chiapaneco. Este esfuerzo es producto de la estancia en el municipio y en muchas de sus comunidades aplicando entrevistas, a veces informales, pero también formales y estructuradas. Desde abajo, desde quienes iniciaron y continúan la experiencia migratoria en el lugar de estudio, es posible dar una lectura que dista de las lecturas generales sobre la migración internacional en el caso de Chiapas, una de las entidades integrada al circuito migratorio de escala internacional, en un contexto y momento crítico en el que es difícil aventurar horizontes migratorios definidos.

La extensa literatura sobre el fenómeno migratorio internacional contrasta con la sencillez de la gente que día tras día construye esta experiencia; son personas, jóvenes en su mayoría, que dan cuenta de la diversidad de aristas que caracteriza el fenómeno de estudio. Son la economía, la estrechez y las penurias razones para decidirse a emigrar, pero no las únicas, por eso decidimos reconstruir la experiencia migratoria del municipio de estudio desde quienes la han hecho posible. Se rompen, a veces, las expresiones vertidas sobre los enemigos de la migración referidas a las redes o al tráfico de migrantes. Sin duda alguna es cierta la malignidad del tráfico de personas; no obstante, en el quehacer de los polleros lo que identificamos son redes que desde lo local se han ido complejizando hasta constituirse en parte de redes más amplias, pero, dado que quienes participan en ellas son oriundos del mismo lugar, los polleros deben cumplir sus promesas y asegurar el “brinco”, so pena de sanciones por la sociedad local que confió en ellos. Ello no implica el registro de experiencias migratorias negativas, como ha sido el secuestro de migrantes ya en tierras estadounidenses, aunque sin llegar a consecuencias mayores.

Cuando se arma el rompecabezas del municipio y su gente, se entienden los distintos significados de la experiencia migratoria y, en el caso de nuestro estudio, nada parece conducirnos a decir la última palabra.

1. Contexto sociohistórico y cultural de Las Margaritas

La cabecera municipal de Las Margaritas se creó el 9 de diciembre de 1871 mediante un decreto promulgado por el gobernador del estado Pantaleón Domínguez. La historia registra que fue el jefe político del departamento de Comitán quien hizo la delineación y demarcación del fundo legal del nuevo asentamiento, concediendo a cada familia de indígenas tojolabales suficientes tierras para casa y sitio. Antes de dicha fecha, Las Margaritas era una ranchería de Comitán, por lo que su historia prehispánica, colonial e independiente ha estado ligada a este municipio.

La historia prehispánica registra en el valle de Aguacatenango, cerca de la región comiteca, evidencias de ocupación de recolectores y cazadores desde antes de 2000 a.C. y restos cerámicos desde el período 1600-1400 a. C. (Gómez, 2001; Escalona, 2009). Sus pobladores se identifican por su filiación mixe-zoque y el asentamiento se caracterizó por un desplazamiento paulatino de poblaciones mayenses venidas de las tierras bajas de la cuenca del Usumacinta. Los restos arqueológicos encontrados en toda la región de Comitán o de Los Llanos, una región situada “entre la Selva Lacandona, la cuenca del alto Grijalva, los Cuchumatanes guatemaltecos y Los Altos centrales de Chiapas”, destacan su importancia como zona de paso entre las cuencas de los grandes ríos y las zonas montañosas de Chiapas y Guatemala, y desde el 900-1200 d.C. se identifica como “zona de encuentro lingüístico donde confluían los hablantes de tseltal con los coxoh —hablantes de otra lengua o por lo menos de una variante tseltalana—, con los tojolabales o chañabales, y posiblemente ya con los chujes” (Ramos, 2000: 36).

La densa historia colonial de la región de Los Llanos está marcada por la impronta de la religión, visible no sólo en los vestigios de los templos establecidos en Comitán, La Trinitaria, Copanaguastla, Soyatitán, Coapa, Coneta y Aquespala, en los que domina la arquitectura dominica del siglo xvi, sino en la configuración de las llamadas haciendas. En efecto, la historia da cuenta de que, junto con los religiosos, españoles procedentes de Guatemala y México se establecieron como encomenderos en Ciudad Real y en Comitán, pueblo este último de hablantes de tseltal, cavil coxoh y tojolabal (Ruz, 1983). Llegados a mediados del siglo xvi, los dominicos fueron los que establecieron las primeras haciendas en Los Llanos que, por su producción, hicieron de Comitán una zona importante. La presencia de españoles propietarios de estas tierras devino en los siglos xvii y xviii en un proceso de ladinización que trajo consigo el sistema hacendario, pero también porque Comitán era lugar de paso estratégico sobre el Camino Real pues, como señala Ruz, “Comitán poseía la ventaja sobre la capital provincial, Ciudad Real, de estar más cercana y accesible a Guatemala, de donde Chiapas dependía en aquella época” (Ruz, 1983: 38).

Comitán, junto con otros municipios como La Trinitaria y La Independencia, se configura como pueblo de lenguas y culturas diversas, particularmente signadas por grupos tojolabales y chujes de ascendencia maya. “Según la tradición oral, llegaron de Guatemala expulsados por los chujes, lo que explicaría añejas relaciones

sociales, intercambios y parentescos culturales con pueblos de los Cuchumatanes guatemaltecos” (Ramos, 2000: 33). La mayoría de los chujes habita en Guatemala y en menor medida en Chiapas, donde es uno de los grupos étnicos menos numerosos, que habita fundamentalmente en la zona de los lagos de Montebello del municipio de La Trinitaria. Se trata de un pueblo fronterizo de lengua parecida a la tojolabal.

La región Fronteriza, donde se ubica el municipio de Las Margaritas, tiene una extensión de 12,790 kilómetros cuadrados y representa el 7.03 por ciento de la superficie estatal. “Abarca parte del municipio de Motozintla, el extremo suroriental del valle del Grijalva y de Los Llanos de Comitán, y parte de la selva Lacandona que se encuentra en el municipio de Las Margaritas” (Viqueira, 2002: 32). En el Programa Fortalecimiento Municipal (FORTAM, 1983) consta que los municipios que forman parte de la región Fronteriza están distribuidos en por lo menos tres regiones fisiográficas: los Valles Centrales, que comprenderían los municipios de La Trinitaria, Tzitol y Socoltenango; el Altiplano Central, dominado por la ciudad de Comitán y sus alrededores, y las Montañas de Oriente o zona de las Cañadas, constituida por la accidentada parte oriental del municipio de Las Margaritas (Cruz y Burguete, 2000: 100).

El tipo de vegetación en la región se caracteriza por su diversidad, la cual incluye selva alta perennifolia —al extremo oriental del municipio—, selva baja perennifolia, bosques deciduos —en el extremo sudoriental—, bosques de hojas planas y duras y bosques de hojas aciculares o escamosas (Cruz y Burguete 2000: 100). Hay que señalar que actualmente grandes extensiones de tierra en la región han sido afectadas por el desmonte y la tala inmoderada.

La región Fronteriza está integrada por nueve municipios: Comitán de Domínguez, Chicomuselo, Frontera Comalapa, La Independencia, Las Margaritas, La Trinitaria, Socoltenango, Tzitol y Maravilla Tenejapa.⁷¹ Comparte una porción de su territorio, como parte de la frontera sur, con la República de Guatemala. Las ciudades rectoras son Las Margaritas y Comitán de Domínguez; esta última concentra 141,013 habitantes. El índice de analfabetismo de esta región es del 23.4 por ciento.

Cabe señalar que en la región coexisten diversos grupos étnicos: tseltales, tojolabales, chujes, cakchiqueles, jacaltecos y choles, entre otros, además de mestizos provenientes de otros estados de la República, sin olvidar a la población refugiada guatemalteca proveniente de diversos departamentos y aldeas del occidente guatemalteco y hablantes de lenguas mayas (Cruz y Robledo, 2001a: 146).

Algunos autores consideran que los primeros pobladores de esta zona eran hablantes de tojol-ab'al.⁷² Gudrun Lenkersdorf refiere que:

⁷¹ La conformación de la región cambió hace algunos años, sin embargo, me parece más pertinente en esta investigación utilizar la anterior.

[...] el asentamiento más antiguo donde pueden ser ubicados los tojolabales es aquel que se conoció como Pantla, ubicado en la parte norte del municipio de Las Margaritas, entre los actuales ejidos de Veracruz y La Libertad. La localización geográfica del grupo se dificulta en la medida en que durante la Colonia los españoles encargados del proceso evangelizador tuvieron pocos recursos e interés para ahondar en las diferencias de las múltiples lenguas mayenses (Lenkersdorf, 1989: 80).

La autora señala que la región tojolabal antes de la llegada de los europeos habría abarcado desde la cuenca superior del Grijalva, hasta los Lagos de Montebello, y en el norte posiblemente hasta el actual Altamirano.

Otros autores señalan que la población tojolabal no se asentó en pueblos antiguos, por el contrario, se establecieron en la región como trabajadores de las fincas y haciendas (Ruz, 1983; Gómez y Ruz, 1992; Van Der Haar, 2002; Escalona, 2009). Las fincas, indica Escalona:

[...] dominaron la región desde el periodo colonial (siglo xvi hasta principios del xix) y hasta el siglo xx. Sin embargo, a mediados de ese siglo la finca perdió su importancia como espacio de reproducción social, como resultado de la reforma agraria, dejando lugar a las comunidades y las familias tojolabales. Es decir, las actuales familias tojolabales adquirieron visibilidad durante el reparto agrario (Escalona, 2009: 23 y 24).

Asimismo, Ruz señala que en las fincas existían dos tipos de peones: el acasillado —trabajador sujeto por sus deudas— y el baldío, que trabajaba las tierras para beneficio de otro, es decir, laboraba “de balde” (Ruz, 1983; Gómez y Ruz, 1992). De cada finca que se desmembraba surgieron dos y hasta tres ejidos a los que se denominó colonias. Cuadriello y Megchún (2006) refieren que durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo xx, pasado el reparto agrario del periodo cardenista, el ritmo de dotación ejidal en la zona tojolabal aminoró su marcha.

A pesar de todo, lenta pero infatigablemente la finca perdió su hegemonía local durante ese periodo, sobre todo en las llamadas tierras frías tojolabales. Los antiguos nombres de propiedades privadas, como El Retiro, San Mateo o Santiago, pasaron a formar parte de la memoria histórica de los habitantes y se convirtieron en flamantes ejidos, como Plan de Ayala, Veracruz o Veinte de Noviembre (Cuadriello y Megchún, 2006: 16-17).

En cuanto al aspecto económico, la región cuenta con una importante reserva de recursos naturales ya que en ella se ubica una gran cantidad de bosques, agua y petróleo, además de una amplia diversidad de flora y fauna. Según un estudio de Cruz y Robledo (2001), las ciudades de Comitán y Las Margaritas son en la actualidad centros importantes, con una gran capacidad de oferta de bienes y servicios,

⁷² Según Antonio Gómez (2005), *tojol-ab'al* significa lengua correcta, lengua verdadera; de *toj* (recto, correcto) y *abál* (palabra). Constituye uno de los 27 grupos mayenses de México y Centroamérica.

algunos de ellos muy especializados —distribución de refacciones automotrices y electrodomésticos, medicamentos y fertilizantes químicos, entre otros—, al mismo tiempo que constituyen puntos de enlace hacia espacios nodales de otras regiones, como San Cristóbal hacia el centro de la entidad, o La Trinitaria, Frontera Comalapa, Ciudad Cuauhtémoc y La Mesilla hacia la frontera serrana con Guatemala, o hacia Motozintla, Huixtla, Tapachula y Frontera Hidalgo en la región de El Soconusco, en la frontera costera con Guatemala (Cruz y Robledo, 2001: 147).

En el aspecto económico, la región posee una importante reserva de recursos naturales, pues almacena la mayor cantidad de bosques, agua y petróleo, además de su gran diversidad florística y de fauna. Y es de relevancia geopolítica, pues representa tanto los límites del Estado nacional como la presencia histórica y social de Centroamérica, en el marco de los graves y profundos cambios socio-políticos que se registran en la zona (Cruz y Robledo, 2001: 147).

Situado en los límites del Altiplano Central y de las Montañas del Norte, el municipio de Las Margaritas tiene una extensión territorial de 5,307.8 kilómetros cuadrados. Limita al norte con los municipios de Ocosingo y Altamirano; al sur con los municipios de La Independencia, Maravilla Tenejapa y la República de Guatemala; al este con Ocosingo, y al oeste con los municipios de Chanal y Comitán. Ruz menciona que en la región se pueden distinguir: “tres áreas geográficas y humanas diferentes, producto de la ubicación del municipio entre las tierras altas y las tierras bajas de la Selva Lacandona: la montaña en el noroeste, los valles en el suroeste, y las tierras bajas entre las regiones este y sur” (Ruz, 1982: 68).

El municipio de Las Margaritas es el segundo más grande del estado y el más extenso de la región Fronteriza —representa el 41.49 por ciento de su superficie—. Cuenta con 398 localidades agrupadas en ocho microrregiones, de las cuales 397 son rurales y una urbana.

El municipio de Las Margaritas tiene una gran cantidad de ríos que se entrecruzan, el más grande de los cuales es el Jataté, tributario del Usumacinta. En la parte sureste destaca el río Santo Domingo, en la zona norte se encuentra el Tzacanelha y en la zona de los valles se encuentra el K'abastik o K'abastatik, también conocido como Río de la Soledad. La zona oeste es bañada por las corrientes del río Comitán (Ruz, 1982: 70).

Las Margaritas, de acuerdo con el último informe del INEGI consultado, de 2010, contaba en ese año con una población de 111,455 habitantes, que representaban el 21.82 por ciento de la población regional y el 2.22 por ciento de la estatal. De esta población, el 49.14 por ciento eran hombres y el 50.86 por ciento mujeres. Su estructura era predominantemente joven, dado que el 66 por ciento de sus habitantes eran menores de 30 años y la edad mediana era de 17.

Gráfica 3. Distribución de la población de Las Margaritas



Fuente: INEGI, Censo de Población y Vivienda 2010.

Del total de la población, 47,219 personas de cinco años o más hablaban alguna lengua indígena, es decir, representaban el 40.38 por ciento de la población total. En esos años, y de acuerdo con Cuadriello y Megchún: “90 por ciento de los 37,667 tojolabales que viven en el sureste de Chiapas se localizan en los municipios de Las Margaritas y Altamirano, el resto se distribuye de forma dispersa en los municipios de Comitán, Maravilla Tenejapa, Ocosingo, La Independencia y La Trinitaria” (2006: 3-4).

El nivel de marginación en el municipio era muy alto, con un índice de 1.219, por lo que ocupaba el segundo lugar en el contexto estatal y el lugar 296 en el nacional. El siguiente cuadro muestra los principales indicadores de marginación.

Cuadro 1. Indicadores de marginación

Las Margaritas	2005	2011
Población total	98,374	111,4842
Población de 15 años o más analfabeta (%)	30.22	26.06
Población de 15 años o más sin primaria completa (%)	55.45	48.27
Ocupantes en viviendas particulares habitadas sin drenaje ni excusado (%)	4.17	1.73
Ocupantes en viviendas particulares habitadas sin energía eléctrica (%)	12.12	10.75
Ocupantes en viviendas particulares habitadas sin agua entubada (%)	33.69	38.79
Viviendas particulares habitadas con algún nivel de hacinamiento (%)	67.72	59.88
Población en localidades con menos de 5,000 habitantes (%)	82.45	81.36
Población ocupada con ingresos de hasta dos salarios mínimos (%)	89.40	82.60
Índice de marginación	1.13440	1.21918
Grado de marginación	Muy alto	Muy alto
Lugar que ocupa en el contexto nacional	341	296

Fuente: elaboración propia con base en estimaciones del CONAPO (2012), *Indicadores socio-demográficos 2005-2030*.

De acuerdo con el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, Chiapas ocupaba el primer lugar de las 32 entidades del país en porcentaje de población en pobreza y en pobreza extrema, y era una de las tres entidades con mayor pobreza en el país. Por su parte, el municipio de Las Margaritas es en el contexto del estado uno de los que más evidencian esta realidad, ya que 7,339 de sus habitantes viven en pobreza extrema, es decir, el 60.76 por ciento. De sus 398 localidades, 136 tienen un grado de marginación muy alto, que representa el 34.61 por ciento, y 143 localidades se encuentran en un grado alto, lo que representa el 36.39 por ciento (CONEVAL, 2012; SEDESOL, 2013).

En el ámbito educativo, Las Margaritas es uno de los municipios con mayores problemas de analfabetismo. En el año 1990 presentó un índice de analfabetismo del 47.92 por ciento, es decir, casi la mitad de sus habitantes no sabía leer ni escribir. Diez años después, en 2000, el censo arrojó un 35.18 por ciento. Para el año 2005 el índice se registró en un 30.19 por ciento, mientras que en 2010 fue del 25.96 por ciento (INEGI 2000, 2005 y 2010).

En el año 2000, el 35.78 por ciento de la población mayor de 15 años tenía primaria incompleta, el 18.92 por ciento completó los estudios de primaria y el 13.96 cursó algún grado de instrucción posterior a este nivel. Para el año 2005, el censo del INEGI refiere que el porcentaje de población de 6 a 14 años que no asistía a la escuela era del 14.51, mientras que en 2010 este porcentaje se redujo al 11.16 por ciento. En cuanto a la población de 15 años y más con educación básica incompleta, los datos son más críticos, ya que en 2005 fue del 82.69 por ciento, mientras que en 2010 alcanzó el 77.95 por ciento.

Por lo que respecta a salud, el municipio registra graves problemas. El porcentaje de población que en 2005 no era derechohabiente a los servicios de salud fue del 83.75, mientras que en 2010 fue del 40.92; a pesar de la reducción del porcentaje, muchos margaritenses siguen excluidos de los servicios de salud (SEDESOL, 2013; Secretaría de Salud, 2012).

En el año 2000 la población económicamente activa ocupada fue de 26,380 personas, que por sector se distribuía de la siguiente manera: sector primario, 77.07 por ciento; sector secundario, 6.41 por ciento, y sector terciario, 14.66 por ciento. En cuanto a los ingresos, en el municipio se registraron los siguientes resultados: el 43.87 por ciento de los ocupados en el sector primario no obtenía ingresos y sólo el 0.23 por ciento recibió más de cinco salarios. En el sector secundario, el 9.32 por ciento no recibía salario alguno, mientras que el 2.61 por ciento recibió más de cinco. En el terciario, el 10.65 por ciento no recibía ingresos y el 9.98 por ciento obtuvo más de cinco salarios mínimos de ingreso mensual. En el año 2005, la población económicamente activa ocupada fue de 32,707 personas, siendo el sector primario el más importante. De esta población, 29,240 personas recibieron hasta dos salarios mínimos, mientras que sólo 3,467 personas recibieron más de dos salarios (INEGI, 2000 y 2005).

Para el año 2011, el CONAPO reportó una población económicamente activa ocupada de 33,862 personas, es decir, el 46.17 por ciento de la población económicamente activa total. Las actividades primarias seguían siendo las más importantes, ya que 33,916 habitantes laboraban en este sector. En cuanto a los ingresos, la población ocupada que percibía hasta dos salarios mínimos era del 82.60 por ciento.

Cuadro 2. Población de 12 años y más según condición de actividad económica, 2010

	Total [1]	Población económicamente activa [2]			Población no económicamente activa [5]	No especificada [6]
Estatal	3,424,551	1,645,564	1,607,252	38,312	1,760,280	18,707
Municipal	74,214	34,264	33,862	402	39,540	410

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, Censo de Población y Vivienda 2010.

Notas: [1] Total de la población de 12 años y más. Incluye la que especificó su actividad económica y la no especificada. [2] Población económicamente activa: personas de 12 años y más que trabajaron, tenían trabajo pero no trabajaron o buscaron trabajo en la semana de referencia. [3] Población ocupada: personas de 12 a 30 años de edad que trabajaron o que no trabajaron pero sí tenían trabajo en la semana de referencia. [4] Población desocupada: personas de 12 a 30 años de edad que no tenían trabajo pero buscaron trabajo en la semana de referencia. [5] Población no económicamente activa: personas de 12 años y más pensionadas o jubiladas, estudiantes, dedicadas a los quehaceres del hogar o que tenían alguna limitación física o mental permanente que les impedía trabajar. [6] Población de 12 años y más que no especificó su condición de actividad económica.

El municipio de Las Margaritas, al igual que muchos municipios de la entidad, registra graves problemas como la pobreza y la marginación de sus habitantes, por lo que debe reconocerse que estos son algunos de los factores causales que hoy definen la emigración interestatal e internacional. La pobreza es portadora de conflictos y la región también se define por la diversidad de tensiones que han ocurrido durante su historia reciente.

2. Radiografía de los conflictos y nuevos asentamientos en el municipio

La región Fronteriza, al igual que otras regiones de Chiapas como La Selva, enfrenta problemas económicos y sociales relacionados con el uso y manejo de sus recursos naturales. De Vos (1992) refiere que muchos de los problemas están relacionados, en un primer momento, con la explotación irracional de recursos forestales realizada en la selva desde mediados del siglo pasado, cuando se establecieron las “monterías”, y posteriormente con la expansión de la frontera agrícola y el surgimiento de las fincas cafetaleras, la “milpa que camina” y la producción ganadera.⁷³ La presencia activa de Petróleos Mexicanos en la selva también contribuyó a la devastación de selvas y bosques, pues desde 1984 se realizaron trabajos exploratorios. Por ejemplo, en Marqués de Comillas se explotaron cinco pozos: Lacantún-1, Tzeltal-1, Bonampak-1, Lacandón-1 y Chajul-1 (Cruz y Robledo, 2001b).

La movilidad poblacional ha sido una constante tanto en la región Fronteriza como en el municipio de Las Margaritas. Como mencioné en el capítulo anterior, la migración a la selva fue intensa y revistió una gran importancia para la formación de nuevas comunidades, lo que modificó el territorio mismo. Hacia 1930 comenzó a llegar una gran oleada de campesinos de Los Altos de Chiapas y tojolabales que fueron durante mucho tiempo la mano de obra de las fincas en el estado (Acevedo, 1992). En la llamada colonización participaron algunos mestizos sin tierra que

⁷³ De Vos (2002) también menciona que las migraciones a la Selva Lacandona se incrementaron principalmente en el período de 1940 a 1950, que se prolongó hasta 1970; ya que fueron incentivadas por programas gubernamentales de colonización y dotación de tierras como parte de una estrategia para mitigar los conflictos agrarios y poblar territorios hasta entonces vírgenes en los municipios de Ocosingo, La Trinitaria, Palenque, Las Margaritas y La Independencia, con población campesina de diversas partes de Chiapas y de entidades de la República mexicana.

buscaban hacerse de un pedazo de tierra, predios que después se convirtieron en pequeños ranchos (Van der Haar, 1998).

Rodolfo Lobato (1979) señala que durante la década de 1960 se produjo otra gran oleada migratoria importante, sin embargo, ésta había sido incentivada por el mismo Estado para crear nuevos centros de población ejidal y colonias agropecuarias. En ella participaron numerosos campesinos indígenas tseltales de Bachajón y Chilón, algunos campesinos de Oxchuc, algunos ch'oles de Yajalón y campesinos tsotsiles. A estos grupos se sumaron campesinos de otros estados del país como Michoacán, Tabasco, Puebla o Veracruz (Leyva y Ascencio, 1996).

Como ya señalamos, Las Margaritas fue espacio privilegiado para el sistema de fincas en el estado. Se establecieron desde la época de la Colonia y, con altibajos durante las reformas liberales en el siglo xix, permanecieron hasta la época revolucionaria. De acuerdo con Escalona (2009), esta forma de propiedad perduró mucho tiempo, aunque con cambios importantes en el régimen de servidumbre.

El reparto de tierras a los indígenas tojolabales fue producto de la reforma agraria del Gobierno federal después de la Revolución mexicana, proceso que en Chiapas duró hasta bien entrado el siglo xx, acompañado de fuertes movilizaciones campesinas desde los setenta, en las que se exigió el fin del régimen de servidumbre instaurado por los finqueros.⁷⁴

En la formación de los nuevos ejidos y comunidades en la Selva Lacandona, los campesinos e indígenas tuvieron el apoyo de la Iglesia católica a través de la diócesis de San Cristóbal de Las Casas, que participó activamente en las movilizaciones campesinas, lo que le condujo a confrontaciones directas con el gobierno del estado y con los propietarios de fincas cafetaleras y ranchos ganaderos. Durante la segunda mitad del siglo pasado, las regiones Fronteriza, Selva y Norte sufrieron cambios de alguna manera centralizados por la lucha agraria; sin embargo, en paralelo, la zona fronteriza en particular se transformó en un frente de expansión de grupos religiosos tanto protestantes como neocatólicos, estos últimos seguidores de una pastoral indígena comprometida socialmente derivada de la teología de la liberación (Fábregas, 1985).

Derivado de la conversión religiosa que incrementó a partir de los años setenta, se comenzaron a gestar conflictos entre las comunidades de la región. En Las Margaritas, municipio que se ha caracterizado por ser, junto con San Juan Chamula, espacio de recurrentes conflictos religiosos, la cuestión religiosa ha estado íntimamente articulada con los conflictos agrarios, pero en particular con los conflictos políticos entre la diócesis de San Cristóbal y el gobierno del estado (Rivera et al., 2005).

⁷⁴ Los conflictos agrarios que se multiplicaron en Chiapas a partir de 1970 también fueron vivenciados por la población del municipio. Aunque el reparto agrario continuó, incluso a un ritmo más elevado que en las décadas anteriores, el número de campesinos sin tierras seguía creciendo inexorablemente (Viqueira, 2008). El anuncio del fin de la reforma agraria en 1992, resultado de la reforma del artículo 27 de la Constitución, acabó con las esperanzas de decenas de miles de jóvenes campesinos que habían luchado por recibir tierras dado que no encontraban trabajo en las ciudades (Viqueira, 2008; Villafuerte y García, 2006, 2007 y 2009).

La fuerte presencia de la pastoral de la diócesis de San Cristóbal en el municipio y el relativo equilibrio que ésta mantenía con la Iglesia presbiteriana se alteraron tras la diversidad de ofertas religiosas no cristianas en los años setenta y ochenta. Regularmente los conflictos religiosos tuvieron como punto de inicio la negativa de algunas familias —o miembros de éstas— a cooperar para las fiestas tradicionales, algo propio de los “usos y costumbres”, y la reacción de las autoridades comunales, quienes, aduciendo la falta de respeto a la tradición, en algunos casos procedieron a la expulsión de quienes la contravenían. A pesar de todo, se registraron hechos previos que definieron el peso y la fuerza de los elementos externos que intervinieron en la resolución de los conflictos religiosos. Tensiones internas por la presión sobre la tierra o la fuerza de organizaciones campesinas y sociales articuladas a una sigla partidista —que limitaban otras ofertas organizativas y políticas— hicieron posible que la respuesta gubernamental afanzara algunas salidas ventajosas para unos y otros, como es el caso de la dotación de tierras para los conversos no cristianos en lugares cercanos o lejanos a la comunidad de origen y la apropiación comunitaria de las tierras de los expulsados.

Los liderazgos de las instituciones religiosas se registran en la misma esfera de la política local, particularmente en tiempos electorales. A este respecto es ilustrativo que, en Las Margaritas, el Partido de la Revolución Democrática, que había logrado triunfos importantes, terminó reconociendo en la campaña electoral local de 2000 las afectaciones sufridas por los creyentes no cristianos por parte de su militancia, por lo que ofreció cambios importantes en materia de libertad religiosa. En suma, la religión es una dimensión que hoy ocupa un lugar importante en la dinámica del municipio de estudio, al igual que en muchos otros municipios del estado de Chiapas.

Una parte sustantiva de la dinámica política en el municipio de estudio gira en torno al ejercicio del gobierno local como espacio primario desde donde se gratifica a los líderes de los gremios que apoyaron al gobernante entrante y a las comunidades que le dieron apoyo. Algunas de estas gratificaciones son, por ejemplo, apoyos para la regularización de la tenencia de la tierra, la producción o la comercialización, así como servicios educativos, de salud o de sanidad ambiental. Sin embargo, la lucha política también muestra una realidad sociohistórica que devela carencias estructurales que difícilmente pueden ser superadas por las administraciones del gobierno local o estatal. Este déficit de desarrollo material, en un contexto de crisis y de globalización, intensifica la movilidad poblacional y propicia, cuando no la rebelión, el alejamiento de la población de las instituciones políticas y la supeditación de los que no tienen nada a las instituciones responsables de proporcionar los magros apoyos sociales.

La zona selvática de Las Margaritas fue protagonista en 1994 del levantamiento del EZLN. En algunas de sus localidades se registraron violentos enfrentamientos entre militares, simpatizantes del EZLN y algunos grupos paramilitares o miembros de partidos u organizaciones contrarias al grupo armado.

En suma, derivado de los estudios realizados en la región y en Las Margaritas a partir de las estadísticas oficiales y del trabajo de campo, se puede caracterizar el municipio como un territorio cuyas dinámicas económica, demográfica, política y sociocultural están definidas por los procesos de movilidad poblacional. Ha sido receptor de población de otras regiones de la entidad chiapaneca, acogió un importante contingente de población guatemalteca bajo el estatus de refugiada y su cabecera municipal es receptora de población de otras localidades de municipios cercanos. La población actual de Las Margaritas también es producto de la presión demográfica y de la crisis de sus unidades productivas de subsistencia, un espacio expulsor de población joven y en edad laboral hacia otras entidades del país y, ahora, a distintos lugares de Estados Unidos.

3. ¡Y se dejaron venir a la cabecera! La migración interna a Las Margaritas

A mediados del siglo XIX, dos milperías que se encontraban al este de Comitán⁷⁵ poco a poco se convirtieron en pueblos y posteriormente en asentamientos administrativos municipales: Las Margaritas y La Independencia⁷⁶ (Ruz, 1992). Como todo asentamiento de la época, el eje articulador para la mayoría de la población era la iglesia,⁷⁷ en cuyo recinto se empezó a venerar a Santa Margarita, cuya fiesta patronal se celebra el 20 de julio con una tradicional feria que dura más de una semana. La iglesia se encuentra en el centro del lugar. Así transcurrieron varios años hasta que, por decreto emitido el 9 de diciembre de 1871, Las Margaritas obtuvo la categoría de pueblo.

La cabecera municipal se fue conformando poco a poco. La mayoría de las casas era de finqueros que llegaron a esa zona, quienes comenzaron a controlar el poder político, económico y social. Entre esas familias sobresalen los apellidos Villatoro,

⁷⁵ La ciudad de Comitán, ubicada también en la región Fronteriza, fue un importante asentamiento durante el periodo colonial. En este lugar, los dueños de las fincas, civiles y religiosos, tenían sus casas urbanas, tiendas y monasterios (Ruz, 1992).

⁷⁶ Otra versión del cronista de la ciudad alude a que el origen de Las Margaritas es incierto, sin embargo, menciona que: se remonta al año 1717, cuando campesinos indígenas de Comitán reclamaron esos terrenos al rey de España Carlos III (1716–1788). Según el libro *Las Margaritas a través de la historia*, de Artemio Campos Gordillo, Tintonishac es el lugar que se cita en los títulos de los terrenos medidos en 1717 por don Antonio de Rivera, y sus primeros pobladores fueron estos campesinos, que se establecieron principalmente en San Joaquín, San Mateo y Jotaná—hoy Plan de Ayala— (2010: 15).

⁷⁷ Un hecho que describe el cronista, que basa sus relatos en las actas de acuerdos municipales, es que la construcción de la iglesia católica en honor a Santa Margarita inició en diciembre de 1843 y que el encargado de invitar a los naturales fue don Domingo Gordillo (Salazar, 2009). Sobre la fundación de la iglesia, me comentaba un señor del barrio de Sacsalum cómo Santa Margarita fue a “establecer su iglesia”; el relato tiene similitudes con algunas leyendas de carácter religioso del establecimiento de algunos pueblos en Chiapas: “Me acuerdo que mis padres contaban que un día toda la gente se preparaba para la romería de Zapaluta (hoy La Trinitaria), entonces un matrimonio tojolabal que estaba alistando sus cosas para irse recibió una visita en su casa de una señora bien bonita y dijo que quería posada. La invitaron a su casa pero no quiso quedarse, prefirió el zaguán. Al otro día se despertaron y la señora se había ido; entonces se fueron para la romería y cuando entraron a la iglesia del Padre Eterno, que es el patrono de Zapaluta, vieron una imagen que se parecía a la señora que vieron una noche antes, de ahí empezó la fiesta de Santa Margarita, y también construyeron su templo, por eso es la patrona de los campesinos y de las mujeres que están embarazadas para que todo salga bien” (Manuel, Las Margaritas, enero de 2009).

⁷⁸ Hacia el año 1919 comenzó la construcción de una pequeña calzada o brecha para conectar Comitán con Las Margaritas. Salazar refiere que el presidente municipal de Comitán informó al de Las Margaritas que se habían iniciado los trabajos de la calzada que conducía de Comitán a este pueblo, ya que en tiempos de lluvia se volvía fangoso, por lo que se invitaba a vecinos y a los hacendados para cooperar con trabajos personales o con alguna cantidad económica (2009: 80). Posteriormente se construyeron las primeras escuelas en la cabecera municipal, después el edificio del servicio médico sanitario y la oficina de correos. En 1923 comenzó a funcionar la agencia de correos y unos años después, en 1928, se instaló la primera vía telefónica que conectaría a Comitán y Margaritas (Salazar, 2009).

Pinto, Argüello, y Guillen, entre otros. Alrededor del primer cuadro, junto a la presidencia municipal, se hallaban la iglesia y las casas de los finqueros. Fue tierra de fincas, dice don Manuel: “mis papás decían que había muchas fincas: la Soledad, la Aurora, Cimarrón, Medellín, la Floresta, entre muchas más que rodeaban el pueblo de Margaritas” (cabecera municipal, enero de 2009). A partir de la construcción de las primeras casas se crearon algunos barrios cerca del cuadro principal, como La Pila y el barrio Guadalupe, que hasta ahora mantienen sus nombres.⁷⁸

En la década de los treinta del siglo pasado se conformaron otros barrios: San Sebastián y Sacsalum (tierra blanca en tojolabal). En este sentido, Escalona menciona que en Las Margaritas hubo barrios de población tojolabal desde su fundación, pero en el siglo xx se consideró en los textos como un asentamiento no indígena. Además, se convirtió en el centro comercial y administrativo para las fincas más cercanas, además de ser asiento de casas y tiendas de los dueños de las fincas y sus administradores (Escalona, 2009: 56). Así comenzó a crecer la cabecera municipal de Las Margaritas, que fue declarada ciudad en la década de los ochenta del siglo pasado, durante el gobierno de Juan Sabines Gutiérrez.

Con el paso del tiempo fue necesario ampliar la cobertura de las vías de comunicación con otros lugares. Los habitantes cuentan que en 1970 se llevó a cabo la pavimentación de la carretera que comunicaba con la ciudad de Comitán. Algunos recuerdan que trabajaron en ella y que la empresa Dragón de la ciudad de México construyó dicha obra, lo que da idea de que se refieren a la construcción de la carretera Panamericana que llegaría a entroncar con Guatemala.⁷⁹

El ocaso del sistema finquero o hacendario hizo de Las Margaritas un espacio propicio para la colonización informal y la institucional. Los procesos de movilización con fines agrarios fueron acompañados de la formación de organizaciones campesinas locales y, posteriormente, de la afiliación de campesinos sin tierras a organizaciones de cobertura nacional, quienes emprendieron las primeras movilizaciones en demanda de tierra y años más tarde comenzaron a contender por el poder político local.⁸⁰ Cruz y Burguete registran la presencia de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) y la Unión de Ejidos Lucha Campesina. Asimismo, en el norte de la región tojolabal, en el municipio de Altamirano, tuvo presencia la Organización Campesina Emiliano Zapata–Coordinadora Nacional Plan de Ayala (OCEZ–CNPA). Como es común en los movimientos sociopolíticos de resistencia o contestatarios, estas organizaciones tuvieron escisiones, lo que derivó en la formación de nuevas organizaciones, muchas de las cuales mantuvieron su independencia respecto al gobierno, como la Unión de Ejidos Pueblos Tojolabales, que nació de una escisión de Lucha Campesina (Cruz y Burguete, 2001: 143).

⁷⁹ Escalona (2007) refiere que el Estado mexicano fue haciendo su aparición a través de sus instituciones. Las escuelas y clínicas comenzaron a verse en la cabecera municipal, y la interacción cotidiana hizo que la población pasara de ser monolingüe a bilingüe y se empleara en actividades diferentes de la agricultura, como en los programas gubernamentales relacionados con la educación bilingüe.

⁸⁰ Mendoza (1995) refiere que el antiguo Instituto Nacional Indigenista y el entonces Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización crearon un ambicioso proyecto para reacomodar en 200,000 hectáreas a 10,000 familias indígenas de Los Altos de Chiapas, proyecto que se cumplió de manera parcial (Cruz y Burguete 2001: 143).

En este sentido, Rus afirma que a principios de los años ochenta —y a raíz de la crisis en el estado— la emigración fue más intensa en la región de la Selva Lacandona y en la zona de la región Fronteriza colindante a ésta, como es el caso de Las Margaritas, que registró un crecimiento de población importante al pasar de 25,316 habitantes en 1980 a 86,586 en 1990 (Rus y Vigil, 2012). Muchos de estos migrantes eran choles del norte del estado, mames de la frontera entre México y Guatemala, y tsotsiles y tseltales de Los Altos de Chiapas; y poco a poco fueron apareciendo nuevos asentamientos en el corazón de la Selva, como Nuevo Huixtán o Nuevo San Juan Chamula, entre muchos otros.

Otro evento que conmocionó la demografía de la región Fronteriza, y dentro de ella el municipio de estudio, fueron las trágicas guerras civiles en los países de Centroamérica, en particular en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. A partir de 1982, miles de refugiados se empezaron a asentar en campamentos a lo largo de la línea fronteriza. Sergio Aguayo refiere que cifras del Alto Comisionados de Naciones Unidas para los Refugiados y de la Comisión Mexicana para los Refugiados —organizaciones que los atendieron, junto con otras como la diócesis de San Cristóbal y un número importante de organizaciones no gubernamentales—, registran que aproximadamente llegaron a Chiapas entre 60,000 y 80,000 personas en calidad de refugiadas, mayoritariamente guatemaltecas, de las cuales se trasladaron 25,000 a campamentos en Tabasco, Campeche y Quintana Roo (1985: 60).

Además de la población guatemalteca que arribó a esta región, Comitán y Las Margaritas, los dos principales centros urbanos del área fronteriza entre México y Guatemala, se convirtieron también en receptores de población indígena desplazada de otros municipios a causa de los conflictos políticos y socioreligiosos. El proceso de desplazamiento reciente más importante ocurrió en 1994 a raíz del conflicto zapatista en áreas sensibles de la región y en el municipio de Las Margaritas.

El movimiento zapatista aceleró un proceso ya visible a fines del siglo pasado y principios del siglo xxi: la migración campo/ciudad ocasionada en principio por la precariedad rural y por conflictos agrarios, y posteriormente por conflictos sociopolíticos y religiosos. Esta diferenciación entre campo y ciudad debe matizarse en Chiapas, pues la mayoría de las cabeceras municipales siguen registrando un paisaje rural, sólo distorsionado por la presencia de oficinas y personal de la administración pública, así como por la abrumadora actividad comercial, mayormente de carácter informal. Los conflictos suscitados por el movimiento del EZLN se tradujeron en la confrontación entre zapatistas y sus simpatizantes, por un lado, y no zapatistas por el otro, sin que en esas confrontaciones estuvieran presentes las tensiones de vieja data. Un efecto concreto fue la salida masiva de pobladores de numerosas comunidades que se trasladaron principalmente a las cabeceras de Las Margaritas y Comitán, situación que puso en crisis a las autoridades locales pues los primeros lugares de llegada fueron los espacios deportivos u otros espacios públicos.

⁸¹ Enero de 2009 en Las Margaritas, Chiapas.

De acuerdo con información del plan de desarrollo municipal y con una entrevista realizada a la directora de la Secretaría de Desarrollo Social Municipal,⁸¹ la llegada masiva de población de las comunidades del municipio a la cabecera se dio principalmente tras el levantamiento zapatista de 1994, momento en que numerosas familias provenientes de las localidades de la selva y de otros lugares se asentaron en Las Margaritas, y posteriormente se organizaron para demandar servicios públicos, lo que dio lugar a la formación de un nuevo anillo periférico que rodeó los asentamientos más añejos del municipio. A este respecto, Guillermo, un habitante de la cabecera municipal, refirió:

Yo llegué en 1994 aquí, a Margaritas, pues antes vivía en una comunidad de Altamirano, pero de allá tuvimos que salir por el conflicto zapatista. Había rumores de que nos iban a quitar nuestras tierras y, como no éramos simpatizantes, tuvimos que salir y ya me vine para acá, a Sacsalum. Me acuerdo que en ese tiempo vino bastante gente a Las Margaritas, a refugiarse aquí, por eso puedes ver que estos barrios del periférico son más grandes y algunos con sus construcciones de madera todavía [...] (junio de 2010, cabecera de Las Margaritas).

Don Santiago Vázquez también comentó a este respecto:

Cuando fue el levantamiento de los zapatistas se dejó venir mucha gente de varios lados: Altamirano, Ocosingo [municipios colindantes con Las Margaritas] y de otros lados más lejanos de Las Margaritas, como la zona de la Selva y las Cañadas. Algunos se regresaron después de que pasó el conflicto y otros ya se instalaron por estos rumbos de la cabecera, por eso puedes ver a mucha gente en los barrios de la periferia. Mi papá tenía algunos terrenitos aquí, en Sacsalum, y los vendió con algunos tojolabales y otras personas (junio de 2010, cabecera de Las Margaritas).

Como señalan las personas entrevistadas, mucha de la población que se desplazó a la cabecera de Las Margaritas se instaló en el barrio Los Pocitos, anexo a los barrios de San Sebastián y Sacsalum. En este nuevo barrio viven principalmente las personas que fueron expulsadas por los conflictos religiosos que ocurrieron en poblados como Saltillo, Chacala o Plan de Ayala, entre otros. Respecto a ello, Sebastián, habitante de este barrio, comentó:

Había gente aquí en el barrio de Los Pocitos, pero eran unos pocos. Me acuerdo que a partir de los noventa llegó bastante gente, en su mayoría hablantes de tojolabal. Nosotros somos de Plan de Ayala y tengo otros primos en Saltillo que también vinieron ya que en ese tiempo hubo mucha bronca por las religiones. Yo soy presbiteriano y voy a una iglesia en el barrio de San Sebastián [...] así fue que creció más este barrio. Si te das cuenta, vas a ver que hay muchas casas hechas de madera y otras que poco a poco van siendo de material de cemento, porque esas personas también llegaron hace algunos años acá, a la cabecera. Son nuevos como nosotros (junio de 2012, cabecera de Las Margaritas).

En el barrio de San Sebastián ocurrió lo mismo. En los primeros años de la década de los noventa este barrio registró un crecimiento importante. Aunque el gobierno local no cuenta con datos de su crecimiento, en la memoria de algunos pobladores de la cabecera prima la percepción de su crecimiento exponencial. San Sebastián es conocido porque alberga una estación de radio, La Voz de la Frontera Sur XEVFS AM, perteneciente al Sistema de Radiodifusoras Culturales Indigenistas de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. Anteriormente cerca de la estación era difícil ver casas, pero a partir de los noventa los campos poco a poco fueron poblados por personas desplazadas de otros espacios.

En entrevistas que sostuve con personal de la Secretaría de Desarrollo Social Municipal, me comentaban que muchos asentamientos de Sacsalum y San Sebastián eran irregulares y que hacía pocos años que habían comenzado a resolver problemas de propiedad de la tierra; sin embargo, quedaban pendientes alrededor de 200 casos solamente en estos lugares.⁸² La ciudad de Comitán también experimentó el mismo proceso. Barrios como el Cedro, Jerusalén, Linda Vista, Jordán o Plan de Ayala, entre otros, se fundaron y ampliaron con población desplazada por el conflicto zapatista.

Es notable la diferencia entre la cabecera municipal y sus localidades, y aun cuando después de 1994 el paisaje de la primera se ruralizó, sus diferencias son importantes. La cabecera municipal cuenta con una gran variedad de establecimientos comerciales que ofrecen artículos como alimentos, abarrotes, calzado, vestido, muebles, etcétera, y cuenta además con servicios bancarios, de hospedaje y restaurantes. Por lo que respecta al ámbito educativo, alberga numerosas escuelas de nivel básico y dos preparatorias de nivel medio superior. Recientemente en la cabecera municipal se inauguró, con instalaciones propias, una sede de la Universidad Intercultural de Chiapas, cuya central se encuentra en San Cristóbal de Las Casas. Asimismo, el municipio cuenta con una unidad médica federal. El censo del INEGI de 2010 reportó que en la cabecera municipal vivían 20,786, habitantes, lo

Cuadro 3. Principales localidades del municipio de Las Margaritas

Cabecera municipal de Las Margaritas	20,786	18.64
Carmen Villaflores	422	0.38
Jalisco	20,786	18.64
Justo Sierra (San Francisco)	422	0.38
Nuevo Huixtán	20,786	18.64
Plan de Ayala	422	0.38
Veinte de Noviembre	20,786	18.64
Yasha	422	0.38

Fuente: elaboración propia con datos del INEGI, *Conteo de Población y Vivienda 2010*.

⁸² Un informe del PNUD (2012) sobre desplazados por conflictos armados refiere que en el municipio de Las Margaritas fueron desplazadas 3,367 personas: 723 familias.

que representa el 18.64 por ciento de la población total del municipio (ver cuadro 3).

Sobre este proceso de movilización poblacional con ejes multicausales definidos por las variables estructurales y coyunturales o políticas, se puede decir que Las Margaritas constituye un espacio social —complejo en su diversidad social y cultural— que ha dado lugar a dinámicas conflictivas ante la ausencia de un actor público capaz de impulsar un reordenamiento socioterritorial que haga de la cabecera un espacio habitable. La diversidad de problemas que experimenta la población en este enclave, en términos de sus déficit de servicios públicos, procede no sólo de la degradación o debilitamiento que hoy viven instituciones locales como la familia, las iglesias, las escuelas y los distintos espacios en donde se movilizan recursos, sino de la profunda ausencia de procesos económicos que dinamicen y autonomicen la vida social. Al no haber procesos de impulso económico, la dependencia del Estado se hace inevitable, pero también insostenible, lo que ha propiciado que en la misma cabecera municipal se emprendan estrategias migratorias hacia otras entidades del país, y en particular hacia Estados Unidos.

En este sentido, Viqueira (2008) y otros estudiosos del fenómeno migratorio refieren que, ante la falta de oportunidades en las ciudades, los jóvenes chiapanecos deciden viajar al vecino país del norte para ganarse la vida a pesar de las dificultades y sacrificios que esta opción supone. Incluso, miles de campesinos chiapanecos que recibieron tierras entre 1994 y 1998 se apresuraron a venderlas a fin de conseguir el dinero necesario para su viaje como migrantes clandestinos a Estados Unidos.

4. La migración margariteña a Estados Unidos

La literatura sobre migración internacional en Chiapas tiende a situar el fenómeno en momentos económicos críticos o ante sucesos naturales que destruyen los escasos recursos materiales que la población posee para la subsistencia; en momentos más recientes, es frecuente el cuestionamiento de la emigración de los chiapanecos más pobres, hecho que explicaría que, si hay emigración laboral a Estados Unidos, ésta corresponde a personas que tienen los recursos para financiar el viaje. También surgen algunas interrogantes, como por qué los chiapanecos no habían iniciado antes procesos migratorios a Estados Unidos, aun cuando habían visto a cientos de guatemaltecos, salvadoreños y hondureños transitar a través de la frontera sur de México rumbo a ese país. Sin duda, muchas interrogantes quedarán por ahora sin respuesta, o las respuestas serán múltiples en atención a la diversidad de eventos y contextos. Desde luego, el peso de las restricciones estructurales influye en la medida en que estamos hablando de una sociedad sin desarrollo local propio, por lo que los entornos nacional e internacional modulan y definen la naturaleza de las respuestas a dichas restricciones. Intentaremos situar el fenómeno en el municipio de estudio.

En las entrevistas que realicé, los primeros migrantes en la cabecera municipal y en algunas comunidades se registran durante los años noventa del siglo XX, aunque

casos particulares dan cuenta de migración hacia Estados Unidos a mediados de los ochenta. Estas fechas coinciden con las señaladas en los principales trabajos sobre emigración de chiapanecos al país del norte,⁸³ donde los autores argumentan que la salida masiva de chiapanecos se debió a fenómenos naturales —huracanes—, a la crisis económica —café y otros— y al movimiento zapatista, entre otras causas.

En el trabajo de campo realizado conocí a un grupo de personas que hicieron la travesía a mediados de los ochenta y algunos de ellos aseguraron haber sido los primeros en migrar a Estados Unidos. Un habitante del ejido Veracruz comentó:

Yo fui en 1986, trabajaba en petróleos y ganaba poco, no ahorra. Un amigo me comentó que en el norte había un lugar donde se podía ganar más paga, que sólo era cuestión de llegar a la frontera y cruzar a otro lugar para conseguir chamba y mejor pagada. En ese tiempo no se escuchaba de mucha gente que fuera. Yo fui uno de los primero que fue para allá. Recuerdo que nos fuimos tres, otro de un lugar que se llama Nuevo Nicaragua, yo de aquí, de Veracruz, y otro de las montañas (enero de 2009, ejido Veracruz).

Otro habitante de la cabecera municipal también compartió conmigo los detalles de su partida a Estados Unidos. Al igual que en el anterior relato, escuchó hablar de Estados Unidos como un territorio ubicado en el norte. Sólo sabían que allí se ganaba más dinero, e incluso comentó que describían los dólares como “billetes verdes que costaban más”. La socialización de la migración comenzó cuando escucharon hablar de ella a otras personas ajenas a su lugar de origen, por ejemplo, a los guatemaltecos que transitaban por Comitán para ir a Estados Unidos. Respecto a ello, un habitante refirió que:

En el 87 me fui para allá. Trabajaba fuera de acá, de Margaritas, porque siempre me ha gustado trabajar en muchas partes. Me acuerdo de que estaba trabajando por Tabasco y ahí escuché hablar de Estados Unidos a un compa guatemalteco. Me dijo que se ganaban billetes verdes, le pregunté cómo se iba para allá y medio me orientó. Me regresé a Las Margaritas y le platicué a mi esposa, así es que conseguí algo de lana y agarré mis “chivas” y me fui para el norte (febrero de 2009, Las Margaritas).

Ambos migrantes permanecieron poco tiempo en Estados Unidos. Llegaron primero al norte de Carolina y poco después se aventuraron hacia el estado de Florida en distintos momentos. Para ellos lo difícil fue cruzar el desierto en un tiempo en el que no existían tantos controles de seguridad como actualmente.

Sin embargo, a principios y mediados de los noventa se empezaron a registrar más casos de migrantes que emprendían el viaje, muchos de ellos jóvenes.⁸⁴ La

⁸³ Ver Rus y Guzmán (1996), Villafuerte y García (2006), Jáuregui y Ávila (2007) y Viqueira (2008), entre otros.

⁸⁴ Los jóvenes entrevistados que emigraron en los años noventa del siglo pasado lo hicieron, en su mayoría, entre los 18 y los 27 años.

mayoría de ellos reconocía que la decisión de dejar su lugar de origen para ir a “los Estados” fue propia. Si en su travesía no lograban pasar la frontera, necesitaban establecerse en algún lugar del norte de México. En esos casos, algunos encontraron cobijo con grupos juveniles y tuvieron que someterse a sus reglas y códigos, lo cual, como bien decía un migrante, era una necesidad ante el desconocimiento de las reglas de la vida cotidiana en el norte del país. Respecto a ello, Julio Sánchez refiere:

Me fui a Estados Unidos porque un señor de Tapachula me contó de ese lugar. Decía que del norte para arriba hay lugares donde se ganaba buen billete. Entonces, junté cierta cantidad de dinero y me fui para Estados Unidos. A la edad de 15 años migré. Casi como un millón de pesos de los de antes fueron los que gasté para ir a Estados Unidos. Para ir allá ahorita se requiere 3,500 dólares, pagando coyote, hotel, comida, entre otros. En 1989 me fui para Estados Unidos. Primero fui a Tuxtla y de ahí a la ciudad de México, y de ahí no sabía para dónde ir. Estuve algunas horas en la central de camiones pero no sabía para dónde ir. Después me acordé que el señor de Tapachula me dijo que tenía que irme a Tijuana y busqué donde dijera el nombre. Pregunté sobre el boleto de Tijuana a la señorita que me vendió el boleto y qué había después de Tijuana, pues no sabía que era frontera. Ella me dijo que Tijuana es frontera y me preguntó: “¿tú para dónde vas?”. Le contesté que para allá. “¿Y después qué sigue?”, le pregunté. “Pues muy cerca de Tijuana está Estados Unidos, sí, está bien cerquita”. Entonces yo me alegré mucho porque en ese tiempo casi nadie de por aquí llegaba para allá. De Chiapas no había muchos y de Las Margaritas ya tiene como unos siete años que empezó a salir más gente [...] Yo me quedé en Tijuana como dos meses. La vida ahí es muy difícil. Tuve que aprender a vivir en la calle porque en ese tiempo también en Tijuana era bien dura la vida, mucha violencia. Y yo tuve que entrar a las gangas, los cholos, o no sé cómo le llaman aquí a esas pandillas. Solamente así aprendí a vivir en la calle, porque si estás tú solo es más difícil sobrevivir, por eso me junté con ellos, porque nos dábamos apoyo y además teníamos un lugar donde dormir. Pero te voy a decir que nada es de a gratis porque tenía que robar para ellos y a cambio de eso me daban seguridad, y pues éramos como una gran familia ya que nos protegíamos y también nuestro territorio. Por eso tuve que entrarle a la pandilla, porque no tenía cómo sobrevivir. Me acuerdo que cuando conocí a los de la ganga fue porque me asaltaron y me golpearon. No me quitaron nada porque no llevaba nada. Entonces me preguntaron que para dónde iba y les dije que no tenía familia y que quería cruzar para el otro lado. Uno de ellos dijo “traíganselo”, y me llevaron a comer unos tacos porque no había comido nada, pero en la noche el mismo que me llevó me dijo: “tú y tú se van en tal esquina y quiero que me traigan la lana que se chingaron de los tacos y algo más”. Y también dijo: “enséñenle qué tiene que hacer”. Entonces, en la línea de Tijuana y San Diego asaltábamos los comercios para que después me dieran comida y seguridad [...] (enero de 2010, cabecera de Las Margaritas).

Otro joven comentó:

Yo me fui en el 96 con otros compas. Ya estaban algunas líneas de transporte que salían a México y de allá para el norte del país. Me fui con el apoyo de mi papá. En el autobús encontré mucha raza que iba a lo mismo que yo. Nos fuimos en autobús de una línea que ya ofrecía los viajes al norte. Nos fuimos a Tijuana y, gracias a Dios, sólo estuve cinco días ahí, pues uno de los que iba ya tenía contacto. Pagamos y nos cruzaron, sí, a San Diego, pero luego nos llevaron a California.

Estos testimonios dan cuenta del imaginario que se tenía acerca de Estados Unidos, pero también de las circunstancias en que viajaron los primeros migrantes chiapanecos hacia ese destino. Era visible la ausencia de redes sociales que les ofrecieran cobijo y apoyo solidario en caso de ser víctimas de las crueldades y la violencia del entorno inmediato.

Como se ha dicho, la migración margariteña se registra desde los años noventa, aunque algunos iniciaron la travesía unos años antes, los llamados primeros migrantes. En contraste, en la segunda década del siglo XXI, el mayor número de jóvenes emigraron siendo adolescentes, en algunos casos casi niños, en edades que oscilan entre los 15 y los 20 años.

En la primera década del siglo se registraron principalmente partidas en grupos, “hasta con coyotes locales”, mientras que en la década anterior muchos coyotes eran de Comitán y Frontera Comalapa, ambos municipios ubicados en la región Fronteriza, e incluso del vecino país de Guatemala. Asimismo, se comenzaron a gestar algunas redes con “primos-paisanos” que se instalaron en las ciudades fronterizas, lo que, según mencionaron algunos entrevistados, comenzó a hacer más fácil el desembarco. Los que se quedaron en alguna ciudad del norte del país poco a poco fueron encontrando opciones laborales, principalmente en el comercio informal o en las maquilas, aunque con salarios muy bajos y sin derechos laborales o con derechos mínimos. Se percibe también una mayor socialización sobre los avatares de las travesías al norte del país y de éste a “los Estados”.

Se registran también dificultades para la construcción de redes sociales receptoras de migrantes en las entidades del norte. Aunque se han encontrado pequeños grupos de conocidos y familiares asentados en la ciudad de Tijuana, la mayoría están dispersos. Asimismo, como un rasgo distintivo del joven migrante rural se constata que los valores identitarios y los principios comunitarios no sólo se despliegan como obstáculos en el vivir global, sino que también se activan en “tierra de nadie” y se tornan en un factor individualizado que frena la caída a un mundo de violencia y vicios.

Jóvenes migrantes de la primera década de este siglo comentaron:

Me fui con varios compañeros, pero la pasada en la frontera norte estuvo cabrón. Yo no llegué, es más, ni siquiera atravesé un metro, se nos vinieron encima. Me quedé en Tijuana, y la verdad, no sé por qué si uno sabe que Tijuana es México, pero uno está temeroso, como si no fuera mi país. Es de locos. Como le decía, desde que salimos de Chiapas no lo hicimos solos, venía un coyote con nosotros. De todas maneras, quedarme sólo fue para juntar algo de dinero y volver a intentar. Yo siempre me dije: de que la hago, la hago (diciembre de 2009, cabecera municipal).

Me fui cargado de esperanzas, imagínese si no. Pero las esperanzas se van acabando en cada trámite que uno tiene que atravesar. Empecé a entender el consejo de un compa: desde que sales de la comunidad todos van a querer chingarte, enténdelo bien, todos. Ya no crucé, me quedé en Tijuana. Después de intentar encontrar un trabajo, me junté con otros igual que yo, jodidos, pero otros igual de jodidos también nos amenazaban. Se vive al día, a veces ni para comer. Sí robé. Le entré a la droga y al trago, pero luego supe que no era lo mío, me regresé. Aunque ahora ya hay conocidos, estaba decidido a no intentar irme. Aquí la voy a hacer, me decía, a ver cómo, pero mejor me quedo. Pero después, a los dos años, me vino otra oportunidad. Aquí no se puede hacer nada, sólo seguir igual de jodido, pensé. Por eso me volví a animar (diciembre de 2009, cabecera municipal).

Otro migrante comentó:

Sí, de aquí, saliendo de nuestro lugar Margaritas, teníamos que llegar con nuestro coyote propio, incluso comiendo de lo mismo, hasta Altar Sonora. Con coyote es más seguro. A veces ofrecía ayuda, él buscaba el carro. En este caso, cuando sale aquí los anuncios que están en las oficinas de viajes a Tijuana, ahí nos contrataba un carro para que fuéramos todos juntos, dos camiones a veces se iban (diciembre de 2009, cabecera municipal).

Así, las redes, aunque frágiles, comenzaron a ser utilizadas por algunos migrantes. Por ejemplo, se registran algunos casos en los que las iglesias evangélicas fueron utilizadas como estrategia, porque algunos migrantes de la cabecera que no tenían los recursos suficientes para pagar a un coyote desde su partida se apoyaron en ellas para llegar hasta la frontera norte. En este sentido, refirió un migrante:

Salí de Las Margaritas para Tuxtla Gutiérrez. Ahí conocí a un señor que fue buena gente conmigo. Trabajé dos semanas con él y me acuerdo que íbamos a la iglesia de adventistas. Te diré la verdad, yo era católico pero ahí fui porque ese señor me invitó. Un día estaban platicando unos señores de la iglesia que fueron para allá y que unos hermanos los ayudaron en México y después en otro lugar de más allá por el norte. Pensé que era una buena estrategia para llegar a los Estados Unidos y dije, ni modo, voy a dejar de ser católico. Así es que me fui con otro compa a la ciudad de México. Ahí nos recibió una herma-

na y estuvimos unos días ahí. Después esa hermana nos apoyó a contactar a otra persona de la misma congregación que vivía en Ciudad Obregón y ahí estuvimos unos días haciendo labores en su iglesia. [...] De ahí salí para Altar, Sonora, al llegar me encontré con algunos de mis paisanos que habían pagado al coyote desde Chiapas. Ellos me apoyaron y tuve que pagar algo de lana para que me pasaran. Así fue como llegué a “los Estados” pero, la verdad, fue buena la estrategia de convertirme de católico a adventista por un rato (diciembre de 2009, cabecera municipal de Las Margaritas).

Los que denomino primeros migrantes, que emprendieron el viaje en la década de los ochenta, fueron creando estrategias, como socializar con quienes habían tenido experiencia migratoria, algunos de ellos guatemaltecos, incorporarse a las iglesias protestantes o establecer redes de apoyo, entre otras. Poco a poco esas estrategias se hicieron más dinámicas. Asimismo, para quienes emigraron en la primera mitad de los noventa el cruce no fue tan traumático, según comentaban algunos. Un número importante de los entrevistados dijo que el cruce lo habían realizado desde Tijuana; no obstante, de acuerdo con la narrativa de los jóvenes que migraron de 2000 en adelante, los lugares de cruce se diversificaron y pasaron a ser Altar, en Sonora, Nogales, en Nuevo Laredo, Agua Prieta y Tijuana. Sus relatos son impactantes: “es como atravesar el infierno para llegar a la gloria, así lo sentí”, nos dijo un joven. Con todo, el recordar el cruce fronterizo es como volverlo a vivir y lo narran con un sentido ya de desafío, ya rememorando las penalidades sufridas.

5. De primer migrante a pollero

Algunas personas, después de realizar la travesía, a su regreso se dedicaron a ser prestamistas, intermediarios, polleros e incluso choferes del llamado “transporte turístico”.⁸⁵ Los especialistas en el tema migratorio han llamado a estas actividades la “industria de la migración”, es decir, “un conjunto de personas especializadas en diversas tareas que se ganan la vida organizando los movimientos migratorios” (Castles y Miller, 2004: 144).

En este apartado describiré la experiencia de dos margariteños, uno de una comunidad cercana a la cabecera y otro de un municipio colindante. Ambos radican en la cabecera municipal de Las Margaritas y, tras permanecer varios años en Estados Unidos, conocer las rutas en aquella nación y en México y vincularse con otras redes, regresaron al lugar de origen y se dedicaron a “pasar gente para el otro lado”, como ellos dicen.⁸⁶

La migración de mexicanos a Estados Unidos tiene un patrón heterogéneo de acuerdo con la inserción temporal y espacial en las diferentes regiones del país vecino. En concordancia con Heckman: “el patrón migratorio va variando en el transcurso del tiempo, y depende de las regulaciones legales existentes, la vigilancia, los regímenes de la frontera, las reacciones de los contrabandistas y de los migrantes a estas condiciones y las características físicas de las áreas fronterizas” (2006: 304).

⁸⁵ Medio de transporte utilizado por muchos migrantes para ir a la frontera norte y a otros lugares de la República.

⁸⁶ Por respeto y cuestiones de seguridad no mencionaré los nombres de los entrevistados y ocultaré sus lugares de origen.

La falta de acuerdos migratorios entre México y Estados Unidos, la situación de pobreza que se da en muchas partes de México, la crisis económica del vecino país que se registró hace unos años y la decisión de fortificar su frontera sur —sustentada en un estruendoso aparato ideológico que define a los “enemigos”—, son elementos que están propiciando que día tras día muchos migrantes se integren a los circuitos del llamado tráfico de personas⁸⁷ al ver que es imposible conseguir una visa o un trabajo de manera legal en Estados Unidos. Si algo es producto de la globalización, es esta aparente contradicción de los países del norte, en particular de Estados Unidos, que favorece el libre mercado pero fortifica sus fronteras para impedir la circulación de personas bajo el pretexto de la seguridad nacional y la entrada a su territorio de posibles terroristas.

Según Heckman, el tráfico de personas emerge a partir de la existencia de fronteras y porque el cruce de personas sólo es posible bajo determinadas condiciones legales a las que muchos que desean emigrar no pueden acceder (2006: 320). El mismo autor señala que, a pesar de no conocer las entrañas de la organización del contrabando, existe la hipótesis entre los académicos y la opinión pública de que el tráfico de personas está en manos de organizaciones mafiosas piramidales, bien estructuradas y con mucho apego a otras organizaciones criminales —venta de armas, drogas, entre otras— en las que están relacionadas personas de los países de origen, tránsito y destino en muchas partes del mundo (2006: 310-321).

En una proporción menos compleja, hemos registrado que en la zona de estudio existen recursos que tienden a “hacer posible el paso”, y no tanto a tráfico de personas propiamente —lo que también alude a redes criminales en el sentido penal—. Como ya he referido anteriormente, los primeros migrantes en Las Margaritas iniciaron la travesía al norte aventurándose a trazar ellos mismos su ruta migratoria valiéndose de pequeñas redes o de instituciones religiosas que coadyuvaban en el tránsito, viajes que culminaron en el asentamiento de algunas personas en las ciudades fronterizas. Algunos migrantes sabían de la existencia de polleros centroamericanos que transitaban por la región para llevar personas de Centroamérica, y en no pocas ocasiones solicitaron sus servicios.

Dos entrevistas realizadas en el municipio de estudio son estratégicas para comprender los distintos mecanismos para “hacer posible el paso”. Los llamados primeros migrantes en el municipio comenzaron a formar sus propias redes a nivel local, esto derivado de la experiencia acumulada. En ambas entrevistas los migrantes coincidieron en que fueron conociendo las rutas durante el tiempo en que estuvieron en Estados Unidos, que fue de entre siete y diez años. Las redes para transportar a los migrantes las conocieron en la frontera norte de México y en el vecino país. Según comentaron, poco a poco se fueron conectando desde el nivel local hasta llegar al internacional, como nos dice uno de ellos:

⁸⁷ Artola (2005) entiende el tráfico de personas como la facilitación de la entrada ilegal de personas en un país con el fin de obtener directa o indirectamente un beneficio financiero o de orden material. El mismo autor refiere que no se debe confundir con la trata de personas ya que, aunque son temas relacionados, refieren a problemáticas distintas.

Mira, esto es una bronca que está bien establecida desde hace tiempo y que en muchos casos no conocemos a los meros, meros pues, pero lo que te puedo decir es que tenemos contactos en varios lados; por ejemplo, aquí en Margaritas hay muchos que ya fueron para el otro lado y ya quieren pasar gente, pero no es tan fácil porque no conocen a los contactos en la frontera, allá en el norte, el que va a caminar con ellos en el desierto, el contacto donde van a llegar en Estados Unidos. Está todo bien hecho para que pasen (julio de 2011, cabecera municipal).

De acuerdo con Aquino Moreschi, cualquier red está formada por actores diferentes entre sí distribuidos local o internacionalmente, especializados en algún fragmento del trayecto hacia el otro lado: los que reclutan y forman los grupos de personas, los que organizan autobuses de Chiapas hasta la frontera norte, los choferes, los acompañantes, los guías en el desierto, los “raiteros” que recogen a los migrantes en la frontera, los que cuidan las casas de seguridad, los cobradores, etcétera (2010: 3 y 5).

Para muchos migrantes margaritenses que realizan el viaje resulta más seguro hacer la travesía contratando a polleros locales ya que, según mencionan, el riesgo puede ser menor. Además, como algunos de ellos son conocidos en la cabecera municipal, existe una especie de convenios sociales de sanción que hacen que el contratante del servicio y los migrantes tengan confianza en la transacción. Respecto a ello, uno de nuestros entrevistados comentó:

Quando sales con los compas que pasan gente para el otro lado desde aquí, en Las Margaritas, es más fácil y más seguro. Claro que no va a ser seguro que te pasen hasta donde uno va en Estados Unidos, pero es difícil que te roben porque los conoces y algunas veces puede que la comunidad te apoye cuando ellos no cumplen. También, en mi caso, siempre me siento seguro (julio de 2011, cabecera municipal).

La visión local respecto a los polleros locales es diversa. Mientras algunos migrantes asumen sentirse seguros, otros prefieren cruzar la frontera de manera individual aunque reconozcan que es más difícil. Por su parte, algunos familiares de los migrantes y otros habitantes consideran que el pollero local tiene que ser una persona comprometida que, aunque sepa que el negocio es ilícito, cumpla la función de apoyar a los demás en el cruce a Estados Unidos, así sea por dinero. Al igual que lo señalado por Aquino Moreschi (2010) respecto a algunas comunidades en la Selva Lacandona, en la cabecera municipal los polleros locales acuerdan con el migrante que este último tiene que pagar en principio la mitad de lo acordado.

La cantidad puede variar dependiendo de los contactos del pollero para hacer efectivo el cruce. Las dos personas entrevistadas comentaron que el monto para cruzar está calculado entre 27,000 y 30,000 pesos que se reparten de la siguiente manera:

Cuadro 4. Gastos del viaje y cuotas de pago a los polleros locales

Itinerario de viaje	Monto a pagar por el migrante (pesos)	Ganancia para el pollero (pesos)
Transporte hasta la frontera norte	1,300	300 por migrante
Gastos durante el viaje	1,000	
Pago por seguridad en la frontera	1,000	
Para cruzar la frontera ⁸⁸	Entre 25,000 y 27,000	10,000 por migrante

Fuente: diario de campo, 2011.

Los migrantes que logran cruzar a Estados Unidos con éxito se comprometen a retribuir la segunda mitad del dinero en sus comunidades, pago que hará un miembro de la familia. Si después de dos o tres intentos no logran cruzar, sólo abonarán una tercera parte de lo acordado. De esta manera se mantiene la confianza con los polleros locales y se evita que defrauden a los migrantes.

El pollero está pendiente del cruce de los migrantes en un hotel de seguridad en el punto de cruce de la frontera norte. Algo que es importante señalar es que las dos personas entrevistadas eran conscientes de las sanciones recibirá las que estaría sujetos si defraudaban a los migrantes, las cuales podrían consistir en: la pérdida de credibilidad entre los futuros migrantes, el deterioro de su prestigio o que algún familiar los amenace o incluso los denuncie ante las autoridades policíacas. Asimismo, en ambos casos hablaron sobre cómo trabajaban con miembros de la religión protestante. En este sentido, uno de ellos comentó:

Yo estoy consciente de lo que es mi trabajo, pero no hay otra manera de ganarse la vida en este lugar. En la iglesia nos enseñan a apoyar al prójimo y quizás de esta manera pueda hacerlo. Ya conocí allá con los gringos su forma de vida, dónde chambear, y entonces hay que apoyar a nuestros paisanos que quieren ir para allá, por eso es bueno que aprendamos eso en la religión (julio de 2011, cabecera municipal).

⁸⁸ Uno de los entrevistados dijo que a veces había que pagar 2,000 pesos al "ranchero gringo", dueño del rancho del lado de Estados Unidos, costo que asumía el migrante. En el otro caso ya estaba incluido en el monto total.

Ambos polleros locales trabajaban con pocos migrantes debido al creciente número de personas que ya ofertaban este servicio en la comunidad y en lugares alejados. Cada uno pasaba entre 10 y 12 migrantes al año, por lo que tenían otras fuentes de ingresos, como tienditas de abarrotes o la renta de la poca tierra que tenían para la siembra de maíz o ganado. Sin embargo, el “pasar migrantes” seguía siendo su principal fuente de ingresos para ellos y sus familias. Al respecto compartían:

Este oficio, así le llamo yo, no nos deja mucho como se imagina la gente. Yo creo que hay muchas personas que pasan gente ahora y, bueno, por eso no es nuestro único oficio. Hay veces que se tiene que dedicar uno a otras cosas, a trabajar la tierra o a vender algunas cosas, porque a veces pasa tiempo para que la gente venga para cruzar al otro lado (julio de 2011, cabecera municipal).

Uno de ellos era hablante de Tojolabal y sus principales clientes procedían de comunidades en las que se hablaba la misma lengua; el otro, que no hablaba ninguna lengua maya, recurría más a mestizos de la cabecera municipal, muchos de ellos familiares o conocidos, incluso de otros municipios aledaños, aunque pocos. En el siguiente apartado describiré cómo se planea el viaje y cómo se organizan los migrantes conjuntamente con los polleros locales.

6. Prepararse para el viaje a la otra frontera

Conseguir el capital para viajar a Estados Unidos es una odisea. La mayoría de los entrevistados se endeudaron por algún tiempo para obtener el dinero del cruce, y lo hicieron principalmente recurriendo a dos estrategias para financiar el viaje: las casas de empeño y los prestamistas locales. En especial, las familias de los migrantes prefieren a estos últimos.

En la cabecera municipal de Las Margaritas poco a poco aumentaron las empresas dedicadas al empeño. Según me comentaba la propietaria de un local que rentó a una de estas empresas entre 2008 y 2011, éstas aumentaron significativamente ya que antes había solamente una empresa con un solo local: Montemex. Posteriormente se incorporó Presta Mex y más tarde Western Unión, aunque esta última sólo es útil para recibir dinero de Estados Unidos. En mis últimas visitas al municipio contabilicé siete locales de estas empresas en los primeros cuadros del centro de la cabecera.

Los prestamistas son otros actores que poco a poco han ido ganando terreno en la economía local. En numerosos anuncios por la ciudad se informa sobre préstamos con baja tasa de interés que van del 5 al 15 por ciento. No obstante, algunos migrantes comentaban que a veces recurren más a familiares ya que existen lazos de confianza, aunque algunos elevan demasiado sus intereses —entre el 10 y hasta el 15 por cierto—.

De esta forma, para conseguir el dinero de la travesía muchos migrantes recurren a alguna de estas dos vías, las casas de empeño y los prestamistas, y complementan el monto con la venta de ganado o productos agrícolas, o echando mano de los ahorros del padre o de algún familiar que se encuentre fuera del lugar de origen. Cruzar la frontera es una importante utopía para muchos migrantes y ansían conseguirlo, ya que de lo contrario las deudas de ese intento fallido resultarían contraproducentes para ellos o sus familias.

Una vez obtenido el dinero para pagar al pollero comienza la angustia, y simultáneamente la ilusión de alcanzar el paraíso o el sueño americano. Durante la estancia en campo observé que muchos de los que iban a cruzar por primera vez acudían a conversar con el pollero sobre cómo iba a ser la travesía, incluso le preguntaban cómo era la vida en Estados Unidos o cómo debían comportarse ahí. Recuerdo en especial una charla con un migrante en la que me comentó que le preocupaba no conseguir tortillas porque quizás no quedaría satisfecho con las comidas de aquel país, ya que había escuchado que se comían muchas hamburguesas.

Por otra parte, hablaban también acerca de la vida en Estados Unidos. Era común que se abordaran temas como las condiciones laborales, los pesares o los problemas de los jóvenes: “Allá es común encontrar gente que te va a querer chingar [...]”; “a veces sólo estamos entre paisas, porque hay libertad siempre que lleves tu dinerito en tu bolsa”; “hay muchos jóvenes que sólo quieren desmadre, así que uno sabe a lo que va [...]”. Frases como éstas eran comunes en sus pláticas. Asimismo, mencionaban la necesidad de ejercitarse, caminar y caminar, porque cruzar el desierto es un poco pesado, “más que andar en la montaña”.

En las mismas charlas hablaban sobre las reglas de seguridad tanto del migrante como del pollero antes de partir. Algunas de ellas eran las siguientes:

- No mencionar que vienen acompañados por el pollero o los demás compañeros cuando estén a bordo del camión o cuando hablen con personas que no sean del grupo, con la policía o con autoridades que suban.
- Evitar ponerse nervioso cuando suba la policía y solamente decir: “soy mexicana”, “voy a visitar a uno de mis primos allá en el norte”.
- Acordarse de su clave de seguridad —es otorgada por la persona que los acompaña hasta el norte— al entrar a Altar y a Agua Prieta en Sonora, para no tener problemas.
- Llevar memorizados los datos de la persona o familiar que los espera en Estados Unidos, en caso de tenerlos.

Después de las recomendaciones, se acordaba el día más conveniente para la partida del grupo de migrantes junto con el pollero, quien realizaba convenios previos con los dueños de los autobuses que salían para el norte.

Las llamadas “agencias de viajes” son negocios que poco a poco comenzaron a funcionar en los primeros años del siglo XXI en el estado. En Tuxtla Gutiérrez fue donde comenzaron a ofertarse estos servicios de transporte que se dirigían a algunas ciudades fronterizas del norte del país como Tijuana o Sonora. Poco a poco estas empresas se fueron extendiendo a numerosos municipios del estado donde se registraban numerosos desplazamientos de migrantes.

Estas empresas prestan sus servicios bajo la figura legal de “transportes turísticos”. Ofertan servicios a bajo costo, por lo que muchas personas pueden acceder a ellos sin pagar demasiado para dirigirse a ciudades del centro, del Caribe mexicano y del norte del país. Los costos de los boletos varían; por ejemplo, para el Distrito Federal, Puebla, Cancún o Playa del Carmen el costo es de 350 o 400 pesos; para las ciudades del norte, como Tijuana, Mexicali, Altar, Agua Prieta o Chihuahua, el precio oscila entre 1,300 y 1,600 pesos.

Al igual que lo señalado por López Espinosa y colaboradores (2010) sobre San Cristóbal, en Las Margaritas estas agencias comenzaron a establecerse en la cabecera municipal en 2005. Uno de los primeros negocios fue Transportes Santa Margarita, propiedad de un hablante de tojolabal, empresa ubicada cerca del mercado municipal. Ofertaban rutas hacia la ciudad de México y Puebla los sábados, y hacia el norte del país, hacia Guadalajara y Sonora, con destino final en Tijuana, Baja California, los miércoles.

En un principio los pasajeros tenían que transportarse hasta la ciudad de Comitán y posteriormente a Tuxtla Gutiérrez en una suburban, y de ahí salían los camiones para el norte por los convenios que tenían establecidos con otras agencias de viajes; sin embargo, poco a poco los dueños se fueron haciendo independientes hasta que compraron sus propios camiones, la mayoría de ellos llamados de segunda clase. Respecto a ello refirieron:

Antes había que ir a Tuxtla con el pasaje pues para ir al norte había que irse con otras agencias de Tuxtla. Allá tenían más camiones, pero poco a poco fue tomando fuerza y había bastante pasaje, con lo que fue necesario ir comprando un camión de segunda, aunque sea para que así pudiéramos hacer el trabajo (julio de 2009, cabecera municipal).

Los camiones eran de la marca Somex y algunos no contaban con servicios de baño o aire acondicionado. En mis recorridos pude observar que los camiones más viejos se destinaban para las distancias relativamente cortas, como hacia la ciudad de México o el Caribe, mientras que los más nuevos, que contaban con algunos servicios, eran utilizados para ir al norte ya que la distancia es mayor.

Debido a la gran demanda de este servicio, la mayoría de ellos jóvenes que se dirigían a las ciudades del norte para intentar cruzar a Estados Unidos, fueron apareciendo más empresas que ofertaban el transporte, como Turismo Jiménez, cuyo propietario fue migrante y era hablante de tojolabal, o Turismo Moisés, que recientemente cambió su nombre a Frontera Tours. La mayoría de ellos tenía en el momento en el que realicé el trabajo de campo hasta dos locales cerca del centro de la ciudad.

Las rutas y los días de salida fueron incrementándose. Para ir a México y Puebla las corridas eran los sábados; para ir a algunas ciudades del Caribe como Cancún, también eran los sábados y los domingos en algunas ocasiones. La ruta hasta Chihuahua —Tuxtla Gutiérrez, Córdoba, Puebla, Querétaro, Zacatecas, Gómez Palacio, Chihuahua, Agua Prieta, Santana, Altar, San Luis Río Colorado, Mexicali y Tijuana— sólo la ofertaban dos compañías: Turismo Jiménez y Frontera Tours, con salidas los miércoles durante todo el año. La ruta Pacífico —Guadalajara, Tepic, Mazatlán, Culiacán, Ciudad Obregón, Hermosillo y Tijuana—, ofertada por la mayoría de las agencias, salía los viernes y los domingos. Cabe mencionar que algunos camiones llenaban su cupo con migrantes de otros municipios como Comitán o Frontera Comalapa. Las empresas de transporte funcionaban todo el año con un horario de 9:00 a 18:00 de lunes a sábado, en locales la mayoría de las veces rentados y atendidos por algún familiar del propietario. Las reservaciones o compras de boletos también se podían hacer por teléfono.

Según uno de los propietarios, los periodos de alta demanda de servicios eran los meses de enero y febrero por las personas que llegaban a pasar la navidad y luego regresaban, y entre julio y agosto, pues muchos acudían a la celebración de las fiestas de la patrona del pueblo y poco después regresaban.

Asimismo, cada pollero local establecía convenios con los dueños de los autobuses. Las dos personas que entrevisté sobre este tema comentaron que ellos los realizaban con los propietarios de Turismo Jiménez o de Frontera Tours, ya que tenían buenos camiones y les hacían un descuento en el boleto de cada migrante.

Una vez expresadas algunas indicaciones para la seguridad del grupo y el pollero, así como para la adquisición del boleto del transporte que los llevaría hasta el punto de cruce, se establecía el día de partida. Los que residían más lejos de la cabecera municipal llegaban un día antes y se hospedaban con algún familiar, e incluso a veces se quedaban en la casa del pollero local.

Con respecto al día de partida, observé cómo algunos familiares se despedían del migrante; vi el llanto, los abrazos y las bendiciones de los padres. Algunos migrantes llevan consigo alguna imagen de un santo católico para que los acompañe y proteja de cualquier penalidad en el camino. Poco a poco empieza a llenarse el camión; se enciende el motor, pues ha llegado el momento de partir.

La angustia y el desconcierto de lo que ocurrirá se reflejan en el rostro de cada migrante. Al interior del autobús se va dibujando un pequeño paisaje en el que poco a poco se registran trazos de voces que hablan sobre temas distintos a la travesía; a veces es la voz del acompañante del grupo que habla con el chofer y le pregunta sobre el trayecto, el clima de los lugares por los que pasarán y, claro, sobre la duración de la ruta. En otro tramo está el paisaje de los más jóvenes, que no hablan pero escuchan música en sus celulares o reproductores con la vista fija en el camino. Hay desazón e incertidumbre, pero también esperanzas que, seguramente, son las que sostienen por haber desafiado al poder que les había definido quedarse en el lugar de origen y acomodarse ahí con resignación.

En una ocasión realicé el recorrido en autobús desde San Cristóbal hasta Guadalajara, un tramo importante. En el trayecto registré vivencias comunes, pero llenas de sentido para quienes conformaban el grupo de pasajeros. Percibí un cúmulo de sentimientos encontrados. Mientras algunos estaban ansiosos por llegar a los puntos de cruce, en otros se percibía el nerviosismo. A bordo del camión, el chofer nos daba algunas recomendaciones, como utilizar el baño sólo para orinar ya que no se aguantaría el mal olor porque el camión llegaría a Tijuana en tres días. Insistía también en que los pasajeros no se quitaran los zapatos para no generar malos olores.

Dentro del camión los polleros y las personas que acompañaban iban de incógnito frente a los que no eran del grupo, haciéndose pasar por trabajadores migrantes para no causar sospechas. El viaje a cada paso resultaba más pesado ya que, aunque hizo algunas paradas para comer o ir al baño, padecíamos las inclemencias de los constantes cambios de clima de los lugares que recorría el camión. A este respecto, Ramón comentó:

Al principio es divertido pues pasas muchos pueblos y aunque sea de paso los conoces, pero después de un día y medio estás aburrido, de hecho yo me aburrí un chingo allá en el norte, porque ves puros terrenos planos a veces sin árboles, el calor es fuertísimo, pero aún si se chinga el clima, ya valiste porque es horrible, y además los olores de sudor y de patas son bastantes, pues, hasta ganas de fumar da para que el olor se vaya un poco (julio de 2011, cabecera municipal).

El recorrido dura tres días y es pesado; es el principio de la odisea de cruzar. Algunos que ya tienen experiencia migratoria, optan en ocasiones por hacer menos difícil el tránsito e irse en avión hasta alguna ciudad cercana al punto fronterizo.

7. Dar el brinco a Estados Unidos

Al ingresar a Altar o Agua Prieta, en Sonora, me comentaban que es más seguro el cruce hacia Estados Unidos. En esos momentos los migrantes se identifican con códigos; es decir, comienza a ser válida la seguridad por la que pagaron para no ser detenidos por autoridades municipales o estatales e incluso para no ser secuestrados por el crimen organizado. En este sentido refirieron:

Cuando vas entrando a los poblados donde están los cruces, en Altar, Agua Prieta u otro punto donde es un poco seguro cruzar con los gringos ahora, comienza a funcionar un código, por ejemplo, si no tienes eso a veces te puede detener la policía y te extorsiona, te pueden bajar algo de lana. Haz de cuenta: si te detienen y tú dices tu código, la policía habla por la radio y da ese código, entonces dicen es de tal persona, que es el jefe de la plaza, yo creo, así funciona, porque a veces ya he visto que detienen gente, muchos centroamericanos que llegan ahí o también algunos compas que tal vez no agarraron jale en sus lugares de origen (diciembre de 2012, cabecera municipal).

Este código es conocido por los taxistas, en algunas tiendas y en los hoteles donde se hospedan mientras se preparan para cruzar. Al llegar al hotel se les indica que descansen y que coman bien. Me comentaba un migrante que si querían salir lo hacían en grupo y acompañados del pollero local, siempre pendiente de ellos.

En los puntos de cruce cada día aumentan más los negocios de venta de artículos que necesitan los migrantes. Uno de ellos comentó que hay tiendas donde venden ropa, tenis, mochilas y todo lo necesario para cruzar el desierto. Se les pide que lleven ropa oscura para ocultarse de la migra, además de una camisola, guantes y gorra para cubrirse del frío por la noche. Asimismo, se les indica que carguen dos galones de agua y comida enlatada para aguantar la caminata por el desierto. Juan comentó:

Siempre les digo lo que van a llevar para hacer el “brinco”: ropa cómoda y una camisola, guantes y hasta una gorra para el frío de la noche, también el agua y algo de comida enlatada para soportar el hambre y sed. También les digo que hagan caso de las indicaciones del guía para que no tengan problema y que no se separen mucho del grupo (diciembre de 2012, cabecera municipal).

Los migrantes se preparan para “dar el brinco”. Una camioneta pasará por ellos al hotel para trasladarlos a otro lugar con la finalidad de llegar al desierto y comenzar el cruce. Por su parte, el pollero local esperará en el hotel noticias sobre el cruce de su grupo de migrantes. Como él dice: “cuando ya cruzaron y están con el otro contacto, ya casi concluyó el compromiso de mi trabajo”.

Todo el que consigue cruzar la frontera se da cuenta de la realidad y de sus consecuencias, dice Gustavo, originario de Las Margaritas. Cuando logran el cruce al “otro lado”, una persona se transforma *de facto* en migrante con un estatus particular: desde la ley, se convierte en mojado, indocumentado, ilegal y extranjero; desde la etnia, son llamados latinos, hispanos, mexicanos. En cuanto deciden ir a Estados Unidos, interiorizan el sentido de la palabra “indocumentado” aún en territorio nacional, sin embargo, uno de ellos indicó: “es distinto este sentir cuando ya se cruzó, cuando diste el brinco sólo Dios y tu suerte van a definir tu futuro”.

Este sentido de vulnerabilidad les acompaña desde que dejaron la casa, aunque para ellos hay puntos en la trayectoria migratoria que son cruciales. Para la mayoría de migrantes que entrevisté, el desierto es el lugar donde se pueden quedar las esperanzas, donde puede terminar el sueño no iniciado, pero también hay relatos de jóvenes sobre el cruce que parecen extraídos de una película mexicana sobre la frontera. En numerosas charlas me hablaron de este punto como uno de los más difíciles durante la travesía. Gustavo Santis comentó:

Sí, ya por la gracia de Dios, como digo, aquí en nuestro Chiapas hay comida, pero como le vuelvo a decir, del sueño americano, carajo, se oyen barbaridad de mentiras. Si no echas ganas, no eres nada, te echas a perder allá, te acabas allá, así como sales de este lugarcito vas a llegar, por la gracia de Dios. Le digo que llegué a la frontera de México y Estados Unidos. Y ahora sí íbamos a pasar con un coyote porque había que caminar un poquito en el desierto. Ahí me sucedió algo que no olvidaré: me acuerdo que vi quedar tirada a una muchacha como de 20 años, gritaba, cuando se me vino a la mente que tengo dos hijas solteras, no me va a creer. Regresé y los compañeros gritaban: “vente, déjala”. Ya cuando vieron que la alcanzaba, regresó el coyote a ayudarme. Así pasaron a la muchacha, con la planta del pie reventada, con pus, cocidas se ven las uñas, por eso no quería caminar. La cargué como un kilómetro, qué cosas

ni qué cosas, ahí quedaron tiradas las cosas [...] pobre muchacha, la cargó el coyote también otro kilómetro y otro muchacho, así fue como la pasamos al otro lado. Sufren las mujeres, la primera vez igual, quedaron perdidas otras dos oaxaqueñas, pero ahí no pude porque era primera vez y dije no, si me quedo, me pierdo y ¿qué hago? (julio de 2011, cabecera municipal).

El recorrido en el desierto es visto como el obstáculo más peligroso para la mayoría de los migrantes. A pesar de las recomendaciones del pollero, que ya no los acompaña —pues entonces lo hace otro personaje denominado “guía” o “coyote”—, muchos jóvenes que entrevisté referían que no se imaginaban lo difícil del cruce, mientras que otros decían que fue una experiencia emotiva para recordar y contar a sus hijos ya que “no cualquiera lo hace...”

La verdad, pasar la frontera es bien difícil, aunque a veces como joven se siente la adrenalina y la sensación de aventarse chingón. Mis primos que fueron ya me habían contado cómo era el desierto, pero hasta que estás ahí te das cuenta. Una vez vi una película mexicana donde cruzaban migrantes en el desierto y se veía que era cabrón, pero cuando llegué ahí no imaginaba lo que me esperaba (julio de 2011, comunidad de Guadalupe Tepeyac).

Un joven migrante comentó:

Yo me fui en 2005, fue un año muy peligroso, pasamos por milagro pues el pollero nos dijo que lo peor que nos podía pasar no era toparnos con los de la migra, sino con los cazamigrantes tejanos [*minuteman*], unos tejanos racistas que no se andan con medias tintas, matan a los que no somos gringos, a los que somos ilegales, porque dicen que ellos respetan la ley y nosotros la violamos. Yo no entiendo eso, porque vamos, pero vamos a trabajar, quiere decir que nos necesitan, ¿verdad? (julio de 2011, cabecera municipal).

Los migrantes son conscientes de lo difícil que es cruzar la frontera, más aún después del 11 de septiembre de 2001 pero, como ellos mismos mencionan: “hay que aprender a torear la frontera”. Los más jóvenes tratan de sobreponerse siempre, como un gran desafío desde su esperanza, aunque la realidad sea mucho más dura de lo imaginado.

Cruzar la frontera no sorprende a todos por igual. Aunque algunos reconocen que tenían información sobre lo que significaba cruzar la frontera para llegar a “los Estados”, en sus relatos era común escuchar que valía la pena arriesgarse: “uno se prepara, está uno dispuesto a todo, hasta la muerte, antes que desbaratar los sueños”. Y así es, dicen: “Aventarse a cruzar la frontera es poner la vida en juego, se te puede ir”.

En las estancias de campo me comentaron algunos habitantes de la cabecera municipal que se registró un caso de secuestro colectivo de diez jóvenes. Uno de ellos fue obligado a llamar por teléfono a su padre para decirle que estaba secuestrado junto con sus otros compañeros y que informara a los otros padres “que estaban pidiendo 20,000 pesos por cada uno”. La negociación se realizó y los diez jóvenes fueron liberados en tierra estadounidense.

Asimismo, escuché hablar de otros casos de migrantes que no pudieron cruzar la frontera o, peor aún, de algunos que habían muerto en el intento y cuyos cuerpos no fueron recuperados.



Fuente: archivo fotográfico personal.

CAPÍTULO IV. JÓVENES MIGRANTES: LA IRRUPCIÓN DE NUEVAS TRAYECTORIAS SOCIOCULTURALES

No se nace joven, hay que adquirir la juventud. Y sin un ideal, no se adquiere
(José Ingenieros, *El hombre mediocre*, 1993).

Tal vez algún día dejen a los jóvenes inventar su propia juventud (Quino, 2000).

Mis primeros acercamientos al municipio con el propósito de estudiar a los jóvenes migrantes que se van a Estados Unidos con fines laborales me produjo desconcierto. La primera pregunta que me hice tenía que ver con la posibilidad de alcanzar uno de los fines que perseguía: proyectar la teoría a una realidad social concreta y a sus representaciones sociales. Y, en este sentido, la primera tensión que identifiqué se relacionaba con el desarrollo conceptual sobre los jóvenes, que privilegia la espacialidad del mundo urbano en detrimento del rural y étnico, del que hipotéticamente se espera su dilución con las transformaciones galopantes de la globalización y la incasante movilización o expulsión forzada de los jóvenes de su entorno rural. A ésta se sumaron otras tensiones que indudablemente derivan de las particularidades material y sociocultural.

En el municipio de estudio la migración internacional es un fenómeno crítico y de relevancia, además de ser un fenómeno reciente. Lo es por la población que emigra, la mayoría hombres jóvenes que tienen como lugar de destino Estados Unidos. Además de interrogarme sobre el volumen de esta migración, me preguntaba: ¿cuántos de los migrantes son jóvenes? Pero, sobre todo, lo que constituyó el centro de mi preocupación fue si, dado que el fenómeno migratorio internacional en Las Margaritas había iniciado hacía relativamente poco tiempo, sería posible dar cuenta de la trayectoria cultural de los jóvenes migrantes y definir la construcción de una nueva adscripción identitaria. El factor limitante, pensé, era la cuestión del tiempo, es decir, de los tiempos posibles para arribar a la construcción de una cultura migrante emergente o en proceso, con derroteros indudablemente inéditos por la rapidez de los cambios y la emergencia de contingencias que interrumpen toda posibilidad de regularidad.

Las temporalidades modernas están volcadas hacia el futuro y poco importa la destrucción del pasado en tanto hace de la “novedad” la fuente única de legitimidad cultural, aunque ésta, vista desde el “progreso”, nada tenga de revolucionario ni de turbador. El tiempo de la sociedad contemporánea, siguiendo el eje analítico de Martín-Barbero, está configurado por “la crisis de la moderna experiencia del tiempo, que tiene en el actual *boom de la memoria* una de sus manifestaciones más elocuentes, a la que se suman las *formas diversas de amnesia* que producen el mercado y los medios” (2010). En este sentido, resulta fundamental la definición de “contemporaneidad” que da el autor:

Estamos, pues, ante una contemporaneidad que, con su culto al presente, “un presente concebido bajo la forma de ‘golpes’ sucesivos sin relación histórica entre ellos, y autista, cree poder bastarse a sí mismo” (N. Lechner, 1995), confunde los tiempos y los aplasta sobre la *simultaneidad* de lo actual. Contemporaneidad que se alimenta especialmente del *debilitamiento del pasado* y del *bricolaje* de los tiempos, que nos familiariza con cualquier otro tiempo sin esfuerzo, arrancándolo a las complejidades y ambigüedades de su época (Martín-Barbero, 2010: 15, cursivas añadidas).

Esta definición del tiempo en su contemporaneidad, construida desde los elementos que lo definen y configuran, incluyendo su negativo, el “incontenible deseo de pasado” que provoca “la obsolescencia acelerada y el debilitamiento de nuestros asideros identitarios”, se suma en igualdad de importancia a la definición del espacio: espacio “habitado”, que es “el espacio primigenio de los cuerpos y del territorio” y remite a la vital necesidad del nicho-hogar; espacio “producido”, que es “el tejido de los muy diversos modos de la comunicación producidos o exigidos por los desplazamientos debidos tanto a accidentes de la naturaleza como a los viajes de explotación y de conquista” (Martín-Barbero, 2010: 16); espacio “imaginado”, sobre el que se constituye la nación-Estado cuando la sociedad moderna entra a sustituir a la comunidad orgánica premoderna, y espacio “practicado”, que es el de la “ciudad moderna”, cuya apropiación es de “disfrute, padecimiento y miedo” (Martín-Barbero, 2010: 16-17).

El tiempo y el espacio que sustentan el vivir de los jóvenes migrantes margariteños, a lo que se suma su ruralidad en sentido amplio, son dimensiones estratégicas en la construcción social identitaria. Es el tiempo que marcan las imágenes, definidas por el desarrollo de la información y las comunicaciones; es el tiempo que define el mundo como imagen, siendo la imagen una producción deliberada del mercado y los medios. En este contexto, los jóvenes saben que llegan tarde y se encuentran ansiosos por vivir lo no vivido, pero saben que hacerlo implica la conjunción de disfrute y miedo y, sobre todo, que los asideros identitarios de hoy no necesariamente serán los de mañana, ni son lo mismo aquí que allá. Y a este conocimiento, la mayoría de las veces tardío, le antecede la urgencia y el deseo de apresurar los tiempos y las vivencia, una tarea difícil en tanto que, al dejar el nicho-hogar, su construcción social se hará con los materiales de una migración que hoy vomita miedo y violencia, anonimato y registro, espectacularidad y soledad.

Tiempo y espacio, articulados a ese campo de acción y representación llamado migración internacional —en su estatus de emigración indocumentada—, hoy se tornan instrumentos que abren y cierran intermitentemente el proyecto de tránsito hacia una identidad quizás desterritorializada de los jóvenes migrantes. Y, como han señalado estudiosos de la cultura juvenil, la misma definición de jóvenes es una construcción social siempre definida por el tiempo y el espacio social (Valenzuela, 2012; Nateras, 2004; Urteaga, 2008, entre otros).

En el plano más amplio, la literatura sobre los jóvenes migrantes, particularmente la de los organismos internacionales, privilegia una lectura del joven migrante como sujeto potencial para el desarrollo, ya sea en su lugar de origen o de destino. En el municipio de estudio esta visión es prácticamente imposible de corroborar porque

el fenómeno migratorio no presenta una regularidad que permita medir las variables cuantitativas que posibiliten afirmar o negar dicha lectura. Otra tesis ampliamente difundida por la Organización Internacional para las Migraciones y otros organismos internacionales similares es la que plantea que los jóvenes migrantes en el mundo, 27 millones en 2010, representan un “inmenso potencial de acercamiento entre los pueblos, de diálogo intercultural y desarrollo”, aunque en paralelo registran también la exclusión, la pobreza, la explotación y la discriminación.

Este planteamiento paradójico se encontraba más cercano a mis preocupaciones, además de la relación entre cultura y economía, que se trataba de una lectura interesada en las prácticas y agencias de los jóvenes. Opté finalmente por reafirmar mi interés por la trayectoria cultural de los jóvenes migrantes en el municipio elegido y privilegiar una opción epistemológica y metodológica ampliamente desarrollada por los estudiosos de la cultura juvenil, esto es, privilegiar la experiencia espacial y social del joven migrante como punto de partida y de llegada, que denota el movimiento tensado por la relación entre contingencia y regularidad. Privilegié entonces la experiencia migratoria contada por ellos mismos, que comprende tanto su estadía en el espacio donde se le asume “ilegal” y sujeto a criminalización por haber cometido el delito de entrar sin documentos, como el regreso a su lugar de origen trayendo un baúl de experiencias, emociones e imaginarios que a todas luces entran en tensión con el orden social familiar y comunitario. Así, la opción fue salir de los casilleros que reducen la juventud y su capacidad de reproducción biológica y social en términos sistémicos, y que implica básicamente la asimilación, interiorización y práctica de los saberes dados por las generaciones que le anteceden.

Por las razones aludidas, particularmente las de naturaleza espacial y sociocultural, nuestra elección metodológica nos conduce a propósitos modestos, aunque no por ello menos importantes: tratar de recuperar la trayectoria biográfica y vivencial de los jóvenes migrantes, una tarea que permite tejer fino, desde abajo, desde la cotidianidad construida social e individualmente, esto es, con rangos particulares de elección y toma de decisiones en atención a las distintas trayectorias que el contexto material y sociocultural ofrece. Algunas tensiones registradas en un trabajo de campo que realicé con mi directora⁸⁹ propiciaron una recomendación invaluable: si en la lectura analítica se opta por la escucha de los sujetos de estudio, la lectura, sin obviar reglas esenciales del análisis social, tendría que ser la propia de un sujeto joven, como era mi caso.

Esta opción no descalifica la lectura técnica, funcional e interesada de los datos cuantitativos, que permiten evaluar las trayectorias del horizonte migratorio local articulado con la globalización y con las tendencias o manifestaciones de la migración internacional. Sin duda alguna, en la región de estudio y en otras regiones de Chiapas aún se percibe la ausencia de estudios cuantitativos sobre los volúmenes y patrones geográficos de la migración y las características básicas de género, et-

⁸⁹ En algunas de las entrevistas que realicé junto con mi directora era recurrente cierto recelo en las respuestas. Percibimos una tensión debido a la diferencia generacional, hecho que corroboramos cuando, sin el acompañamiento de mi directora, me introduje en su mundo, en el parque central, en el café, en algún restaurante o en la misma parcela, donde fue posible un mayor reconocimiento y entendimiento.

nia, edad y clase de los migrantes, así como sobre las condiciones socioeconómicas estructurales y coyunturales que les definen, una tarea que no es totalmente posible en lo que atañe a la migración internacional porque, de entrada, dado que los migrantes son indocumentados, esto hace imposible conseguir datos y que estos sean confiables. Esto no ocurre con la migración interestatal o la migración laboral transfronteriza sureña, y algunos esfuerzos en este sentido ya se están dando.

En este capítulo me acerco a los significados de ser joven migrante y mostraré las experiencias de incertidumbre, vulnerabilidad y riesgo en las que la migración internacional los sitúa. Asimismo, exploraremos la capacidad que tienen los jóvenes migrantes para afrontar, desafiar e incluso dar la vuelta a las adversidades del contexto de llegada, reconstruyendo, reinventando o resignificando ese mundo convencional y de dominio, para encontrar acomodo en los márgenes, en el “no lugar”, en la no morada. En suma, pretendo mostrar las experiencias vividas de los jóvenes margariteños en Estados Unidos reconstruyendo los avatares que han vivido desde el trabajo, las relaciones de pareja, el consumo y otras prácticas. Desde sus propios relatos, en los que abundan la parquedad y el silencio y se vislumbran emociones que intentan guardar o contener, podemos leer el significado que para ellos tienen hechos como transitar sin documentos a un país que no es el propio, enfrentarse por primera vez a polleros que les cobran para atravesar la frontera, aceptar trabajos con salarios y condiciones que no eran las esperadas, enviar las remesas a quienes se quedaron, hacer llevadera la vida en un espacio no propio o saberse deficitarios en redes sociales y faltos de estudios e instrucción laboral para realizar actividades más complejas y mejor remuneradas. Todo ello representa una experiencia que sólo es posible entender desde los relatos de sus protagonistas. En este contexto vivencial es posible distinguir algunos elementos prácticos y subjetivos, gestados allá y aquí, que ofrecen la posibilidad de construir sus trayectorias desde la cultura; que insinúan un campo propio con cierto sentido identitario, una construcción desde ello, que proyecta una construcción cultural migratoria emergente en contextos paradójicamente adversos.

1. ¡Díganle a mi familia que ya estoy en Lamont, California!

El INEGI registra como puntos más importantes de emigración de margariteños Estados Unidos, Playa del Carmen, Cancún, el Distrito Federal y Tijuana. De acuerdo con los indicadores sobre migración a Estados Unidos, el municipio se clasificó desde 2000 hasta 2010 con un grado de intensidad migratoria muy bajo (Agenda Estadística, 2010).

Cuadro 5. Indicadores de migración en Las Margaritas

Categoría migratoria intermunicipal [1]	Equilibrio
Índice de intensidad migratoria a Estados Unidos [2]	0.83248
Grado de intensidad migratoria a Estados Unidos [2]	Muy bajo

Fuente: elaboración propia con base en datos del [1] CONAPO Migración intermunicipal 1995-2000. [2] CONAPO (2010), Índice de intensidad migratoria México-Estados Unidos 2010.

Sin embargo, la realidad permite ofrecer otros datos que pueden cotejarse con las cifras oficiales porque existen sobradas evidencias de que la emigración con propósitos laborales de margariteños a Estados Unidos es un hecho frecuente entre su población en edad laboral. En el trabajo de campo en la cabecera municipal y en sus distintas localidades pudimos entrevistarnos con autoridades oficiales y civiles que reconocieron que el fenómeno migratorio se intensificó en los años que van del presente siglo, e incluso en algunos casos evidenciaron que el fenómeno ya se empezaba a dar con cierta regularidad en la última década del siglo pasado.

Otra fuente que indica la veracidad del fenómeno migratorio internacional en Las Margaritas es la telefonía local y el origen de las llamadas. Sus propietarios señalan que las llamadas desde Estados Unidos a Las Margaritas ocurren con frecuencia, principalmente desde la primera década del presente siglo. Una última fuente es la radio comunitaria.

A principios de 2009 inicié mis primeros recorridos y estancias de campo en el municipio. Durante el tiempo en el que realizaba las entrevistas a familiares de migrantes en sus casas, con frecuencia se escuchaba la radio local, La Voz de la Frontera Sur XEVFS AM, y los entrevistados estaban atentos a la información, que consistía en numerosos avisos que algunos migrantes enviaban a sus familiares desde Estados Unidos. Los mensajes hacían referencia a si se había logrado cruzar la frontera, si ya se había encontrado trabajo o si ya habían enviado remesas. También daban cuenta de algún incidente que les había ocurrido o definían el uso preciso del dinero enviado. La radio local, que pertenece al Sistema de Radiodifusoras Culturales Indigenistas de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, ubicada en el barrio de San Sebastián en la cabecera municipal,⁹⁰ fue una fuente primaria de información que nos dio pistas sobre la importancia del fenómeno migratorio.

El personal de la radio, particularmente sus locutores, me describieron con detalle cuándo empezaron a recibir avisos de migrantes que se encontraban en Estados Unidos, lo que les permitió constatar, primero, un fenómeno relativamente novedoso en la vida cotidiana de los margariteños, para después convertirse en un hecho rutinario. Como comentaba Noel:

El fenómeno migratorio es general y no sólo en la gente que vive en comunidades, sino también la que vive en las zonas urbanas, como es el caso de la cabecera municipal. Yo vine a trabajar en los años noventa a Las Margaritas y se sabía poco de la migración; eran pocos los que informaban a sus familiares de que habían cruzado sin novedad. Ahora la migración está generalizada, cada vez está saliendo más gente. Y bueno, buscan cómo comunicarse. Sabes que aquí, en nuestro estado de Chiapas, no hay trabajo, básicamente porque la parte política no está muy clara por parte de los tres niveles de gobierno. Hay mucha migración y no sólo de gente adulta, hasta familias enteras con niños y todos. Lo han hecho mis vecinos, también se están yendo mujeres. Sí,

⁹⁰ Quiero agradecer al doctor Carlos Gutiérrez por apoyarme en el contacto con los directivos y locutores de la radio. Asimismo, al director de la radio, Leonardo, y al locutor, Noel, por el apoyo recibido y la socialización de algunas de las bases de datos de las llamadas telefónicas realizadas por los migrantes que se encuentran en Estados Unidos.

es en general la migración [...] Ahorita tenemos aquí en la radio cuatro avisos: uno a las 6:30, el segundo a las 12:30; el tercero a las 15:30, y el último es a las 17:45. A mediados de 2005, entre junio y agosto, se empezó a registrar un número importante de llamadas y sus respectivos avisos, la mayor parte de ellos venían de Estados Unidos. Nos rebasa el número de avisos y también nos rebasaban los asuntos personales que son más locales, referidos a avisos familiares o pérdida de animales (enero de 2011).

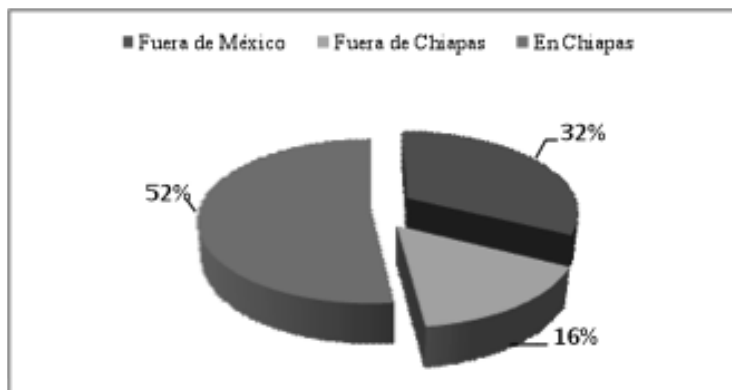
A partir de 2006 los locutores comenzaron a registrar los anuncios en una base de datos para conocer el origen de las llamadas, sin embargo, sólo mencionaban que se encontraban en Estados Unidos y a qué comunidades de Las Margaritas se dirigían los anuncios, así como el motivo del mismo. El número de avisos alcanzó su punto álgido entre 2006 y 2009, y el contenido de los anuncios se refería principalmente a que se encontraban bien, que ya cruzaron, que ya estaban en Estados Unidos, sin dejar de registrarse malas noticias concernientes a algunas defunciones o secuestros. Respecto a ello, nos comentó Noel:

Los mensajes eran variados, que no se preocupen, que están bien allá en Estados Unidos y que se comunicarán la próxima semana. Hay unos avisos muy desesperados, como tristes, cuando uno de su familia se pierde. Se muere, pues, en el desierto, o están en Estados Unidos pero tienen accidentes y allá no tienen seguro ni una protección de trabajo; si no se accidentan, pues los agarra la migra, o muchos los secuestran, que está ahorita de moda no sólo aquí en México, sino en la frontera, y los familiares tienen miedo. Entonces, es una situación muy dolorosa porque hasta uno como locutor, como que también se siente uno triste; como que uno se siente muy conmovido porque somos parte de los mismos seres humanos, porque son esos avisos los que lamentablemente tienen que escuchar los familiares. Y otros a veces que los agarraron en la frontera y que tienen que depositar para su pasaje (enero de 2011).

En atención a la información obtenida en la radio local, realicé una revisión detallada de las bases de datos que tenían documentadas hasta 2009; asimismo, revisé las papeletas que se llenaron de enero a junio de 2010. Esta información me permitió documentar cuantitativamente el alto número de migrantes de Las Margaritas en Estados Unidos de 2006 a 2009, periodo que concuerda con los años en que algunos investigadores han señalado una alta migración de chiapanecos al vecino país, lo que también se ve reflejado en el envío de remesas y en los flujos migratorios (Villafuerte, 2006; Jáuregui y Ávila, 2007, entre otros).

De mayo a diciembre de 2006 se registraron más de 3,000 mensajes en la radio, de los cuales la mayoría provenía del mismo estado de Chiapas y un porcentaje menor de otras entidades del país. Ocupaban un porcentaje importante las llamadas y los avisos que procedían de Estados Unidos (ver gráfica 4).

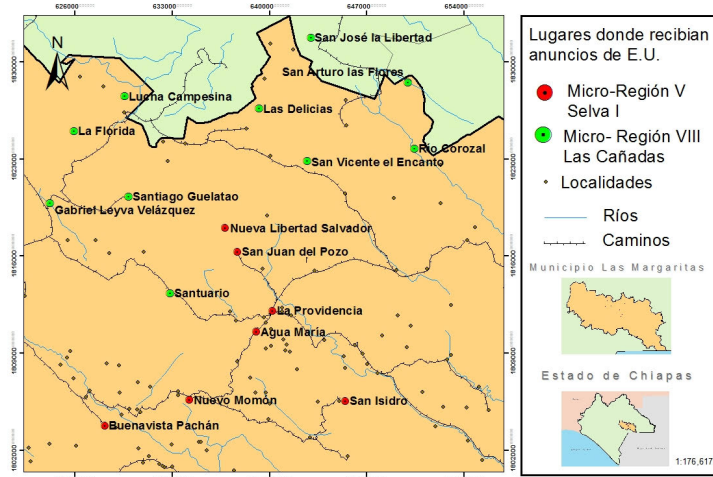
Gráfica 4. Origen de las llamadas a la radio local La Voz de la Frontera Sur XEVFS AM



Fuente: elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

Dos hallazgos importantes que surgieron de la revisión de las bases de datos fueron el hecho de que pocas veces se repiten los nombres de las personas que realizaron las llamadas y que los anuncios se dirigían principalmente a la microrregión V, Selva 1, del municipio. Las comunidades mencionadas fueron: Libertad El Salvador, San Juan del Pozo, La Providencia, San Isidro, Nuevo Momón, Buena Vista Pachán y El Edén. Por lo que respecta a la microrregión VIII, Cañada Lucha Campesina, las comunidades fueron: Santiago Guelatao, San Vicente el Encanto, San Antonio Las Flores, Rosario Buena Vista, Las Delicias y San José Libertad, entre muchas otras (ver mapa 4). El contenido de los mensajes consistía principalmente en avisos para que la familia acudiera a recibir llamadas en las casetas telefónicas de la cabecera o de la comunidad y para informar a los familiares de que se encontraban bien en Estados Unidos. Este dato es importante si nos atenemos a que la radio es un medio indígena en el que es posible la comunicación en lengua tojolabal.

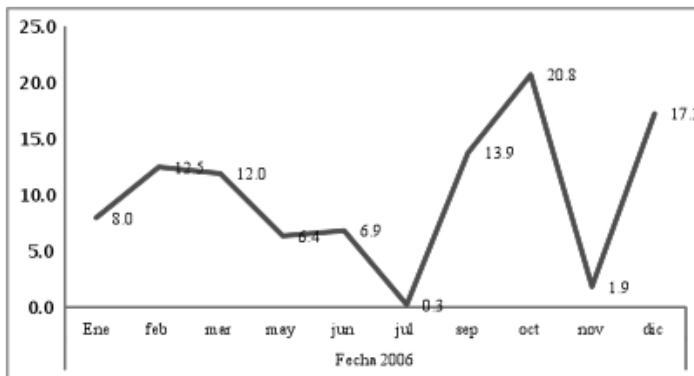
Mapa 4. Ubicación de los lugares que recibían anuncios en el municipio



Fuente: elaboración de Iván Porraz y César Sánchez.

Ahora bien, otro dato que pude documentar fue que a finales del año 2006 las llamadas aumentaron considerablemente. La gráfica 5 muestra que en octubre de ese año se produjo un repunte considerable, bajó el siguiente mes, pero en diciembre nuevamente incrementaron las llamadas provenientes de Estados Unidos, es decir, los anuncios aumentaron en temporada navideña, probablemente porque los migrantes que no regresaron en esas fechas anunciaban el envío de remesas para sus familias o sus padres, en el caso de los solteros.

Gráfica 5. Meses donde se registraron mayor número de llamadas



Fuente: elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

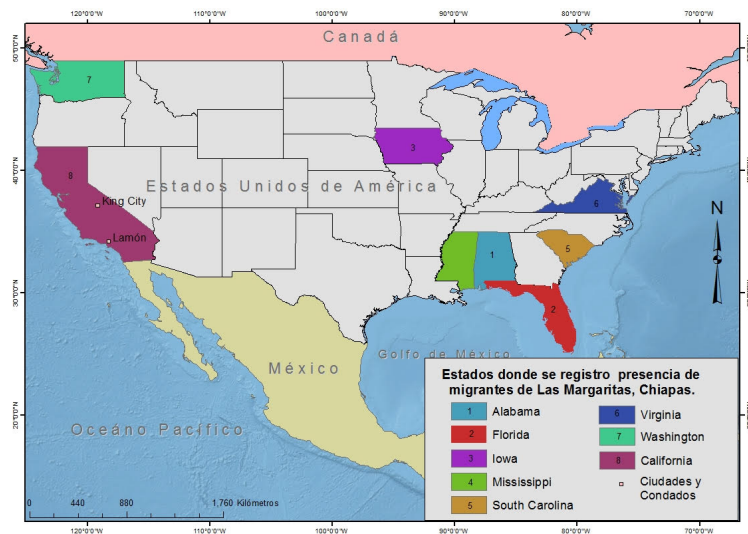
Respecto a ello, nos dijo Noel:

Más avisos hay en las zonas Cañada y Selva. Menos en la Sierra porque se comunican por caseta, las famosas casetas de las comunidades. Ahí van a recibir las llamadas de sus familiares. Pero más aquí, en la radio, sale la voz de los hermanos tojolabales a la Cañada, porque es ahí a donde más hablan. También en estos años yo conocí a muchos de mis paisanos en el barrio donde vivo, acá en la cabecera municipal, que se fueron a los Estados Unidos. Es que en esas fechas se fueron un chingo, pero de verdad bastante gente (enero de 2011).

A partir de 2007 se incluyó en los avisos la pregunta de qué parte de Estados Unidos llamaban, lo que ofrece un panorama de los lugares a donde se desplazaban los migrantes margariteños (ver mapa 5). En este sentido, nos comentó otro locutor de la radio:

Bueno, luego comenzamos a preguntar de dónde hablaban ya que a veces sólo decían de Estados Unidos. De esa manera nos dimos cuenta de que hay muchos de Margaritas en Minnesota, Utah, Concord, Nueva York y otros estados de Estados Unidos. También decían que estaban en California y Chicago, también Texas. Están en varios estados. En ese año hubo también mucha gente que hablaba hasta en programas en vivo. Sí, si quieren un saludo lo pasamos al aire. Algunos inclusive ya aprendieron en inglés *thank you* y lo dicen, ¡si son bien abusados! Te digo que es una forma de comunicarse [...] y también creo que es un derecho, ¿no? (enero de 2011).

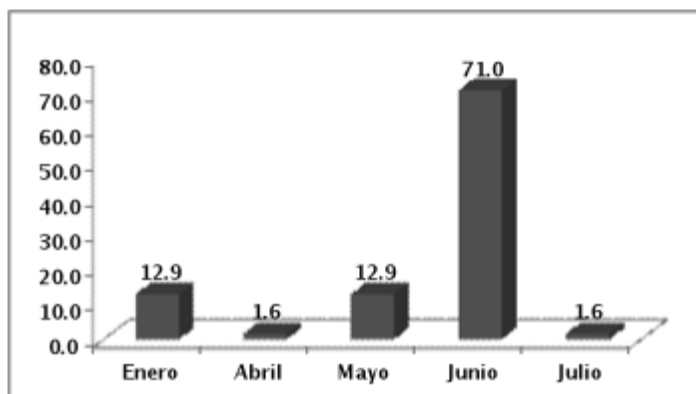
Mapa 5. Lugares con presencia de migrantes de Las Margaritas, 2007



Fuente: elaboración de Iván Porraz y César Sánchez.

El mismo locutor comentó que en ese año se recibieron más llamadas pero que no pudieron registrar todos los mensajes ni llenar las fichas con los datos del migrante, solamente con el nombre y el mensaje. En las bases de datos pude observar que en 2007 comenzaron a aparecer los nombres de numerosas comunidades de las ocho microrregiones de Las Margaritas; es decir, la migración a Estados Unidos se había extendido a casi todo el municipio. En ese mismo año sólo registraron los datos de los mensajes durante cinco meses aunque recibieron llamadas durante todo el año. Julio fue el mes en que recibieron más llamadas y los locutores comentaron que quizás se debía a que las fiestas de la patrona se celebraban en ese mes. Entre los motivos de los anuncios predominan mensajes para que los familiares acudieran a recibir llamadas a la cabecera, para avisar de que llegarían a la fiesta de Las Margaritas o para comunicar que mandaban dinero para sus familias (ver gráfica 6).

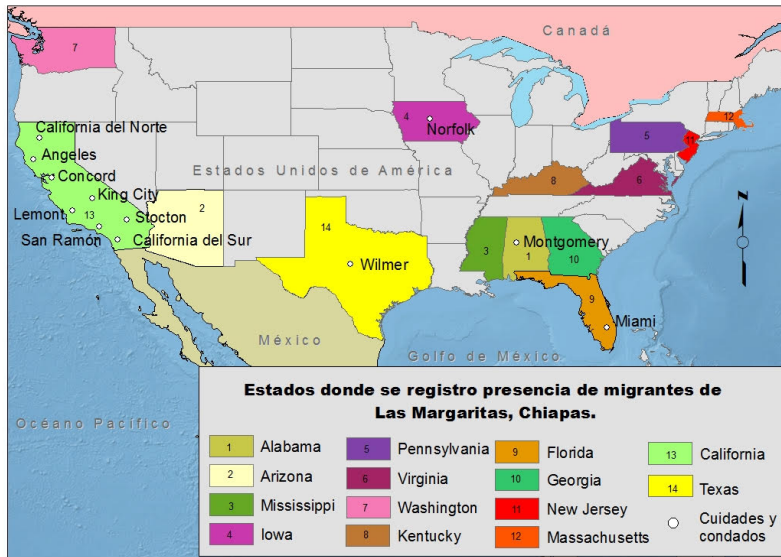
Gráfica 6. Meses con mayor número de llamadas de Estados Unidos



Fuente: elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

En el año 2008 el número de llamadas siguió incrementando. Aparecieron más nombres de lugares de la Unión Americana desde donde se comunicaban los migrantes y uno de los locutores de la radio comentó que entre los propios margariteños se socializaba el número de la radio. Los tres principales lugares de Las Margaritas desde donde enviaban mensajes en ese año fueron Alabama, California y Florida, y hubo una mayor diversidad de lugares de destino respecto a 2007 (ver mapa 6).

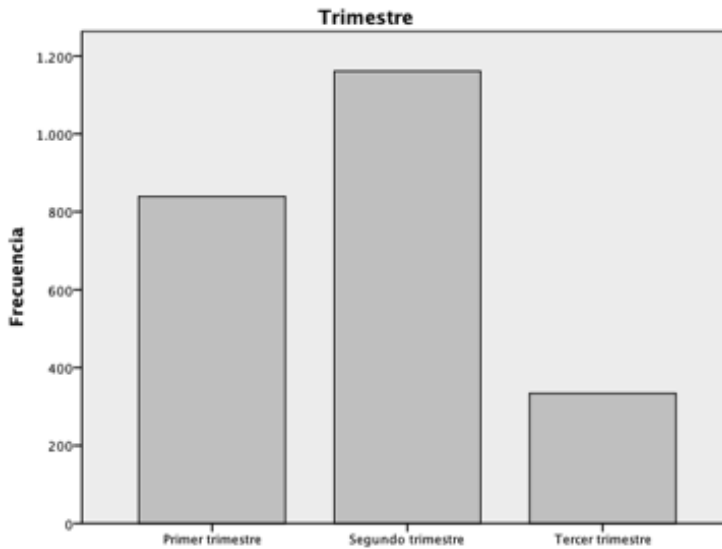
Mapa 6. Lugares con presencia de migrantes de Las Margaritas, 2008



Fuente: elaboración de Iván Porraz y César Sánchez.

Algunos migrantes mencionaron el condado o lugar del estado donde se encontraban y otros mencionaban sólo Estados Unidos sin especificar el lugar. En ese año se recibieron más llamadas en el segundo trimestre, un total de 604, en el tercer trimestre las llamadas se redujeron a 206, y no se registraron en los meses de noviembre y diciembre, pero los locutores comentaron que en diciembre aumentaban considerablemente los avisos (ver gráfica 5).

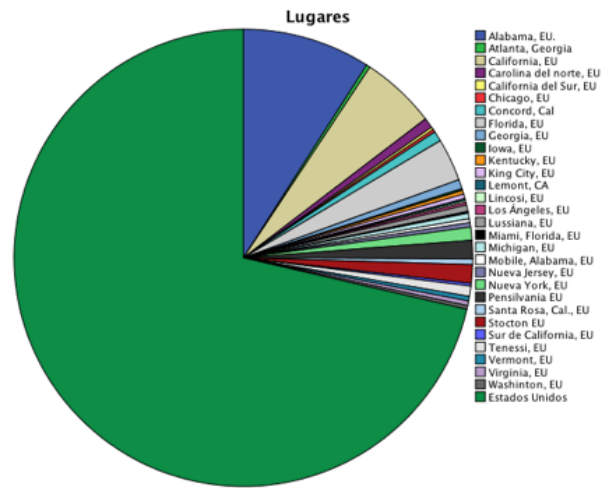
Gráfica 7. Trimestres con mayor número de llamadas de Estados Unidos



Fuente: elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

En 2009 las llamadas aumentaron considerablemente respecto al año anterior, pues se recibieron 1,530 llamadas de Estados Unidos, lo que denota que los mensajes en la radio se convirtieron en un instrumento de comunicación importante entre los migrantes de Las Margaritas y sus familias. Cabe destacar que poco a poco se registraron más llamadas de migrantes de municipios aledaños a Las Margaritas, como Ocosingo o La Independencia, donde tiene cobertura la radio. En ese año también aumentaron los lugares de destino de los margariteños (ver gráfica 8).

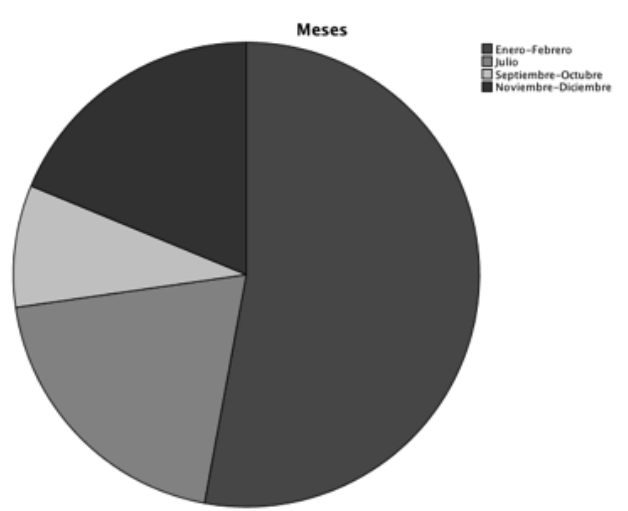
Gráfica 8. Lugares con presencia de migrantes en Estados Unidos



Fuente: elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

Hay que señalar que un amplio porcentaje de los migrantes que enviaron mensajes a la radio sólo refirió que se encontraba en Estados Unidos, sin especificar el estado, condado o lugar donde se encontraban, por lo que la gráfica anterior muestra una importante porción nada más con esa referencia. En la misma gráfica se puede observar que los lugares de residencia más frecuentes eran los estados de Alabama, California y Florida, pero aparecieron otros como Chicago y Nueva York. Respecto a los meses en los que se registraron más llamadas, éstos fueron enero, febrero y julio, con un total de 1,113 (ver gráfica 9). Por problemas técnicos, no se pudieron documentar los meses de marzo, abril, mayo, junio y agosto.; sin embargo comentaron que se recibieron llamadas en esos meses y que el contenido de los mensajes más frecuente era que pedían a sus familiares que acudieran a recibir llamadas en las casetas telefónicas. Es posible que algunos migrantes comenzaran a resentir la crisis, que ese año tuvo su punto álgido en Estados Unidos.

Gráfica 9. Meses con mayor número de llamadas de Estados Unidos



Fuente: elaboración propia con base en registros de llamadas de la radio.

En las bases de datos sólo se registraron llamadas de migrantes que se encontraban en la Unión Americana hasta 2009, aunque en el año 2010 siguieron recibiendo en menor número. A pesar de lo anterior, existía un acervo de papeletas que se llenaban al que tuve acceso, por lo que pude corroborar que seguían recibiendo llamadas.

Otra fuente con amplios registros fueron las llamadas que hacían a las casetas telefónicas. Lamentablemente no pude tener acceso a los voucher de cobro pues los dueños de los locales me negaron el permiso. Aun así, pude entrevistar a los encargados, quienes mencionaron que se recibían numerosas llamadas de migrantes margariteños que se encontraban en Estados Unidos. Casi todos los fines de semana estos lugares estaban abarrotados por familiares de migrantes que llegaban a la cabecera para recibir o hacer llamadas a Estados Unidos, la mayoría de ellos hablantes de tojolabal.

De esta fuente primaria de información son rescatables varios elementos. Uno de ellos es que el fenómeno migratorio internacional es un hecho real en el municipio de estudio que pasó casi desapercibido a fines de la última década del siglo pasado y cobró importancia estratégica a partir de 2005. De igual manera, el fenómeno migratorio, que se registró primero en la cabecera, terminó expandiéndose a prácticamente las ocho microrregiones del municipio. La radio comunitaria es una fuente importante para registrar la importancia del fenómeno en las comunidades o localidades indígenas al ser un recurso muy popular, entre otras cosas porque los avisos se traducían a la lengua tojolabal, e incluso a veces al mam. La información obtenida en la radio comunitaria da cuenta también de la movilidad laboral de los

margariteños en Estados Unidos y de la diversidad del fenómeno en cuanto a lugares de origen y de destino. Asimismo, nos muestra que los meses en los que se registraron más llamadas y se recibieron más mensajes fueron julio y diciembre, en el primer mes por la fiesta patronal del municipio y en el segundo por las fiestas navideñas y de fin de año.

A. El perfil de los jóvenes migrantes margariteños y sus familiares

La incorporación de los hombres y mujeres jóvenes a la migración internacional es un hecho real en el municipio de estudio. Sin embargo, poco sabemos de sus trayectorias de vida en los planos materiales y simbólicos, en parte porque el silencio es una estrategia común debido a las situaciones de crisis o transiciones sin rumbo que hoy enfrentan miles de personas de municipios y comunidades rurales del país. En este apartado intento recuperar las dimensiones del joven rural o semiurbano que se incorporó al trabajo fuera de su país a veces sin haber experimentado antes la migración al interior de su propio estado o a nivel interestatal, como tradicionalmente suele ocurrir. Esta reconstrucción se hará a partir de los resultados de 24 encuestas y 7 historias de vida,⁹¹ lo que nos permitirá bosquejar el perfil de estos jóvenes sin dejar de reconocer el entorno más amplio en el que miles de historias se tejen con los hilos de múltiples experiencias que conjugan tragedias y triunfos, alegrías y tristezas, latentes en una travesía soñada que en ocasiones no resulta como se esperaba.

Los jóvenes encuestados tienen una edad que fluctúa entre los 19 y los 30 años; el 80 por ciento se asume soltero, tres dijeron vivir en unión libre y todos mencionaron que profesaban una religión, por lo que pudimos observar el peso que han ido adquiriendo las religiones no católicas.

Cuadro 6. Religiones que profesan los jóvenes migrantes retornados

Religión que profesan	Número de jóvenes migrantes
Católicos	8
Presbiterianos	8
Protestantes	8
Testigos de Jehová	8
Católicos tradicionales ⁹²	8
TOTAL	24

Fuente: elaboración propia con base en trabajo de campo.

⁹¹ Además se realizaron varias entrevistas informales a algunos habitantes de la cabecera municipal, a familiares de jóvenes y a autoridades municipales y de la iglesia que también se incluyen en el estudio.

⁹² Se asumieron como católicos tradicionales los que tenían un cargo en el poder político local de acuerdo con sus tradiciones y festividades, lo que los distingue de los católicos.

Con respecto a la familia, un 80 por ciento comentó que sus padres vivían, mientras el otro 20 por ciento afirmó que sólo vivía uno de ellos; la edad de los padres se situaba entre los 46 y 60 años. El número de hermanos de los jóvenes migrantes era de cinco a ocho, predominando los hombres. En el caso de la actividad de los padres, la mayoría dijo que su madre se dedicaba a las labores domésticas, mientras los padres realizaban las siguientes actividades (ver cuadro 7).

Cuadro 7. Actividad laboral del padre

Actividades	Número de padres
Agricultor (maíz)	15
Recolector de basura del ayuntamiento	2
Herrero y balconero	2
Albañil	1
No trabaja	1
TOTAL	22

Fuente: elaboración propia con base en trabajo de campo.

Es importante anotar aquí un hecho significativo. En los recorridos por las comunidades de Las Margaritas registramos familias con hijos en Estados Unidos, y en algunos casos esos jóvenes no necesariamente emigraron por falta de tierra o de recursos para trabajar, pues la familia contaba con parcelas con cafetales e incluso estaban inscritos en organizaciones de productores de café. Ello de ninguna manera significa que las condiciones socioeconómicas fueran elevadas o que los padres tuvieran rango de empresarios, pero sí contaban con la garantía de una reproducción social y biológica básica, quizá superior a las condiciones socioeconómicas en la mayoría de las comunidades del municipio. Aunque muchos jóvenes que emigraron lo hicieron con fines económicos, sostenemos la idea de que la diversidad de razones para migrar es amplia, siendo otra de ellas el anhelo de experiencias exitosas y vivir situaciones nuevas a las habituales en la comunidad.

Con respecto a la experiencia migratoria, resultó significativo el hecho de que el 60 por ciento comentó que algunos de sus hermanos habían emigrado previamente con fines laborales, mientras un 40 por ciento afirmó que en la familia no había experiencias migratorias. Cabe señalar que la experiencia migratoria de un familiar, aunque no haya sido regular o especialmente exitosa, es un antecedente que va conformando el acervo de información de los jóvenes, que se acrecienta también con las experiencias de otros que han emigrado, así sea por periodos cortos.

Este breve perfil de los jóvenes, todos hombres, da cuenta de un modelo de familia rural tradicional que encara las crisis y los déficits de la subsistencia familiar enviando a los hijos a un mercado laboral cada vez más lejano, sin dejar de considerar el sentido de atracción que esta decisión provoca en los jóvenes, quienes se han informado por diversas fuentes y han conocido historias, tanto reales como falsas, sobre la experiencia migratoria internacional.

2. Vivir en Estados Unidos, ¿en qué se emplean los jóvenes margariteños?

En tiempos recientes la mayor parte de los seres humanos se enfrenta a un sistema capitalista marcado por la exclusión y por condiciones sociales fragmentarias. Algunos autores han descrito esta realidad a través de metáforas que resignifican esos avatares cotidianos violentos: “la cultura del nuevo capitalismo” en Sennet (2006), “la modernidad líquida” en Bauman (2003) o “la sociedad del riesgo” en Beck (2000).

Los jóvenes viven, así sea en un sentido genérico, una etapa intermedia entre la adolescencia y la adultez, y a través de la experiencia migratoria se ven involucrados en una dinámica frenética que los lleva a construir parte de sus biografías en otros espacios, la mayoría de las veces marcados más por la violencia y la exclusión que por la buena acogida y la solidaridad.

Desde que parten del lugar de origen saben que son “indocumentados”, uno de los primeros datos que interioriza el joven migrante. Esta percepción es generalizada, y les genera un sentido de inseguridad: “nos sentimos como si fuéramos centroamericanos”, es el comentario recurrente. Esta percepción no está alejada de la realidad, pues no han sido pocos los casos en los que han sido detenidos, y aun cuando tengan credencial de elector, han sido enviados a la estación migratoria de Tapachula u otra cercana con fines de deportación. Por lo anterior, se sienten más seguros cuando van en grupo y acompañados desde el territorio chiapaneco por un coyote conocido, “de aquí de la región”. Los mayores peligros los enfrentan en el tránsito desde el norte de México a Estados Unidos, pues les ha tocado vivir en carne propia el secuestro, un hecho que se ha hecho frecuente en los migrantes del municipio de estudio y de otros municipios de Chiapas. Conocen, además, la rudeza de la ley del país del norte: “lo más cabrón viene al pasar la frontera, estás expuesto a todo, a la muerte misma, pues”. Quizá sea ésta la causa por la que hablan poco sobre las condiciones en las que realizaron el cruce.

También son conscientes de sus debilidades: no son “estudiados”, “apenas la primaria, la secundaria o alguna carrera técnica”. Su mayor fortaleza es su capacidad de trabajo y las destrezas aprendidas en el campo, y saben que esa fuerza física tiene demanda en el mercado laboral de Estados Unidos ¿Qué teoría de la migración internacional discute las formas en las que estas debilidades son interiorizadas y externadas por los jóvenes? ¿El saberse jóvenes y tener la fuerza física necesaria es suficiente para encarar el desafío migratorio? ¿La incorporación temprana o tardía al mundo laboral impacta sobre la construcción de sentido en los jóvenes migrantes?

Después de “dar el brinco”, los jóvenes tojolabales y mestizos, todos hablantes de español, se enfrentan a una realidad laboral en la que, como ellos mismos afirman, “cada día es más difícil encontrar un trabajo”. Aunque no contamos con muchas referencias analíticas, es posible sostener que la migración a Estados Unidos de los jóvenes chiapanecos y de otras entidades del sur del país es una migración de relevo, esto es, los jóvenes se ocupan de las actividades en las que el esfuerzo físico es mayor y el salario menor. Al escuchar sus experiencias laborales, recordamos la investigación de Carton de Grammont sobre las empresas agroexportadoras del norte y su creciente demanda de fuerza de trabajo, que propicia la movilidad de miles de trabajadores de regiones inhóspitas de México, generalmente indígenas, cuando no de familias completas, que se convierten, ciertamente, en los “nómadas laborales” (1990: 20).

Los jóvenes migrantes de Las Margaritas están sujetos a esta dinámica de manera un poco diferente, pero igual en términos de la lógica capitalista y de la globalización. Con apoyos mínimos de conocidos o familiares, sin redes sociales sólidas y sin una ruta migratoria laboral trazada con fines estratégicos, se convierten, como indica Moreschi (2012), en los “nuevos nómadas laborales”. El empleo precario es determinado por las oportunidades que ofrece el mercado laboral y por las posibilidades de acceder a éste. Al no tener una ruta migratoria definida, muchos jóvenes migrantes de Las Margaritas transitan de un estado a otro: de California a Mississippi, de Florida a Nueva York, etcétera. El sentido del riesgo y la audacia que caracteriza al ser joven hace posible este transitar y construir el guión en el momento mismo de la acción pues, como señala Aquino Moreschi:

La ruta migratoria de estos jóvenes no ha dependido de una estrategia planeada desde el principio; más bien ha tenido que ver con las oportunidades laborales que se les presentan en el camino, los encuentros fortuitos, su capacidad para incorporarse a una red migratoria y su buen olfato para moverse en el momento oportuno y en la dirección correcta (Aquino, 2010: 42).

Casi el 90 por ciento de los entrevistados dijo que su primer trabajo había sido la “pisca”⁹³ de tomate, naranja o pepino, es decir, se habían empleado en los campos de California y Florida. Asimismo, relataron que, con el paso del tiempo, fueron moviéndose a otros estados en busca de mejores trabajos. Respecto a ello, Juan, un joven migrante, nos compartió:

Después de cruzar, viene la parte de buscar chamba allá. Yo, y como muchos que se van de acá de Margaritas, conocemos un amigo o hay un familiar, a veces nos recomienda dónde chambear, no es seguro que te lo den pero hay esperanzas. Casi todos vamos al campo. Yo trabajé más de un año en la pisca de tomate y de naranja, parece fácil, pero el trabajo allá es duro (julio de 2011, ejido Belisario Domínguez).

⁹³ Recolección.

La mayoría de los entrevistados dijo que el apoyo de un amigo, paisano o familiar fue importante en su primer empleo. No obstante, también relataron que poco a poco fueron encontrando otras oportunidades mejor pagadas que las relacionadas con el trabajo agrícola. Un 70 por ciento de ellos comentó que, después de un tiempo y derivado del desgaste de laborar en el campo, buscaban otras alternativas, como trabajar en la construcción, en casinos o en fábricas donde se enlataban productos, pero para lograr esos trabajos necesitaron relacionarse con otros migrantes y hablar algo de inglés, entre otras estrategias. De todas maneras, la oferta laboral se reduce a actividades en las que se requiere fuerza física. Miguel nos platicó acerca de su experiencia:

Algunas empresas en el campo te dan tu material para trabajar, guantes y ropa adecuada. En eso cambia mucho de acá, pero también hay unos cabrones. Me comentó un primo de acá, de la cabecera de Margaritas, que en los campos de Estados Unidos que trabajó a veces no les daban ropa adecuada y los patronos eran cabrones. A él se le enronchó su cuerpo, yo creo que por el fertilizante o ¿saber? Además, con la chinga, al paso del tiempo te vas dando cuenta que es cabrón la actividad del campo, parece fácil, pero no lo es. Por eso yo un día dije “me voy a aventar para otro lado donde pueda haber más jale”, y lo hice, pues trabajé en una fábrica enlatadora, aprendí un poco de inglés y de ahí para un casino. Me animé y me iba bien, pero hay una gran diferencia, que yo soy soltero. Muchos casados casi no quieren hacer eso porque hay un poco de miedo o no se arriesgan (julio de 2011, cabecera municipal).

Ramón, migrante de la comunidad Guadalupe Tepeyac, comentó:

Mi primer trabajo fue en el campo, en la pisca de tomate. Ahí estuve un buen rato pero, sí, es difícil. Al principio no lo sientes porque vas con la alegría de tener chamba y ganar dólares, después sí está cabrón, pero ¿sabes?, yo decidí que quiero trabajar en algo más y de ahí me voy a la chamba de la construcción. Tuve suerte porque pasó un huracán y había chamba, ahí había un chingo de primos de acá, de Margaritas. Yo creo que es cuestión de arriesgarse porque muchos que son casados no quieren ir al otro lado por miedo o quizás no les gusta chingarse (julio de 2011, Guadalupe Tepeyac).

Enfrentarse a las dificultades laborales en tierra ajena coloca a los migrantes en la necesidad de tomar decisiones, y la movilidad al interior de Estados Unidos es una de ellas aunque no todos están en condiciones de asumir el riesgo. En este punto juega un papel importante la edad, pero sobre todo el estado civil. En las pláticas con ellos reiteradamente mencionaron palabras como audacia y aventura; el saberse joven y soltero abre mundos, parecían decir. Después de todo, movilizarse con fines laborales no significa ir a donde se quiere, porque el rumbo está limitado a las actividades en las que se pueden emplear: la misma agricultura empresarial o actividades relacionadas con el campo de la construcción y de los servicios. Pero las dificultades son aún mayores porque “la vigilancia es ahora fuerte”. “La mera verdad, está uno con Dios en la boca”, pero “nos la jugamos”.

No todos los jóvenes migrantes margaritenses corren con suerte porque en algunos casos movilizarse a otros estados implicó que fueran capturados por las

autoridades migratorias y repatriados a México, aunque nuevamente volverían a intentar cruzar la frontera. Es el caso de Noel, otro migrante, quien nos comentó su experiencia:

Después de trabajar en el campo un tiempo, que decido irme a otro lugar donde había mejor trabajo, Mississippi. Ahí sí no corrí con buena suerte porque en cada estado va cambiando la política; entonces, ahí, en ese entonces, yo no me di cuenta que había una redada donde paraban en un camino y todos iban investigando los carros, y ahí me agarraron los de la migra. Va para atrás, pero con lo que no cuentan es que muchos vamos de nuevo a regresar (julio de 2010, cabecera municipal).

En sentido estricto, en el mundo laboral de Estados Unidos los jóvenes migrantes son “los que sirven” y tienen un estatus de extranjeros e indocumentados, lo que se traduce en la construcción de una identidad social que se opone a la asignada por el mercado laboral y por el poder que subyace tras él. En el campo de la “ajenidad” o del territorio no propio, los jóvenes migrantes construyen una identidad social sobre frágiles entramados relacionales, articulados también en débiles y quebradizos ámbitos de interacción y en espacios movedizos en los que se producen y se intercambian los recursos y se definen las representaciones. Es una construcción social que podemos traducir en las palabras: “así nos vemos”, en oposición al “así les veo”, comparación de la que deriva una tensión latente.

Puede sostenerse que lo que define el proyecto migratorio laboral de estos jóvenes es la ausencia del sentido de regularidad y la exigencia de una producción social definida por la contingencia. Es una producción difusa, fragmentada y a veces volátil. “No llegan para establecerse en un solo lugar, son ‘golondrinos’, dispuestos a circular por varios estados de la Unión Americana y a cambiar de empleo, siempre precario” (Moreschi, 2010: 64-65);⁹⁴ el marco de interacción social con el entorno inicia de forma mínima y se amplía según las habilidades y oportunidades. Construyen sus propias prácticas e intentan hablar un poco de inglés, relacionarse con otros iguales a ellos e incluso establecer relaciones amorosas para “sortear la vida en el gabacho”, como suelen decir.

No hay balances precisos de la experiencia laboral vivida en términos económicos de pérdidas y ganancias. Hablaron poco sobre ello, incluso aquellos que lograron algunas mejoras materiales en su lugar de origen a partir de las remesas enviadas y, aunque es crucial el balance, la experiencia vivida en sí parece ser la ganancia por las deudas contraídas para el viaje.

3. El tiempo libre: del futbol a la cerveza y conocer la “hierba”

Benja, un joven migrante de Las Margaritas, resumió el sentido que para él tiene Estados Unidos de la siguiente manera:

⁹⁴ En última instancia, la condición del mercado laboral en Estados Unidos. Hay que recordar que el trabajo sigue al capital y el escenario que les tocó a los chiapanecos fue el peor: llegaron tarde a la migración, a diferencia de los poblanos o los zacatecanos, por ejemplo.

Estados Unidos es un país donde se encuentra de todo. En los tiempos libres, donde no hay trabajo, puedes echar desmadre, si quieres ir a jugar fútbol, eso lo hacen varios que son casados, o solamente salir a despejarse, pero también hay libertad para los solteros de ir por las chelas o beer, como se dice estando allá. Hay marihuana, hay desmadre, hay morras, hay vandalismo, de todo puede conocerse allá, pero con tus billetes en la bolsa (junio de 2011, cabecera municipal).

El tiempo libre es para muchos migrantes el momento de olvidar las penurias del trabajo y el estigma de ser considerados ilegales, sin derecho a ciudadanía en el país receptor. El tiempo en el que no trabajan constituye uno de los momentos más importantes en el que se intensifica la experiencia migratoria para estos jóvenes, pues desde ahí es desde donde construyen la identidad social con los hilos, más que propios, del mundo “gabacho”.⁹⁵ Por la etapa transicional en el ciclo de vida, es recurrente que se infiera que los jóvenes son potencialmente vulnerables y, al mismo tiempo, agentes relevantes para la sociedad por su aportación en la renovación de la fuerza de trabajo y en la formación futura de nuevos hogares.

Desde esta lectura, el uso del tiempo libre representa una práctica negativa porque en ella está implícito el derroche del dinero ganado y el riesgo a caer en adicciones o, en el peor de los casos, a cometer delitos de orden público, con todas las implicaciones negativas que ello conlleva. Sin embargo, puede decirse que la comprensión analítica del tiempo libre del joven migrante sólo es posible si entendemos el conjunto de acciones y prácticas que llevan a cabo durante ese tiempo en tierras extrañas.

Frente a la ausencia de instituciones sólidas que den sentido a la vida en un lugar que no es el suyo, construyen desde abajo, con sus escasos márgenes de agencia, esos espacios que hacen posible un mínimo de relaciones e interacciones que den sentido y modulen un vivir cotidiano fincado en la irregularidad. El tiempo libre posibilita esta construcción y, quiérase o no, constituye el material con el que se conforma la condición juvenil del migrante indocumentado. Esto puede ser privativo de los jóvenes, porque los migrantes adultos sujetos a compromisos formales en sus lugares de origen difícilmente tienen el tiempo y la capacidad vivencial para dotarse por sí mismos de una identidad social que entraña experiencias que de manera transversal definen, más que un ciclo de vida, el hecho de “ser” jóvenes.

Por lo anterior cabe señalar que, cuando en las charlas se hablaba del tiempo libre, las voces de los jóvenes se tornaban más fluidas y estaba presente un sentimiento de arrojo, de gloria, por haber vivido lo que nunca hubieran tenido la posibilidad de vivir en el lugar de origen —sin dejar de reconocer, a veces, ciertas exageraciones—. El concepto que condensa estas vivencias del tiempo libre es el de libertad que, situada en el contexto norteamericano, para ellos significa, como eslogan principal, “donde todo se puede”, aunque ello se traduzca en que se pueda com-

⁹⁵ Coloquial, oriundo de Estados Unidos.

prar desde una cerveza, hasta un buen “toque” de marihuana, pues se llevan los dólares en la bolsa. El tiempo libre es el momento también de socializar con otros migrantes y de relatar sus travesías y problemáticas en un país que, como muchos dijeron, “no es el suyo, pero nos necesitan”.

Las voces escuchadas sobre la experiencia migratoria no son diferentes a las que hemos escuchado o leído en muchos trabajos sobre el tema de estudio. Entre las actividades que realizaban los jóvenes mencionaron: jugar fútbol, “armar retas con los del trabajo” o asistir a algunos conciertos, como tiempos y acciones que les permitieron socializar con sus connacionales y con migrantes de otras nacionalidades. José Vázquez comentó al respecto:

Eso sí, allá es otra cosa en cuestión de pasarla bien, no como acá, en la cabecera [refiriéndose a su municipio], que no hay nada. En Estados Unidos te puedes dar una vueltecita, así, pongamos, fui a ver a los Tigres del Norte en vivo, con otros migrantes teníamos un nuestro billete, y yo no soy uno de esos que por apantallar un billete de que vale mil pesos, pero también de lo que se gane hay que guardar algo para la diversión, o sea, cuando tienes tiempo libre. Me compré una gabardina de la cabeza hasta los pies y el charro para salir con otros amigos. Cuando fui a ver a los Tigres del Norte me tomé la foto en el concierto del tigrizo, son buenos esos grupos pero acá ni llegan, o sí pero cobran mucho dinero. A veces nos íbamos a tomar unas cervezas con otros, pero nuestro cotorreo era bueno. Allá es otro mundo, estuve también en la Casa Blanca por fuera, estuve en las orillas, pero te diré que pude encontrar cosas como la “hierba” y otras drogas que venden por allá, son parte de estar viviendo en los Estados Unidos (julio de 2010, cabecera municipal).

Ramón también comentó:

Sí hay mucho qué conocer y hacer, pero con tu billete para un “chesco” o una cerveza. Yo salía a jugar fútbol con mis primos de acá, de Margaritas, también con otros migrantes de Guatemala y otros más que eran del trabajo. Era bueno pues las retas eran de apuesta y de ahí para ir por unas cervezas o hasta fumar “hierba”. El tiempo libre puede aprovecharse de muchas maneras, pero a veces los que somos más jóvenes éramos desmadre (julio de 2011, Guadalupe Tepeyac).

Los múltiples relatos suenan a veces distintos, pero todos hacen referencia a que el tiempo libre, unas horas o un día, les ofreció la posibilidad de experimentar algo distinto a la jornada laboral: lo “chido” de vivir lo que otros les habían platicado, “nos estrenamos”, “lo sentimos”, se “enchina el cuerpo”, “se olvida la tristeza” —aunque sea por un rato—. Los relatos sobre este breve tiempo minan la parte dura de la experiencia migratoria.

Cuando les pregunté de manera insistente sobre cómo vivieron el racismo, la discriminación o el desprecio del hombre blanco —pues seguramente no podían ir a todos los lugares que quisieran—, emitían generalmente una sonrisa un tanto congelada. Y es que la migración internacional también está marcada por la clase y la etnia: “trabajador”, “mexicano” y “chiapita” o “indito” son clasificaciones no

necesariamente del hombre blanco, sino del que le sirve al hombre blanco, a veces mexicano, guatemalteco o salvadoreño, uno más del sur. Pero en el tiempo libre se “va a los lugares donde van todos los migrantes” o los latinos y, allí, el racismo es lo mismo que allá, en la tierra nuestra.

Debe entenderse que la condición juvenil del migrante, junto con la construcción identitaria que la contiene, está inmersa en las relaciones de poder social, pero éstas no son concluyentes ni de manera directa ni de manera inmediata, sino que están mediadas y el accionar de los jóvenes suspende, paraliza o hace más lentos sus impactos. Es posible que estemos frente a una realidad en la que las relaciones de poder, aun siendo relaciones de poder, cambian de formato, y que dicho cambio conduzca precisamente a la pérdida de poder de los adultos, sean padres o autoridades, debido a que se desprendieron de la responsabilidad de la formación y del mantenimiento de la jerarquía generacional.

Si ello es así, puedo aventurarme a decir que los jóvenes migrantes de hoy constituyen la generación que de forma más enérgica vive las tensiones de una sociedad que ha terminado por mercantilizar al mundo como un todo. Ser libre de vivir como quieras, siempre que puedas; “si tienes dólares ya la hiciste” es la frase que encierra el sentido de la mercantilización y ello trae aparejado el “arriesgue” a disfrutar de nuevos estilos de vida que, si bien son dados por el mercado, se van construyendo sin ser exactamente apropiados. Dichos estilos de vida pasan por el tamiz del mestizaje, por lo propio. Lejos quedó para ellos el discurso ideológico diferenciado entre ser un joven responsable, un joven casado o un joven soltero, aunque se sabe que el soltero es “más libre” porque a los otros los ata el compromiso con la esposa y sus hijos, aunque a veces intentan zafarse, y eso es todo.

No hay comportamientos uniformes. Los relatos también registran el sentido religioso como un bien para mitigar la parte dura de la experiencia migratoria o para sentir la cercanía con lo propio. Este fue el caso de Javier, quien nos comentó:

En mis tiempos libres me iba a jugar basquetbol o fútbol con algunos compas de otros lados que conocí. Muchas veces te gana la tentación de ir a tomar cervezas con otros, o hasta consumir alguna droga, pues allá muchos solteros hacen eso, más los que luego quieren andar en pandillas. Pero yo decidí y también conocí unos amigos que me invitaban a la iglesia, así que cada domingo me iba y también leía la Biblia. Puedes hacer muchas cosas, pero a mí me gusto más eso, y también te voy a decir que hice más amigos de otros países (julio de 2011, ejido Saltillo).

Antonio, un joven hablante de tojolabal, también nos compartió su experiencia:

Yo salía a pasear los domingos, me gustaba. También en mis tiempos libres me gustaba ir a una iglesia en California. Llegaban muchos latinos. Ahí conocí muchos hermanos migrantes y hasta inglés aprendí, bueno, un poco, tampoco hablo mucho pero sí entiendo. Creo que muchos que somos jóvenes allá tenemos muchas cosas buenas y malas que hacer, pero es decisión de cada uno (julio de 2011, ejido Belisario Domínguez).

La confianza que alcancé con los jóvenes margariteños me permitió tocar uno de los temas que más preocupaba a la sociedad de origen: las drogas. El consumo de drogas estaba presente en la vida de algunos de estos jóvenes y la mayoría de los entrevistados dijo que las había consumido en algún momento durante su estancia en aquel país. Asimismo, asumieron que “se las rolaban otros migrantes” y que se acercaron a ellas para socializar, para olvidarse del lado triste de la realidad en ese país. Ramón nos comentó:

Muchos migrantes le entran a la mota, yo mismo le entré y me gustaba pero, si caes en eso y no lo controlas, te puedes perder y tener muchas broncas allá. Yo conocí casos de algunos que fueron encarcelados pues la policía les encontró “hierba”, pero creo que a veces como joven eso te ayuda para conocer más gente, y también algunas veces cuando el corazón está triste por allá, bueno, eso depende de cada uno [...] (julio de 2011).

La experiencia migratoria relativamente corta de los jóvenes entrevistados sólo hizo posible inferir que para ellos el consumo de mariguana en Estados Unidos era un hecho generalizado. Como migrante “te contaminas”, pues casi todos llegamos a “probarla”; cuando regresamos a casa, “algunos la siguen consumiendo” pero “son poquitos”, aunque, como aquí todo se sabe, se genera un “desmadre” en la comunidad y en la familia, sobre todo “si le sumas la nueva vestimenta” en su versión norteaña o en su versión “pocho” o “cholo”.

4. Vivir con las gringas es otra cosa: las relaciones de pareja en Estados Unidos

*Las masculinidades no son homogéneas, sino que probablemente estén divididas internamente. Las vidas de los hombres con frecuencia encarnan tensiones entre deseos o prácticas contradictorias (W. Connell. *The Men and the Boys* (2001).*

La vida sexual y erótica de los jóvenes migrantes fue un tema que cobró relevancia en las pláticas que sostuve con ellos. El marco del tiempo libre como espacio para iniciar la experiencia sexual en tierras ajenas, un espacio además diferente al propio, que va más allá de la realidad cotidiana, así como la conciencia de que sería una experiencia del aquí y el ahora —con secuelas impredecibles—, constituyen algunos de los elementos más mencionados en las narraciones de los jóvenes migrantes y que contribuyeron a la formación de su identidad social como tales.

Este tema está ligado a la dimensión estética y lo breve del presente. Ir al concierto de los Tigres del Norte con un nuevo atuendo, sea la gabardina “de la cabeza a los pies”, como señala José, o la vestimenta propiamente “norteaña”, produce en ellos placer, un “sentir chido”, un olvidarse de la necesidad del tiempo y su materialidad, un abrirse a formas distintas de actuar o de cómo les gustaría ser. El placer que sienten en ese descubrir está ligado, acaso como culminación de esta experiencia, con el tener una novia “gringa”, o simplemente tener una novia en Estados Unidos. Hablar sobre la experiencia sexual es para ellos mencionar un evento individual inédito, y el marco de referencia de comparación inmediato es el modelo tradicional del lugar de origen, la novia del pueblo y el ritual que implica la consumación del

acto sexual. Así, tras haber bebido un par de cervezas, los relatos se conjugaron y pasaron de la experiencia del debut sexual en sus comunidades, el cual la mayoría mencionó que fue con trabajadoras sexuales en el municipio vecino de Comitán, a la experiencia sexual en el “gabacho”. En este sentido, Ramón relató:

Eso de las relaciones sexuales es diferente acá, pues me acuerdo que yo me fui con mis primos que viven acá, ahorramos nuestro dinero y así en bola nos fuimos ahí, en la zona de tolerancia de Comitán. La verdad, nunca hablamos de eso con nuestros padres, pero entre amigos sabemos de nuestra primera vez (julio de 2011, Guadalupe Tepeyac).

González López describió lo que experimentan algunos jóvenes en su iniciación sexual. Palabras más o palabras menos, indicó que el debut sexual de un joven varón “es un rito de paso a la hombría que con frecuencia es orquestado por los compañeros de su grupo de edad y la iniciación sexual no es tan sólo acerca de un joven que explora lo erótico con una mujer por primera vez” (2009: 87).

En el discurso de los mismos jóvenes se aprecia la aventura sexual como una manera de vivir y sobre todo de reafirmar la masculinidad principalmente ante otros hombres de sus mismos lugares de origen. Estas experiencias fueron narradas con relativa naturalidad. La conversación continuaba y los jóvenes siguieron charlando sobre sus experiencias sexuales, pero ahora las experimentadas en Estados Unidos. El repertorio era extenso y algunos comentaron que, después de migrar, su experiencia sexual se vio influida por el lugar de recepción y lo que ofrecía ese espacio. En este sentido, Bernal comentó:

La verdad, compa, pues yo soy de un pueblo chico, acá en Margaritas. Te das cuenta que los que vamos a migrar para el otro lado es diferente. Cuando estamos allá hay muchas cosas que ofrecen las ciudades en Estados Unidos. Una de ellas, las chavas son diferentes, las “gringas” son aventadas pero un poco locas, las latinas, hay también mujeres chinas, como llegan igual que nosotros a buscar chamba. Pues hay influencia de todo eso, hasta para tener relaciones o andar con una de ellas a veces para no estar solos, pero hay unas cabronas que sólo quieren tu dinero (julio de 2011, cabecera municipal).

Los jóvenes migrantes, sobre todo los solteros, establecían relaciones de pareja para ampliar sus experiencias sexuales con otras mujeres migrantes y compartían las historias de sus noviazgos con los amigos del trabajo. En las mismas pláticas, los jóvenes migrantes aludieron a las relaciones que establecían con las personas oriundas de Estados Unidos como una forma de incorporarse más rápidamente. Julio comentó respecto a ello:

Cuando llegué a Los Ángeles, California, encontré un lugar muy diferente al mío, pero eso mismo me motivó a seguir adelante ya que no tenía más opciones. Me acuerdo que trabajé en una cafetería de mesero y ahí conocí a la que ahora es mi esposa. Gracias a ella pude aprender inglés, además de que me apoyaba en todas las cosas que para mí eran extrañas, por ejemplo, cuando intentaba mandar dinero para hacer ahorros en México me apoyó mucho. Así estuvimos mucho tiempo pero un día decidimos casarnos para

poder ser regular allá con los gringos, eso ya tiene algo de tiempo. Pero también puedo asegurar que esa relación me salvó el pellejo muchas veces para no tener problemas con la justicia. También en mi persona fue diferente ya que no son como las mujeres de mi pueblo, allá sí te meten al bote, y las mujeres parece que se protegen más con los gringos que con los mexicanos, pero ahí aprendí a ver la vida de otro modo, gracias a ella [...] (enero de 2010, cabecera municipal).

De igual forma, Daniel relató:

Cuando viví en Mississippi, allá en los Estados, viví un tiempo con una güera de allá. Pero sabes que ésa es una muy buena estrategia de muchos latinos que llegan allá, pero también de las gringas. Un compa de allá me pasó el tip que muchos hacen para conseguir una pareja. Muchos ven bastantes ventajas pues ellas pueden hacer los trámites más rápido; también ellas ya conocen cómo se hace todo el movimiento en los bancos y algunos papeles. Pero hay que tener cuidado porque algunas son buena onda y otras son bien cabronas. Conocí a un paisano que se lo estaban haciendo creer, le pasaban sancho, pues, y también le bajaban su lana. Los compas que ya tienen tiempo allá, en especial los solteros, son los que te dicen quiénes son buena onda, pero también algunas te hablan con sinceridad, si quieres llegar a cierto acuerdo con ellas, por ejemplo, vivir un tiempo y ayudarlas con sus gastos. Yo conocí a varias de ellas y mi plan era casarme para que tuviera mis papeles bien allá, pero no se pudo porque me deportaron. Pero muchos compas hacen eso con las de allá para que uno que es de fuera no le cueste mucho incorporarse a la vida de allá, y además son otras experiencias [...] (diciembre de 2009, cabecera municipal).

Para muchos jóvenes migrantes las relaciones amorosas que establecen con mujeres de Estados Unidos representan una manera de incorporarse más rápido al nuevo espacio. En el caso de los jóvenes solteros se propicia un intercambio de códigos culturales, de vivenciar el cuerpo, es decir, el joven migrante también construye alternativas para que su incorporación no sea tan problemática, pero también sus relaciones de pareja cambian, al menos en ese contexto.

Se asume una nueva forma de vivir el noviazgo porque lo clasificado como prohibido en sus costumbres locales poco a poco se va transformando, mientras se comienza a inventar una nueva forma de relacionarse con los otros. Paralelamente se cuestionan su masculinidad y en algunos casos su rol de género. En este sentido, Daniel relató:

Como te digo, allá las mujeres también son más cabronas, estratégicas pienso, porque no es igual que en tu pueblo, que van a hacer tortillas o que las mandan a hacer de todo. Acá a veces te responden y tú ves que tienen y gozan más de su libertad. Me daba cuenta de que las latinas van a bailar, a tomar y tienen más novios; acá en Las Margaritas ¡imagínate una de ellas haciendo eso!, ni de chiste, habrá algunas pero no muchas. Es bueno relacionarse con otras mujeres de otros lados, me doy cuenta de esos cambios, creo que son otros tiempos también (enero de 2010, cabecera municipal).

Los jóvenes migrantes reflexionaban sobre el cambio experimentado por las mujeres latinas que migraron a Estados Unidos y es evidente la tensión cultural que prima en la percepción que tienen de la mujer. Hablan de ellas en sentido negativo, por ejemplo, mencionando que convirtieron la libertad experimentada allá en libertinaje, o que “viven en el exceso y en el desmadre”. La lectura recurrente es la preferencia de casarse con una mujer de su lugar de origen en lugar de con las novias o parejas que hicieron en Estados Unidos, tal como señaló Bernal:

Yo prefiero casarme con una mujer de acá, de Margaritas. Creo que ellas pueden ser más fieles. Allá las “gringas” son más canijas, a veces lo hacen muchos por los papeles, pero también lo machito se te puede ir quitando con ellas. Por eso yo tenía claro tener novias allá, pero quiero una esposa de mi pueblo (julio de 2011, cabecera municipal).

Las vivencias del ser joven migrante son plurales. También para algunos jóvenes relacionarse con una pareja trajo consecuencias: desde consumir más drogas o tener problemas con la ley, hasta ser deportado. En los relatos se registraron comentarios de algunos jóvenes de Las Margaritas que, al relacionarse con una mujer “gringa”, fueron inducidos a consumir drogas como cocaína y otras sustancias más fuertes. También en un caso la pareja denunció al joven ante las autoridades migratorias y, por ende, fue detenido y deportado. David declaró:

Una de las razones de por qué me regresé de allá es que tenía una pareja en California, la pasábamos bien pero luego, cuando tomábamos demasiado, nos bronqueábamos. Recuerdo que en una ocasión me insultó y me quiso pegar pero yo respondí; se fue de la casa y al otro día regresó con sus hermanos y me golpearon, llamaron a la policía y luego me detuvieron y a las pocas semanas me regresaron, no tenía papeles. Fue algo duro, pero creo que es uno de los riesgos que asumes allá también [...] (julio de 2011, cabecera municipal).

David es uno de muchos migrantes que vivieron problemáticas de este tipo cuya consecuencia fue la deportación o el retorno de manera forzada. Sin embargo, otros jóvenes margariteños decidieron retornar a su lugar de origen con sus parejas.

Establecer una vida en pareja en Estados Unidos revela lo que González López (2009) llama “economía política del riesgo”, que inevitablemente puede incluir riesgos en las vidas sexuales de los migrantes, como el caso de David. A pesar de todo, para muchos más fue el momento de experimentar una vida sexual sin tabús, una forma de adaptarse al contexto de llegada e, incluso, una nueva forma de estar dentro de la masculinidad ya que mostraban a los amigos las fotos de las novias que dejaron en Estados Unidos. Tal como describe nuevamente González López:

El empleo remunerado, el dinero y el sexo, se combinan todos ellos para exponer las relaciones de género, de clase y de raza que configuran la renegociación del poder y el control por los participantes en el interior de la familia o la pareja a medida que se convierten en componentes productivos y esenciales de la economía estadounidense (2009: 287).

Esta posibilidad de transgredir la cotidianidad laboral es lo que particulariza la experiencia de los jóvenes migrantes, una experiencia que se transforma en acción social, donde se pone en juego la interacción y la negociabilidad de la vida individual y colectiva en un espacio y segmento temporal que reiteradamente alude a la “otra cultura”, pero que resulta atractiva no sólo porque se tiene la posibilidad de acceder a ella, así sea en su parcialidad, sino también porque prevalece el deseo de experimentar y asumir esas prácticas e imaginarios “otros”, ya como una experiencia biográfica o quizás como una opción que implica su apropiación, para desde ahí construir las fronteras de sus diferencias con los otros, tanto en el lugar de destino como en el de origen.

5. Entre la fascinación y el dolor del billete verde

Durante las conversaciones con los jóvenes migrantes margariteños fue visible una lectura de la tierra “gabacha”. Aludieron a imágenes de un mundo con valores y formas de vida cuya trama de significaciones intersubjetivas modulaban la cultura norteamericana en lo que tiene de común y de plural. La comparación con lo propio fue reiterativa, y apuntaron específicamente a la diferencia cultural, en concreto al marco normativo y de valores que define la acción social y a las prácticas de comportamiento en las distintas esferas de la vida social comunitaria en Estados Unidos. Las diferencias relacionadas con el mundo y la vida cotidiana en ambos complejos culturales fueron evidentes y reiteradas en los relatos de los jóvenes. En esta demarcación cultural cabe señalar un hecho importante: el vivir, aunque sea temporalmente, en un país distinto al propio en términos culturales no conduce necesariamente a una crisis de sentido. Y es quizás esta actitud lo que es propio de los jóvenes: el gusto por lo nuevo y el desafío de experimentarlo y de reelaborarlo estética y discursivamente. Este proceso de interiorización de expresiones y valores externos al mundo social de origen del joven, que no es un proceso lineal ni definitivo, constituye un desafío analítico.

Sabemos que la teoría de la raigambre fenomenológica plantea que el “mundo de la vida cotidiana”⁹⁶ es el espacio donde se construyen los significados; es prácticamente un espacio con un orden dado en el que los significados socialmente establecidos se interiorizan por medio de la sociabilidad,⁹⁷ desde donde se visibiliza que los términos de nuestras relaciones sociales están dados por los acuerdos de

⁹⁶ El mundo de la vida cotidiana es el “ámbito de la realidad en el cual el hombre participa continuamente en formas que son, al mismo tiempo, inevitables y pautadas. El mundo de la vida cotidiana es la región de la realidad en que el hombre puede intervenir y que puede modificar mientras opera en ella mediante su organismo animado [...] sólo dentro de este ámbito podemos ser comprendidos por nuestros semejantes, y sólo en él podemos actuar junto con ellos” (Schutz, 1977: 25). La vida cotidiana es un componente del “mundo de la vida”, definida esta última como el extenso horizonte de sentido que abarca el universo social, esto es, todos sus campos finitos de sentido. Son sus componentes: sus significados, que son construcciones sociales, la intersubjetividad y los actores o personas sujetos que se mueven con un “acervo de conocimiento a mano”.

⁹⁷ Entendida como el conjunto de relaciones interpersonales y de las actitudes de las personas que son producidas y reproducidas —o modificadas— de manera pragmática.

⁹⁸ La intersubjetividad definida por Schutz como el proceso en el que compartimos nuestros conocimientos con otros en el mundo de la vida, que, en atención a Berger y Luckmann, pone de relieve fáctico el universo de significaciones construido colectivamente a partir de la interacción social, cuya aprehensión implica la dimensión fenomenológica y la construcción empírica de las construcciones humanas de la realidad (1993: 21).

su aceptación. De ahí deriva la tesis de que el significado se construye intersubjetivamente.⁹⁸ En este modelo interpretativo en el que la producción de significados, tanto subjetivos como objetivos, se establece con suma claridad, su producción es objetivamente significativa y sus expresiones culturales son compartidas socialmente. Se trata de lo que Schutz define como la “relación-nosotros”, es decir, lo que en antropología se define como una relación cara a cara en la que más allá de la rutina es posible la construcción de nuevos conocimientos y experiencias a través de prácticas de verificación y modulación de las ya existentes.

Sin embargo, la desestabilización de ese “mundo cotidiano” definido por la regularidad y el acuerdo, provocada por los violentos procesos de globalización y crisis del pensamiento social de la modernidad, trastoca los términos de la realidad social, específicamente de la construcción de significados generados intersubjetivamente. Éste es el caso de los jóvenes migrantes rurales, cuyo desafío en la construcción de su realidad social no consiste ya en encarar el tránsito rural-urbano, sino en construirlo con los materiales que tienen a mano, violencia y exclusión social, en un tiempo definido por la contingencia y en un espacio tensado por la homogenización y la fragmentación o crisis de las organizaciones portadoras de orden y sentido.

Es inevitable no reconocer que para los jóvenes margariteños lo que analíticamente se puede identificar como un choque de dos mundos culturales, la experiencia de vivir en la tierra estadounidense, es para ellos prácticamente una aventura que demuestra una avidez por vivir y sentir lo distinto, por desembarazarse de lo coercitivo de su mundo cultural periférico y rural minimizando el reconocimiento de la naturaleza externa, pero también coercitiva y de dominio de la cultura por conocer y por vivir. En sentido estricto, siguiendo las teorías de estirpe fenomenológica, los significados objetivos de la cultura norteamericana son construcciones sociales, son significados o códigos sedimentados, pero abiertos y temporales, cuyo aterrizaje implica la acción y la elección, como es propio de toda cultura. Por lo demás, un eje que está presente en esta asunción y decodificación de la cultura, y que es de corte estructuralista, es la fuerza que hoy tiene el mercado, la mercantilización de la vida toda, presente en los nuevos núcleos de experiencia de los sujetos y, en nuestro caso concreto, de los sujetos jóvenes migrantes. Y no es posible obviar este hecho en un país receptor como lo es Estados Unidos.

Acción y elección son términos que nos remiten al concepto máspreciado del liberalismo, “libertad”, término al que reiteradamente aludieron los jóvenes migrantes. Jugaban con él de varias formas: en el sentido de poder hacer, pero considerando que “no todo lo que se quiere hacer se puede” por las restricciones o limitaciones, diríamos sistémicas, en la singularidad del país receptor —un país del norte, un país imperial para nosotros—. Este hecho fue reconocido en las múltiples pláticas con los jóvenes, en las que flotaban frases como “un país chingón”, pero también “un país hijo de puta” en alusión a hechos o situaciones que vivieron y les violentaron. “Lo que es, es, pero le damos la vuelta o ¿no?”, me dijo un joven migrante al referirse a su experiencia cultural en Estados Unidos, aludiendo a hacer “ruido allá”, pero también a “hacer ruido aquí”, sabiendo que allá “yo no dejo huella” pero

“acá sí, porque no soy sólo yo, hay otros compas que estamos queriendo cambiar nuestro mundo, que ya se quedó chiquito”. Indirectamente este joven, que se sale un poco del patrón de los otros entrevistados, tocó un tema problemático por la complejidad que encierra: la capacidad de los jóvenes para transformar su universo cultural e interpelar los significados objetivos de las culturas y para construir nuevos objetivos, así sea en su parcialidad, pues lo anterior involucra relaciones de poder que implican imposición o dominio pero también, aunque en términos hoy reducidos, resistencia, oposición y negociación.

Inevitablemente llegamos al punto crucial de nuestro análisis, centrado en la interrogante de si realmente con los materiales hallados es posible definir analíticamente una trayectoria o experiencia cultural migratoria propia de los jóvenes y si es posible identificar una correlación entre las prescripciones de la cultura “gabacha” y la interiorización o internalización de ésta en las prácticas cotidianas de los jóvenes y sus intereses, con un sentido de relativa regularidad o, como señala Urteaga, como la “cultura que viene” (2011).

Los materiales concretos y abstractos con los que se teje la experiencia de los jóvenes migrantes margariteños resultan incompletos y fragmentados, y es visible que no se trata de experiencias o trayectorias homogéneas, pero sí definidas o moduladas por un entorno más amplio que reduce o amplía las alternativas o tomas de decisión. En sentido estricto, la migración como fenómeno social e individual y la experiencia cultural que le es propia es un campo de representación social que impide hacer de los hallazgos verdades últimas, pues la producción de sentido es continua e interpretativa. Y ello no inhibe que la representación se constituya en productora de sentido de la vida y creadora de realidad social en la que, como ya se señaló, pesan las estructuras sociales y culturales que heredamos de quienes nos han antecedido en el mundo social (Schutz, 2001: 90), pero en las que pesan también las acciones de la realidad social del día a día que modifica o reelabora la cotidianidad.

Es la naturaleza dinámica y en constante elaboración o reelaboración del sentido y de las representaciones lo que posibilita sostener el registro de una trayectoria cultural migratoria propia de los jóvenes migrantes, en la que acción y subjetividad conjugadas derivan en una interpretación de su realidad y proyecta un horizonte, quizás una “cultura por venir”, que resulta difícil de calificar en el sentido al que están acostumbrados los adultos a calificar las prácticas de los jóvenes.

El sentido de clase pesa en la cultura, sobre todo si pensamos la cultura no como única, sino en su configuración parcial, en la que se particularizan distintos universos de significación y de códigos sociales; de ahí las denominaciones de “alta” y “baja” cultura (García y Vilafuerte, 2014). Desde esa parcialidad, los jóvenes migrantes, trabajadores en los campos o en actividades terciarias de baja retribución salarial, son atraídos por un sistema cultural en el que están imbricados tanto el valor real y simbólico del “billete verde”, como elementos propios de una cultura híbrida entre lo latino, lo norteamericano y la diversidad cultural del mundo de la periferia y la marginalidad.

Las relaciones que se establecen con la posesión del “billete verde” entrañan relaciones de significado con una dimensión simbólica que configura una imagen del mundo, o imaginarios del mundo, cuyo núcleo de experiencia es la mercantilización de la vida. Se vive con la idea de que con el “billete verde todo se puede”, lo que también se asume como práctica. No obstante, la realidad los coloca en el reconocimiento de la imposibilidad, para ellos, de hacer de este predicado una realidad interiorizada como marco cognitivo relativamente duradero en términos de práctica cotidiana.

En las pláticas pareciera que se refieren a un reconocimiento como realidad concreta, vivida momentáneamente en una acción o práctica de “fin de semana”, de tiempo libre —tomar la beer, invitar a una “morra”, ir a un concierto, comprarse y lucir un atuendo— y también a un reconocimiento de su escasez, de la imposibilidad de su posesión duradera. De ahí la adhesión de representaciones plásticas, móviles y pragmáticas en atención a márgenes de oportunidad, tiempo y poder.

Es una idea contundente en los jóvenes entrevistados que sus vivencias se hacen visibles en las experiencias de carácter estético en las que se conjugan tanto las normas estereotipadas del mundo global en su afán por definir con sentido biopolítico la experiencia y su sentido, como los elementos o componentes emocionales que proyectan la resistencia o la subversión de los jóvenes, sabiéndose excluidos del orden corporal racionalista. Decíamos que la elección de determinados marcos simbólicos y códigos culturales tiene el sentido de clase. Dejar el típico atuendo del hombre campesino y rural, así sea momentánea o regularmente, por atuendos propios del joven urbano y atuendos “al grito de la moda” o eminentemente subversivos, no cancela la condición de clase; no obstante, dicha condición tampoco cancela ni el proyecto de dominio global que pretende —además de imponer el consumismo— regular las expresiones corporales, ni el proyecto o la acción subversivos de quienes, entre el marasmo del mercado y sus prédicas hedonistas y consumistas, rehúsan su sometimiento al control o la regulación sistémica desde donde se construyen los desafíos a las normas establecidas.

Sólo en la tierra “gabacha” fue posible un vivir desde el “yo” que alimenta la percepción emocional del cuerpo y activa la subjetividad. El gusto y las sensaciones por comprar y vestir atuendos tan distintos a los del lugar de origen dejan de ser una cuestión de simple mudanza —poner y quitar—, para tornarse en una experiencia estética sentida, interna, productora de subjetividad, que apuntala un horizonte de vida distinto al anclaje definido por la globalización y el biopoder y su racionalidad dicotómica cuerpo/mente. Es una experiencia que va más allá de los jóvenes margaritenses; asombra su desplazamiento y arraigo entre los miles de jóvenes mexicanos con experiencia migratoria en Estados Unidos.

Sin embargo, el punto tensional —visible en la academia y en la sociedad adulta, en la que se internaliza con fuerza el régimen estético-político del mundo moderno o tradicional— es la evaluación o valoración de si la expresión práctica de dicha mudanza apuntala el cambio y qué tipo de cambio. Esta tensión o conflicto es la expresión práctica más generalizada y la valoración generalmente tiende a ser nega-

tiva, sin espacios para su comprensión más integral, aun cuando se reconozca que es una mudanza generacional y con particularidades. Se le teme, dicen algunos de ellos, por la conversión real de lo que prefigura el atuendo: la pandilla, el drogadicto o el narcotraficante, esto es, figuras que se mueven en el terreno de lo sancionado, y por ello la expansión del miedo de la gente y la estela de estigmas y estereotipos mediáticos que se vierte sobre los jóvenes y que les induce en muchos casos a ser lo que no querían ser, amén de la fractura entre los jóvenes y las mediaciones del Estado y sus instituciones.

En el país receptor, Estados Unidos, que es el espacio donde se inició la interiorización subjetiva y corporal de elementos culturales, los impactos son imperceptibles puesto que espacialmente hay fronteras y los migrantes conocen los espacios en los que pueden externalizar acciones con fines de distracción, convivencia y rebeldía. Sabemos de casos en los que la incursión de jóvenes migrantes a códigos culturales propios de ciertas adscripciones juveniles se produjo con el tiempo. Por otra parte, en la misma dinámica laboral, salvo en algunos renglones del sector de servicios, el cambio de la indumentaria no se tornó cotidiano, sino que se circunscribió al tiempo libre; las camisetas con las figuras de los equipos norteamericanos y la mezclilla o dril.

Las tensiones mayores se darán con el retorno. Regresar con lo vivido, con la experiencia que les propició desafíos y complacencia, entraña las tensiones más importantes de una construcción cultural migrante en la que se define una opción de continuidad o el “regreso al redil”, como suelen decir en son de broma, pero en el que no está ausente un dejo de melancolía y resignación. El retorno, como veremos en el siguiente capítulo, implica las definiciones de presente y futuro inmediato de los jóvenes migrantes retornados. Es la búsqueda de canales que permitan la adecuación o modulación de los acervos culturales traídos a sabiendas de la percepción negativa de los moradores del lugar de origen. Se dan contradicciones y conflictos desventajosos para el joven, se registra un trastocamiento de la estructura significativa del mundo social, la sociabilidad del mundo cotidiano se antoja restringida o reducida y rotos los vasos comunicantes que hacían posible la comunicación activa y participativa.



GRAN NOCHE
VIERNES 25 DE DICIEMBRE
 EN EL BARRIO DE GUADALUPE
 SE PRESENTA DIRECTAMENTE DESDE
 NEW YORK, ESTADOS UNIDOS
LUZ Y SONIDO
Comienza
Latino Flow
por el
R&X
NO FALTES
UN SUPER BAILAZO
 QUE NO TE DEBES PERDER!!!
 CABALLEROS: \$ 30.00
 DAMAS: GRATIS ANTES DE LAS 8:30
 DESPUES \$15.00
 RESERVADO DE MESAS: \$ 20.00
 MAYORES INFORMES AL (963) 112 6455
 NO FALTES SERA **IMPRESIONANTE!!!**
 presente en los mejores
TELATE
 Coca-Cola



- PANDILLEROS
 - PENSAN LOS VICTIMARIOS
 - VIVO POR MI MADRE
 - MEJERO POR MI BARRIO

CAPÍTULO V. ¡MI VIDA YA NO ES LA MISMA, ES MEJOR, NO LO SÉ! JÓVENES MIGRANTES RETORNADOS; FAMILIA Y ENTORNO LOCAL

*[...] para mí la escritura surge precisamente del desplazamiento y de la pérdida: pérdida de un punto de partida, de un lugar de origen, en suma, de una casa irrecuperable (Sylvia Molloy, *Varia imaginación*, 2005).*

*Y al cabo de muchos años estaban de vuelta en su tierra de origen, y nunca
habían olvidado nada.
Ni al irse, ni al estar, ni al volver:
Nunca habían olvidado nada.
Y ahora tenían dos memorias
y tenían dos patrias (Eduardo Galeano, *El libro de los abrazos*, 2008).*

El presente capítulo pretende ofrecer respuestas a las preguntas que nos hemos planteado sobre el presente y el horizonte de futuro de los jóvenes migrantes. La gama de experiencias que viven tras el retorno a su lugar de origen se presenta como el guión de una película sin final pese a sus dramatizaciones o a sus momentos de excitación triunfalista. Como en ninguna otra situación de la experiencia migratoria, el retorno constituye una fase en la que se ponen en juego imaginarios en los que las instituciones, como órdenes simbólicos que definen normas y dispositivos legítimos que ordenan la vida cotidiana, se confrontan con los imaginarios abiertamente desafiantes de los jóvenes que, tras la experiencia migratoria, no logran acomodar sus necesidades en el marco de lo instituido, de manera que construyen nuevos imaginarios que aspiran a su reconocimiento social en el que priman las mayores tensiones o conflictos, tan alejadas de un marco relacional fincado en el acuerdo o consenso.

Puede decirse con seguridad, siguiendo la definición de “imaginario social” de Castoriadis, que el potencial heurístico de este imaginario hace posible la identificación analítica de los elementos que se ponen en juego para prefigurar o enunciar necesidades y sensibilidades inexistentes, pero que su sola enunciación y despliegue en acto posibilita su concreción social, aunque prevalezca la ausencia de su legitimación social (García y Villafuerte, 2014). En este marco, es posible sostener que los jóvenes migrantes retornados, con sus rebeldías, anhelos y esperanzas, hacen certeras las tesis sobre el carácter de indeterminación de la sociedad y su orden social. Por ello, la centralidad analítica es el campo de la subjetividad en el que la imaginación opera como constructo simbólico y cultural que define el sentido.

En el capítulo anterior recuperamos la vivencia y la interiorización de prácticas y valores culturales que contribuyen a la construcción de una identidad cultural migrante, visible en sus prácticas y expresiones corporales y lingüísticas, es decir, en la forma en que los cuerpos y sus prácticas definen los sentidos, a través principalmente del lenguaje, un lenguaje que crea, pero que también suprime, usurpa e impone. Señalamos también la posibilidad de evaluar si los elementos de estas identidades tienen un carácter emancipador o de alienación, en alusión

a los contenidos de clase, poder y dominio que les envuelven en un contexto de globalización y desterritorialización que atrapa y tensa prácticamente a todas las esferas de la vida social, entre ellas, el cuerpo y la conciencia.

Esta tensión entre subjetividad y materialidad la pensamos inicialmente como una dimensión que dificultaría trabajar con una perspectiva fenomenológica y antropológica como habíamos proyectado, pues la materialidad y los contextos macro y meso son hoy definitorios en la construcción de los imaginarios individuales y colectivos. Sin embargo, la idea ampliamente compartida por los estudiosos de que la cultura también entraña externalidad y coerción para los sujetos o actores, abre la posibilidad de reconocer el peso de las estructuras de otras esferas de la vida social, como la propia economía, más densa y con mayor sentido de regularidad.

Esta lectura posibilita reconocer la migración internacional de los jóvenes del sur como un campo social tensado por la violencia y el desafío, que se asume con tan sólo las armas corporales e imaginarias del ser joven, pues está ausente la responsabilidad tanto del Estado nacional en la protección y la garantía de los derechos fundamentales de su población nacional joven, como la del Estado receptor. La expresión de la globalización y el neoliberalismo en la población joven migrante internacional asume ciertamente una expresión en la que pesa una relación desnuda entre el capital y el trabajo, una relación sin mediación alguna que proteja la vida y los derechos fundamentales de los trabajadores jóvenes migrantes. El cuerpo viviente de estos jóvenes, siguiendo la reflexión de Virno (2003), es para la sociedad norteamericana el mal a pagar, pues en tanto ellos ofrecen un valor de uso que no existe fuera de ellos, el capital tropieza con ese “cuerpo viviente”, en palabras del autor, con el “insuperable tabernáculo de lo que realmente importa: el trabajo como subjetividad”.⁹⁹ En resumidas cuentas, como señala Martín-Barbero (2010), con la presencia del inmigrante se instala en los nacionales la desconfianza como comportamiento “normal” y se extiende la sospecha “a los gestos, las voces, las vestimentas”; “[...] con su hablar y gesticular desordenan la normalidad”.

Si nuestra lectura es correcta, estamos reconociendo el peso que entrañan las estructuras y sus dinámicas, que no necesariamente son reconocidas como constricciones por parte de los actores migrantes, y con ello abonamos a una mejor comprensión de las acciones que emprenden y de su producción intersubjetiva en tanto formas de interacción social. El peso de la globalización y las transformaciones que trae consigo en la sociedad alteran las prácticas e identidades que han particularizado a los jóvenes. Se difumina además la regularidad, y el material temporal de su constitución es la contingencia, de ahí una subjetividad diversa y diferenciada en tanto se articula de modos múltiples con las estructuras sociales de las que derivan formas culturales y simbólicas igual de diversas y en permanente construcción (Reguillo, 2000; Valenzuela, 2002; Nateras, 2001).

⁹⁹ “El cuerpo viviente, desprovisto de cualquier dote que no sea la pura vitalidad, deviene el sustrato de la capacidad productiva, el signo tangible de la potencia, el simulacro objetivo del trabajo no objetivado. Si el dinero es el representante universal de los valores de cambio, la vida es el equivalente intrínseco del único valor de uso ‘no materializado en un producto’” (Virno, 2003: 171-172).

En el capítulo anterior señalamos que la construcción de una identidad migratoria privilegia el espacio no propio; es ahí donde los jóvenes migrantes se involucran en la reconstrucción de una identidad en ciernes visible en el vestuario, los gustos, el lenguaje corporal y los gestos; es ahí donde nace la iniciativa de poner en juego sus posibilidades de ser agentes sociales, movilizándolo sus escasos recursos para definir su disidencia y los términos de sus interacciones con esferas y actores del mundo global. El territorio norteamericano y su sociedad como espacio demandante de fuerza de trabajo, así como la densidad cultural que los define, se torna en un territorio imaginado y vivido antes y durante la estancia en éste. Las concepciones y las experiencias que viven en ese territorio que temporalmente habitan se traducen en las diversas formas de conjugación de vivencias reales e imaginadas en las que priman los deseos, las esperanzas, los temores, el miedo, la gloria o el fracaso, las sensibilidades todas que, diríamos, se acuerpan en la dupla vulnerabilidad/desafío.

Es esta conjugación paradójica de sensibilidades lo que hace complejo el análisis de la subjetividad de los jóvenes migrantes, pues en su construcción no se devela una oposición dicotómica entre elementos culturales “míos” y elementos culturales del “otro”, sino que lo que se asume como propio, más allá de sus distinciones, es la conjunción de ambos, esto es, una subjetividad “mestiza” —siguiendo la línea de los estudios sobre la cultura de Martín-Barbero (2010)—. En otra perspectiva analítica no necesariamente contraria, Parrini reitera un planteamiento ya reconocido por los estudios de las culturas juveniles, en el sentido de que la constitución de la subjetividad y el cuerpo están íntimamente anclados en procesos histórico-sociales y políticos, es decir, es un proceso de constitución parcial que no es creación necesariamente en “positivo” y con clave “finalista”, sino que también descrea, su construcción es también negativa y siempre oscila entre lo abierto y lo inconcluso (2012: 43).

Este planteamiento nos lleva a reflexionar sobre los límites de la constitución social de la subjetividad y del cuerpo, siendo uno de ellos el lenguaje y, en su acepción más amplia, está en juego lo que Parrini define como un deslinde “entre la historia que se hace y las condiciones que no se eligen” (2008: 14), esto es, la “inscripción histórica de la subjetividad y el cuerpo”, una inscripción que no es coherente, unitaria y estable, sino fragmentaria, múltiple e inestable (2008: 15). Esta perspectiva es pertinente para la comprensión de lo que hemos definido como la construcción de la trayectoria cultural del joven migrante que, aterrizada en el estudio de caso, es una trayectoria fracturada y sin libreto que resuelva la finalización de su trama.

En un sentido similar, Valenzuela, Nateras, Reguillo y otros estudiosos de las culturas juveniles reconocen el peso crucial que tienen los contextos en la comprensión de la producción/reproducción de las adscripciones identitarias. Estos planteamientos que exigen concretar esa inscripción histórica de la subjetividad y el cuerpo son una historia presente que, si bien está dominada por la contingencia y el acontecimiento, su dinámica está atravesada por las relaciones de poder imperial en el contexto de la globalización. Como nunca en la historia de la migración in-

ternacional, su administración mundial había dado un vuelco tal como el presente, al incorporarse al paquete de lo que se denomina “globalización negativa” y a su combate con un sentido de guerra. Las deportaciones de mexicanos indocumentados y documentados que ha emprendido el Gobierno norteamericano constituyen la expresión violatoria extrema de un marco internacional supuestamente reglamentado bajo principios democráticos, y los impactos para los afectados asumen expresiones que violentan el derecho mismo a la existencia social y biológica.

En el capítulo anterior intentamos registrar tanto los imaginarios que priman en la idea o proyecto de emigrar con fines laborales a Estados Unidos, como las experiencias vividas, es decir, tratamos de definir si éstas apuntaban a la construcción de una identidad juvenil migratoria. Los hallazgos, como hemos descrito, hacen referencia a esa tensión entre imaginario y realidad. Entre lo que puede hacerse con “el billete verde”, en particular para los jóvenes no casados, está el vivir experiencias ya prefiguradas en los medios de comunicación y tangibles en las urbes, algunas muy distintas y lejanas a las del lugar de origen. No obstante, el núcleo duro de la migración es la experiencia laboral, en la que estos jóvenes experimentan el hecho real del trabajo y la mísera “paga” que éste devenga; “vivimos”, nos dijeron, “con Dios en la boca”. El miedo los hace presos ante la posibilidad de la detención y la expulsión.

Sobre esta paradoja se cimentan las subjetividades de los jóvenes migrantes. Los materiales de su construcción no dependen totalmente de una libre elección, menos aún en un tiempo y contexto internacional en el que prima el sentido del enemigo y su combate. Sin embargo, son estos jóvenes, en territorio ajeno, los que ponen en juego la construcción subjetiva en clave corporal y lingüística, aunque los materiales, como dicen los autores consultados, tienen el sentido del mercado y del poder, e incluso de clase. En efecto, el abanico de productos culturales se acota a escenarios alentados por el mercado, definidos por la música gruperá, el rock a veces, los equipos de basquetbol o de futbol americano y la mercadería que les es propia, pasando por prácticas que tienden a la experiencia intersubjetiva con las mujeres, como “ligarse” a una “gabacha” o a una “gringa”. El consumo de alcohol, las beers, es cotidiano en los tiempos libres, y el uso social de las drogas que oferta el mercado —y que está normalizado para la mayoría de la población norteamericana— resulta altamente atractivo para los jóvenes migrantes. De igual manera, está la atracción por las agrupaciones juveniles y las pandillas. Las consecuencias de esta asunción subjetiva y corporal son altamente visibles en las experiencias de estos jóvenes en la tierra americana: la ley y el abuso policial y social los pone en alerta y se evitan. Cuando esto no es posible, las consecuencias son fatales.

Las cosas cambian cuando se retorna al lugar de origen, donde se pone en juego la precaria capacidad de agencia de los jóvenes migrantes retornados y se hace evidente la conflictividad que trae consigo poner en práctica y asumir como propios los elementos culturales que dan contenido a un cambio de adscripción identitaria. En este capítulo se intenta dar cuenta de estas tensiones que, quizás, más allá de sus expresiones fenomenológicas y etnográficas, dan a conocer de la mejor manera la ruptura y el debilitamiento real de las mediaciones —el Estado, la sociedad y

la familia— que tradicionalmente regulan el comportamiento de los jóvenes. Las vivencias de su retorno aluden a una dinámica social y conflictiva que los coloca al “filo de la navaja”. La falta de entendimiento entre el joven y sus “otros”, sea la familia, la comunidad o la autoridad, provoca trayectorias que oscilan entre la adscripción a grupos que provocan el miedo social y la represión de la autoridad, hasta la formación de pequeñas agrupaciones que viven el breve espacio de ser joven, sin que ello los exima de la mirada autoritaria de los actores de su entorno inmediato —la familia y la comunidad—. En muchos casos, se propicia la expulsión social del joven migrante, que no necesariamente es una expulsión directa, pero sí una expulsión silenciosa constreñida a la violencia emocional hacia el joven.

El retorno, objeto de este capítulo, lo definimos como la síntesis de una experiencia migratoria en la que se juegan la vida presente y futura en el sentido amplio de la expresión, es decir, la vida material y simbólica. En su construcción, que es social y deliberada por el juego de los poderes imperiales, que se extienden por exigencia sistémica a los Estados de los países de los migrantes, están presentes redes simbólicas globales que la hacen posible, incluso con el consentimiento —directo o indirecto— de las sociedades expulsoras y de recepción. Daremos cuenta de esta tensión visible desde el juego relacional que prima entre “infiltración” y “atajo” o “expulsión” y las consecuencias dramáticas en un puñado de jóvenes a los que se les ha arrebatado no sólo el derecho a una vida digna en sus lugares de origen, sino también en los lugares en donde, como fuerza física sin más, se les demanda. De igual manera enfatizaremos, con la información biográfica recopilada en las entrevistas, los significados que tiene el retorno en sus vidas presentes y sus posibles horizontes.

1. El retorno en tiempos de globalización y securitización

La palabra retorno posee numerosas acepciones referidas al regreso al lugar de donde se partió, a regresar a una situación anterior o a volver atrás.¹⁰⁰ Suele definirse como la última etapa que cierra el proyecto del ciclo migratorio laboral, el regreso a casa que implica reinserción laboral o social en tanto los jóvenes son agentes con posibilidades de impulsar acciones vinculadas al desarrollo local (Levitt, 2001; Papail, 2002; Durand, 2005).

En este marco, el esquema conceptual que inicialmente dominaba mi perspectiva de análisis sobre el retorno estaba sustentado en la lógica de la migración circular que prevaleció en los estados de tradición migratoria localizados en el centro y en el norte del país y que, pese a sus tensiones, instituyeron el sistema migratorio México-Estados Unidos, lo que fue objeto de múltiples investigaciones (Durand, 1994, 2005; Durand y Massey, 2003; Guarnizo, 1997; Moctezuma, 2011; García Zamora y Orozco, 2009). Buena parte de la bibliografía revisada me llevaba a la idea de la migración como un fenómeno social definido por fases: viaje, cruce,

¹⁰⁰ Un texto referencial en los estudios sobre el retorno —migratorio— es el de Russell King (2002). Recientemente el tema del retorno cobró centralidad por el marco de criminalización y de securitización que prima en los países del norte receptores de migrantes.

destino y retorno, esta última como la etapa final del ciclo migratorio, que llevaba, como era de esperarse, a la reinserción laboral y social del migrante en su lugar de origen.

Sin embargo, frente a los cambios profundos que ha venido experimentando el fenómeno migratorio internacional, muchos autores reconocen que el modelo analítico tradicional registra serios déficits para explicar y comprender fenómenos que han perdido el sentido de regularidad y certeza que posibilitaba una investigación social direccionada y con un final de alguna manera predecible. Estos cambios, como derivados o expresiones concretas de la globalización, están impactando sobre el conjunto del fenómeno migratorio mexicano pero, para una entidad de reciente incorporación a los flujos migratorios internacionales, sus impactos son drásticos, por lo que puede sostenerse que, si no estamos en presencia de nuevas formas migratorias, sí estamos frente a una reformulación profunda de las ya existentes. Chiapas siempre llega tarde a los procesos nacionales (Villafuerte y García, 2010) y su inserción al circuito migratorio internacional no es la excepción.

No es ninguna sorpresa que la inserción de la población chiapaneca en edad laboral al circuito migratorio internacional ocurra en un momento, digamos, fatal. Desde el prisma de las dinámicas internacionales globales y neoliberales puede decirse que la migración de los jóvenes se hace en condiciones de violencia institucional que allanan el camino y atraen, además, a las violencias privadas. No es que la violencia sea un fenómeno nuevo o que se particularice a los jóvenes migrantes, pero hoy adquiere otro sentido que tiene que ver con la construcción deliberada de un marco simbólico que define las cuestiones de la inmigración como una “guerra en casa” (Butler, 2010: 47), y con un desplazamiento del Estado constitucional de derecho a un “Estado de la economía” abiertamente global y neoliberal. La seguridad nacional, y su traducción en un presente y un horizonte propio de la guerra, construye y modula a los enemigos, entre los que están incluidos los inmigrantes indocumentados, “ilegales” en la jerga jurídica.

Siguiendo el ejercicio de comprensión analítica que realiza García (2012) sobre la globalización, la aparente paradoja de ésta es que, si bien se define como “las formas de relación y organización social que desbordan los espacios tradicionales y se expanden hasta abarcar el mundo todo” (Vallespín, 2000), también se define como “aquello que por definición puede localizarse en cualquier parte, aunque tenga un origen local. Lo local no se opondría a lo global, sino que sería uno de sus elementos constitutivos” (Santos, citado por García y Villafuerte, 2012b), definición que se expresa en una realidad internacional en la que Estados Unidos, ejemplo universal del mercado y la democracia parlamentaria, extiende su influencia a nivel planetario, cuyo despliegue coincide con lo que Nair define como Imperio, esto es, “un sistema mercantil hoy mundialmente dominante, que funciona particularmente en el ámbito económico y en el del consenso”; un “imperio de nuevo tipo, que supera y abarca a Estados Unidos”; es “un imperio mercantil, oligopolítico, mundial y democrático” (Nair, 2003, citado por García y Villafuerte, 2012b).

Esta línea de pensamiento, la relación entre globalización y Estado, es igual de compleja, pues si bien el Estado pierde centralidad y presencia en las dimensiones sustantivas de la vida económica —sector financiero y tecnología de la información— y social —crisis del Estado de bienestar—, el sistema mundo es “un imperio informal, no está institucionalizado, fundado y reconocido como tal” (Nair, 2003: 2). Sintetizando, señalan García y Villafuerte:

[...] lo que la globalización registra es el desplazamiento del modelo de pensamiento político clásico del “contrato social” que en los países de Occidente devino en Estado de Derecho con forma constitucional (Mercado, 2003), y que por extensión sistémica es también privativo de los Estados nacionales de los países de la periferia y semiperiferia, con democracias incipientes y degradadas por un entorno internacional que produce desestabilización y desigualdad creciente (Monedero, 2003). En resumen, se registra el trastocamiento del Estado constitucional de derecho, en aras de una estrategia global de “gobierno de la economía mundializada”, antagónica a la de un “gobierno público de la economía” (Mercado, 2005; Maresca, 2005). [...] La dialéctica presencia-ausencia del Estado-nación en el concierto de la globalización, Santos la visibiliza en la configuración de un “Estado paralelo” que crea zonas salvajes y zonas civilizadas; un Estado que privatiza los bienes públicos y, digamos con Harvey, que impulsa la acumulación por desposesión; un Estado desvinculado del riesgo cotidiano provocado por la precariedad laboral y la ausencia de capacidades individuales y colectivas para controlar las condiciones mínimas del mundo de vida cotidiana. [...] si hay una retirada del Estado-nación del concierto de la globalización, ésta es selectiva, pero no es cosa menor, pues como señala Mercado (2005: 120), el proceso de globalización coloca al Estado y al Derecho en “un nuevo escenario en el que sus funciones, sus finalidades y sus actores resultan transformados de una manera significativa (García y Villafuerte, 2012b: 3).

Particularizando este contexto internacional global y neoliberal en el fenómeno migratorio internacional y en sus actores —los migrantes, mayoritariamente jóvenes—, cabe destacar los atentados del 11 de septiembre de 2001 implicaron un punto de inflexión a partir del cual se desparramó toda una serie de políticas y estrategias que conjuntan los males que configuran la “globalización negativa” (Bauman, 2013; Kapuscinsky, 2012), y que se sintetizan en la centralidad de las fronteras como espacios de contención militarizada, lo que violenta principios y valores propios de los derechos humanos, así como en la construcción de un “derecho penal del enemigo” que, ante el imperativo de la seguridad nacional, deriva en acciones y prácticas que revelan la contigüidad entre el estado de excepción y la soberanía (García y Villafuerte, 2014).

Vale detenernos en este punto por los impactos que el comportamiento del Gobierno norteamericano en materia migratoria tiene sobre México y su población migrante, entre ellas los jóvenes de estudio. A partir de esa fatídica fecha, la política internacional de ese país tiene como núcleo la seguridad nacional. La migración indocumentada de mexicanos, centroamericanos y de otros países es definida como un riesgo de seguridad nacional y se correlaciona con la negatividad del crimen, el narcotráfico y el terrorismo. Las políticas antiinmigrantes impulsadas desde años atrás cobran vida en estrategias y acciones bien definidas. La construcción

de bardas y muros, la puesta en marcha de sistemas tecnológicos de vigilancia y la militarización de la frontera sur de Estados Unidos constituyen las evidencias más visibles. El otro factor a considerar es la crisis económica de ese país, crisis crediticia e hipotecaria que causó la quiebra de bancos y entidades financieras, arrastró los valores bursátiles y minó drásticamente la capacidad de consumo y de ahorro de la población. Durante 2008 la crisis se agravó y el Gobierno intervino, entre otros recursos, con la compra de activos respaldados por hipotecas. En 2011 una nota periodística destacada afirmaba que la crisis sacudía “la deuda soberana del país, llevando a la crisis del techo de deuda”.

La crisis económica de Estados Unidos impactó sobre México. Su dependencia del comercio exterior y la caída sistemática de las remesas se tradujo en un desempleo abierto y en la imposición de altas tasas de impuestos, lo que derivó más tarde en una crisis de la economía en su conjunto visible en la depreciación del peso mexicano frente al dólar estadounidense —perdió alrededor del 25 por ciento de su valor hacia 2009— y en la pérdida de reservas de divisas internacionales por más de 20,000 millones de dólares estadounidenses. La CEPAL indicó que, de la región latinoamericana, México sería el país más afectado, al registrar una contracción del 7 por ciento de su producto interno bruto.

Estos dos eventos son el marco contextual que define las condiciones de inserción de los chiapanecos en edad laboral al circuito migratorio internacional. Dos eventos que, en términos de sus impactos, pueden comprenderse desde el retorno, categoría de análisis que se amplifica en sus expresiones empíricas y en sus significantes concretos y múltiples sentidos. Una de esas expresiones del retorno —producto de políticas derivadas del 11 de septiembre y de la crisis económica estadounidense— son las deportaciones de los migrantes indocumentados, pero también de personas con residencia formal en el vecino país. Sin obviar, como indica Guillén, que en el endurecimiento de la barda fronteriza “destaca la legislación de los estados en materia migratoria, y lo más grave, las deportaciones de mexicanos que ya residían en este país” (2012).

Se trata, pues, de políticas deliberadamente antiinmigrantes que, como bien señala el autor, tampoco son nuevas, pero sus expresiones después de ambos eventos definen cambios de orden profundo en el tratamiento migratorio. El carácter ideológico y su politización, conectados a coyunturas políticas y de crisis económicas, han definido las deportaciones. En relación con el penúltimo ciclo de deportaciones entre 1983 y 2006, Guillén las define como de “altas cifras, relativamente estables, girando alrededor de un millón de casos por año” (2012: 169). No obstante, registra que después de los atentados del 11 de septiembre y de la recesión económica se dieron cambios en las deportaciones, particularmente en el perfil de las personas deportadas:

[...] en EE.UU, el mapa institucional de la política de migración y sobre las fronteras ha experimentado un giro conceptual y operativo de amplia escala, de efectos severos sobre su visión de los flujos migratorios y de los migrantes. De manera indirecta —en ocasiones, directa—, la migración no autorizada pasó a ser parte del desafío de la seguridad nacional, una potencial amenaza

para ésta y, de manera eventual, un objeto susceptible de confrontación física. [...] Con estos cambios, se comprende que ya no estemos ante las tradicionales detenciones y repatriaciones de los años anteriores: ahora se trata de *removais*, expulsiones en un sentido fuerte, como reivindican los informes del ICE. Hasta el lenguaje debió adaptarse (Guillén, 2012: 173).

Lo significativo de estos cambios, indica Guillén (2012), es que, si bien se intensificaron las detenciones y repatriaciones de personas en el espacio fronterizo con México —con muy reducido tiempo de cruce o en el intento—, hoy se deportan personas que han residido al menos durante un año en Estados Unidos. En términos de datos duros, la información es precisa. Entre 2007 y 2011, las detenciones y deportaciones pasaron de 876,000 a 340,000. Estos datos coinciden con los datos de la Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte de México (EMIF): de 807,000 a 357,000 eventos. Los flujos migratorios de sur a norte también se redujeron en el mismo período, disminución que, explica el autor, está relacionada con la recesión económica estadounidense que impactó sobre el empleo y ocasionó el endurecimiento de la frontera. El hecho real, concreto, es para Guillén (2012) la reducción del número de cruces de personas que carecen de algún documento de entrada. No obstante, quienes lo hacen enfrentan los riesgos y los incrementos en los gastos que se pagan por el cruce.

A menor flujo, menores detenciones y deportaciones. Sin embargo, en lo que insiste Guillén (2012) es en el perfil social de las personas deportadas. Los datos duros registran que el número de personas repatriadas por autoridades estadounidenses que declararon vivir en Estados Unidos se incrementó al pasar del 4.4 por ciento en 2000 al 6.3 por ciento en 2003 y al 33.1 por ciento en 2011. En cuanto al porcentaje de personas repatriadas con un tiempo de permanencia en Estados Unidos de tres a seis años, pasó del 1.1 por ciento en 2000, al 1.7 por ciento en 2007 y al 13.6 por ciento en 2011. Y con tiempo de permanencia en Estados Unidos de 6 a 12 años, el porcentaje pasó de 1.4, a 1.8 y a 17.1. Con permanencia de más de 12 años, las personas repatriadas alcanzaron el 8.3 por ciento.

Se está en presencia, pues, de una abierta violación a los derechos fundamentales de las personas, con impactos dramáticos para las familias residentes en Estados Unidos, que han visto la deportación de algunos de sus miembros; significa, indica Guillén, “la ruda separación de familias sin la menor consideración sobre sus críticas consecuencias emocionales, familiares, económicas, sociales y comunitarias” (2012). El autor señala que la misma Oficina de Detención y Deportación (ICE por sus siglas en inglés) registró entre 1998 y 2007 la expulsión de más de 100,000 padres con hijos nacidos en Estados Unidos, y que sólo entre enero y junio de 2011 se superó la cifra de 46,500 padres repatriados. Concluamos con las palabras últimas de nuestro autor: “No estamos ante una simple variación de números: son otras reglas del juego. De hecho, es otro *juego*.”

No es un dato menor el hecho de que la migración al vecino país es un factor clave para la economía mexicana, en particular para las entidades federativas que han hecho de las remesas el factor definitorio de sus estrategias de reproducción bi-

ológica y social. A pesar de ello, para estados emergentes como Chiapas —pero también Veracruz y Puebla—, de reciente incorporación al circuito migratorio internacional, la crisis y la securitización del país de destino simplemente significan la destrucción de la única alternativa dada por el concierto económico nacional y global. Sólo basta una lectura a vuelo de pájaro sobre las estadísticas del empleo y los ingresos de entidades como Chiapas para comprender el impacto y el drama que ocasiona la pérdida de un recurso que estaba solventando, o solventa aún, las necesidades vitales.

La crisis económica estadounidense interrumpe la tendencia creciente que había mostrado el monto de remesas —en el caso de Chiapas—, de manera que, como sostiene Villafuerte y García (2014), desde la crisis del país del norte hasta el presente año la entidad ha visto disminuir las remesas en aproximadamente un 41 por ciento. Las deportaciones y los controles fronterizos también hacen lo suyo, pues aunque no se cuenta con estadísticas confiables, es evidente que dichas prácticas del Gobierno estadounidense están afectando a los migrantes chiapanecos, que han optado por establecerse en las entidades del norte del país con la idea de aprovechar alguna oportunidad para reingresar a la Unión Americana.

Éste es el contexto que hoy define la migración de jóvenes chiapanecos que recientemente se han incorporado a la movilidad laboral internacional. En los países de origen y de destino pesan los intereses de los poderes económicos y políticos —éstos se encuentran más allá de las afectaciones humanitarias que traen consigo—. Las deportaciones son la expresión más violenta del retorno: regresan porque los regresan. Y los migrantes, reiteramos, son en su mayoría jóvenes. El INEGI registra que del total de los que emigraron a Estados Unidos, el 68.6 por ciento tiene entre 15 y 29 años, y de ellos el 37.8 por ciento tiene edades que fluctúan entre los 15 y los 19 años (INEGI, 2010: 54).

2. “El fin del sueño o despertar a mi realidad”: el retorno desde la biografía de los migrantes

No digo nada nuevo al reconocer que la experiencia de la migración internacional en los jóvenes de estudio alteró la biografía de cada uno de ellos en su individualidad y en las relaciones con su entorno inmediato, pero, a diferencia de una experiencia que adquiere el carácter de regularidad por los períodos duraderos que registra la práctica migratoria, la de los jóvenes del municipio de estudio genera —por su precariedad temporal— impactos que tensan las relaciones presenciales propias de los espacios locales, al confrontar la mirada propia, de lo dado socialmente, con la mirada internalizada del “otro”, de otras formas de vida, de otras formas de sociabilidad, de otro mundo social. Se trata de una tensión irresoluble en los términos de todo juego, ganar o perder, y quizás éste sea el punto crítico del mundo global: el suspenso, el sostenerse por fuerzas que no se controlan ni se definen por una u otra dirección con objetivos planeados. Los jóvenes migrantes que retornan, salvo quienes aceptan “volver a lo mismo”, transitan en líneas impredecibles.

Las tensiones que viven los jóvenes migrantes inician, de alguna manera, desde el

lugar de origen. El mundo de vida construido con márgenes restringidos de privacidad, intensas relaciones presenciales y fuerte incidencia de presiones y mandatos externos, no es el propio, no es suyo, y desde el silencio prevalece una rebeldía latente y el ansia de vivir un mundo distinto, ampliamente ofertado por los medios de comunicación. Al margen de lo anterior, hemos insistido en que los jóvenes migrantes chiapanecos se insertan en condiciones adversas en prácticamente todos los planos de la experiencia migratoria. Sin exclusión alguna, son portadores del estatus de “indocumentados” y carecen de redes sociales, salvo algunos nexos precarios o incipientes con una población minoritaria establecida bajo el mismo estatus en Estados Unidos. En su mayoría, quienes logran ingresar y trabajar lo hacen en el sector agropecuario, en la construcción o en establecimientos comerciales e industriales como estibadores.

Ambos hechos, el origen y las condiciones de su inserción en los flujos migratorios y laborales, ya modulan o definen el carácter del retorno: cuando se regresa con un sentido triunfalista, éste es precario, parcial y con un horizonte nada atractivo en términos laborales, salvo excepciones. Con todo, desde ambas experiencias —la rebeldía y el ansia de “ser”— va tomando cuerpo una construcción lenta o rápida de adscripción identitaria que, por frágil que sea, le posibilita incorporar, reinterpretar e interpelar lo dado, asíéndose de nuevos significados y símbolos que les permiten valorar y definir los posibles cursos de acción y dar sentido a su presente.

Inicié el trabajo de campo con la idea primaria de mantener conversatorios con jóvenes chiapanecos que habían ido a trabajar a Estados Unidos y que por alguna razón regresaron a sus lugares de origen. Iniciar y mantener la relación con estos jóvenes fue de suma importancia, pues mi interés era construir analíticamente su trayectoria y experiencia migratoria, particularmente de quienes pretendían volver a Estados Unidos, ya con una oferta de trabajo en mano, ya con la intención de volver a probar, de “hacerla” de nuevo desafiando los riesgos. En el transcurso de la investigación fue evidente la importancia del retorno. Delante de mí expusieron una diversidad de experiencias y el retorno indicaba algo nuevo, un más allá complejo y definitorio para los jóvenes y su construcción identitaria.

A. ¿Por qué se retorna?

La pregunta primaria con la que inicié fue: ¿por qué se retorna? Las respuestas fueron diversas, no obstante, en su mayoría se referían a las tragedias vividas, que contemplaban desde las experiencias con la migra, los coyotes y las policías —que derivaron en la detención y expulsión—, hasta la diversidad de experiencias individuales que amalgamaban razones diversas. Detrás del retorno está, pues, la historia vivida en Estados Unidos, que contempla tanto experiencias penales y carcelarias por hechos lesivos cometidos por ellos, como experiencias relativamente exitosas. Antes de registrar las respuestas a la pregunta con la que inicio este párrafo, he de indicar un hecho que seguramente ocurre también en el actual contexto. Me refiero a que por diversas razones muchos jóvenes con quienes establecí un diálogo sistemático habían retornado, pero nunca supe si lograron irse de nuevo a Estados Unidos o se fueron a algún estado del norte de México, a la Riviera Maya o a una entidad del centro del país. El hecho más drástico que reg-

istré fue cuando familiares o amigos de algunos me dijeron que no sabían nada de ellos. Otro evento que es necesario mencionar son los secuestros como factor de retorno. En una comunidad cercana a la cabecera municipal se reportó el caso de diez jóvenes secuestrados y se dijo que el secuestro había ocurrido una vez pasada “la línea”, es decir, en “tierra americana”. Los secuestradores hicieron contacto con la comunidad y con el padre de uno de ellos para exigirles 20,000 pesos y dieron un número de cuenta en la que debía ser depositado el dinero bajo amenaza de que, si informaban a las autoridades, tomarían represalias contra sus hijos. Fue inevitable que esta información ocasionara un gran revuelo en la comunidad, no obstante, los padres sólo acudieron a un profesor para que les explicara el significado de este hecho. Tardaron varios días en conseguir el dinero del rescate, hasta que finalmente avisaron que ya tenían el dinero y lo depositarían en el banco; después de ello, los secuestradores se comprometían a dejar libres a los jóvenes. Ocurrió que fueron al banco con la cantidad fijada por los secuestradores, pero no sabían que debían pagar otra cantidad por el monto a depositar y no tenían más dinero, por lo que acudieron con el profesor y éste les ayudó a conseguir el monto a pagar por el depósito, cuestión que les llevó dos días más. Finalmente se realizó el trato. Los hijos pudieron comunicarse con sus padres, algunos de ellos —cuatro— se quedaron en Estados Unidos, pues incluso los secuestradores les habían dicho que aprovecharan y trabajaran para pagar el secuestro y las deudas que tenían sus padres por el viaje. Seis jóvenes se regresaron por insistencia de sus padres pero, como comentaba uno de ellos:

[...] yo ya sabía algo de los secuestros, pero pensaba que eso ocurría con los guatemaltecos, no con los mexicanos, pero nos pasó, amenazaron. Pero ve usted que yo creo que son una banda y que alguna relación hay con gente de aquí que sabe quiénes se van. No los agarraron en el cruce, sino después. Sí, todos son chamacos, el que más edad tenía creo era de 22 o 23 años, mi hijo de 21. Pero mire lo que pasó, después del susto y de la gran cuenta con los prestamistas, los que ya regresaron están que quieren volver a irse, son necios, dicen que se van a ir aunque los papás no lo quieran.¹⁰¹ [...] Sí, supimos que en otras comunidades de Las Margaritas han pasado cosas como las que nosotros pasamos, secuestraron también a sus hijos en “los Estados” (enero de 2011).

Ahora bien, la experiencia individualizada del retorno está acompañada de la historia de estancia en Estados Unidos y es este entrecruzamiento el que define una imagen de conjunto. Diego afirmó:

En Estados Unidos me sentía bien, a veces disfrutando del trabajo y de la vida allá, de muchas cosas, pero no pensé que un problema me fuera a llevar a muchos más. La verdad que cuando mejor me iba, me pasó una tragedia

¹⁰¹ Este evento ocurrió en 2010. Supe tiempo después que dos de los jóvenes finalmente se habían ido a Estados Unidos, pero primero se fueron a trabajar en unas exploraciones de PEMEX en Veracruz. Del resto de los jóvenes, que se habían quedado en Estados Unidos, no supimos qué pasó con ellos. En algún momento varios familiares o vecinos nos dijeron que llegaban de visita y que sí habían ayudado a sus padres, e incluso me comentaron que “algunos de los padres estaban construyendo” tal vez las casas de sus hijos que viven allá.

pero quizás fue mi error, me aventuré a pasar algo que está prohibido allá y la policía me arrestó. Estuve en la cárcel y, bueno, acá me tienes de regreso. Fue por poquita cosa (enero de 2011).

La historia de Diego es similar a la de numerosos migrantes mexicanos. El retorno forzado fue una tragedia que lo hizo regresar al país en condiciones que no preveía; el anhelo de ahorrar para una “troca”, una casa, se evaneció; no tenía planeado el regreso y su idea del “sueño americano era vivirlo allá”. Los problemas con la justicia norteamericana lo llevaron a la imposibilidad de volver a cruzar. En este sentido comentó:

La neta, yo no quería regresar a este lugar, yo decidí que quiero estar allá, pero no se pudo, y más aún cuando tienes problemas con las autoridades. Sí, está más cabrón pues allá si te tienen fichado y cruzar la frontera era arriesgarse a que me encerraran unos buenos años más en la cárcel, y yo no quería eso (enero de 2011).

Otro caso similar fue el de Noel, quien en un principio no quería contar su experiencia migratoria en Estados Unidos. Mientras sus amigos me relataban sus aventuras, sus amoríos y otras anécdotas, Noel permanecía callado y reafirmando lo que algunos amigos suyos decían. Recuerdo que esa tarde no pude platicar con él, fui a buscarlo y no lo encontré, hasta que poco a poco la confianza fue generándose. La historia de Noel es la de un joven migrante que disfrutaba de su soltería, de la libertad y de sus dólares en Estados Unidos. Sin embargo, su vida cambió a partir de una relación con una joven en California, tal como comentó:

Mira, a veces no quiero ni recordar lo que pasó pues me da tristeza y no esperaba que terminara así. Estuve viviendo con una chica de los Ángeles, en California, y la pasábamos bien, trabajábamos mucho pero también echábamos mucho desmadre, yo era adicto a la coca, al polvo pues, y en una ocasión yo me puse loco con ella, nos golpeamos y llegaron sus amigos y me “navajearon”. Tengo cicatrices en mi brazos, me llevaron al hospital unos amigos, me detuvieron y se acabó todo para mí, no hubo demanda en mi contra, pero me sacaron de “los Estados” (julio de 2011).

Noel fue deportado por las autoridades migratorias y sus sueños parecían truncados ya que no había ahorrado durante el tiempo que estuvo en Estados Unidos. Él quería obtener la nacionalidad pero las cosas no resultaron así, pues, como él indicó, “tener cuentas con la autoridad gringa es cabrón”.

El factor salud es otra de las razones esgrimidas en el retorno. Benjamín es un migrante joven que tuvo graves problemas de salud en Estados Unidos, por lo cual tuvo que retornar al lugar de origen:

Me acuerdo que la segunda vez que fui todo iba bien, hasta que me enfermé allá, primero del dolor de estómago, luego comenzó más grave y me dijeron que tenía un problema de salud grave y necesitaba operación. Quizás mi salud sí me preocupaba pero fue más que debía, pues presté para el cruce, ahí sí está duro. En las noches pensaba, “voy a venir a Margaritas, voy a terminar de vender mi casa y quedar rentando”, o si tenía algún animalito, a venderlo

para poder salir de esa cuenta y de la enfermedad. Pero, le digo yo, que sí está difícil regresar. Imagínese que para entrar a trabajar de policía aquí en México ya necesitas tener tu secundaria, si no, no hay trabajo ni para rejuntar bolitos [borrachos], no hay si no tiene estudios. La verdad que sí la pasé un poco mal. Después de eso regresé para México, pero acá me echaron la mano para que me operaran, pues era algo del hígado y ya estoy bien, pero fue duro. Acá pienso de repente que no se me dio vivir el sueño americano otra vez, pero tenía que ver o hasta despertar que esta es mi realidad acá en México (julio de 2010).

Después de realizar el cruce, Benjamín tuvo ciertos problemas de salud que algunas veces lo imposibilitaban para trabajar, por lo cual decidió que retornar era viable para no perder la vida y, más aún, para solventar la deuda que había generado al migrar a Estados Unidos. Cuando su salud mejoró y pagó la deuda, se dio cuenta de que podría regresar nuevamente, pero estaba latente su experiencia no agradable en aquel país, además de que ya sabía que regresar significaba “jugársela con la muerte”.

Otra respuesta que cruza las experiencias en el país del norte con la idea del retorno es la consecución de los objetivos que se habían propuesto, en los que resulta importante el tiempo de estancia. De alguna manera, registramos un retorno positivo entre quienes tuvieron una estancia laboral de tres años o un poco menos. La mayoría de ellos valoraron su estancia como exitosa pues lograron gran parte de sus propósitos: ahorrar para la construcción de una casa o comprarse una “troca”. Incluso se registraron casos de migrantes que fueron con un propósito definido y que, una vez alcanzado éste, emprendieron el retorno. No obstante, son conscientes de que la situación en su localidad es precaria e inestable: “aquí nada se puede hacer”, “no hay trabajo, y si lo hay, está mal pagado”. Una buena parte de los entrevistados compartía esta realidad y expresó en la plática el temor —acompañado de un sentido de resistencia— de que en pocos años se vieran como sus padres, viviendo de una economía de subsistencia que ya no da para más. En palabras de Juan:

Yo decidí regresar a mi lugar de origen, no por cosas malas, sino que pude ahorrar y sentí que necesitaba a mi familia. Es chido estar allá, pero, la verdad, llega un momento en que sí sientes angustia y tristeza. Ahorré algo para una casita y pensé que mi objetivo iba cumpliéndose. También te voy a decir que pensé que ya no quiero regresar al trabajo del campo, pues veo como mi papá trabaja; trabaja y no puede hacer muchas cosas, apenas saca para la tortilla, y el gobierno ya no cuenta (julio de 2011).

El sentimiento de Juan es frecuente en muchos jóvenes migrantes, que son conscientes de que en su presente se van cancelando los viejos planes de mediano y largo plazo.¹⁰² En la decisión de emigrar pesó la responsabilidad de solucionar

¹⁰² Corto plazo: el vivir cotidiano que contempla los campos del estudio, del trabajo, la relación con los padres, los hermanos, esparcimiento, cortejo, servicios y desarrollo de la presencia social adulta; de largo plazo: matrimonio, profesión, acumulación económica, herencia, prestigio y medio vital (Burak, 1998).

los problemas de la familia e incluso se sentían depositarios del mejoramiento o subsistencia de su nicho familiar; ambas tareas los configuraron como sujetos con un capital vital: el ser joven, capital con el que ya no cuentan sus padres. A pesar de todo, al mismo tiempo se trata de un capital en bruto que les toca a los jóvenes materializar y, con ello —si eso pretenden—, alcanzar una mejor posición en el entramado social, local y familiar.

En otra entrevista con un joven migrante de la cabecera municipal con estudios medio-superiores terminados, nos hablaba sobre el significado que para él tuvo vivir la experiencia migratoria internacional y posteriormente retornar. Insistía en que los jóvenes que van a Estados Unidos y regresan son todos héroes.

Hay de dos: regresas como triunfador porque la hiciste o regresas como triunfador a medias. Si lo mides por lo que hiciste en términos de bienes —casa, carro, terrenos—, o vienes como fracasado. Yo creo que sólo por haber ido debíamos ser todos héroes porque desde que cruzas ya te la estás jugando: la migra o los cazamigrantes, que están en toda la frontera norte de México, te están esperando. Los primeros te agarran y te deportan, los segundos te matan. Ahora es más peligroso el cruce, hay que hacerlo desde Altar o Sásabe para llegar a Tucson. Ahí te puedes morir porque es puro desierto y no todos aguantan; te puedes quedar. Lo cabrón de estar allá, y por eso te digo que uno debe ser visto como héroe, es porque ahí uno vive una experiencia que, si no la libras, te acaba. Uno tiene que aprender a vivir, o a medio vivir, con el desprecio de los de allá, pues es la tierra de ellos. Y lo más cabrón es que tenés que cambiar tu modo de vida, para empezar, con la comida, pero a eso se le juntan otras cosas. Lo más difícil es no caer en los vicios, y eso ocurre con muchos migrantes mexicanos, la tristeza los lleva a juntarse los fines de semana para echar trago y gastarse la lana que ganaron. También lo de las “viejas” es otro cuete. Pero lo más triste, que se da más en los jóvenes, son las drogas. Es un vicio que, si caes, ya valió nada tu vida (julio de 2011).

Para estos jóvenes la idea de traspasar la frontera supone un hecho extraordinario en su travesía migratoria. En su lenguaje particular, ser héroe es parte de un todo que implica afrontar las penurias y problemáticas del viaje, el cruce, la estancia e incluso el retorno. Ellos internalizan el sentido de la globalización como su propio tiempo, con códigos y claves de acción que se construyen en la misma contingencia, un vivir con una sensibilidad que les posibilita entender y otorgar significado al mundo y, en especial, a su mundo. El mismo joven de la cabecera municipal nos compartía:

Han regresado muchos muchachos así de mal, viciosos, y son mal vistos no sólo por los de su localidad, sino hasta por su propia familia. Está mal eso, deberían ayudarlos. También son héroes, pues tuvieron... [agallas] para hacerlo. También he visto que muchos han regresado ya traen la moda de jóvenes migrantes que viven allá en “los Estados”. Se juntan y hacen sus pandillitas; también se les ve mal. Pero también creo que la gente, su gente y el Gobierno, tienen que entender que ya no son los mismos; les gusta esa moda y tienen derechos. Otra cosa es cuando ya caen en el vicio, ahí sí tienen que ayudarles, darles alternativas para que se regeneren, pues también ellos

tuvieron... [agallas] para irse y vivir lo que vivieron, que seguramente fue un infiernito (julio de 2011).

En similar tenor, otro migrante añadía:

Yo regresé por voluntad propia y, la verdad, es difícil cruzar. Primeramente, estar allá, trabajar, mandar dinero. Bueno, es difícil siempre estar lejos de la casa de uno, por eso creo que cuando uno regresa tiene uno que valorar su vida y también se deben de sentir orgullosas nuestras familias que ya fuimos y regresamos bien, con vida y algunos ahorros (enero de 2011).

B. ¿Qué dicen los padres, vecinos y la sociedad margaritense?

Es, diríamos, normal la percepción negativa de los familiares y vecinos cuando el joven migrante regresa sin elementos que le doten de gloria y triunfo; el reverso es la percepción contraria. El joven que emigró es un nuevo sujeto para la familia y, si regresa con el cometido alcanzado, se gana un lugar especial en el seno familiar. Así, la analogía del héroe resulta adecuada para describir la percepción de este tipo de retorno que se puede considerar exitoso. El dinero obtenido a través de las remesas que enviaba el joven a su familia para ahorrar puede verse ahora materializado en la construcción de la casa familiar, que cuenta con materiales más sólidos como ladrillo, block o cemento, con pisos de concreto y ya no de tierra, y con baños también modernos, ya no con letrinas. La nueva casa se vuelve un símbolo de esa migración exitosa; la “troca” estacionada representa también ese esfuerzo de haber atravesado la frontera.

En términos muy sintéticos, las respuestas siempre giraron en un núcleo narrativo afianzado a una idea de triunfo o fracaso, sin mediar una interpretación más humana y consensada entre la familia y la comunidad. Ese núcleo está fincado en las remesas o el ahorro traído de Estados Unidos o en la ausencia de estos bienes. En charlas personalizadas logré acercarme a los padres de algunos jóvenes retornados, así como a sus vecinos y autoridades, cuyas lecturas y percepciones no fueron sorprendentes; su valoración se redujo a dos planos, el material referido a remesas y ahorros, y el de los cambios en el comportamiento cultural. El padre de Juan comentó:

Yo siento orgullo por mi hijo, pues migró. Conoce otro lugar y ya está haciendo su casita. A nosotros nos ha apoyado, también a sus hermanos, y eso es importante. Creo que ahora se viste un poco diferente y tiene tatuajes, es su nueva forma de ser. Pero yo siento que lo importante es que hizo algo ahora que regresó. Con sus ahorros ya está haciendo algo que muchos de acá no lo van a lograr (enero de 2011).

El padre de otro joven migrante también comentaba:

Cuando se fue mi hijo era triste, mi esposa lloraba pero estábamos seguros de que acá en el pueblo era difícil que sacara algo de dinerito pues no hay chamba. Ahora regresó, me siento feliz y veo que está haciendo sus cositas. En la familia ya se le ve diferente pues ha migrado, y a pesar de que veo que

tiene otras ideas y pensamientos, eso no me importa mucho siempre y cuando llegue a hacer algo con sus ahorros (enero de 2011).

Otra percepción que es recurrente pero provoca tensiones en la localidad o el barrio se refiere a la defensa del hijo o pariente migrante que llega con intenciones de innovar en la cotidianidad de la vida social. Don Pedro sostuvo:

Mire, mis dos hijos se fueron a los Estados, también el hijo de otro vecino. Ellos estuvieron cerca de tres años o poquito más, y pa' que le digo que no, sí regresaron cambiados y con unas ideas que no son bien vistas por acá. Ahorraron para comprar sus instrumentos de música, acá trabajan, pero en las tardes ensayan y se dedican a la tocada. La gente empezó a verlos mal porque usan un arete en la oreja y ya no se visten como nosotros, pero no le hacen daño a nadie. Yo los defiendo y su mamá también, pero los cuidamos de que no fumen la mariguana (enero de 2010).

Las expresiones de estos padres, más afortunadas, contrastan con otras en las que, si bien no está ausente un dejo de tristeza cuando se trata del hijo propio, pesa la fuerza de la tradición. Un ejemplo de ello son las palabras de la madre de un joven migrante:

Es mi hijo pero regresó mal, sin un peso en la bolsa y con muchos malos modos. Mi familia no quiere que esté aquí, ya no se diga la autoridad y los vecinos. ¡Si viera cómo se fue de emocionado a los Estados! Tenía buenos pensamientos, ayudarnos a mejorar la casa y ayudar a sus hermanos. No sé qué le pasó. Se ha ido muchas veces, acá cerca, pero regresa, dice que se va a ir y ya nunca va a volver. Que se vaya y que Dios lo ayude (enero de 2011).

La percepción de vecinos y autoridades locales de la cabecera municipal es mucho más sentenciosa. La gente local tiende a relacionar a los jóvenes migrantes retornados que visten y portan atuendos raros con posibles delincuentes, lo que los hace portadores de riesgo para la sociedad. En una de mis estancias en la cabecera del municipio tuve la oportunidad de conocer a Diego, un migrante retornado del que días antes, en el barrio de Sacsalum de la cabecera municipal, se rumoreaba que había amenazado con pistola en mano a un señor del barrio de San Sebastián que debía dinero a su padre. Ese señor, de nombre Armando, a quien también había entrevistado unos meses atrás, me platicó sobre el incidente que había tenido con Diego:

Mire, yo estaba necesitado de dinero una vez; era una emergencia. Entonces fui a buscar a un señor de Sacsalum que es conocido porque presta dinero [el padre de Diego]. Me prestó como cuatro mil pesos, pero sucede que este señor estaba prestando el dinero que le enviaba su hijo del otro lado, según eran sus ahorros. Lamentablemente, este muchacho estuvo con broncas en Estados Unidos y regresó. Según dicen, andaba en cosas malas allá. Además, si usted lo ve, es de esos jóvenes que vienen con otras costumbres y hasta otra forma de vestir. Yo había quedado con su papá en los pagos y lamentablemente me he atrasado. Pero este muchacho llegó un día a amenazarme que si no le pagaba me iba a matar. Y bueno, se hizo un gran alboroto (diciembre de 2009).

Algunos días después de conversar con don Armando busqué comunicarme con Diego. Sin embargo, él se negó a ser entrevistado, pero esa misma semana, mientras salía de una cantina de la cabecera municipal, accedió a platicar conmigo. Desde el primer momento percibí que su salida de Estados Unidos había sido por problemas con la ley. En nuestra conversación insistió en el hecho de que después de ocho años en aquel país no quería regresar a Las Margaritas:

Hace tiempo que salí de Las Margaritas. La verdad, me fui porque me sentía sólo acá. Necesitaba dinero también. Mi mamá había muerto hace unos años; me quedé con mi papá y dos hermanos menores más. Era difícil, pero me fui al otro lado. Como te dije hace rato, crucé e hice un poco de mi vida allá pero, la verdad, yo decidí que no quería volver acá. En primera porque, si te das cuenta, es un pueblo donde no hay chamba, no hay mucho qué hacer, pero yo ya había decidido estar allá. Los que migramos pal otro lado y después regresamos a nuestro lugar de origen nos sentimos como extraños en la comunidad. Hace como ocho años que no había regresado y a veces me siento incómodo, ya me había acostumbrado a vivir allá. Y luego también a uno lo critican por vestirse de cierta manera; en cambio allá, en los Estados, no hay nada de eso porque hay muchos que se visten igual que uno, así es la moda, pues; en cambio, aquí de todo se espantan (diciembre de 2009).

Poco me dijo de la versión de don Armando. Ciertamente, éste no quería pagar y Diego lo amenazó, no obstante, los rumores sobre Diego no se hicieron esperar y con ello la percepción estigmatizada de la gente.

C. ¿Qué sienten los jóvenes sobre lo que se dice en su familia y comunidad?

Los jóvenes migrantes me narraron lo que la familia y su comunidad pensaban sobre ellos. Se trató de un tema difícil no sólo porque las experiencias se tornaban individuales y existía cierta “pena” por reconocer percepciones negativas de los otros hacia ellos, lo que los colocaba en una posición, diríamos, degradada, sino porque consideraban que en algunos casos podían tener razón.

Registré que las respuestas de la mayoría de los jóvenes deliberadamente obviaban o relativizaban el objetivo central que dio origen a su experiencia migratoria internacional, esto es, la de ir a trabajar para enviar remesas o traer dólares. Este fue el objetivo primario desde el que se proyectó la aventura, lo que explica, por tanto, que el sentido del retorno se mida desde la lente monetaria. Se van con el peso de la deuda en las espaldas de los padres, bajo la promesa de que los primeros dólares ganados serán enviados para saldar dicha deuda cuyos intereses son altísimos, y “es la gloria” cuando logran ese cometido, pero lo es más cuando se regulariza el envío de remesas, que no son cuantiosas como inicialmente se suponía. Sin embargo, destacan los casos en que las remesas o el ahorro no son tales o, cuando existen, son mínimos. Otros casos no son tan extremos, cuando los jóvenes no la hicieron por la “maldita deportación”.

Afortunadamente esta dificultad dialogal se disipó y dio lugar a una plática abierta, permitiendo que se desparramara ese conjunto de sentimientos tan íntimos, pero también compartidos, dejando aflorar esos pequeños triunfos de unos y esos

fracasos de otros para, desde el lazo de solidaridad que proporcionan la edad y las vivencias, mitigar las causales de haber tenido buena o mala suerte.

Una parte de las respuestas a esta pregunta tiene un sentido muy personalizado pero también social, y se refiere al campo de la intersubjetividad, a los sentimientos que ellos interiorizan y recrean por cómo son vistos, además de las respuestas que, en abierta defensa o desafío, expresan ante lo que los otros dicen de ellos. Es un drama o gozo abierto porque es in situ, cara a cara e íntimo, porque está en juego la relación con las personas más amadas: los padres, los hermanos, los amigos, la sociabilidad comunitaria.

Es un drama para el joven migrante retornado que no consiguió ahorrar comprar un bien, y lo es más cuando el regreso trae consigo un equipaje visible en una nueva forma de vestir y de sentir lo juvenil o, más bien, cuando regresa con la intención de inaugurar lo juvenil porque, debe decirse, la edad que devela el ser joven no existe en la comunidad, pues el tránsito generalmente pasa de la niñez a la adultez. “¡Ay de aquel que regresa con 23 o 24 años, solo y sin nada! Se le acabó su tiempo”, dicen. Además, la concepción sobre los jóvenes retornados “fallidos” se traduce en factor de riesgo y abierta o veladamente se le induce a una autoexpulsión.

Para la mayoría de los jóvenes con los que establecí un diálogo espaciado durante un tiempo que va de tres a cuatro años, el retorno fue como “sentirse extraño en el lugar donde se nació”. La mayoría de estos jóvenes habían tomado la decisión de no regresar a Las Margaritas, sin embargo, por azares de la vida estaban nuevamente ahí y sentían que no eran los mismos, que aquel hogar, aquella esquina del barrio, aquella comunidad, ya no les sabía igual. “No me siento cómodo” era una frase recurrente.

El sentido de sus respuestas apunta con cierto dolor a que la imagen que la comunidad tiene de ellos se debe a que han fallado. Noel, por ejemplo, habló sobre la muerte de su padre siendo muy niño y su incorporación a la migración internacional en plena adolescencia. Fue, como indicamos páginas atrás, deportado por un altercado con su pareja norteamericana que llegó a los golpes. El costo mayor fue el regreso a su casa sin ahorro alguno, y su presencia generó conflictos con sus hermanos y su madre. Nos contó:

Quando regresé a mi casa fue bien complicado. Mi mamá y mis hermanos pensaron que me habían matado allá, pues sólo se enteraron del conflicto que surgió con mi exnovia. No tenía ahorros porque no pensaba regresar. Imagínate, después de varios años estoy de vuelta y me siento extraño, además no me acostumbro, este lugar ya no es el mío. Yo no quiero trabajar la poca tierra que tiene la familia y no hay otro empleo donde puedan pagarme mejor. Soy mecánico pero ya hay un chingo de talleres. Mi familia me ve mal, dicen que sólo he traído problemas, en el fondo quieren que me vaya y tal vez tengan razón (julio de 2011).

Diego, al igual que Noé, reconoció que su llegada fue “mal vista” porque ni la familia ni la comunidad aceptaban su regreso y de muchas maneras le decían que se fuera a otro lado.

No es que me estén corriendo, pero algo hay de eso. No es sólo porque no traje paga, sino también porque vine cambiado, sí, me gusta una vida libre sin que me estén diciendo qué es bueno y qué es malo. Cambió mi forma de vestir y sí le entré a la droga en los Estados, pero ya no, y la gente de aquí dice que soy drogadicto o algo peor (julio de 2011).

Continuó:

Siento que mi propia familia me ha excluido y me ha hecho de menos; veo que otros padres sienten orgullo y hasta presumen de que sus hijos fueron al otro lado. Mi mamá no dice nada, siempre callada. De hecho, sus hermanos, mis tíos, le han aconsejado que me diga que me vaya de la casa porque, según, no quiero trabajar, que me han visto tomando en las cantinas de Margaritas, que me ven fumando mi cigarro. Me pregunto: ¿será que es porque no pude construir una casa?, ¿por cómo me visto? o ¿por qué pasa esto? (julio de 2011).

Estos hechos narrados por los jóvenes migrantes, y reafirmados por los familiares, vecinos y autoridades, apuntan a la tensión o conflicto que se genera por haber traído a la comunidad muchos de los elementos culturales “gringos” que alteran las tradiciones del pueblo. No se trata de tradiciones propias de los pueblos indígenas sino, sobre todo en la cabecera municipal, de reglas y normativas propias del mundo social local, aunque en algunas comunidades se apela a ciertos principios normativos propios de una tradición fuertemente erosionada. Tampoco es un hecho novedoso, pues la literatura constata que emigrar implica, por su misma naturaleza, la apropiación de prácticas y conocimientos vinculados a las culturas —juveniles— y modelos de vida de dichos contextos. Entonces, resulta contradictorio que, cuando se retorna y se traen nuevos elementos culturales que no concuerdan con la cultura de origen, nazca como respuesta local la exclusión, el rechazo abierto o el temor como pretexto para justificar la pronta salida del lugar de origen. Esos jóvenes solteros que han “fracasado”, como señalan Bertely, Saraví y Abrantes, “no siempre tienen voz para expresar sus opiniones y sentimientos al interior de sus familias y comunidades; sólo los adultos discuten y toman decisiones” (2012: 8).

El hecho novedoso es, sin embargo, el contexto que hoy define la práctica migratoria. Tiene que ver con el ambiente de inseguridad que hoy prevalece en la sociedad en cualquiera de sus niveles espaciales y sociales, inseguridad que lleva a la búsqueda de culpables o posibles amenazas. Esto ocurre hoy en muchas localidades de Chiapas pues, como señaló Julio, el migrante con estudios, la lectura que los locales hacen del retorno es lapidaria: si regresan con vicios, con atuendos raros que son propios de las pandillitas, ya les fue mal, tienen un futuro quebrado en su localidad “y más les hubiera valido no haber regresado”.

Al registrar las impresiones de los adultos sobre quienes no lograron “hacerla”, se percibía que las adjetivaciones de “amenaza” o de “riesgo” servían como excusa para generar formas relacionales con una clara incitación a la confrontación. El hecho tangible de que estos jóvenes migrantes no tengan cabida en la familia y

la comunidad hace de ellos sujetos que asumen su nuevo estatus de extraños, se vuelven extranjeros que después de un tiempo no encuentran su espacio, como cuando se fue “al otro lado”, aunque en su fuero interno se crean capaces de sobrevivir en ese espacio que fue suyo y ahora se les niega.

3. Un intento de comprensión analítica del retorno: comunidad y familia

Señala Bauman que el tiempo global después de las promesas incumplidas por la modernidad vuelve a ser “tiempo de miedos”, y miedo “es el nombre que damos a nuestras incertidumbres, a nuestra ignorancia con respecto a la amenaza y a lo que hay que hacer —a lo que puede y no puede hacerse— para detenerla en seco, o para combatirla, si pararla es algo que está ya más allá de nuestro alcance” (2010: 10). Este autor recupera la centralidad de lo que se define como un “miedo derivativo” que “orienta la conducta de los seres humanos tanto si hay una amenaza inmediatamente presente como si no”. Por su parte, Hugues Laguerre lo define como “un fotograma fijo de la mente que podemos describir mejor [...] como el sentimiento de ser susceptible al peligro: una sensación de inseguridad [...] y de vulnerabilidad” frente a la ausencia de confianza en las defensas disponibles (1996: 11-12). El punto central de ese “miedo deliberativo” es que los peligros que lo causan resultan fácilmente dissociables en la conciencia de quienes lo padecen, esto es, las acciones y reacciones defensivas “pueden entonces ser separadas de los peligros realmente responsables de la presunción de inseguridad” (Laguerre, 1996: 12).

Este planteamiento ilumina hoy la comprensión del miedo generalizado en toda la sociedad mexicana, en donde la “búsqueda de culpables y productores del mal” viene siendo tarea de autoridades y medios de comunicación, de un Estado aparentemente minusválido que se constriñe a atacar los peligros de la seguridad personal desde el ámbito de la “política de vida” operada y administrada a nivel individual (Bauman, 2013: 13). Los jóvenes, como demuestran numerosas investigaciones, son el blanco de ataque cuando se les define como portadores de riesgos y miedo y, si son migrantes internacionales del sur al norte, son considerados posibles terroristas o narcotraficantes.

A. Retorno y comunidad

Es sorprendente cómo en un espacio local, como lo es un municipio sureño, se teje una narrativa delictiva con los jóvenes retornados que portan lo que el contexto global les ofrece y que es propio de su construcción identitaria juvenil, todo ello íntimamente vinculado con las narrativas de combate a la inseguridad o la delincuencia que hoy ofrecen un Estado y un poder incapaces de enfrentar las realidades violentas que el propio sistema capitalista global genera. La sociedad de Las Margaritas ha tratado de nombrar y hacer vivibles los cambios que traen los vientos de la globalización y, en el marco de éstos, sus impactos tienen que ver con hechos que hoy cobran centralidad, como la violencia en sus distintas manifestaciones. La migración internacional o interestatal, que por naturaleza es gestora de cambios, hoy se define como portadora de riesgo.

Esta lectura tiene como actores centrales a los jóvenes migrantes retornados, cuya estigmatización es visible, como visibles son los nuevos y diversos estilos, así como las prácticas juveniles que les distinguen. Una lectura simple y falsa define la percepción local. Veamos el siguiente comentario de un habitante de la cabecera municipal:

Me he dado cuenta de que a veces los que regresan de Estados Unidos, en especial los jóvenes, ya vienen bien diferentes, por ejemplo, con sus vestimentas de otros lados. A veces ya te quedan mirando feo y ni respetan a los mayores, también usted puede ver cómo ya aparecen pintadas en las paredes de las casas, eso de: “Banda Cholos”, “Barrio 13”. Yo pienso que han de ser de esos jóvenes que regresan de allá [de Estados Unidos] y, como son solteros, vienen a hacer sus perjuicios aquí (diciembre de 2009).

Otro habitante del barrio de San Sebastián, de la cabecera municipal, comentó:

Acá en el barrio se puede dar cuenta de que, de los migrantes que regresaron, los más cambiados son los jóvenes solteros. Esos ya vienen con sus vestimentas de otros lados y aquí mismo ya se juntan en las esquinas con otros muchachos. A veces están fumando y tomando cervezas, hay algunas pintas en las paredes que dicen “Barrio 13” y otras que dicen “Cholos”. A veces ha habido conflictos porque molestan a las muchachas, y otros cuando están borrachos se ponen agresivos con la gente que va pasando en la calle, por eso digo que cuando regresan ya no son los mismos, hay que tener cuidado con ellos [...] (enero de 2011).

La percepción de los migrantes jóvenes como provocadores de temor o peligro tiende a generalizarse y alude a una idea de cambio inevitable: “porque se fue” es así, tal como comentó María, una habitante del barrio de Sacsalum, en la cabecera municipal:

Los jóvenes que regresan de Estados Unidos ya son diferentes en su persona, en sus formas de vestir y en sus actitudes. Acá ya ve uno muchos jovencitos con sus cigarros, con las cervezas, yo por eso no dejo salir a mis hijas solas en la noche, pues ya se escucha que asaltaron unas muchachas en este barrio, que se vuelve peligroso porque estos muchachos traen cosas malas de allá. Mis vecinas ya tienen miedo, a veces por eso dejamos bien cerradas nuestras casas y, cuando veo este tipo de muchachos, que son conocidos porque a veces sus papás viven aquí, mejor me doy la vuelta o cambio de banqueta porque me pueden hacer algo a mí o a alguno de mis familiares (julio de 2011)

La construcción discursiva que en lo local se crea sobre el joven migrante retornado toma direcciones que van más allá de los comentarios y de algunas acciones vecinales. Los medios de comunicación locales contribuyen ampliamente a socializar información que propicia la existencia de ese temor como real y posible. En mis visitas a la cabecera me acostumbré a revisar los diarios locales y, en algunas ocasiones, registré encabezados como: “Riñas de jóvenes migrantes en la cantina La Cueva” (*Fronterizo*, junio de 2011) o “Jóvenes indígenas migrantes roban tienda en el centro de Comitán de Domínguez” (*Fronterizo*, junio 2011). Otras

notas daban cuenta de presuntos robos protagonizados por jóvenes —“imitación de mareros”—¹⁰³ de Las Margaritas en tiendas del vecino municipio, así como de jóvenes migrantes que fueron detenidos por portación de drogas. Las informaciones periodísticas que tienden a exhibir las fotografías de los jóvenes, a las que se suma la información de las radios, constituyen dispositivos estratégicos para la socialización de un imaginario colectivo de miedo hacia jóvenes, que en su confrontación con la sociedad viven dramas internos, entre ellos, también el miedo.

El fondo que ocultan los dispositivos mediáticos, alimentados por la información de las instituciones de seguridad y del gobierno local, está constituido precisamente por los peligros ubicados más allá de lo inmediato y cercano; peligro como una palabra fuerte, porque no se puede combatir o enfrentar, de ahí la búsqueda de peligros cercanos. Los jóvenes migrantes se tornan en ese peligro cercano y para ellos sí existen dispositivos sociales e institucionales con fines penales o rehabilitativos. Después de todo, el miedo, como dice Reguillo, “es una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida” (2000: 189).

El horizonte de los jóvenes migrantes en esas sociedades locales encara nubarrones que van más allá de la imposición de un orden local que hoy resulta imposible por la naturaleza caótica y destructora del mismo capitalismo global y neoliberal. En estos espacios locales se esparcen las imágenes televisivas de la denominada “guerra contra el narcotráfico” y de manera ya cotidiana se exponen abiertamente rostros y cuerpos de los “delincuentes”, definidos por su crueldad o monstruosidad. La socialización de esta información y los intereses de poder ocultos, sumados a registros de hechos de la delincuencia organizada, han creado en la frontera sur un imaginario que vuelve a tener en los jóvenes migrantes a los sujetos idóneos para vincularlos con organizaciones mafiosas.

En 2009 un hecho ampliamente difundido en los medios escritos y radiales fue que en el municipio de Comitán, colindante con Las Margaritas, se había capturado a presuntos narcotraficantes vinculados con Los Zetas,¹⁰⁴ quienes días antes habían secuestrado a un habitante de dicho municipio. Un hecho más dramático, en la misma fecha, fue el enfrentamiento que sostuvieron presuntos “zetas” con policías judiciales en el municipio de Frontera Comalapa, de la región Fronteriza, que dejó un saldo de tres policías muertos y una joven estudiante de secundaria y siete policías heridos.¹⁰⁵ Sirva esta información para dar cuenta de los imaginarios que se van construyendo en una región fronteriza, un territorio que conjuga lo real con lo imaginario, con el afán de buscar culpables presenciales y sujetos de castigos para inhibir los peligros reales que están fuera de su alcance.

El relacionar a los jóvenes migrantes retornados con el crimen organizado, pero en realidad a los jóvenes como tales, es un paso recurrente en el imaginario y el comportamiento de la gente local. De manera ligera y sin mediar una comprensión

¹⁰³ Miembros del agrupamiento juvenil Mara Salvatrucha.

¹⁰⁴ Diario el Fronterizo, 18 de febrero de 2009.

¹⁰⁵ Diario Meridiano, julio de 2009.

reflexiva, las opiniones son impactantes, como se observa en el comentario de una vecina del barrio de Sacsalum:

Escuché lo que pasó en Frontera Comalapa. Mataron algunas personas, por eso creo que es importante que las autoridades hagan algo con los jóvenes que vienen de Estados Unidos. Muchos de ellos ya vienen cambiados, puede ser que al rato ellos secuestren personas o se metan al narco, porque no tienen ni oficio ni beneficio [...] (julio de 2009).

En términos similares, otro habitante de la cabecera municipal comentaba:

Con eso que está pasando en los otros municipios hay que tener cuidado acá, no vaya a ser que la violencia y el narco se vengan para nuestro municipio, pues aparte acá hay muchos jóvenes de esos que fueron a Estados Unidos y regresaron con mucha maña, pueden meterse de matones de esos narcos o, peor aún, que inicien los secuestros acá [...] (julio de 2009).

“Pueblo chico, infierno grande” es una frase que se torna real en pequeñas localidades como las que estudiamos. Lo es más cuando del imaginario se pasa a la acción deliberada con propósitos precisos que afectan a personas determinadas, sean jóvenes de la localidad o no. Y se pone en acción a las instituciones erigidas para el resguardo del orden social. En Las Margaritas, frente a los hechos ocurridos en otros municipios en 2009, la policía municipal incrementó sus rondines por las noches. Según me comentó un habitante de la cabecera municipal, las escuelas eran vigiladas por algunas patrullas ante los rumores de la escalada de violencia, y en algunos barrios de la cabecera municipal se desplegaron anuncios como: “se prohíbe tomar alcohol en lugares públicos” o “si se detecta a grupitos de jóvenes en las esquinas serán multados por los habitantes de este barrio”. Es decir, se ejercieron dispositivos de control que consideraban tanto a los jóvenes que migraron como a los que no lo hicieron, como sujetos portadores de riesgo.

La vinculación desmedida y falsa entre jóvenes migrantes retornados y delincuencia tiene su símil en la vinculación ideologizada y punitiva de Estados Unidos entre inmigrante del sur y delincuencia organizada o terrorismo, así sea como posibilidad. Los peligros hechos realidad de la llamada globalización negativa se enfrentan con la idea deliberada de “que cambie algo para que todo siga igual”. Esto es, hacer del miedo, cuando no un bien con el cual lucrar, sí un sentimiento para legitimar el combate a lo que obstruye la ganancia como fin primario y último de la globalización. Los jóvenes son hoy una masa superflua que bien puede sostener la mentira sobre la que se construye ese “mundo consumo” hecho “sociedad líquida” que derrama “miedo líquido”, algo sobre lo que atinadamente reflexiona Bauman (2010a). Valenzuela, como muchos investigadores de las culturas juveniles, reconoce hoy la centralidad que ocupa el miedo en los imaginarios colectivos de América Latina: “con los imaginarios del miedo y la violencia, los espacios sociales se atrincheran y se saturan mediante dispositivos de seguridad, vigilancia y omnipresencia policiaco-militar” (Valenzuela, 2012: 111).

Una segunda esfera analítica sobre los impactos del retorno de los jóvenes migrantes en las localidades, en particular en comunidades indígenas, es el rechazo a sus palabras y propuestas sobre la vida social comunitaria. Hablamos aquí de jóvenes que retornaron con un capital humano que los capacita para opinar y proponer acciones sobre la organización de la vida cotidiana familiar y comunitaria. De alguna manera, estas tensiones se dan en el plano de las diferencias de poder individual, familiar, grupal y social. Sobresalen dos campos de la vida comunitaria en las que los conflictos son perceptibles: la religión y la política. El primero deriva de la conversión religiosa del joven migrante, que representa un insulto al catolicismo tradicional de la comunidad, y el segundo deriva de la opción más plural o reflexiva sobre los partidos políticos.

Durante el trabajo de campo que realicé en algunas comunidades indígenas de Las Margaritas identifiqué a jóvenes retornados que, al preguntarles sobre qué sentían en sus comunidades después de la experiencia migratoria, reconocieron que la gente de la comunidad, e incluso sus familiares, habían cambiado el trato hacia ellos con respecto al que tenían antes de irse.

Nosotros sí cambiamos cuando regresamos, hasta me siento diferente, también ha cambiado mi forma de ver las cosas en mi localidad, pero eso no les gusta a muchos de acá. A veces nos critican que nos vestimos diferente, porque les digo lo que pienso sobre algunas decisiones que no comparto con ellos. Eso hace que a veces quieran tener problemas conmigo o siempre me dicen que soy un alzado (enero de 2011).

Otro migrante comentó sobre su experiencia:

Te voy a decir que primero me ven diferente porque me fui muy niño y ahora físicamente soy otro, pero no sólo eso, también mi forma de ver los asuntos de mi comunidad. Me criticaron mucho porque ahora ya soy Testigo de Jehová, también porque muchas veces ya no quería cooperar para las fiestas y esas cosas que hacen los católicos, cambiaron mis ideas y hasta mi forma de vestir, pero a veces la gente de acá no entiende que uno es otro [...] (julio de 2011).

Algunos de los migrantes retornados, que además de hablar español hablan su lengua original, el tojolabal, también encontraron un espacio tensado. Algunos jóvenes hicieron énfasis en que el conflicto con ellos se debió al cambio de religión, cuestión sería porque puede intervenir, de hecho lo hace, la asamblea comunitaria, y la sanción en casos extremos puede llegar a la expulsión. El otro factor de tensión fue la intervención de los jóvenes para que la gente se adscribiera a partidos políticos distintos a los que la comunidad tradicionalmente apoyaba. En general, la gente no estaba receptiva a los cambios pues, como comentó don Armando:

Acá, en Saltillo, hay varios que fueron a Estados Unidos, algunos estaban casados, otros más son solteros, pero lo que me doy cuenta es que cambian en sus maneras de ser, ya opinan más en las reuniones y también hay otros que ya hasta quieren cambiar de partido. Se vale, pero después pueden traer conflictos acá en la comunidad [...] (enero de 2011).

Otro habitante de la comunidad de Belisario Domínguez indicó:

Acá sí hay muchachos que regresan y ya cambian de religión, pues eran católicos y ahora ya son protestantes o evangélicos, pero a veces la comunidad no ve bien eso porque aquí somos católicos y con eso nacimos. Creo que esas son otras costumbres de allá donde van [Estados Unidos] (enero de 2011).

Un joven migrante retornado sostuvo:

Te voy a decir lo que ocurre. Si nos vamos a los Estados, pues allá encuentras de todo, lo mejor es cuando encuentras apoyos en las iglesias, pero éstas no son de la religión de aquí, católica, pero también con reglas muy de aquí, de la comunidad. Regresamos, y quienes han cambiado de religión lo mejor que pueden hacer es volver a la religión de siempre, pues de lo contrario van a tener problemas. No es que el problema haya nacido de los que nos fuimos a los Estados, aquí mismo, en Las Margaritas, desde hace mucho tiempo llegaron muchas religiones que no son de la católica. Pues la gente de las comunidades poco a poco, como sale, pues va metiéndose a esas otras religiones y han llegado con el apoyo de los pastores a defender su derecho de libre religión, pero ya ves, aquí todavía el uso y la costumbre pesa. Aquí hay casos en que migrantes que regresaron se han vuelto a ir, a veces a otras comunidades o a lugares donde el gobierno les da tierras para que empiecen a vivir (febrero de 2011).

Con relación a la esfera política, vale ofrecer una visión muy sintética del desarrollo político partidista reciente de algunas comunidades de Las Margaritas. Hasta el gobierno de Patrocinio González Garrido, toda la región Fronteriza estaba dominada políticamente por el Partido Revolucionario Institucional (PRI); sin embargo, en las elecciones para gobernador de 2000 el PRI perdió y en la región, en particular en el municipio de Las Margaritas, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) cobró una fuerza política indiscutible. Y es que el municipio es el más grande en términos territoriales y en toda su extensión domina la diócesis de San Cristóbal, que dio cobijo a la oposición partidista y a organizaciones campesinas adheridas a ésta, como la CIOAC, vinculada al PRD. Ello explica que muchas veces los conflictos políticos tomaran el matiz de conflictos religiosos, porque la CIOAC apoyaba a las comunidades indígenas que legitimaban el trabajo de la diócesis.

Doce años después se registró una crisis en el PRD, que perdió la gubernatura del estado y muchas presidencias municipales, como la de Las Margaritas, donde ganó el Partido Verde Ecologista. Los jóvenes retornados se enfrentan a este escenario donde se han abierto posibilidades para que participen en otros partidos políticos, lo que implica abrir tensiones con la gente de la comunidad que de alguna manera detenta el poder. Ahora bien, quienes han perdido en las elecciones piensan que los migrantes retornados tienen algo de culpa, pues registraron que muchos de ellos hicieron campaña e incentivaron a sus familiares y amigos para que cambiaran de partido político. En algunos casos el vínculo entre partido no dominante y credo religioso es el pretexto de fuertes acusaciones hacia estos jóvenes, aunque las acusaciones alcanzan también a otros miembros de las comunidades que

no necesariamente son migrantes retornados. Como quiera que sea, cuando el conflicto se densifica las consecuencias suelen ser dramáticas al imponerse, en algunos casos, la expulsión y la pérdida de tierras.

B. Retorno y familia

Bernardo Kliksberg (2005) refiere que las encuestas indican que la familia¹⁰⁶ es una de las instituciones con más credibilidad entre los jóvenes. Frente a su desconianza en muchas instituciones, la familia es un reducto afectivo, el lugar donde pueden expresarse a plenitud, donde pueden volcar sus confidencias y encontrar guía y orientación. Con todo, en los tiempos actuales muchas familias se desarticulan por el avance de la pobreza y la exclusión impulsadas desafortadamente por una mercadotecnia que ofrece objetos y materiales culturales que trastocan la simpleza de los lazos y horizontes de este modo de vida común.

En tal escenario, muchos jóvenes intentan volverse más independientes pese a las condiciones adversas de nuestro tiempo. Otros más se hacen responsables de sus propias familias, es decir, desarrollan una actividad económica o trabajan dobles jornadas laborales. Es una práctica ampliamente analizada, con fines de subsistencia de la familia rural, la incorporación de más miembros en el mercado de trabajo, especialmente de la jefa del hogar, de los jóvenes e incluso de los niños.¹⁰⁷ Algunos autores destacan, en el contexto de la globalización neoliberal, el papel central que juega la familia en este proceso transicional; en el campo del contexto institucional destaca la cultura, en particular la cultura familiarista.¹⁰⁸

En los regímenes latinoamericanos se registra un escaso desarrollo institucional

¹⁰⁶ La familia ha sido abordada desde diferentes perspectivas en el campo de las ciencias sociales y humanísticas, en especial desde la sociología. Se ha considerado como un eje de organización social, con particular interés en el parentesco que establece un elaborado sistema de jerarquías, vínculos y reciprocidades en virtud del cual cada integrante del grupo familiar ocupa una determinada posición social. Respecto a ello, Cicchelli y Cicchelli realizan un breve recorrido histórico sobre el tema: las corrientes que más han contribuido a definir y caracterizar a la familia son la socioantropología o la psicología, entre otras. Según estas corrientes, se pueden distinguir dos puntos de vista diferentes. El primero de ellos podría denominarse "macrosociológico", y estudia la familia tomando como referencia la sociedad de manera global. Comparten este punto de vista la mayoría de los antropólogos clásicos como Morgan, Taylor, Bachoffen y Mein, entre otros; Freud, desde el punto de vista del psicoanálisis; Durkheim, desde el punto de vista propiamente sociológico, y Engels bajo la perspectiva del materialismo histórico. El otro punto de vista, llamado "microsociológico", en términos generales se ha desarrollado en el seno de la antropología social británica, sobre todo tras los trabajos de Malinowsky, y se refiere básicamente al análisis de hábitos y costumbres familiares en el seno de un mismo grupo social... (Cicchelli y Cicchelli, 2000: 45).

¹⁰⁷ El estudio sociológico de las migraciones campo/ciudad en nuestro país tiene una trayectoria que posibilitó, desde sus inicios, la incorporación de la familia o la unidad doméstica como el espacio social desde donde analizar las migraciones internas del campo a la ciudad, asumiendo que éstas constituyen una estrategia de sobrevivencia biológica y social de la familia frente a la pérdida total o parcial de su fuente económica —en ingreso y producto— representada por la unidad económica campesina (Arizpe, 1985). Son las familias quienes toman la decisión de migrar y lo hacen en atención al número de hijos e hijas, tornándose la migración en una práctica recurrente y estratégica. Esta perspectiva analítica que dota de centralidad a la familia o unidad doméstica en las decisiones de migrar —particularmente del campo a la ciudad—, cobró impulso en los años ochenta y guarda estrecha relación con las teorías de corte estructuralista que ponderan el cambio social por efecto de la penetración de las relaciones capitalistas, desde donde se visibiliza la familia como una instancia de intermediación entre los procesos macroestructurales —motores de los desplazamientos— y las decisiones individuales (Ariza y Oliveira, 2004). Se puede inferir que esta perspectiva analítica tiene su correlato con las teorías de la "nueva economía" en tanto mantiene un postulado similar, pues un principio central de éstas es que la decisión de migrar no la toma el individuo, sino la familia de los migrantes potenciales.

y un impulso de políticas públicas orientadas a las familias y los jóvenes, hecho que ha contribuido a reproducir el modelo cultural familiarista de solidaridad y dependencia intergeneracional, en el que las familias asumen el bienestar de los jóvenes y de los niños en el ámbito privado. Particularmente en México, y en otros espacios en los que son visibles la precariedad o ausencia de políticas públicas orientadas al desarrollo de los jóvenes y de políticas laborales frente a un mercado laboral precarizado, se hace de la familia una institución en la que se registra una acogida más prolongada de los hijos jóvenes, e incluso la institución familiar se convierte en el espacio que hace posible el periodo transicional a la vida adulta, hecho más visible en el ámbito urbano del país.

La migración internacional es un fenómeno de masas que en tiempos recientes realizan con más intensidad las mujeres y hombres jóvenes de zonas tanto rurales como urbanas. Son ellos y ellas quienes, desde el seno familiar, como señala Kliksberg (2005), son los primeros en verse forzados a emigrar, sea para encontrar una mejor oportunidad de vida, por presiones de sus padres para solventar los gastos familiares o para vivir la aventura de la travesía.

En los espacios rurales el análisis de la familia en relación con el joven migrante ofrece la posibilidad de reconocer los vínculos entre el fenómeno migratorio y las transformaciones en el modelo de las generaciones, lo anterior derivado de la debilidad que hoy se observa en la familia nuclear y del regreso de la familia extensa o con otras modalidades organizativas pero que modifican los patrones tradicionales. A la deserción escolar por fines migratorios y al afianzamiento de una estructura laboral precaria que expulsa de manera violenta a la población rural en edad laboral, se suman otros hechos con impactos en la familia que pocos conocemos. Uno de ellos es el retorno y sus problemáticas en la familia: ¿qué pasa con los jóvenes retornados en el contexto de su familia?, ¿el retorno de los miembros que emigraron implica cambios, conflictos y fracturas en la familia?, si es así, ¿qué los explica?

Al analizar las situaciones de conflicto de los jóvenes migrantes retornados, un referente, en tanto significativo de primer orden, es la familia. Si bien para algunos jóvenes emigrar es una decisión que se ha ido interiorizando en la conciencia ante la desesperanza que provoca la vida en el campo, la decisión última es la que más se define en el seno de la familia por parte de sus integrantes mayores, los padres. Es poco probable que en el marco de la familia rural de estudio exista una valoración precisa de los posibles candidatos a emigrar en términos de la edad y la capacidad para enfrentar un mundo laboral por conocer.

Hemos indicado que en el ámbito rural el concepto de joven es inexistente o se ha incorporado recientemente en la valoración de las familias y sus capitales pues, como señala Feixa (1998), para que exista la juventud deben darse, por una parte,

¹⁰⁸ Define la cultura familiarista "como una forma de solidaridad e independencia intergeneracional en contextos institucionales de limitada atención a las cuestiones familiares, la transición a la vida adulta se ha entendido como un proceso que se inicia y realiza en la familia" (Moreno, 2007: 20).

una serie de condiciones sociales como normas, comportamientos e instituciones que distinguen a los jóvenes de otros grupos de edad y, por otra parte, una serie de imágenes culturales, como valores, atributos y ritos, específicamente asociados con los jóvenes. Esta reglamentación formal y sentida es de reciente data en el mundo rural, en sus instituciones y en sus sociabilidades.

No obstante, la migración con fines laborales es de vieja data y la emprende la familia como conjunto, como ocurre en comunidades del centro del país cuyos habitantes se dirigen a regiones productoras de hortalizas y de otros productos agrícolas. La incorporación individual de los hijos e hijas al mercado de trabajo tampoco es tan reciente, pues el centro de la decisión, amén de las necesidades de la familia, ha sido el hecho de que tengan la fuerza requerida para el trabajo, aunque generalmente estuviere de por medio el acompañamiento de familiares o vecinos que van con un fin similar, el de trabajar.

Hay que reconocer que, a pesar de que algunos estudios han demostrado que los jóvenes al migrar experimentan un proceso de emancipación de la familia de origen y de articulación de una identidad propia expresada en el ámbito público o laboral —fenómenos legitimados para los hombres, pero no así para muchas mujeres—, un hecho posible con el tiempo es que la familia siga teniendo presencia en las decisiones de emigrar y en tratar de regular, sancionar y hasta generar conflictos con el joven migrante retornado.

En las conversaciones con los jóvenes, al preguntarles sobre sus relaciones con la familia durante el periodo que estuvieron en Estados Unidos y tras el retorno, las respuestas reflejaron los problemas más importantes de dicha relación. El primero tenía que ver con las remesas y su administración porque los jóvenes solteros tendían a enviar las remesas a nombre del padre. Reconocieron también que la decisión de enviar remesas fue un compromiso moral que asumieron tras pagar el préstamo para sufragar el viaje; sin embargo, la mayoría de ellos sostuvo que las remesas enviadas al padre tenían como fin el ahorro para ser invertido cuando regresaran, salvo otro acuerdo.¹⁰⁹

Las respuestas tenían en su mayoría el sello del conflicto. Comentaron que muchas veces los padres, o habían gastado el dinero enviado, o habían hecho mal uso de él. Por ejemplo, Diego habló sobre los problemas que se dieron con la familia al retornar a su hogar:

Mira, mi jefe se pasó porque yo enviaba mis ahorros y también una lanita para él, porque mi jefa te dije que ya murió. Es otra cosa lo que pensaba mi papá, también mis hermanos. Sienten que uno gana mucho dinero en Estados

¹⁰⁹ Otro es el caso de las remesas enviadas a mujeres esposas o a madres, en las que el fin es cubrir los gastos de la sobrevivencia biológica y social. En estos casos es recurrente que el joven migrante tenga una cuenta propia donde ahorra para una inversión futura.

Unidos y no se ponen a pensar o a tomar en cuenta que uno también sufre allá. Mi papá nunca imaginó que regresaría, de hecho ni yo pensé que estaría acá, pero siempre envié dinero, quería ahorrar por alguna necesidad. Pero él se puso a prestar el dinero de mis ahorros y eso no se vale. Yo tengo conflictos con él ahorita, por eso quiero recuperar como sea ese dinero y lanzarme de este pinche lugar [...] (julio de 2011).

Al igual que Diego, otros jóvenes relataron situaciones parecidas, como por ejemplo que los problemas se dieron tras el retorno porque sus padres habían gastado sus ahorros y no habían respetado el trato hecho, que éstos se destinarían para comprar algún bien o sostener actividades laborales propias. El conflicto entre el joven migrante y el padre es el punto de partida para que las relaciones familiares irradian en todos sus integrantes; en estas circunstancias, la actitud de los padres procede del viejo patrón de relación padre-hijo, por lo que los padres asumían tener derechos sobre las remesas que ahorran sus hijos y disponían de ese dinero, por ejemplo para hacer préstamos a familiares o vecinos o para realizar algún tipo de inversión, pero sin consultar con el hijo migrante dueño de los ahorros.

Aunque en las charlas trataban de encontrar una razón a las decisiones de sus progenitores, al final expresaban resentimiento hacia ellos. No obstante, la algidez del conflicto tenía relación con el hecho que explicaba el retorno, porque cuando éste obedeció al mal comportamiento del joven migrante —castigado por la ley, detenido o expulsado—, la actitud de los padres, dicen los jóvenes, fue peor de la que esperaban, pues prácticamente eran despreciados, a veces por todos los integrantes de la familia. Lo que estaba en juego era que el joven migrante volvía a depender de la economía familiar.

Al interior de la misma familia hay voces que disienten de las actitudes negativas que asumen los padres con respecto a los hijos que retornan. La tía de uno de los jóvenes comentó:

La verdad, me doy cuenta con mi sobrino que acaba de regresar, se dedicó a hacer su desmadre allá, lo deportaron de nuevo a México, no creo que tenga sus ahorros, pero yo, como lo veo, mi hermano es medio injusto, porque él enviaba sus remesas cada que podía y ahorita que se regresó, a veces ya ni la comida le quieren dar, ahí lo tienen en un cuarto que era una bodega, porque el otro hermano, cuando él se fue, llegó a vivir con la esposa. Yo veo que eso no es justo, es inhumano, pues cada uno tiene sus errores [...] (junio de 2011).

Otro familiar comentó en el mismo sentido:

La verdad es que este muchacho la pasa mal ahí con sus familiares. Está bien que sea visto medio pandillero, con otras modas de otro lugar, pero no creo que sea justo que porque ya no está allá y no manda su lana, lo traten así ¿no cree? Además, uno como padre hay que entender que ya son otros tiempos, la vida está más dura en estos tiempos, pero sí creo que está fea esa situación de ese joven, que no es el único, así ha de haber varios casos acá y en otro lado (junio de 2011).

Además de los conflictos familiares derivados del uso de las remesas, otro conflicto igual de intenso en el seno familiar es el relacionado con las herencias que dejan los padres a los hijos. Los casos más socorridos hacen referencia a la muerte de los padres y la exclusión del hijo migrante de los bienes que éstos dejaron, como fue el caso de un joven del barrio de San Sebastián que me contó un pastor:

Yo conocí el caso de este muchacho, no recuerdo su nombre pero fue muy sonado. Va usted a ver que los canijos de los hermanos le vuelan su herencia al muchacho. Cuando regresó, porque lo deportaron, exigió su parte pero los hermanos no le dieron nada, hasta demanda hubo y no por parte de él, sino de sus hermanos. ¡Saber qué le pasó al muchacho!, porque vivía en casa de una su tía, eso sí es injusto. Quién sabe si hasta sus ahorros le habrán quitado, porque dicen que mandaba dinero a su papá, pero sí da lástima ese muchacho porque, a pesar de que cambien, yo creo que no es justo que se haga eso con ellos, se fueron muy muchachos y algunos regresan todavía jóvenes (junio de 2011).

Otros casos relacionados con el tema de las herencias se refieren a la decisión de no dejar herencia al joven migrante porque se parte del supuesto de que ganan bien y, si no envía remesas, se supone que tiene sus ahorros en los Estados Unidos. Retornar y conocer esas decisiones de los padres impacta sobre los sentimientos de los retornados con respecto a la familia. Sienten, según comentaron, que el retiro de la solidaridad desune a la familia, y lo primero en lo que piensan al retornar es en volverse a salir, aunque no sea a Estados Unidos, pero ya no vivir con la familia. Como señala Guarnizo (1997), los conflictos se dan por la fragmentación familiar, y la dispersión de los espacios residenciales constituye una de las consecuencias de los procesos de globalización.

Otros conflictos no menores, atendiendo a las particulares de la familia, se relacionan con un retorno que implica el acompañamiento de la pareja “gringa”, lo que coloca a la familia en el centro de los chismes de los vecinos. Generalmente el desenlace deriva en la separación y en el regreso o la salida de la familia nuclear del joven retornado, lo que trae consigo conflictos y dramas familiares. Son pocos los casos registrados, pero lo anterior abre una reflexión sobre la naturaleza de las transformaciones que vive la familia ante el registro de la migración como factor de estabilización o desestabilización de la institución familiar.

Debe señalarse que la emigración laboral es una constante en las estrategias familiares del municipio de estudio. Se trata no sólo de migración internacional hacia Estados Unidos, sino de migración interestatal, que hoy se ha intensificado y está en abierta consonancia con las transformaciones económicas del país. Como ya hemos señalado, los movimientos migratorios de Chiapas registran una fuerte tendencia hacia entidades del norte del país, y en particular hacia las entidades que configuran la llamada Riviera Maya.

El impacto de este fenómeno crea marcas muy drásticas en la configuración presente y futura de las familias rurales. Por ejemplo, el hecho de que los hombres

jóvenes migrantes pospongan los tiempos del matrimonio impacta sobre las mujeres jóvenes, quienes o se incorporan al circuito educativo, o se integran al circuito migratorio interestatal, particularmente en la Riviera Maya. Las vivencias en los lugares de trabajo condicionan el proyecto de familia porque, por ejemplo, algunas jóvenes conocen a hombres no necesariamente del lugar de origen y emprenden proyectos de matrimonio, al igual que los jóvenes migrantes, quienes en ocasiones encuentran parejas “gringas”, de otra entidad de la República mexicana o de otro país, en especial de Centroamérica.

4. Lo que está en juego, ¿qué cultura?

En el pensamiento de la modernidad se inscribió la idea, hecha práctica, de que los hombres y mujeres jóvenes eran los receptáculos del conocimiento de la modernidad, fincada en una concepción racional y calculada como materia estratégica para pensar y vivir el mundo moderno afianzado en los vectores del progreso y el orden. Los jóvenes de hoy no sólo han perdido esa garantía —instituida en la educación— y las posibilidades para, desde este nicho bienestarista, luchar por una adscripción identitaria propia, sino también han perdido la brújula que oriente, explique y les dote de un mínimo entendimiento de lo que es este mundo, el de ahora, y el lugar que en él ocupan, si es que tienen lugar alguno. No saben por qué vivir y cómo vivir, menos prever un horizonte de vida como antaño solía ocurrir, con el acompañamiento de los padres o de las instituciones.

A los jóvenes migrantes retornados de origen rural les tocó abrir un espacio para una fase de vida llamada juventud, pues ellos, después de los estudios de secundaria, si es que lograban concluirlos, asumían el compromiso de ayudar en los trabajos del campo para inmediatamente casarse y formar un hogar. Los jóvenes que compartieron sus experiencias para la realización de este trabajo, muchos casi niños cuando los conocí, se atrevieron a desafiar a su sociedad, desafío de alguna manera consentido por los padres ante la profunda crisis económica que padecen las familias, por lo que pospusieron el ciclo del trabajo en la parcela y el matrimonio para emigrar a “los Estados”, tierra de sueños y temores, tal como señalaron:

Es cierto lo que estás diciendo. Todos aquí se casan muy jóvenes, aunque más jóvenes las mujeres, ya está cambiando eso, pero la regla general es esa, por eso cuando me decís que hay una cultura de jóvenes no te entendía. Pa' qué te cuento el relajo con lo de irse a trabajar a los Estados, pero había ya mucha gente que se había ido, puro varón, nosotros después del zapatismo se nos calentó la cabeza y nos fuimos. Allá vivimos cosas nuevas, bonitas pero también feas, fue como entrar a las brasas por lo caliente de la vida que es allá, siempre te la estás jugando y todo pasa tan rápido, como un relampagón, sí, como eso. Ya te conté mi vida y ya sabes que cuando regresé no traje mucho dinero. Aunque mandé remesas, poco se hizo con eso. Las cosas, como dice mi papá, no es como las pintan. Sí aprendí, fueron años buenos para mí y me gustó también disfrutar mis años, que decís son años de joven. Pero pasó, me casé, como no quiero seguir como mi papá, pues me he vuelto a ir, pero la verdad es que cada vez que salgo me pierdo, ya no sé para qué se vive o por qué se vive. Y eso que yo tengo algo seguro aquí en la comunidad, imagínate a los compas que se perdieron en el camino y que ahora están per-

dados en Tijuana o en los mismos Estados (noviembre de 2011).

Reflexionar sobre ese pequeño espacio temporal y social que les dio la globalización o sobre el espacio que les expropiaron al desafiar las reglas de la comunidad para darle contenidos más propios es un verdadero desafío. Es como andar a tientas, muchas veces sobre un camino con niebla, pues se tiende a confundir el desconcierto y desacierto de los jóvenes migrantes retornados con los del que esto escribe. Este espacio anómalo amenaza con ser normalidad y, con ello, su aprehensión analítica se torna igual de incierta, anómala.

En el capítulo anterior se intentó esbozar analíticamente lo que consideramos es la trayectoria cultural migratoria de los jóvenes migrantes. La cultura aquí tiene el sentido del acceso propio al mercado, desde el cual seleccionar individual y socialmente los materiales que configurarán una identidad cultural migratoria. Puede pensarse en dos posibles bifurcaciones: los productos culturales instituidos por el mercado restan el sentido de autonomía, pero su selección y la trasgresión de su uso mercantil implican también un sentido de autonomía por parte de los jóvenes frente al mercado y lo instituido como cultura. Esta tensión entre lo heterónimo y lo autónomo hace posible pensar la identidad juvenil como un campo de poder, pero en el que, como señala Martín-Barbero (2010), se tiende a la hibridez cultural ante identidades paralelas y a la necesidad de ser joven en contextos situados, lo que no excluye o cancela esa realidad concreta de lo que Bauman define como “escasez de puntos de orientación sólidos y fiables, y de guías fidedignas”, que es lo propio de esta sociedad líquida (2012: 41).

Con estas armas precautorias dibujamos los imaginarios que fluyeron en esos jóvenes migrantes sureños al vivir la experiencia migratoria internacional. Ciertamente se apropiaron de materiales y contenidos de un mercado cultural que define modos y formas de vivir la cultura en tiempos globales, y cuando intentaron romper los límites impuestos pagaron su costo: la simple detención y la expulsión. La dramatización ocurrirá en los lugares de origen, particularmente en los lugares desde donde se emigró.

En este capítulo hemos dado cuenta de las tensiones que ocasionan los materiales culturales traídos y su puesta en práctica en el terruño local. Las historias se asemejan mucho a esas viejas disputas entre sociedades que intentan mantener lo propio y distinguirse de los otros, o a las tensiones ampliamente conceptualizadas entre tradición y modernidad, tal como se señaló en el primer capítulo. A pesar de todo, algo hay de cierto, pero no totalmente, en primer lugar porque estamos en un contexto distinto al del viejo debate entre tradición y modernidad, y en segundo lugar porque los materiales culturales —globalizados— están anclados como nunca a un mercado cuyo marco productivo es estructural, esto es, son materiales que implican mercado y, con ello, la pervivencia del sistema capitalista global.

Hemos realizado varios ejercicios reflexivos que nos permitieran aterrizar en una esfera de pensamiento que irrumpa el sentido trágico que solemos otorgar a esta

realidad social, pero no lo hemos logrado, así que nos aventuraremos un camino ya andado: volver a nuestros actores y a los actores de su entorno, pero ahora bajo un eje cruzado por la interrogante: ¿qué cultura?

A. Tatuajes y vestimenta: las nuevas corporalidades

Inevitablemente se reconoce que cuando de la noche a la mañana los jóvenes migrantes retornados hacen presencia en el espacio público local con atuendos, rostros y movimientos totalmente opuestos al vestir y ser propios de la cotidianidad local, provocan un golpe fuerte en la población local, no por su número, sino simplemente por su presencia y ese “estar” que desasosiega a sus habitantes.

¿Qué significado tienen los tatuajes en la piel?, ¿qué les significa a los jóvenes usar *piercings* u otras perforaciones en el cuerpo y traer playeras de equipos de basquetbol, béisbol o fútbol americano, como los San Diego Chargers, los Dogers de Los Ángeles, los Lakers o los Yankees de Nueva York?, ¿serán acaso nuevas marcas que representan los signos identitarios de la migración?, ¿los tatuajes son una forma de representación del migrante joven retornado? Estas fueron algunas de las preguntas que me hacía cuando me acercaba a los jóvenes identificados en el parque central de la cabecera municipal. Ciertamente había razones para hacerme tales preguntas, pues registraba que muchos de ellos no sólo estaban tatuados o “pintados”, sino que habían sido o eran migrantes internacionales.

La literatura sobre ciencias sociales señala que los tatuajes forman parte del vivir y sentir la migración. Cada tatuaje simboliza algún momento de la vida cotidiana que marcó, que dolió, que representó una vivencia del viaje, situaciones que les quedaron profundamente marcadas. Forman parte de las nuevas corporalidades que los jóvenes retornados han traído, y las socializan con los más jóvenes que aún no tienen la experiencia migratoria pero que la anhelan (Valenzuela, 2012; Nateras, 2014).

Ahora, ¿por qué se representa esta vivencia en el cuerpo? La reflexión en torno al cuerpo ha estado presente en el devenir del tiempo, constantemente relacionada con la lógica de signos y significaciones que configura el universo de hombres y mujeres. Como afirma David Harvey: “El cuerpo no es una entidad cerrada y sellada, sino una ‘cosa’ relacional que se crea, limita, sostiene y en última instancia se disuelve en un flujo espacio-temporal de procesos múltiples” (2003: 121).

Las corporalidades —término elaborado desde los estudios del feminismo y el género— resultan de gran valía para nuestro análisis. Y es que un elemento central de las corporalidades es que los cuerpos son producidos por intervenciones estéticas o prácticas. Como dice Muñoz, permite colocar esas prácticas junto con los discursos como materializadoras de los cuerpos (2010: 10).

Si bien las decoraciones y alteraciones de las corporalidades no son algo nuevo, en Las Margaritas están presentes cada vez más entre la población juvenil, sobre todo en los que tienen experiencia migratoria, que plasman en la piel, en partes

definidas del cuerpo, sus vivencias y pasajes de la travesía migratoria. En esta dirección, Diego comentaba:

Yo estoy pintado, tatuado pues, como se dice. Tengo dos tatuajes, uno en el brazo y otro en la espalda. El de mi espalda me lo hice allá en el “gabacho”, es una cruz con el nombre de mi morra que tenía; el del brazo es de la virgen de Guadalupe, que siempre me protegía en cualquier momento de peligro (julio de 2011).

Las imágenes religiosas son comunes en los tatuajes, pues constituyen el símbolo de la protección divina en cualquier circunstancia de peligro. Otro símbolo común son los nombres o rostros de las “morras” con las que mantuvieron un noviazgo o una aventura en Estados Unidos. En una conversación sobre el significado de sus tatuajes, Noel sostuvo:

Me puse un tatuaje en una cicatriz que me dejaron en una pelea allá, pues los hermanos de mi “exmorra” intentaron navajearme pero sólo me chingaron el brazo, por eso me puse un tatuaje y la fecha de esa vez, pues de ahí vinieron los problemas para mí (julio de 2011).

Otro joven migrante compartió:

Mis tatuajes tienen que ver con lo que yo he vivido. La verdad, fui un desmadre allá, y me gustaba todo esto de los tatuajes. Me hice uno que representa a mi pandilla allá, con los que me hacían “paro” [ayuda]. Tengo el rostro de una novia que quise mucho, y el de esta cruz que significa mi arrepentimiento de todo lo que hice. Por eso, si te das cuenta, tengo varios, pero cada uno tiene su historia (enero de 2009).

Los tatuajes pasan a formar parte de los espacios públicos. La exhibición de estas nuevas corporalidades, que no se observaban en el pasado reciente en Las Margaritas, se torna cada vez más visible y parece que ha llegado para quedarse. En la fiesta patronal, en la plaza central, en las cantinas, en las esquinas de la cuadra, observaba que los jóvenes que habían vivido la experiencia migratoria interestatal e internacional usaban camisetas sin mangas para que los “otros” notaran sus tatuajes o las perforaciones que reflejaban la experiencia de salir del pueblo. Al final: “El cuerpo es usado como una especie de espacio o territorio de la decisión de sí, en el entendido de que con él se puede hacer relativamente lo que venga en gana” (Morín y Nateras, 2009: 183).

Estas corporalidades son cada vez más frecuentes entre los jóvenes migrantes retornados y poco a poco aparecen también entre los que no han migrado. Es decir, se pueden establecer continuidades y rupturas en las formas de ser joven, con nuevas rutinas, estilos o hasta nuevos consumos que se manifiestan en el cuerpo considerado como el efecto de una construcción social y cultural (Le Breton, 2002). Tanto en la cabecera municipal como en las comunidades en que realicé trabajo de campo, los *piercings* y tatuajes forman parte de ese nuevo espacio que deja

las marcas de la migración, marcas que, si bien para algunos muestran las vivencias de la migración, son igualmente parte de ese nuevo cuerpo que ya tiene su toque de originalidad. Es simultáneamente objeto privado y público, destinado a la apreciación de los otros, aún si pertenecen al dominio íntimo y contribuyen a la construcción del individuo (Morín y Nateras, 2009).

Además de los tatuajes, la vestimenta es parte de esta nueva forma de representarse como joven migrante retornado. Las playeras de algún jugador o equipo profesional de Estados Unidos son objeto de identificación, de huella de que se fue migrante. Durante las festividades públicas es común observar en los bailes a los jóvenes lucir sus playeras o “casacas” debajo de la cintura, largas y guangas, con pantalones flojos o gorras con la visera detrás, estilo “cholo” o “rapero”. Otros se presentan con vestimenta de “norteños”, con sombrero, camisa y pantalón vaqueros, sin olvidar las botas blanqueadas y la gabardina de piel o imitación.

La vestimenta como símbolo es identificada por la población, tal como mencionaba un habitante de la cabecera municipal:

Usted puede ver en los bailes de la feria de Santa Margarita cómo hay muchos migrantes que ya vienen presumiendo sus vestimentas de otros lados, algunos con sus aretes, sus gorras, sus playeras largas. También hay otros que ya vienen más “anorteñados”, con sus buenos sombreros, presumiendo sus cadenas y pulseras de oro, pero la verdad algunos son más creditos, también veo que ya rápido la juventud de acá ya los quiere imitar con sus vestimentas de los que ya migraron para el otro lado (enero de 2009).

Un joven migrante también refería respecto a ello:

Los que ya fueron para el otro lado se ve rápido. Pues vienen con tatuajes, con aretes, creo que la mayoría son los jóvenes, los adultos casi no hacen eso, por eso critican, pero tienes que darte cuenta en su ropa, ya es diferente pues traen las playeras largas, gorras de equipos de Estados Unidos. A veces esos estuvieron en pandillas pues así se visten los que les llaman cholos en los Ángeles. Hay otros que sólo están como norteños y hasta presumen sus trocas de allá [...] (julio de 2011).

Otro joven que no migró, también comentaba sobre el tema:

Yo tengo primos que ya fueron a Estados Unidos y vienen acá a la moda, con otra ropa bien chida, pero si te das cuenta, los están usando ya no sólo los que ya fueron al otro lado, a algunos amigos les gusta mucho vestirse así y ya imitan a los que fueron allá con los gringos [...] (enero de 2009).

Algunos jóvenes me compartieron también sus ideas sobre la estética del cuerpo o el embellecimiento que formaba parte de esas nuevas corporalidades. Mientras que los tatuajes para algunos eran símbolo de la migración, otros dijeron que con ellos se reafirmaba más su masculinidad y que a veces los “adornos en el cuerpo”

eran más seductores para las mujeres en general. En este sentido, refirió un migrante:

Mis tatuajes y el piercing que tengo no me los hice porque significara algo para mí, pues veo que a veces a las mujeres les atraen los hombres con aretes, tatuajes o que se peinan diferente, por eso antes de regresar acá, en Margaritas, me hice estas cosas para poder ser diferente y hasta más atractivo con las morras de aquí (enero de 2011).

Las marcas de la migración: perforaciones, vestimenta norteña, vestimenta de cholo, rapero, el tatuaje en cualquier parte de cuerpo, el corte de cabello, la troca, entre muchas más, son símbolos de esas nuevas adscripciones juveniles en el ámbito rural.

Como he descrito, el tatuaje puede tener numerosas significaciones para los jóvenes migrantes retornados. Puede ser una “marca corporal dibujada en la piel que establece una diferencia para la búsqueda del significado y de identidad, es una especie de firma mediante la cual el individuo se afirma en la identidad que ha elegido” (Le Breton, 2010: 74), puede ser también una marca que describe algún pasaje de la travesía migratoria o bien un elemento que reafirma la hombría frente a los otros.

Las corporalidades de los migrantes retornados nos llevan a conocer esas manifestaciones de sus travesías, de sus emociones, de sus vivencias, así como su materialización en su ámbito de origen. Por ejemplo, en la cabecera municipal no existen tatuadores locales para hacer este tipo de manifestaciones estéticas, pero sí hay peluquerías donde cortan el cabello estilo “reguetonero” o “cholo”, rapado en la parte inferior de la cabeza y con poco pelo en la parte de arriba, lo que se está convirtiendo en una moda compartida por muchos jóvenes del municipio. Asimismo, hay un grupo de jóvenes que practican *break dance* los jueves y viernes por la noche en el quiosco del parque central; algunos de ellos vivieron la experiencia migratoria, otros más intentan aprender e integrarse en ese nuevo baile.

Es inevitable que en la búsqueda analítica de aprehender lo que es propio de una identidad juvenil en tiempos de globalización, el punto de partida sea el interrogar al propio joven *in situ*, recuperando la fotografía del cuerpo, el rostro, su indumentaria, y que irreflexivamente se llegue a una imagen casi fija y se le defina como “enemigo” de los adultos en términos de su oposición o por considerar que se adscriben de manera irreflexiva a proyectos que a todas luces “terminan mal”, es decir, a la delincuencia, la drogadicción, el bandolerismo o la indigencia. Es posible también una lectura académica que reconoce que los materiales con los que se construyen las identidades juveniles son construidos desde los poderes del mercado y de los medios de comunicación, lectura en la que está ausente un posicionamiento de cambio, es decir, no se evalúa si las culturas juveniles contribuyen o no al cambio social y sistémico, o bien se pondera que los jóvenes de hoy son presas inevitables del mercado global.

Afortunadamente, en las ciencias sociales existen voces críticas que, abocadas

a los estudios de las culturas juveniles, rechazan esas visiones parciales y adultocéntricas. Personalmente también rechazo esa visión para asumir como núcleo de análisis lo que es propio de los jóvenes, lo que es un mundo cultural construido, como señala Urteaga, “desde sus propios términos”, dotando de centralidad la vida social de las microculturas juveniles (2011: 154). Es desde este marco desde donde intentamos posicionarnos para legitimar una analítica de un todo articulado entre cuerpo, deseos y lenguaje, elementos todos de las subjetividades y sus magias para visibilizar o invisibilizar prácticas de repliegue y de liberación. Puede establecerse con convicción que ésta es la propuesta analítica de los investigadores que nos han ayudado a recorrer esta travesía, desbrozando las complejidades de una realidad social, la de los jóvenes, tan inaprehensible por la gama de intereses que, en sus distintas escalas y tiempos, están en juego (Valenzuela, 2012; Nateras, 2001 y 2014; Reguillo, 2006 y 2009; Urteaga, 2008 y 2010; Feixa, 2001, entre otros).

La interrogante ¿qué cultura?, no debe plantearse en términos de su utilidad ni como expresión de contraposiciones entre el joven y los actores de su entorno, hegemonizados por significantes y sentidos adultocéntricos (Valenzuela (2012: 112). La respuesta entonces se torna relativamente sencilla, pues la cultura de referencia, la cultura juvenil descrita desde su cotidianidad y contingencia, es ese conjunto de prácticas y visiones gestoras de significados *in situ* construidos desde lo propio, lo juvenil, en abierto movimiento, interacción y socialidad, desde sus estilos particulares, que externalizan en vestimenta, actitudes y repertorio gestual con sentido de identidad y lealtad (Urteaga, 2011: 155). Un marco de sentido que, como indica Simmel (1986), propicia confianza y entendimiento y entreaña alteridad y diferencia, pues sus prácticas y sensibilidades les son propias, tensadas siempre con el sentido heterónomo de lo dado e instituido.

5. Vivir en la globalización, o de la vulnerabilidad y el riesgo

Los estilos juveniles como material identitario son sólo una parte de los repertorios juveniles pues, como es propio de su condición social, internalizan y conjugan otros repertorios identitarios como estudiantes, trabajadores, hijos, activistas, hombre/mujer, indígenas o campesinos, entre otros, sin obviar las adscripciones religiosas o partidistas (Valenzuela, 2012: 82). Estos datos reales, esto es, las adscripciones articuladas que definen en ellos una identidad derivada de la autodesignación y la designación externa, que les dotan de una identidad particular, la de ser jóvenes, se fracturan en el tiempo presente. Es una dislocación o desarticulación perversa —propia de los tiempos globales— que posibilita construir al sujeto joven desde determinados estilos juveniles para asignarles el título de portadores de riesgos y miedos sociales, y no su contrario. En el espacio local es común que la percepción negativa del joven migrante retornado se construya a partir de los estilos juveniles y su corporalidad —que portan como producto de su experiencia migratoria en Estados Unidos—. Es la forma de vestir y de visibilizar el cuerpo, junto con las prácticas que comparten con sus pares jóvenes, lo que les define como portadores de riesgos y miedo.

Frente a esta designación se erige otra interpretación que hace de los jóvenes sujetos de vulnerabilidades y riesgo, pero es una interpretación que se explica desde la articulación del conjunto de sus repertorios identitarios, en suma, como sujetos sociales en los que la juventud es un estadio de vida, con todo lo que implica el concepto de vida, y que posibilita sostener que la identidad es un proceso dinámico que se construye a lo largo de la existencia, sin anclas fijas o esencias determinadas. Este planteamiento de entrada es importante para abordar la última parte de este trabajo.

Empíricamente demostrado por numerosos estudios, la condición de los jóvenes en tiempos de globalización neoliberal es la de vulnerabilidad y su correlato con el concepto de violencia —en tanto ejercicio y padecimiento del daño—. Este planteamiento es el que mejor expresa la condición del joven migrante internacional irregular, una condición siempre situada en el límite. El concepto de vulnerabilidad, definida como la susceptibilidad “a ser herido o vulnerado, a recibir un daño o perjuicio, a ser afectado”, posee dos sentidos: uno que tiende a su naturalización social, en tanto afectación propia de determinados individuos o sectores, y otro que “reduce el significado general de afectación a aquel de daño”, en el que el concepto de vulnerabilidad se relaciona con el de violencia. La dupla vulnerabilidad y violencia se presenta como una pareja que alude “al ejercicio y padecimiento del daño, respectivamente” (Rodríguez y Lindig, 2013: 360-361).

Cavareo (2009: 10-11), sin recuperar el concepto de vulnerabilidad, advierte en el contexto actual de la destrucción humana y la violencia contemporánea, la instancia de la casualidad como un nuevo estatuto de las víctimas, propio de los atentados. “Inermes, compartimos un estatus de indiferenciación que nos convierte, a cualquiera de nosotros, en un blanco perfecto”. Se trata, como dice la autora, de “crímenes que traspasan la condición humana misma”. Aunque este planteamiento la autora lo hace en referencia a escenarios que sintetiza en el concepto de “horrorismo”, su analítica es plausible para la comprensión de los crímenes que bordan las guerras contra el narcotráfico en México, y su extensión a países del sur, bajo la dirección de Estados Unidos, primer consumidor de los enervantes (García y Villafuerte, 2014).

La vulnerabilidad se torna así en un “proceso multidimensional que confluye con el riesgo o la probabilidad del individuo o comunidad de ser herido, lesionado, dañado ante cambios o permanencia de situaciones internas y/o externa”; reclama condiciones de indefensión, fragilidad y desamparo; expone al individuo, la familia o comunidad al riesgo y se lee como debilidad interna (Busso, 2001). Este sentido de indefensión de la vulnerabilidad propicia la instrumentación de políticas públicas. El Estado reconoce, por ejemplo, la indefensión de los jóvenes en atención a su edad y a los riesgos que puedan enfrentar y que los tornen incapaces de transitar a la adultez con las herramientas necesarias. Sin embargo, si bien dicha vulnerabilidad es cierta, las políticas públicas no sólo brillan por su ausencia, sino que hoy tienden a emitir diagnósticos en los que se transita de la otrora indefensión de los jóvenes, a su falta de responsabilidad, así como a la irresponsabilidad de los padres como actores de su entorno inmediato (Valenzuela, 2012).

El concepto de vulnerabilidad, visto así, entra en conflicto o en un círculo vicioso. Nos aproxima a una parte de la película que nos lleva a exigir que el Estado reconozca la vulnerabilidad de los jóvenes como población “indefensa”, y el Estado, cumpliendo nada o a medias, como viene ocurriendo, emprende la retirada o asume políticas de corte biopolítico. Es posible superar esta flaqueza analítica si nos preguntamos sobre los materiales con los que se construye la vulnerabilidad, lo que nos lleva a recuperar, citando a Martínez y Lindig (2013), una analítica de la vulnerabilidad, desarrollada por Judith Butler, sustentada en una “ontología de los cuerpos” que lleva a definir el concepto como “la disposición de cualquier cuerpo a ser afectado”, es decir, la vulnerabilidad es una condición ontológica de todo cuerpo” (Butler, 2010: 361). Pero la vulnerabilidad no es un hecho natural, sino que es creada, construida y regulada por la sociedad contemporánea y sus poderes; es histórica, productiva y reproductiva, como también lo es su siamesa, la violencia.

Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad social es selectiva y está determinada por el poder. Siguiendo la línea de pensamiento de Butler (2010), la vulnerabilidad de los jóvenes es creada: son vulnerables porque en su gran mayoría, del sur y pobres, son “superfluos”; es una vulnerabilidad construida porque el Estado y sus instituciones abandonan la protección, el cuidar y el desarrollo de su población joven mayoritaria en prácticamente todos los planos de su vida, en especial en cuanto a educación, salud y condiciones dignas de trabajo.

A los jóvenes que trabajan en Estados Unidos en situación de irregularidad, decíamos, se les explota su fuerza vital, y no sólo se les disminuye su retribución salarial, sino que también se les detiene y expulsa. ¿Le importa al Estado mexicano la vida y el desarrollo material y social de estos jóvenes que envían remesas y contribuyen a resarcir los grandes déficits de sus obligaciones como Estado-nacional? Bustamante acertadamente ha indicado que la vulnerabilidad de los migrantes en Estados Unidos es la “ausencia de todo poder” del migrante, pero se acrecienta ante el silencio, cuando no la complacencia, de las autoridades mexicanas (2013).

La vulnerabilidad de los jóvenes migrantes cala aquí y cala allá. Aquí, porque todas las vulnerabilidades visibles en riesgo y los daños infligidos proceden de la devaluación de éstos como personas con derecho a un desarrollo de vida digno y de calidad; y allá porque la globalización, en la figura del Estado norteamericano, erosionó todo principio ético de la llamada comunidad internacional e impuso como principio de toda relación internacional el paradigma de la seguridad nacional, cuya expresión extrema es el despliegue práctico y real de los viejos conceptos de “enemigo” y de “guerra”, visibles hoy en el Derecho y en los normalizados estados de excepción de las potencias del norte (García y Villafuerte, 2014). A este respecto resulta importante recuperar el análisis complejo de los marcos de guerra de Butler, definidos como “las distintas maneras de repartir selectivamente la experiencia como algo esencial a la conducción de la guerra” (2010: 47).

Concluimos con el sentido que para los jóvenes migrantes del estudio tiene la vulnerabilidad:

[...] mi papá nos contaba que cuando vivían sus abuelos la vida en la comunidad y con la familia era segura, no faltaba nada, la familia producía el maíz, el frijol, a veces el café y se tenía un montón de gallinas, algunos se especializaban en producir algún otro producto, alguna señora hacía los vestidos, otro hacía los guaraches, los cinturones, había señoras que sabían de remedios y casi no se iba a la ciudad a ver al doctor. Dice él que se acuerda que era una vida buena, todos tenían sus cositas y los problemas se resolvían entre las familias de la comunidad, se respetaba a los viejos. De eso que te estoy contando ya no hay nada, ahora pura necesidad, casi todo se compra y no hay dinero, casi todos nomás crecemos nos vamos a trabajar, pero no es fácil, a veces no hay trabajo por más que se le busque. Yo tengo 26 años y ya soy casado.

Tengo ahora 21 años y nada de lo que cuentan de cómo se vivía acá me tocó verlo. He visto muchas penas y no sólo en mi casa, lo más nuevo que todavía se cuenta acá es lo del zapatismo porque estuvimos cerca, la gente se fue y se regresó. Creo que con el zapatismo se dio mucho la migración a todos lados, acá cerca, pero también en otros lugares más lejos como Estados Unidos, "los Estados" decimos acá, es lo que más me ha llegado. Yo casi nacía cuando lo del zapatismo, pero que digamos que las cosas han mejorado, no. Mi papá dice que desde hace muchos años empezaron a amolarse económicamente. A los 16 años salí a trabajar, me fui con unos tíos, llegamos hasta Tabasco pero pura agricultura. Yo me animé a entrarle a la construcción con otros compas, nos iba un poco mejor, pero se acabó el trabajo y nos regresamos, bueno, siempre regresábamos pero siempre volvíamos a irnos a trabajar, pero de repente se acabó el trabajo, así nomás, de repente íbamos y regresábamos sin nada. Ahora quiero irme a los Estados, pero me dicen que está también duro allá, pero lo que me detiene es que no tengo paga y no quiero que mi papá se endeude. Ha habido mucho problema con las familias, varios papás han tenido que hacer los pagos o perder alguna propiedad porque el hijo que se fue regresó por muchas cosas: que lo detuvieron, que no encontró trabajo, que se metió con la ley de allá, a saber.

[...] tuvo bien cabrón, nos detuvieron nomás pasando la frontera. Como si nada, aparecieron unos tipos, no creas que gringos, como nosotros, nos metieron en un camión de redila y pusieron un nailon [plástico] para taparnos. Luego llegamos a quién sabe qué lugar y nos metieron a un cuarto grande, como bodega. Nos habló un señor, hasta educado parecía, y nos dijo que estábamos secuestrados, que íbamos a hablar con nuestros papás y que lloráramos y les dijéramos que mandaran lueguito el dinero del secuestro. Así lo hicimos pero no todos los compas tenían número porque habían quedado que después, cuando tuviéramos trabajo, iban a mandar dinero para que compraran un celular, porque desde allí íbamos a hablar. No nos golpearon pero sentimos bien cabrón, pensamos que nos iban a matar o a llevarnos con esos del narco para que les trabajáramos y después nos mataran, porque dicen que así es. Pues quién sabe cómo le hicieron pero nuestros papás consiguieron el dinero y les llegó a los secuestradores. Nos dijeron que nos iban a soltar en la noche, nos iban a llevar a un lugar donde no estaba la migra,

de ahí podíamos conectarnos con unos contratistas, que para qué regresar, que mejor trabajar y así ayudar a la familia que ya había gastado mucho por nosotros. Sí, no nos golpearon, te diré, hasta comida nos dieron. Éramos diez, nos quedamos pocos, otros se regresaron porque sí quedaron bien asustados. ¿Nuestra edad? Todos chamacos, digo, el más grande tenía 22. Si te contara cómo fue que nos animamos a ir a los Estados te vas a reír.

A los de acá, a los viejos, todo les puede. Yo creo que ellos tienen la culpa de lo que les ha pasado a muchos compas que se fueron a los Estados y que regresaron cambiados, porque eso sólo era un “pasón”, parte de la vida, pues, te digo, pero ellos, la gente, se lo tomaron en serio y los obligaron a que se rebelaran y así se quedaron. Pero te digo que están en su derecho, desgraciadamente son pocos los compas que aguantan. La gente como es más, hace bola, hacen que muchos que regresaron se vuelvan a regresar, ya no a los Estados, pero sí a otros lugares de acá de México. Yo por un pelito es que la estoy contando.

Estando en Tijuana yo me sentí perdido, caminaba sin saber qué rumbo, ni quién te pregunte a dónde vas o si querés un taco o siquiera agua. Preguntaba ni sabía qué, pero me daba igual porque sólo me quedaban viendo y no me contestaban, como que ni existiera. Bueno, así me sentí yo también, como si no viviera. Perdí la dirección de un compa, pero ya me había dicho dónde estaban los lugares donde iba a encontrar gente como yo. Me fui, pues, al mercado y luego a una terminal. Así estuve varios días, ya no tenía varo [dinero] pero pensé que había que ver la movida de ahí y tratar de encontrar trabajo. Encontré de todo, algunos buenos compas que me ayudaron, pero también otros que me querían chingar o de plano me hicieron a un lado. Fui una vez a una avenida muy grande, al centro, donde hay de todo, cervezas, drogas y mujeres. Le entré, pero para hacerla había que robar, no solo, en grupo. Te diré que me gustó, sobre todo la mariguana, pero no es fácil. Como robé, sentía que en cualquier rato me iban a agarrar, pero también me sentí mal, porque a veces tienes que golpear al que le robas y eso no me lo habían enseñado en mi comunidad. Me sentí perdido, te digo, pero cuando regresé también me sentí perdido. Aquí más cabrón, no puedes ser tú, todos te quieren decir qué vas a hacer, pero ni tanto, porque también aquí todo es pobreza, todo falta en la casa y tampoco hay un trabajo que te deje un tu dinerito para vivir.

¹¹⁰ Ulises, teatro de Los Andes, Bolivia, 2008

CAPÍTULO VI. PENSAR LA MIGRACIÓN DE RETORNO, PENSAR A LOS JÓVENES MIGRANTES DEL SUR: ALGUNAS CONCLUSIONES PARA DEBATIR

¿En esta orilla finalmente se acaba nuestra pesadilla? Cuando ésta se acaba una nueva empieza. Sueño americano. Lo llaman progreso. Esta es una tierra de personas frías que en nadie confía. Siempre tienen prisa, pasan la jornada cada uno en lo suyo. ¿Y lo tuyo qué es? Lo tuyo es vivir escondido siempre, trabajar duro por buena moneda. Aprender inglés.¹¹⁰

Colofón situacional...

Al momento de concluir esta investigación pensé en dos posibilidades analíticas: poner un punto final al proceso reflexivo o terminar con puntos suspensivos. Si bien la realidad nunca permanece inmóvil ni es estática, es posible encontrar puntos de referencia entrecruzados, es decir, una serie de ideas o preguntas que nos lleven a encontrar líneas de fuga, de análisis y de discusión desde los contextos. Así, podemos establecer relaciones concomitantes desde el sur de México, y desde Chiapas en concreto, sin perder los flujos particularizados de la globalización que impacta sobre esta región, la define y la trastoca.

Pensar la migración de retorno de los jóvenes migrantes del sur genera en el investigador un compromiso fundamental en dos sentidos: por un lado, en la responsabilidad de dar cuenta de una realidad social, como es la migratoria, que deviene en una descarnada violencia sobre sus actores, los migrantes, pero por otro lado apuntala la necesidad de asumir un posicionamiento académico crítico, y a la vez político y ético (García y Villafuerte, 2014). Resulta significativo que en pleno siglo XXI, tiempo de globalización y de democracia liberal como sistema único de gobierno a escala mundial, tengamos la urgencia de regresar a las lecturas y lecciones generadas por pensadores que vivieron, como indica Arendt, en “tiempos de oscuridad”. Estos tiempos “oscurantistas” regresan hoy con una fuerza devastadora que hace posible la confusión, el caos y la pérdida del sentido mismo de la crítica. Esto implica la anulación del sentido del cambio fincado en la restitución de la dignidad humana aclamada por Arendt (2008), y en la virtud de la esperanza desde el pensamiento de Ernest Bloch (2000). Y en el centro de esta tormenta están los jóvenes del sur que, como estrategia de vida, definen la huida de sus lugares de origen, emigran y violentamente son expulsados.

Analizar la migración internacional no significa pensar solamente en cifras, estadísticas, envío de remesas y posibilidades de desarrollo local fincado en los recursos que los migrantes envían a sus lugares de origen; significa sobre todo pensar en sus actores protagónicos, los migrantes, reducidos a una “nuda vida”, no sólo por el “mercado imperfecto de la fuerza de trabajo” que define Bustamante (2013), sino también por la sociedad receptora más amplia que los coloca en condiciones de vulnerabilidad absoluta. Y resulta aparentemente incomprensible observar cómo, frente a este territorio espacial y social minado, el fenómeno migratorio no sólo se configure por hombres en edad laboral, sino también por mujeres, jóvenes y niños, lo que dice mucho de las condiciones de vida y violencia que existen en los lugares de origen.

Chiapas no escapa a este contexto global y a sus dinámicas más violentas. Participa hoy en el flujo migratorio internacional e intensifica su migración laboral hacia entidades del norte del país al activar en el imaginario individual y colectivo la idea de “estar a un pasito del sueño americano”. También existe un flujo migratorio a los estados del Caribe mexicano, que se encuentran bajo el dominio del capital de la construcción dado el fuerte impulso al turismo.

Repensar la migración de retorno...

Los jóvenes migrantes chiapanecos han resentido las políticas de seguridad nacional de Estados Unidos: “les cortaron las alas” y “a saber por cuánto tiempo”, comentaron. Su expresión directa es el retorno. Portan el estatuto de indocumentados y, por ello, son sujetos de las estrategias y políticas de seguridad nacional que han colocado en la misma bolsa a narcotraficantes, terroristas, traficantes de personas y migrantes.

Estas son, sin restar importancia a la crisis vivida en Estados Unidos y el mundo, las razones del retorno actual. El contexto securitario diluye los atributos tradicionales o clásicos del retorno como una decisión individual y racional del migrante, para tornarse en una política propia del “enemigo” (García y Villafuerte, 2014).

Hasta cierto punto, las condiciones en que ocurre el retorno contemporáneo son inéditas, aunque para muchos autores era un asunto predecible. Es visible el sentido violento en las deportaciones y detenciones en las fronteras y lo es también la criminalización que se hace de los migrantes, pero también es visible la necesidad de esta fuerza laboral, así como la capacidad individual y colectiva de una “infiltración” que va más allá del simple cruce migratorio y de la venta violenta de la fuerza de trabajo. Estas capacidades están situadas en las esferas de las subjetividades propias del análisis comprensivo, como las ciencias de la cultura.

Entender el retorno de los jóvenes en este estudio exigió recuperar esa perspectiva analítica de la antropología y la sociología, que implica dar un lugar privilegiado a los migrantes y sus voces, desde donde es posible comprender acciones y prácticas que nos pueden parecer atrevidas y desafiantes y que incluso anuncian una resistencia o una oposición, así sea contingencial o caótica, a veces voluntarista, pero sobre todo sin libreto. Estas características son propias de los jóvenes, sostienen los estudiosos de lo juvenil y de sus expresiones socioculturales (Valenzuela, 2012; Nateras, 2014). En este sentido, el retorno significa la adquisición, así sea prematura, de una experiencia de vida que, si bien no es homogénea, sí registra aspectos comunes propios de lo juvenil, “ir a los Estados te cambia, hermanito”. Y todos refieren ese vivir común a la práctica y experiencia de hacer suyos los dispositivos culturales que ofrece el mercado, pero que son apropiados, resignificados y puestos en práctica atendiendo a sus condiciones socioespaciales.

Pensar a los jóvenes migrantes retornados del sur...

Si una conclusión registra esta investigación es la vulnerabilidad del joven migrante rural chiapaneco. Lo paradójico es que esta vulnerabilidad, a veces absoluta, se registra en el regreso a la casa y a la comunidad de origen, donde se es bienvenido si la migración fue un éxito medido en remesas o ahorros. Sin embargo, la vulnerabilidad a que hacemos referencia va más allá del éxito o fracaso monetario, porque las manifestaciones culturales incorporadas con cierto sentido de libertad provocan temores, miedos y desasosiegos familiares y comunitarios. En este sentido, la mayoría de los jóvenes entrevistados confrontó estas tensiones inéditas, con un desenlace generalmente negativo para ellos, ante la falta de experiencia vivencial similar tanto de ellos, como de la población. Las sensibilidades familiar y comunitaria mudaron de ropaje, y lo que ayer era protección casi paternal, se tornó en castigo o pena.

La razón de estas mudanzas no es cosa menor porque trastoca el equipaje socio-cultural adquirido, un equipaje no necesariamente afianzado por los años, pero que tiene el suficiente poder para ser apropiado, aprehendido y asumido como propio, así sea por un rato: “lo chido es vivirlo”. Sin duda alguna, los jóvenes rurales margaritenses “viven la migración” y la “experiencia migratoria”, y esto es más que un dato duro o una estadística simple.

El mercado y los modos de acceso a los circuitos abiertos por la globalización de distribución y consumo material y simbólico, impactan en la vida del joven migrante. También influyen en sus manifestaciones abiertas y a veces provocadoras, que se constituyen en nuevas formas de vivir la migración y representarla, formas visibles en el vestuario, los gustos, el lenguaje corporal y los gestos que, articulados a las prácticas de sustentación material, configuran nuevos modos de vida individual y grupal de estos jóvenes en sus lugares de origen. Es esta tensión que experimentan la que ya es visible en localidades rurales. Los juicios son severos, como hemos señalado en la presente investigación, de ahí la urgencia de socializar una cultura de la tolerancia y de fomentar la comprensión del significado de ser joven migrante retornado en el medio rural.

Si bien es cierto que no todos estos jóvenes rompen con la tradición familiar y comunitaria, es importante señalar que para ellos un elemento nodal es la posibilidad de crear un estilo de vida distinto y propio. Hacen suyo el espacio local, su barrio y su cuadra generando una mudanza socioespacial que ya es visible, y debe decirse también que los jóvenes que no han migrado hacen suyos estos nuevos estilos.

Pero, insistimos, la vulnerabilidad a la que nos hemos referido con anterioridad deviene cuando la incompreensión hace presa sobre la familia y la comunidad y deriva en el abandono silencioso del joven migrante de su tierra y de los suyos, para reingresar de nuevo a los laberintos de la violencia y la exclusión.

Cerrando la experiencia del sueño americano...

Inicié y terminé la presente investigación con entrevistas, conversatorios y aprendizajes con los jóvenes de Las Margaritas, Chiapas, por lo que son ellos quienes definen buena parte de nuestras reflexiones finales, todas tentativas.

Comencé con la búsqueda de jóvenes que tuvieran experiencia migratoria internacional. En la cabecera del municipio fue relativamente fácil que los pobladores me indicaran algunas familias que tenían hijos migrantes que habían regresado. La desconfianza inicial con los familiares, comprensible, me llevó a merodear en espacios donde era posible establecer alguna conversación con ellos y en ese ambiente exponer directa o indirectamente mis intenciones de investigación. Esto me permitió extender la búsqueda y ampliar el abanico de posibilidades. Asimismo, a través de los trabajadores de la radio comunitaria y de algunos pastores de Iglesias no católicas y de autoridades municipales, a quienes solicité que me indicaran algunas comunidades de Las Margaritas en las que se registrara el fenómeno de estudio, fue posible identificar y establecer relaciones con jóvenes migrantes de varias localidades.

Durante el proceso de entrevistas las preguntas y las respuestas se fueron dando a manera de tanteos y tras externar mis deseos de conocer sus experiencias resaltando los desafíos, las penas y las alegrías vividas. De esta manera, se fue abriendo un espacio en el que fui participé de experiencias cargadas de emoción y de tristezas por el retorno. La mayoría de ellos recordó que la idea de los varones del municipio de migrar a “los Estados” comenzó después del año 1994, tras el surgimiento visible del movimiento zapatista, aunque ya se registraba la práctica migratoria previamente. Sin embargo, los momentos álgidos en los que se registró mayor movilización de jóvenes ocurrieron entre 2004 y 2008, cuando la migración se convirtió en la ambición soñada por ellos.

La narrativa de emprender el viaje, de llegar al norte del país y de ahí “dar el brinco” a “los Estados” fue relativamente escueta, aunque sí se registró que fue una fase inquietante, de riesgos y vulnerabilidades, sobre todo por las semejanzas fenotípicas con los hermanos centroamericanos. A los jóvenes se les hacían incomprensibles tantos peligros —si “no vamos a robar, sólo a trabajar”, si “somos gente de bien”—, de ahí los sentimientos encontrados con respecto a la Unión Americana: “tierra de sueños”, pero también “una tierra de cabrones”.

Algunos de los jóvenes con los que trabajé se retiraron durante el proceso. A unos no los volví a encontrar y de otros los familiares me indicaron que no sabían nada de ellos. El pastor protestante de un barrio de la cabecera municipal me platicó que muchos jóvenes estaban prácticamente perdidos y las familias desconsoladas, esto además de tragedias visibles, como la muerte de algunos migrantes y las implicaciones tan dramáticas del traslado de los cuerpos a su tierra natal.

Conforme registraba nuevos jóvenes retornados e iniciaba mi conversatorio con ellos, continuamos con el intercambio de las experiencias vividas y el significado

que para ellos tenía el haber vivido en “los Estados” y su forma de vida allá, entre el trabajo y los fines de semana, en espacios de diversión dentro de los límites espaciales marcados. Para algunos jóvenes su experiencia de vida allá fue breve, pero les permitió concretar algunos de los imaginarios y sueños contruidos desde sus lugares de origen sobre ese espacio mítico y lleno de sorpresas.

Si hemos de hablar de cultura migratoria, se puede decir que ésta se construye en un breve tiempo y espacio, es decir, durante la experiencia en Estados Unidos. Ciertamente prevalece una ausencia fuerte de relaciones entre el “yo” y los “otros”, entre el “nosotros” y “ellos, los otros”, en la que deliberadamente los “otros”, los nacionales, abonan ese sentimiento de enajenación en los extranjeros o migrantes. Sin embargo, aun con esa precaria o inexistente relación intersubjetiva se abren espacios para construirse un mundo en ese lugar y en ese tiempo, es decir, una vida concreta y social, un consumir y reconstruir en una cultura que no es propia pero tampoco ajena, una dialéctica quizás de irrupción, así sea fragmentada y precaria, de las fronteras de lo propio y lo ajeno, que se visibiliza en la adquisición de dispositivos culturales, en las relaciones amorosas con las “gringas” o en el consumo mismo de alcohol y drogas.

Es éste el espacio de la cultura migratoria, que no excluye el sentido de ser “mexicano”, “chiapita”, “indígena” o “latino”, pero que alberga, por magia del mercado o de los propios sujetos, el poder de sustracción de lo ajeno, aunque ello interpele al poder de los “otros” que poseen el sentido de poder de lo propio y la vigilancia violenta sobre los extraños.

Esta cultura “líquida”, por el sentido de la contingencia y el vértigo como sensación primaria, es vivida y modulada por ellos en atención al espacio social no propio. Sin embargo, en nuestros hallazgos registramos que es en el retorno donde las definiciones se tornan inevitables: continuar portando el menú de la cultura migratoria o intentar despojarse de la misma. Esta realidad es una de las más apremiantes en los jóvenes retornados. El peso de la cultura tradicional, aún con todas las transformaciones que se viven en la sociedad rural, ejerce un dominio social fuerte y posibilita escenarios violentos que pueden definir el futuro inmediato del joven retornado.

“Pueblo chico infierno grande”, reza la voz popular. Ese infierno es experimentado por muchos jóvenes ante la decisión de distanciarse de las formas de vida social de la familia y de la comunidad, una decisión que implica la confrontación con los actores de esos entornos inmediatos. Las narraciones de los jóvenes retornados que enfrentan este conflicto destilan sentimientos de incompreensión y desesperanza, y proyectan en sus voces y sus palabras esa tensión entre pérdida de rumbo y rabia, que se torna en abierto desafío.

La agenda pendiente

Es difícil aventurar conclusiones de la realidad, pero podemos pensarlas como reflexiones. Los hallazgos de esta investigación abren nuevas interrogantes a las

ciencias sociales, en particular al campo de la cultura en tanto concepto abarcativo de lo social. Concluimos con unas pinceladas de la agenda pendiente de las ciencias sociales en el campo de las investigaciones y estudios sobre la juventud rural e indígena que asumen como práctica inevitable la migración.

1. El viaje analítico en torno a los jóvenes migrantes rurales retornados nos colocó en un terreno de indefensión conceptual. Si las teorías sobre los jóvenes y lo juvenil se construyen desde los contextos sociohistóricos macros, generalmente en los espacios de las grandes urbes, los retos se definen en la construcción de las mediaciones para hacerlas aprehensibles en las escalas meso y micro. Sin embargo, la reflexión conceptual sobre los jóvenes de origen rural o indígena es aún precaria, más aún la de los jóvenes migrantes campesinos o indígenas. Su importancia deviene de su presencia en las ciudades o de su presencia corporal en el país receptor.

En el caso de Chiapas, la mirada sobre los jóvenes no ha ido más allá de una visión del gobierno que intenta formar para evitar desórdenes y conducir a la juventud por tránsitos sistémicos hacia la adultez, y de una mirada más contemporánea que deviene de las políticas públicas promovidas por las agencias internacionales. Estas están relacionadas con el cuidado del cuerpo y con expresiones juveniles que se reducen a fomentar concursos como “señorita joven de Chiapas” o “jóvenes en pro del deporte”, ejemplos que se circunscriben a programas estructurados en atención a los contenidos de la corrección política o afirmativa.

La investigación sobre los jóvenes rurales o jóvenes de las periferias de los países del sur es prácticamente inexistente. Se ha señalado, y tiene mucho de cierto, que en el ámbito rural e indígena el joven es un sujeto inexistente porque de la niñez se pasa a una etapa de compromisos propios de personas adultas. Sin embargo, este hecho ha venido cambiando porque los jóvenes existen, ocupan un espacio y son productores de procesos sociales en íntima relación con la formación de la subjetividad y el cuerpo, relaciones abiertas por los procesos de globalización pero también por los actores juveniles.

Los jóvenes rurales e indígenas de ayer no son los jóvenes de hoy. Los jóvenes de hoy hacen suya la estrategia migratoria y con ello interiorizan un estilo que, cuando no implica el cambio de morada, implica la importación constante de elementos y dispositivos vivenciales propios de la sociedad de consumo y del mercado a sus lugares de origen. Pero el significado de estos cambios va más allá de los sentidos de la llamada “nueva ruralidad”, pues invoca cambios que alteran identidades y modos de relaciones al interior del propio espacio rural y de éste con los entornos más amplios. Resultan visibles prácticas que anuncian la presencia de los jóvenes en el espacio rural o indígena abriéndose un campo decisional que ya les es propio. La decisión más importante es acaso la de no asumir el peso de las responsabilidades matrimoniales apenas cubiertos los estudios básicos y quedar sujetos al campo y a sus actividades agrícolas. En este sentido, la decisión de experimentar nuevos espacios y prácticas que abren el espacio del tiempo juvenil son dos hechos significativos por la magnitud de los cambios que provocan. No

son hechos generalizados, pero sí nodales, y ambos caminan demasiado aprisa. Las ciencias sociales deben dar cuenta de estas transformaciones que posibiliten estrategias de políticas públicas centradas en y desde los jóvenes.

2. Una segunda conclusión que abre una agenda para el estudio de este sector de la población en el sur de México se refiere particularmente a las proyecciones de presente y futuro de los jóvenes rurales e indígenas. La persistente pobreza de la sociedad rural sureña toma cauces dramáticos por la imposición de un nuevo patrón de acumulación de capital, definido por Harvey como “acumulación por desposesión”, visible en la apropiación privada de las tierras para explotación de energía eólica y cultivos altamente comercializables, o en la apropiación de los cerros para explotaciones mineras, de los recursos hídricos y de nichos culturales hoy en abierto mercadeo para megaproyectos turísticos. ¿Qué le depara a la población joven rural campesina o indígena? ¿Migrar? Las respuestas deben ofrecerlas las ciencias sociales y las instituciones públicas a través de políticas públicas centradas en el desarrollo digno y con calidad de los jóvenes.

3. Esta ausencia de proyecto futuro no es una cosa menor. Hemos realizado un recorrido analítico a través de la experiencia migratoria internacional de unos jóvenes rurales de un municipio fronterizo de Chiapas a los que se les niega el derecho de vida, de formación intelectual y de trabajo en su propia tierra. Emigran para ganarse estos derechos, pero la multiplicidad de barreras que les son impuestas rebasa lo humanamente permitido. Deportación, expulsión violenta y criminalización son los dispositivos que están detrás del llamado retorno. “Si ni aquí ni allá, entonces, ¿dónde tienen lugar?” Urge traer la centralidad del pensamiento social hacia esta realidad que hoy día experimentan. Cambiar la perspectiva del análisis para centrarla en estos jóvenes expulsados —¿superfluos?— y en las nuevas condiciones de vulnerabilidad a las que están hoy expuestos es una exigencia vital para la sociedad. También lo es la recuperación analítica de los jóvenes como actores dinámicos con respuestas y posibilidades de acción, acaso construyendo, como señala Valenzuela (2009, 2012), una “biorresistencia”, o una “biopolítica menor” en términos de Agamben.

4. La cuarta conclusión se refiere a la necesidad de una construcción conceptual y categorial de la vulnerabilidad de los jóvenes, en particular de los jóvenes migrantes en tiempos globales y de seguridad nacional. Constituye una veta analítica para los estudiosos de lo juvenil en tanto los materiales de la vulnerabilidad de los tiempos globales se construyen con una multiplicidad de hilos que, si bien tienen en común el poder y el dominio de sus tejedores, los del capital, se activa otra gama de hilos que dislocan los términos del dominio proyectado y, con ello, se desconfiguran los términos de orden, conflicto y violencia.

5. La quinta reflexión se centra en el reconocimiento de una ausencia. En Las Margaritas, al menos en los lugares que recorrí, se constató que las jóvenes no emigran con fines laborales a Estados Unidos, sino que lo hacen invariablemente los jóvenes, quienes fueron nuestros actores de estudio. Se pensó que indirectamente el impacto de esta migración tiene consecuencias en las jóvenes de la

cabecera municipal o de las comunidades. Si bien en los conversatorios con ellos insistí sobre las novias que dejaban, sólo sonreían y no le daban importancia al tema. Mis observaciones son las siguientes: se registra que las mujeres jóvenes de comunidades tienden a trasladarse a la cabecera municipal para continuar sus estudios —secundaria, preparatoria o una carrera técnica— y que otras se han insertado en los circuitos migratorios interestatales, en particular en los estados de la llamada Riviera Maya, específicamente en Quintana Roo —Cancún, Playa del Carmen, Chetumal o Cozumel, entre otros—, en atención a la demanda de los hoteles, restaurantes y comercios. Es un colectivo que ha venido creciendo y ello también altera los sistemas de significación familiar y los comunitarios.

En otras investigaciones con poblaciones indígenas se ha constatado el incremento de jóvenes solteras, muchas de ellas sin posibilidades de movilidad. Para dichas jóvenes quedarse en sus comunidades significa el aplazamiento, cuando no la cancelación, del proyecto de un posible matrimonio, lo que para ellas tiene implicaciones dramáticas. En Las Margaritas registramos fenómenos nuevos pero, a falta de mayor investigación, nos quedamos con una idea compartida por los pobladores: las jóvenes asumen como positivo posponer los tiempos para acceder al matrimonio y su incursión en los circuitos migratorios interestatales por razones laborales tiene un propósito definido, quizás más preciso que el de los jóvenes hombres: el de contribuir con la generación de recursos monetarios a la subsistencia de la familia.

Sabemos poco de las jóvenes rurales, tanto de las que emigran con fines laborales o de educación, como de aquellas que se quedan en la comunidad con la promesa del migrante de un feliz retorno que posibilitará el matrimonio anhelado. También sabemos poco o casi nada de las jóvenes que se quedaron y, ya casadas, recibieron algunas remesas para después experimentar la ausencia y la falta de noticias del esposo joven migrante. La investigación sobre estas jóvenes y los cambios que han experimentado es otra tarea que habrá que explorar en la agenda de las ciencias sociales en el sur de México, y en particular en Chiapas.

En suma, como hemos mencionado, “más allá del sueño americano” está la agenda de la investigación de las ciencias sociales sobre los hombres y mujeres jóvenes campesinos e indígenas del sur de Chiapas que, habiendo incursionado en las dinámicas migratorias interestatales e internacionales, están hoy construyendo representaciones y prácticas juveniles como metáforas del cambio social. Una realidad inédita que es posible analizar en las relaciones desde ellos y sus mundos culturales, pero también desde ellos con los actores de su entorno. Son estos espacios juveniles los que deben ser hoy uno de los centros de atención de la academia y de la sociedad misma...

Glosario de términos

Andar bolo: estar borracho.

Andar fumigado: estar mariguano.

Chesco: refresco.

Creidito: ser alzado/insolente.

Dar el brinco: cruzar la frontera entre México y Estados Unidos.

Enviar ralla: mandar remesas.

Güerear: tener novias originarias de Estados Unidos.

Hacerla de tos o madrearse: golpear a una persona.

Ir al desma: ir a la fiesta.

Ir para atrás: ser deportado de Estados Unidos.

Jale: trabajo, empleo.

La migra: agentes policíacos que resguardan la frontera de lado de Estados Unidos.

Meter al bote: estar en la cárcel.

Primo: amigo, conocido del barrio o la comunidad.

Pescar güera: traer novia de Estados Unidos al lugar de origen del migrante.

Sortear la vida: sobrevivir.

Ser cabal: ser muy hombre.

Traer de los verdes: regresar con dólares de Estados Unidos.

Tener clave: andar con “pollero local”.

Ver la movida: checar el trabajo.

Referencias bibliográficas

ACEVEDO, Marina (1992). "*Margaritas: una experiencia de frontera*". Tesis de Maestría en Estudios Regionales, Instituto Mora, México.

AGAMBEN, Giorgio (2006). *La comunidad que viene*. España: Pre-textos.

AGUAYO, Sergio (1985). *El éxodo centroamericano*. México: Secretaría de Educación Pública.

ALEJOS García, José (1999). Ch'ol/Kaxlan. Identidades étnicas y conflicto agrario en el norte de Chiapas, 1914-1940. México: UNAM.

ALFARO Aramayo, Yolanda y Lorena Izaguirre Valdivieso (2010). "*Migración y perspectivas de trabajo, estado de la situación*". En Cuadernos de Reflexión. Cochabamba, Bolivia: CESU-UMSS.

ANDERSON, Jill y Nin Solis (2014). *Los otros dreamers*. México: U.S. Mexico Foundation/Iniciativa Ciudadana A.C.

ANGUIANO, Marina (2010). "*Estrategias familiares y comunidad, migraciones y procesos socioculturales en dos comunidades de la región sierra, Chiapas*". Tesis de doctorado en Ciencias Sociales y Humanísticas. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México.

_____ (2002). "*Jóvenes huicholes migrantes de Nayarit*". En Diario de Campo, Boletín Interno de los Investigadores del Área de Antropología, suplemento núm. 23, pp. 37-49.

ANGULO Barredo, Jorge (2011). "*Migraciones y asentamientos de población indígena en San Cristóbal de Las Casas. Un recuento y caracterización*". En Anuario de Estudios Indígenas IX, estudios sobre San Cristóbal. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Instituto de Estudios Indígenas-Universidad Autónoma de Chiapas, pp. 63-8.

_____ (1994). "*Población y migraciones campesino-indígenas de Los Altos de Chiapas*". En Anuario de Estudios Indígenas IV. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Instituto de Estudios Indígenas-Universidad Autónoma de Chiapas.

APPADURAI, Arjun (1996). *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

AQUINO Moreschi, Alejandra (2012). *De las luchas indias al sueño americano*. Experiencias migratorias de jóvenes zapotecos y tojolabales en Estados Unidos. México: CIESAS/UAM-Xochimilco.

_____ (2010). "Migrantes chiapanecos en Estados Unidos: los nuevos nómadas laborales". En *Migraciones Internacionales*, vol. 5, núm. 4, julio-diciembre.

ARANGO, Joaquín (2003). "La explicación teórica de las migraciones: luz y sombra". En *Migración y Desarrollo*, núm. 1, pp. 70-94.

ARENDT, Hannah (2008). *Hombres en tiempos de oscuridad*. España: Gedisa.

ARIAS, Patricia (2009). *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. México: CUCSH/Miguel Ángel Porrúa.

ARIZA, Marina (2005). "Juventud, migración y curso de vida. Sentidos y vivencias de la migración entre los jóvenes urbanos mexicano". En Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell (coords.), *Jóvenes y niños, un enfoque sociodemográfico*, México: UNAM/FLACSO/Miguel Ángel Porrúa, pp. 30-70.

_____ y Orlandina Oliveira (2004). *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. Universo familiar y procesos demográficos. México: IIS-UNAM.

ARIZPE, Lourdes (1985). "La migración por relevos y la reproducción social del campesinado". En *Cuadernos del CES*, núm. 28, México: El Colegio de México.

ARROLLO Alejandro, Jesús, Adrián de León Arias y M. Basilia Valenzuela Varela (1991). *Migración rural hacia Estados Unidos, un estudio regional*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

ARTOLA, Juan (2005). "Debate actual sobre migración y seguridad". En *Migración y Desarrollo*, núm. 5, pp. 136-150.

BALLESTEROS P., Xóchitl (2002). "Migración de retorno en espacios globales. Aproximaciones teóricas". En Ligia Sierra Sosa y Julio Robertos Jiménez (coords.), *Migración, trabajo y medio ambiente. Acercamientos teóricos en las ciencias sociales desde el Caribe mexicano*. México: Universidad Autónoma de Quintana Roo/Plaza y Valdés, pp. 179-189.

BASAIL Rodríguez, Alain, María del Carmen García Aguilar y Daniel Villafuerte Solís (2007). "Migración y religión en Chiapas. Mapas migratorios y espacios religiosos a través de estudios de casos". En Alain Basail Rodríguez y María del Carmen García Aguilar (coords.), *Travesías de la fe. Migración, religión y fronteras en Brasil/México*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

BAUMAN, Zigmunt (2003). *Modernidad líquida*. México: FCE.

_____ (2009). *El arte de la vida. De la vida como obra de arte*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2010a). *Ética posmoderna*. México: Siglo XXI.

_____ (2010b). *Mundo moderno. Ética del individuo en la aldea global*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2012). *El arte de la vida. De la vida como obra de arte*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2013). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. México: Paidós.

BECK, Ulrich (2000). *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.

BERGER, Peter y Thomas Luckmann (1993). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

BERTELY, María, Gonzalo Saraví y Pedro Abrantes (2012). *Adolescentes indígenas en México: derechos e identidades*. México: UNICEF/CIESAS.

BESSERER, Federico y Michael Kearney (eds.) (2008). San Juan Mixtepec. *Una comunidad transnacional ante el poder clasificador y filtrador de las fronteras*. México: UAM-I/Juan Pablos.

BETANCOURT Aduen, Darío (1997). *Bases regionales en la formación de comunas indígenas urbanas en San Cristóbal de Las Casas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad Autónoma de Chiapas.

BLASCO López, Juan Miguel (1995). "Historia de sus barrios". En Guía de San Cristóbal de Las Casas y cercanías. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Fray Bartolomé de Las Casas.

BLOCH, Ernst (2000). *El principio esperanza*, 3 t. Madrid: Aguilar.

BOURDIEU, Pierre (2003). *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.

BURAK, Solum Donas (1998). "Adolescencia y juventud: Viejos y nuevos desafíos en los albores del nuevo milenio". En Solum Donas Burak (comp.), *Adolescencia y juventud en América Latina*. Cartago: Libro Universitario Regional.

BURSTEIN, John (2007). "Comercio agrícola México-Estados Unidos y la pobreza rural en México". Washington: Woodrow Wilson International Center for Scholars.

BUSO, Gustavo (2001). "Vulnerabilidad social: nociones e implicaciones de políticas para Latinoamérica a inicios del siglo XXI". Ponencia presentada en el Seminario Internacional Las Diferentes Expresiones de la Vulnerabilidad Social en América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, CEPAL/CELADE, 20 y 21 de junio.

BUSTAMANTE, Jorge A. (2013). "La responsabilidad de Estado y las migraciones internacionales". En María Eugenia Anguiano Téllez y Rodolfo Cruz Piñero (coords.), *Migraciones internacionales, crisis y vulnerabilidades: perspectivas comparadas*. Tijuana, Baja California: COLEF.

_____, Daniel Delaunay y Jorge Santibáñez (coords.) (1997). *Taller de medición de la migración internacional*. México: El Colegio de la Frontera Norte/OSTOM.

BUTLER, Judith (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. México: Paidós.

CALVO Sánchez, Angelino (1991). "Las colonias nuevas de migrantes y expulsados en San Cristóbal de Las Casas". En *Anuario del Centro de Estudios Indígenas*, vol. 3. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: CEI-Universidad Autónoma de Chiapas, pp. 55-65.

CAPUTO, Luis (2000). "Identidades trastocadas de la juventud rural en contexto de exclusión. Ensayando una reflexión sobre la juventud campesina paraguaya". Ponencia preparada para la Reunión anual del GT sobre Juventud de CLACSO y el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, "El replanteamiento de la transición juvenil: exclusiones y respuestas". San José, 4-6 de diciembre de 2000.

CARTON De Grammont, Hubert (1990). *Los empresarios agrícolas y el Estado: Sinaloa, 1893-1984*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.

_____. (2004). "La nueva ruralidad en América Latina". En *Revista Mexicana de Sociología*, año 66, número especial. México.

CARTON De Grammont, Hubert y Sara Lara Flores (2005). *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur, y Jalisco*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.

_____. (2010). "Nueva ruralidad ¿un concepto útil para repensar la relación campo-ciudad en América Latina?" En *Revista Ciudades*, núm. 85, enero-marzo. Puebla, México: RNIU.

CÁMARA Barbachano, Fernando (1998). *Sociedades, comunidades y localidades*. Mérida, Yucatán: Facultad de Ciencias Antropológicas-Universidad Autónoma de Yucatán.

CARLING, Jørgen (2004). "Emigration, Return and Development in Cape Verde: the Impact of Closing Borders". En *Population, Space and Place*, vol. 10, núm. 2.

CASTELLANOS, Alicia y María Dolores París Pombo (2002). "Inmigración, identidad y exclusión socioétnica y regional en la ciudad de Cancún". En Arturo León López, Beatriz Canabal Cristiani y Rodrigo Pimienta Lastra (coords.), *Migración, poder y*

procesos rurales. México: UAM-X/Plaza y Valdés.

CASTLES, Stephen y Mark Miller J. (2004). *La era de la migración. Movimientos internacionales de población en el mundo moderno*. México: Fundación Colosio/ Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa/Instituto Nacional de Migración.

CAVARERO, Adriana (2009). *Horrorismo*. Nombrando la violencia contemporánea. Barcelona: Anthropos/UAM-Iztapalapa.

CAYUELA Gally, Ricardo (2002). "Entrevista con Ryszard Kapuscinsky. La fragilidad del mundo". En *Letras Libres*, año IV, núm. 43, julio, pp. 24-30.

CEIEG (Comité Estatal de Información Estadística y Geografía) (2011). *Atlas de riesgo en Chiapas*. Disponible en: <http://www.ceieg.chiapas.gob.mx/home/wp-content/uploads/downloads/2011/04/atlas2010/Atlas2010.swf>.

CICHELLI, Catherine y Vincenzo Cicchelli (2000). *Las teorías sociológicas de la familia*. Argentina: Ediciones Nueva Visión.

CLIFFORD, James (1999). "Las diásporas". En *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.

COBO, Salvador (2008). "¿Cómo entender la movilidad ocupacional de los migrantes de retorno? Una propuesta de marco explicativo para el caso mexicano". En *Estudios Demográficos y Urbanos*, enero-abril, vol. 2, núm. 1. México: El Colegio de México.

COHEN, Robin (1996). "Diasporas and the Nation-State: from Victims to Challengers". En *International Affairs*, vol. 72, núm. 3, pp. 507-520.

CONAPO (2012), *Indicadores socio-demográficos 2005-2030*. México: CONAPO. Disponible en: www.portal.conapo.gob.mx/publicaciones/juventud/capitulos/01.pdf.

_____ (2010). *Indicadores sociodemográficos 2005-2030*. México: CONAPO.

CONEVAL (Consejo Nacional de Evaluación de la Política en Desarrollo Social). <http://www.coneval.gob.mx>. México.

CÓRDOVA Plaza, Rocío (2002). "Y en medio de nosotros mi madre como un Dios": de suegras y nueras en una comunidad rural veracruzana". en *Alteridades*, vol. 12, núm. 23. julio-diciembre, pp. 41-50.

COURTNEY Smith, Robert (2006). *Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*. México: H. Cámara de Diputados, LIX legislatura/

Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa.

CRUZ, Jorge y Gabriela Robledo. (2000). “Cambio social y movimientos de la población en la Región Fronteriza de Chiapas”. En *Convergencia*, núm. 26, pp. 33-53.

_____ (2001a). “Cambio social y movimientos de la población en la Región Fronteriza de Chiapas”. En *Convergencia*, núm. 26. Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 33-53.

_____ (2001b). “De la selva a la ciudad. La indianización de Comitán y Las Margaritas”. En *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. XLIV, pp. 133-153.

CRUZ, Manuel (2007). “Juventud, ¿divino tesoro? Una generación, vista desde fuera”. En Roberto Bergalli e Iñáqui Rivera Beiras (coords.), *Jóvenes y adultos. El difícil vínculo social*. Barcelona: OSPDH/Anthropos, pp. 28-42.

_____ (2009). “Juventud ¿divino tesoro? Una generación vista desde fuera”. En Roberto Bergalli e Iñaki Rivera Beiras (coords.), *Jóvenes y adultos. El difícil vínculo social*. España: Anthropos/Universitat de Barcelona.

CRUZ Salazar, Tania (2009). “Mudándose a muchacha. La emergencia de la juventud en indígenas migrantes”. En Graciela Freyermuth y Sergio Meneses (coords.), *De crianzas, jaibas e infecciones. Indígenas del sureste en la migración*. México: CIESAS.

CUADRIELLO Olivos, Hadlyn y Rodrigo Megchún Rivera (2006). *Los tojolabales, pueblos indígenas del México contemporáneo*. México: CDI.

CURRAN, Sara R. y Estela Rivero Fuentes (2003). “Engendering Migrant Networks: The Case of Mexican Migration”. En *Demography*, vol. 40, núm. 2, mayo, pp. 289-307.

_____ y Yolanda Alfaro (2008). *La checanchada. Caminos y sendas de desarrollo en los municipios migrantes de Arbieta y Toco*. La Paz: CESU/DICYT UMSS/PIEB.

DEAN, Matteo (2011). *Ser migrante*. Oaxaca, México: Frontera Prees Sur.

DELEUZE, Gilles y Claire Parnet (1980). *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos.

_____ y Félix Guattari (2008). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*. Valencia: Pre-Textos.

DELVAL, J. (1998). *El desarrollo humano*. Madrid: Siglo XXI.

DER Har, Gemma Van (1998). “Graining ground. Land Reform and the Constitution

of Community in the Tojolabal Highlands of Chiapas, Mexico". Tesis doctoral, Universidad de Wagenigen.

_____ (2002). "*Graining Ground. Land Reform and the Constitution of Community in the Tojolabal Highlands of Chiapas, Mexico*". Tesis doctoral, Universidad de Wagenigen.

DEVEREAUX, George (1999). *De la ansiedad al método en las ciencias sociales del comportamiento*. México: Siglo XXI.

DÍAZ De Rada, Ángel y Honorio Velasco (2009). *La lógica de la investigación etnográfica, un modelo de trabajo para etnógrafos de escuela*. Madrid: Trotta.

DIJK, Teun A. Van (2003). *Dominación étnica y racismo discursivo*. Barcelona: Gedisa.

_____ (comp.) (2007). *Racismo y discurso en América Latina*. Barcelona: Gedisa.

DOMÍNGUEZ Ruvalcaba, Héctor (2010). "*Ciudad Juárez: la vida breve*". En *Nexos*, junio, núm. 53.

DURAND, Jorge (2000). "*Un punto de partida. Los trabajos de Paúl S. Taylor sobre la migración mexicana a Estados Unidos*". En *Frontera Norte*, núm. 23.

_____ (2005). "*Ensayo teórico sobre la migración de retorno. El principio del rendimiento decreciente*". En *Cuadernos Geográficos*, vol. 35, núm. 2, pp. 103-116.

_____ y Douglas Massey (2003). *Clandestinos. Migración mexicana en los albores del siglo XXI*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas/Porrúa.

EGEA, Carmen y José Antonio Nieto (2001). "*El retorno a la provincia de Jaén de emigrantes jubilados*". En *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. extraordinario 5, Fascículo 94. Barcelona: España.

ENCUESTA SOBRE MIGRACIÓN EN LA FRONTERA SUR DE MÉXICO (2004-2008). México: INM/CONAPO/COLEF.

ERIKSON, Erik H. (1985). *Sociedad y adolescencia*. México: Siglo XXI.

ESCALONA Victoria, José Luis (2001). "*Pluralismo y mediaciones: imaginario sociopolítico en Chiapas*". En Salvador Maldonado (coord.), *Los dilemas del Estado nacional*. México: Editores Aranda/ El Colegio de Michoacán/CIESAS.

_____ (2009). *Política en el Chiapas rural contemporáneo*. México: UNAM/COLMEX/UAM/INAH/CIESAS.

ESPINOSA, Víctor (1998). *El dilema del retorno. Migración género y pertenencia en un contexto transnacional*. México: El Colegio de Michoacán/El Colegio de Jalisco.

ESTEINOU, Rosario (2005). “*La juventud y los jóvenes como construcción social*”.

En Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell (coords.), *Jóvenes y niños, un enfoque socio-demográfico*. México: UNAM/FLACSO/Miguel Ángel Porrúa, pp. 107-126.

FÁBREGAS Puig, Andrés (1985). *La formación histórica de la frontera sur*. México: Ediciones de la Casa Chata/CIESAS-Sureste.

FALLA, Ricardo (2008). *Migración trasnacional retornada, Juventud indígena de Zacualpa, Guatemala*. Guatemala: Avancso.

FEIXA, Carles (1998). *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. México: SEP-Causa Joven.

_____ (2001). *Generación @. La juventud en el siglo XXI*. Barcelona: Observatori Catalè de la Joventut.

_____ (2006). “*Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea*”. En Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, vol. 4, núm. 2, pp. 3.

FELDMAN-BIANCO, B., L. Rivera Sánchez, M. Villa Martínez y C. Stefoni (coords.) (2011). *La construcción social del sujeto migrante en América Latina: prácticas, representaciones y categorías*. Quito: FLACSO.

FOX, Jonathan y Gaspar Rivera-Salgado (coords.) (2004). *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: Cámara de Diputados LIX Legislatura/ Universidad de California Santa Cruz/Universidad Autónoma de Zacatecas/Porrúa.

GAILLARD, A. M. (1994). *Migration return: a bibliographical overview*. CMS Occasional Paper, 12: 153. Staten Island, Nueva York: Center for Migration Studies.

GARCÍA Aguilar, María del Carmen (2011). “*Migración y seguridad: del Estado Constitucional de derecho al Derecho Penal del enemigo*”. En Enrique Baltar, María da Gloria Marroni, Daniel Villafuerte Solís (coords.), *Viejas y nuevas migraciones forzadas en el sur de México, Centroamérica y el Caribe*. México: Universidad de Quintana Roo/SitesA, pp. 115-142.

_____ e Iván Francisco Porráz Gómez (2010). “*Entre el éxito y la incertidumbre: formas de tránsito y adaptación de los jóvenes migrantes chiapanecos en Estados Unidos*”. Ponencia presentada en el I Coloquio Internacional de Creatividad Social y Cultura Emergente. Los Rostros Plurales del Individuo frente a la Incertidumbre. México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

_____ y Daniel Villafuerte Solís (2012a). “*Migración y seguridad: del Estado constitucional de derecho al derecho penal del enemigo*”. En Enrique Baltar, María da Gloria Marroni y Daniel Villafuerte Solís (coords.), *Viejas y nuevas migraciones forzadas en el sur de México, Centroamérica y el Caribe*. México: Universidad de Quintana Roo/SITESA, pp. 115- 142.

_____ y Daniel Villafuerte Solís (2012b). “*La frontera sur de México en tiempos de globalización. Una lectura desde las violencias institucionales y privada*”. Ponencia presentada en el XVI Encuentro Internacional de la Red de Investigadores en Ciencias Sociales y Humanas: la Frontera, una Nueva Concepción Cultural. Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, febrero de 2012.

_____ y Daniel Villafuerte Solís (2014). *Migración, derechos humanos y desarrollo, aproximaciones desde el sur de México y Centroamérica*. México: UNICACH/Juan Pablos Editor.

_____ y José Luis Póntigo (1993). “*Las reformas económicas del Estado en la cafeticultura nacional*”. En Daniel Villafuerte Solís (coord.), *El café en la frontera sur. La producción y los productores del Soconusco, Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 45-51.

_____ y Mercedes Olivera Bustamante (2006). “*Migración y mujeres en la frontera sur. Una agenda de investigación*”. En *El Cotidiano*, Revista de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, núm. 139, vol. 21. México, pp. 31-40.

_____, Alain Basail Rodríguez y Daniel Villafuerte Solís (2007). “*Migración y religión en Chiapas. Mapas migratorios y espacios religiosos a través de estudios de casos*”. En Alain Basail Rodríguez y María del Carmen García Aguilar (coords.), *Travesías de la fe. Migración, religión y fronteras en Brasil/ México*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

GARCÍA Canclini, Néstor (coord.) (2005), *La antropología urbana en México*. México: CONACULTA/UAM/FCE.

GARCÍA De León, Antonio (1985). “*Tiempo místico, tiempo verbal, tiempo histórico*”. En Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, núm. 1, pp. 59-75.

_____ (1998). *Resistencia y utopía: memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos 500 años de su historia*. México: Editorial Era.

GARCÍA Quiñones, Rolando (1994). “*Un tipo singular de la migración de retorno: el caso de los mexicanos indocumentados deportados*”. En *Papeles de Población*, núm. 1. Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México.

GARCÍA Zamora, Rodolfo y Manuel Orozco (coords.) (2009). *Migración, remesas y desarrollo local en América Latina y el Caribe*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas/Inter-American Dialogue/Miguel Ángel Porrúa.

GELLNER, Ernest (1998). *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona: Gedisa.

GLICK-SCHILLER y Wimmer (2003). "The Centrality of Ethnography in the Study of Transnational Migration: Seeing the Wetland Instead of the Swamp". En N. Foner (ed.), *American Arrivals*. Santa Fe, NM: School of American Research.

GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS (2004). *Propuesta de política migratoria para el Estado de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Gobierno del Estado [mimeo].

GOBIERNO MUNICIPAL DE LAS MARGARITAS (2002). *Plan de desarrollo de Las Margaritas, Chiapas 2002-2004*. Chiapas: Gobierno Municipal de Las Margaritas.

_____ (2008). *Plan de desarrollo de Las Margaritas, Chiapas 2008-2010*. Chiapas: Gobierno Municipal de Las Margaritas.

GÓMEZ Hernández, Antonio y Mario Humberto Ruz (1992). *Memoria baldía. Los tojolabales y las fincas*. Testimonios, México: UNAM/UNACH.

GONZÁLEZ López, Gloria (2009). *Travesías eróticas. La vida sexual de mujeres y hombres migrantes de México*. México: Porrúa/INM-CEM.

_____ (2004). *Travesías eróticas, la vida sexual de mujeres y hombres migrantes de México*. México: Porrúa.

GONZÁLEZ Montes, Soledad (2003). "La 'desindianización' de una población en el siglo XX en el contexto de transición económica y demográfica". En Françoise Lartigue y André Quesnel (coords.), *Las dinámicas de la población indígena. Cuestiones y debates actuales en México*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Institut de Recherche por le Développement/Miguel Ángel Porrúa.

_____ y Vania Salles (1995). "Mujeres que se quedan, mujeres que se van... continuidad y cambios de las relaciones sociales en contextos de aceleradas mudanzas rurales". En Soledad González Montes y Vania Salles (coords.), *Relaciones de género y transformaciones agrarias*. México: El Colegio de México.

GUARNIZO, L.E. (1997). "The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration among Dominican Transmigrants". En *Identities: Global Studies in Culture and Power*, núm. 4, pp. 281-322.

GUILLÉN López, Tonatiuh (2012). "Entre la convergencia y la exclusión. La deportación de mexicanos desde Estados Unidos de América". En *realidad, Datos y Es-*

pacio. *Revista Internacional de Estadística y Geografía*, vol. 3, núm. 3, septiembre-diciembre.

HAMMERSLEY, M. y P. Atkinson (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Páidos.

HARVEY, David (2003). *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal.

HERNÁNDEZ Borge, Julio (2000). "El retorno reciente de emigrantes españoles". En *Vivir la diversidad en España. Aportación española al XXIX Congreso de la UGI*, Seúl.

HERNÁNDEZ López, Rafael Alonso (2010). "*Jornaleros migrantes chiapanecos en la zona tequilera de Los Altos de Jalisco. Situación y consecuencias en los lugares de origen y destino*". Tesis de maestría en ciencias sociales y humanísticas. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México.

HERRERA Carassou, Roberto (2006). *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. México: Siglo XXI.

HONFAGNEU-SOTELO, P. y E. Ávila (1997), "'I'm Here but I'm There': The Meaning of Latina Transnational Motherhood". En *Gender and Society*. Octubre, vol. 11, núm. 5, pp. 548-571.

HOPENHAYN, Martín y Luz María Morán (coords.) (2007). *Inclusión y ciudadanía: perspectivas de la juventud en Iberoamérica*. España: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo/Fundación Carolina.

IANNI, Octavio (1998). *La sociedad global*. México: Siglo XXI.

INAFED (Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal) (2005). *Informe del municipio de Las Margaritas, Chiapas*. México: INEFED. Disponible en: <http://www.inafed.gob.mx/wb2>.

INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (2000). *XII Censo General de Población y Vivienda*. México: INEGI.

_____ (2005). *II Censo de Población y Vivienda*. México: INEGI.

_____ (2010). *Censo de Población y Vivienda 2010*. México: INEGI.

IZAGUIRRE VALDIVIESO, Lorena (2011). "*De la relativa ausencia a la creciente presencia: la migración de retorno en el escenario de la Región Andina. Los casos de Perú y Ecuador*". Ponencia presentada en IV Congreso de la Red Internacional de Migración y Desarrollo. Quito, Ecuador.

JÁUREGUI Díaz, José Alfredo y María de Jesús Ávila Sánchez (2007). "Estados Unidos, lugar de destino para los migrantes chiapanecos". En *Migraciones Internacionales*, núm. 1, pp. 5-38.

JIMÉNEZ Maya, Iván (2010). "Un siglo de migraciones del Valle de Tangancícuaro a los Estados Unidos. Del Porfiriato al segundo Programa Bracero". En Ivonne Solano Chávez (ed.), *Migrantes somos y en el camino andamos. Ensayos sobre identidad, migración y cultura transfronteriza*. México: EÓN/UAM-A.

KING, Russell (2000). "Generalizations from the history of return migration". En Bimal Ghosh (ed.), *Return migration. Journey of hope or despair?* Ginebra: OIM/Naciones Unidas.

_____ (1986). *Return Migration and Regional Economic Problems*. Londres: Croom Helm.

ÑLIKSBERG, Bernardo (2005). "El contexto de la juventud en América Latina y el caribe: interrogantes, búsquedas, perspectivas. Asociándose con la juventud para construir un futuro". Conferencia dictada en Sao Paulo, Brasil.

_____ (2008). *El contexto de la juventud en América Latina y el caribe: interrogantes, búsquedas, perspectivas*. Argentina: CEPAL.

LAGUERRE, M. (1996). *Diasporic Citizenship*. Nueva York: St. Martin's Press.

LARA, Sara y Hubert Carton de Grammont (2004). "Nuevos enfoques para el estudio del mercado de trabajo rural en México". En *Cuadernos Agrarios*. Nueva época, núm. 19-20, pp. 122-140.

LAMY, Brigitte (coord.) (2013). *Impactos socioculturales de la migración*. México: Universidad de Guanajuato/Porrúa.

LE BRETON, David (2002). *Sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

_____ (2010). "Firmar o rasgar su cuerpo, las nuevas generaciones". En Elsa Muñiz (coord.), *Disciplinas y prácticas corporales, una mirada a las sociedades contemporáneas*. México: Anthropos/UAM-Azcapotzalco.

LENKERSDOFT, Gudrun (1989). "Contribuciones a la historia colonial de los tojolabales". En Mario Humberto Ruz (coord.), *Los legítimos hombres. Aproximación antropológica al grupo tojolabal*, vol. IV. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas.

LEÓN Vega, Emma (2005). *Sentido ajeno. Competencias ontológicas y otredad*. España: Anthropos/CRIM-UNAM.

LEVITT, Peggy, (2001). *The Transnational Villagers*. Berkeley y Los Angeles: Uni-

versity of California Press.

LEYVA Solano, Xóchitl y Gabriel Ascencio (1995). *“La tierra prometida”*. En *Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México*. México: Instituto Nacional Indigenista/Secretaría de Desarrollo Social.

_____ (1996). *Lacandonia al filo del agua*. México: FCE/CIESAS.

LIDSTROM, David (1996). *“Economic Opportunity in México and Return Migrant from United States”*. En *Demography*, vol. 33, núm. 3.

LOBATO, Rodolfo (1979). *“Qu’ixin qu’inal: La colonización tzeltal en la Selva Lacandona”*. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

LOMNITZ, Claudio (1995). *Las salidas del laberinto*. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano. México: Planeta.

LONDOÑO Mota, Jaime Eduardo (2003). *“La frontera: un concepto en construcción”*. En *Fronteras. Territorios y metáforas*. Medellín, Colombia: Hombre Nuevo Editores.

LÓPEZ De Lera, D. (1995). *“La inmigración en España a fines del siglo XX. Los que vienen a trabajar y los que vienen a descansar”*. En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 71-72.

LÓPEZ Espinosa, Omar, Julio C. Molina Aguilar y Daniel Villafuerte Solís (2010). *“Apuntes sobre las nuevas migraciones en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas”*. En *Anuario de Estudios Indígenas*, núm. XIV, pp. 117-152.

LOZA Torres, Mariela et al. (2007). *“Jefatura de hogar, el desafío femenino ante la migración transnacional masculina en el sur del Estado de México.”* En *Migraciones Internacionales*, núm. 2, vol. 4. México, pp. 33-60.

MÁRMORA, Lelio (2003). *Las políticas de migraciones internacionales*. España: Paidós.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (2010). *De los medios y las mediaciones*. Comunicación, cultura y hegemonía. España: Anthropos/UAM-Iztapalapa.

MARTÍNEZ Casas, Regina (2002). *“La invención de la adolescencia: los otomíes urbanos en Guadalajara”*. En *Diario de Campo*, suplemento 23, pp. 23-36.

_____ y Guillermo de la Peña (2004). *“Migrantes y comunidades morales: resignificación, etnicidad y redes sociales en Guadalajara”*. En Pablo Yanes, Virginia Molina y Óscar González (coords.), *Ciudad, pueblos Indígenas y etnicidad*. México: Universidad de la Ciudad de México, Dirección General de Equidad y Desarrollo Social, pp. 89-150. Disponible en: <http://www.sideso.df.gob.mx/documentos>

tos/ciudad_pueblos_indigenas.pdf.

MARTÍNEZ De La Escalera, Lorenzo y Erika Lindig Cisneros (coords.) (2013). *Alteridad y exclusiones. Vocabulario para el debate social y político*. México: UNAM/Juan Pablos Editor.

MENDOZA García, J. Edgar (1995). "Organización y funcionamiento del gobierno local: los municipios de los distritos políticos de Teposcolula y Coixtlahuaca, 1857–1990". En Antonio Escobar Ohmstede (coord.), *Los pueblos indios en los tiempos de Benito Juárez*. México: UABJO/UAM, pp. 151-170.

MESTRIES, Francis (2003). "Crisis cafetalera y migración internacional en Veracruz". En *Migraciones Internacionales*, vol. 2, núm. 2, julio-diciembre.

MINA Valdés, Alejandro (2005). "Dinámica demográfica de la región Sureste de México". En Hugo Ángeles Cruz (coord.). *La población en el Sureste de México*. México: ECOSUR/Sociedad Mexicana de Demografía.

MOCTEZUMA, Miguel (2010). "Migración y formas organizativas en los Estados Unidos: los clubes y federaciones de migrantes mexicanos en California". En Guillaume Lanly y Basilia Valenzuela (comps.), *Clubes de migrantes oriundos mexicanos en los Estados Unidos: la política transnacional de la nueva sociedad migrantes*. México: Universidad de Guadalajara.

_____ (2011). "El migrante colectivo transnacional: senda que avanza y reflexión que se estanca". En Erika Montoya Zabala (comp.), *Migraciones globales: población en movimiento, familias y comunidades migrantes*. México: Universidad de Sinaloa.

MORALES Gamboa, Abelardo (2003). "Globalización y migraciones transfronterizas en Centroamérica". En *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 1, núm. 1, junio. México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-UNICACH.

MORENO, Almudena (2007). "El familiarismo cultural en los Estados de bienestar del sur de Europa: transformaciones de las relaciones entre lo público y lo privado". En *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 182, pp. 46-74.

MORIN, Edgar y Alfredo Nateras Domínguez (coords.) (2009). *Tinta y carne, tatuajes y piercings en sociedades contemporáneas*. México: Ediciones Contracultura.

MORQUECHO Escamilla, Gaspar (1992). "Los indios en un proceso de organización. La organización indígena de Los Altos de Chiapas ORIACH", Tesis de licenciatura en Antropología Social, Universidad Autónoma de Chiapas, UNACH, Facultad de Ciencias Sociales, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

MUÑOZ, Elsa (2010). "Introducción". En Elsa Muñoz (coord.), *Disciplinas y prácticas*

corporales, una mirada a las sociedades contemporáneas. México: Anthropos/UAM-Azcapotzalco.

NARVÁEZ Gutiérrez, Juan Carlos (2012). *One Way Trip, inserción, identidad y cultura transnacional*. México: Instituto Nacional de Migración/CONACULTA/SEGOB/Tilde Editores.

_____ (2007). Ruta transnacional: a San Salvador por los Ángeles. *Espacio de interacción juvenil en un contexto migratorio*. México: Miguel Ángel Porrúa/UAZ/Instituto Mexicano de la Juventud.

NATERAS Domínguez, Alfredo (2001). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa.

_____ (2004). "Trayectos y desplazamientos de la condición juvenil contemporánea". En *El Cotidiano*. Revista de la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, julio-agosto, núm. 126.

_____ (2014). *Vivo por mi madre y muero por mi barrio*. Significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha. México: SEDESOL/IMJUVE/UAM.

PACHECO Ladrón De Guevara, Lourdes (2003). "El sur juvenil". En José Antonio Pérez Islas, Mónica Valdez, Mardeline Gauthier y Pierre-Luc Gravle (coords.), *Nuevas miradas sobre los jóvenes*. México/Quebec: Instituto Mexicano de la Juventud/Secretaría de Educación Pública/Office Québec Ameriques pour la Jeunesse/Observatoire Jeunes et Societé, pp. 198-209.

_____ (2009). "Jóvenes rurales en México". En *Encuesta Nacional de Juventud 2000*. pp. 1-20. <http://www.redetis.iipe.unesco.org/publicaciones/juventudesruralesmexico.pdf>.

PALACIOS Gamaz, Ana Verónica (2009). "De ciudad real a capital del infierno". En revista *Ciudades*, núm. 81, enero marzo. México.

_____ (2000). "Identidades colectivas barriales en San Cristóbal de Las Casas siglos XVI, XIX Y XX. Barrios de Mexicanos, San Ramón y María Auxiliadora". Tesis de maestría en Estudios Regionales con especialidad en Desarrollo Urbano. Facultad de Ciencias Sociales, UNACH, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

PANIAGUA Mijangos, Jorge (2003). "Del ritual al barrio. Imaginario urbano de una identidad ladina en San Cristóbal de Las casas". En *Anuario de Estudios Indígenas*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: IEI-UNACH.

_____ (2001). "Los ladinos. Imaginarios social y antropología urbana en San Cristóbal de Las Casas". Tesis de maestría en Antropología Social, Universidad Autónoma de Chiapas, Facultad de Ciencias Sociales, San Cristóbal de Las Casas,

Chiapas.

PARIS Pombo, María Dolores (2009). "Youth Identities and the Migratory Culture among Triqui and Mixtec Boys and Girls". En *Migraciones Internacionales*, vol. 5, núm. 4, pp. 139-164.

PARLAMENTO Europeo (2008). "Directiva 2008/115/CE del Parlamento Europeo y del Consejo de 16 de diciembre de 2008 relativa a normas y procedimientos comunes en los Estados miembros para el retorno de los nacionales de terceros países en situación irregular". En *Diario Oficial de la Unión Europea*, 24 de diciembre.

PARRINI Roses, Rodrigo (2012). *Los contornos del alma, los límites del cuerpo: género, subjetivación y corporalidad*. México: Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.

PARTIDA Bush, Virgilio (2010). "Migración interna". En Brígida García y Manuel Ordorica (coords.), *Los grandes problemas de México, población*. México: El Colegio de México.

PÉREZ Islas, José Antonio (2008). "Juventud: un concepto en disputa". En José Antonio Pérez Islas, Mónica Valdez y María Herlinda Suárez (coords.), *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México: UNAM/Miguel Ángel Porrúa, pp. 9-33.

PÉREZ Martínez, Edgar Federico (2005). "Relaciones interétnicas y procesos de construcción de espacios de control político en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (1994-2004)". Tesis de Licenciatura en Antropología Social. Universidad Autónoma de Chiapas, Facultad de Ciencias Sociales, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

PIMIENTA Lastra, Rodrigo y Marta Vera Bolaños (2005). *Dinámica migratoria interestatal en la República Mexicana*. México: El Colegio Mexiquense.

PIÑA Narváez, Yosjuan, 2010, "Construcción de identidades (identificaciones) juveniles urbanas: movimiento cultural underground, el hip-hop en sectores populares caraqueños". En Daniel Mato y Alejandro Maldonado Fermín (comps.), *Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

PORRAZ Gómez, Iván Francisco (2010). "En busca de un paraíso. Jóvenes migrantes en Las Margaritas, Chiapas". Tesis de Maestría en Ciencias Sociales y Humanísticas, CESMECA-UNICACH, México.

PORTES, Alejandro y Rubén G. Rumbaut (2009). *Legados. La historia de la segunda generación inmigrante*. México: Porrúa/INM.

POTTHAST, Barbara y Sandra Carreras (2005). *Entre la familia, la sociedad y el*

Estado. *Niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert.

RAMOS Maza, Roberto (2000). *Comitán y la región de Los Llanos*. Libros de Chiapas. México: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes.

REBÓN, Julián (2001). *Conflicto armado y desplazamiento de población*. Chiapas 1994-1998. México: FLACSO/Miguel Ángel Porrúa.

REGUILLO, Rossana (1977). "Culturas juveniles. Producir identidad: un mapa de interacciones". En *Jóvenes*. Revista de Estudios sobre Juventud, núm. 5, julio-diciembre. México. Secretaría de Educación Pública.

_____ (2000). "Las culturas juveniles. Un campo de estudio. Breve agenda para la discusión." En Gabriel Medina Carrasco (coord.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: El Colegio de México, pp. 19-39.

_____ (2005). "La mara: contingencia y afiliación al exceso". En *América Latina Hoy*, Revista de Ciencias Sociales, vol. 40. Salamanca, España, pp. 70-84.

_____ (2006). *La construcción simbólica de la ciudad*. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Universidad Iberoamericana.

_____ (2009). "Condición juvenil en el México contemporáneo. Biografías, incertidumbres y lugares". En Rossana Reguillo (Coord.), *Los Jóvenes en México*. México: FCE/ CONACULTA.

REYES Ramos, María Eugenia (1998). "Los acuerdos agrarios en Chiapas: ¿una política de contención social?". En María Eugenia Reyes, Reyna Moguel y Gemma van der Haar (coords.), *Espacios disputados: transformaciones rurales en Chiapas*. México: UAM-X/ECOSUR.

RIBAS, Natalia (2004). *Una invitación a la sociología de las migraciones*, Madrid: Bellaterra.

RIVERA Farfán, Carolina, María del Carmen García, Miguel Lisboa, Irene Sánchez y Salvador Meza (2005). *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas. Intereses, utopías y realidades*. México: UNAM/CIESAS/Secretaría de Gobernación/Gobierno del Estado de Chiapas.

RIVERA Sánchez, Liliana (2009). "¿Quiénes son los retornados? Apuntes sobre el Migrante retornado en México contemporáneo". Ponencia presentada en la IV Reunión del Grupo de Trabajo Migración, Cultura y Políticas del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO: La construcción social del migrante. Reflexiones desde América Latina y El Caribe. Ciudad de Guatemala, 14-16 de octubre de 2009.

ROBINSON, William I. (2003). *Transnational Conflicts. Central America, Social Change, and Globalization*. Londres/Nueva York: Verso.

ROBLEDO, Gabriela (1997). *Disidencia y religión*. El caso de los expulsados de San Juan Chamula. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: UNACH.

ROBLES Camacho, Sergio (2004). "Migración y retorno en la Sierra Juárez, Oaxaca". En Jonathan Fox y Gaspar Rivera Salgado (coords.), *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: Porrúa/Universidad Autónoma de Zacatecas.

RODRÍGUEZ Castillo, Luis (2004). "Microrregiones y participación ciudadana en Las Margaritas, Chiapas". En Rodolfo García del Castillo (coord.), *Gestión local creativa: experiencias innovadoras en México*. México: CIDE/Secretaría de Gobernación/INAFED/Fundación Ford.

RODRÍGUEZ, Circe y Erika Lindig (2013). "Vulnerabilidad (estudio de vocabulario)". En Lorenzo Martínez de la Escalera y Erika Lindig Cisneros (coords.), *Alteridad y exclusiones. Vocabulario para el debate social y político*. México: UNAM/Juan Pablos Editor, pp. 360-363.

RUS, Jan (2012). *El ocaso de las fincas y la transformación de la sociedad indígena de los Altos de Chiapas, 1974-2009*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: CESMECA-UNICACH.

_____ y Diane Rus (2008). "La migración de trabajadores indígenas de los Altos de Chiapas a Estados Unidos, 2001-2005: el caso de San Juan Chamula". En Daniel Villafuerte Solís y María del Carmen García Aguilar (coords.), *Migraciones en el sur de México y Centroamérica*. México: UNICACH/Porrúa, pp. 343- 382.

_____ y Diego Vigil (2002). "Rapid Urbanization and Migrant Indigenous Youth in San Cristobal, Chiapas Mexico". San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: INAREMAC.

_____ y George Collier (2002). "Una generación en crisis en Los Altos de Chiapas. Los casos de Chamula y Zinacantán, 1974-2000". En Shannon L. Mattiace, Rosalva A. Hernández y Jan Rus (coords.), *Tierra, libertad y autonomía. Impactos regionales del zapatismo en Chiapas*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología.

_____ y Salvador Guzmán López (1996). *Jchiiltik ta slumalkalifornia: slo'ilik Santos xhi'uk Marian xchi'uk Xun* Gómez López, *chamulas en California*. El testimonio de Santos, Mariano y Juan Gómez López. San Cristóbal de las Casas, Chiapas: INAREMAC.

RUZ, Mario Humberto (1982). *Los legítimos hombres*. Aproximación antropológica al grupo tojolabal, vol. I, México: Universidad Nacional Autónoma de México-Insti-

tuto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas.

SALAZAR García, Rodolfo (2009). *Crónica histórica del municipio de Las Margaritas, Chiapas*. México [mimeo].

SARAVÍ, Gonzalo (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: CIESAS.

SCHUTZ, Alfred (2001). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.

SECRETARÍA DE REPARTO AGRARIO (2010). *Informe Nacional 2005-2010*. México: SRA.

SENNETT, Richard (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

_____ (2006). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

SEPÚLVEDA Gáelas, Mauricio (2011). "El riesgo como dispositivo de gobierno en el campo de las drogas: exotización, vicio y enfermedad". Tesis de doctorado en Antropología. Universitat Rovira I Virgili. Tarragona, España.

SIMMEL, George, (1986). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península.

SOLAR Fonseca, León Felipe (2010). "Etnografía del viaje migratorio: formas de socialización en la travesía terrestre de Chiapas a Tijuana y de Tijuana a Chiapas". Tesis de maestría en ciencias sociales y humanísticas, CESMECA-UNICACH, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

TORRE Ávila, Leonardo de la (2011). "Más notas sobre el retorno cíclico boliviano, control y libertad entre los proyectos de movilidad de España y Bolivia". Ponencia presentada en el IV Congreso de la Red Internacional de Migración y Desarrollo. Quito, Ecuador.

URTEAGA, Maritza (2008). "Lo juvenil en lo étnico. Migración juvenil indígena en la sociedad contemporánea". En Revista Porto-e-vírgula, núm. 4. Brasil, pp. 5-19.

_____ (2010). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. México: UAM-Iztapalapa/Juan Pablos Editor.

_____ (2011). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. México. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa/División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Antropología/Juan Pablos Editor.

VALENZUELA Arce, José Manuel (1998). *El color de las sombras, chicanos, identidad y racismo*. México: COLEF/Plaza y Valdez.

_____ (1999). *Vida de barro duro: cultura popular juvenil y graffiti*. Guadalajara /Tijuana: Universidad de Guadalajara/ El Colegio de la Frontera Norte.

_____ (2002). "Identidades juveniles". En María Cristina Laverde (ed.), *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*.

Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Departamento de Investigaciones Universidad Central.

_____ (2009). *El futuro ya fue, sociantropología de los jóvenes en la modernidad*. México: COLEF/Casa Juan Pablos.

_____ (2012). *Sed de mal. Feminicidios, jóvenes y exclusión social*. México: El Colegio de la Frontera Norte/Universidad Autónoma de Nuevo León.

VALLESPIN, Fernando (2000). *El futuro de la política*. Madrid: Taurus.

VARGAS Evaristo, Susana (2006). "El papel de los niños trabajadores en el contexto familiar. El caso de migrantes indígenas asentados en el Valle de San Quintín, BC". En *Papeles de Población*, vol. 12, núm. 48, abril-junio, 2006, pp. 227-245.

VÁZQUEZ García, Francisco (2005). "Empresarios de nosotros mismos. Biopolítica, mercado y soberanía en la gubernamentalidad neoliberal". En Javier Ugarte Pérez (coord.), *La administración de la vida. Estudios biopolíticos*. Barcelona: Anthropos.

VELASCO Ortiz, Laura (coord.) (2008). *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*. México: COLEF/Porrúa.

VILA, Pablo (2001). "Versión estadounidense de la teoría de frontera: una crítica desde la etnografía". En *Papeles de Población*, año 7. México.

VILLA Sepúlveda, María Eugenia (2011). "Del concepto de juventud al de juventudes y al de lo juvenil". En *Revista Educación y Pedagogía*, vol. 23, núm. 60, mayo-agosto, 2011.

VILLAFUERTE Solís, Daniel (2010). "Condiciones de vulnerabilidad productiva, económica y social". En Daniel Villafuerte Solís y E. Mansilla (eds.), *Vulnerabilidad y riesgos en la sierra de Chiapas: dimensiones económica y social*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

_____ (2008). "Migración y desarrollo en el área del Plan Puebla-Panamá". En *Migraciones en el sur de México y Centroamérica*. México: UNICACH.

_____ (2001). "Chiapas: los espacios opacos de la globalización". En *Pueblos y Fronteras*, núm. 1, pp. 147-165.

_____ (1999). *Sistema de ciudades de Chiapas*. Un enfoque socioeconómico y demográfico. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

_____ (coord.) (1994). (coord.). *El café en la frontera sur*. La producción y los productores del Soconusco, Chiapas. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

_____ et al. (2002). *La tierra en Chiapas*. Viejos problemas nuevos. México: FCE.

_____ y María del Carmen García Aguilar (2006). “*Crisis rural y migraciones en Chiapas*”. En *Migración y Desarrollo*, primer semestre. México, pp. 102-130.

_____ y María del Carmen García Aguilar (2008). “*Algunas causas de la migración en Chiapas*”. En *Economía y Sociedad*, núm. 21. México.

_____ y María del Carmen García Aguilar (2009). “*Crisis rural y contracción de las remesas en Chiapas*”. Ponencia presentada en el VII Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México.

_____ y María del Carmen García Aguilar (2012). “*Crisis, migraciones y nueva ruralidad en el campo chiapaneco*”. Ponencia presentada en el Precongreso Alasru, 12, 13 y 14 de noviembre. San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

_____, María del Carmen García Aguilar y Salvador Meza (1997). *La cuestión ganadera y la deforestación*. Viejos y nuevos problemas en el trópico y Chiapas. Chiapas, México: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas/Gobierno del Estado.

VIQUEIRA Albán, Juan Pedro (2002). “*Chiapas y sus regiones*”. En Mario Humberto Ruz y Juan Pedro Viqueira (eds.), *Chiapas, los rumbos de otra historia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 19-42.

_____ (2008). “*Cuando no florecen las ciudades. La urbanización tardía e insuficiente de Chiapas*”. En Ariel Rodríguez Kuri y Carlos Lira (coords.), *Ciudades mexicanas del siglo XX*. Siete estudios históricos. México. México: El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

VIRNO, Paolo (2003). *Gramática de la multitud*. Para un análisis de las formas de vida contemporánea. Madrid: Traficante de Sueños.

vos, Jan de (1992). *Oro verde. La conquista de la Selva Lacandona por los madereros tabasqueños*. México: FCE/Instituto de Cultura de Tabasco.

_____ (2002). *Una tierra para sembrar sueños*. México: FCE.

WALLERSTEIN, Immanuel (2001). *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

ZAHNISER, Steve (1999). "One Border, Two Transitions. Mexican Migration to the United States as a Two-way Transitions". En *American Behavioral Scientist*, vol. 42, núm. 9.

ZAPATA Martínez, Adriana (2009). "Familia transnacional y remesas: padres y madres migrantes". En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 7, núm. 2, julio-diciembre. Colombia: Universidad de Manizales y el Cinde.

ZÁRATE Hoyos, Germán A. (2004). *Remesas de los mexicanos y centroamericanos en Estados Unidos. Problemas y perspectivas*. México: Porrúa/El Colegio de la Frontera Norte.

La palabra retorno posee numerosas acepciones referidas al regreso, a desde dónde se partió, a regresar a una situación anterior o a volver atrás. Sin embargo, para algunos jóvenes migrantes retornados que intentan reconstruir sus biografías desde sus vivencias en Estados Unidos, el volver a casa no siempre significa “volver a uno mismo”, a “mis costumbres” o “al punto de partida”, pues es un hecho que ha marcado su presente.

En este libro, Iván Francisco Porraz Gómez analiza la vida cotidiana de los jóvenes migrantes internacionales de un municipio aún ruralizado para, desde el campo de la cultura, reconstruir la experiencia vivida en un país que no era el suyo y en sus lugares de origen después de dicha experiencia tras el retorno.

www.sedesol.gob.mx
www.gob.mx/imjuve

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.
Queda prohibido el uso para fines distintos al desarrollo social.